

Tradiciones y Recuerdos

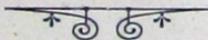
POR EL

Doctor P. S. OBLIGADO

Abogado en la República Argentina,
Miembro Corresponsal de la Real Academia Española,
de la Sociedad Jurídico-Literaria del Ecuador,
y de otras Corporaciones literarias de América y Europa.

7.^a SERIE

EDICIÓN ILUSTRADA



BUENOS AIRES

«LA SEMANA MÉDICA» IMP. DE OBRAS DE E. SPINELLI

737 — Callao — 737

1908



«Estas narraciones amenas y rebosando en interés dramático, á la vez que saturadas por el sentimiento criollo, revelan nuestros hábitos en el pasado, que es el objeto que persigue y ha conseguido su autor, al bordar la leyenda en la que nos hace asistir con curiosidad y misterioso encanto á escenas entretenidas de la remota época colonial, como á otras afligentes en la fatigosa gestación de nuestra vida autonómica».

DOCTOR ANJEL J. CARRANZA

(Preliminar de la 3.ª serie)

INDICE DE LA 7.^a SERIE

	Páginas
PRÓLOGO.....	VII
<i>Bolívar y Alvear</i>	3
<i>El primer grabado</i>	11
<i>La más bella</i>	19
<i>Victor (el burlón)</i>	27
<i>El primer Vapor</i>	33
<i>El corneta de Ayacucho</i>	43
<i>Una Santa Argentina</i>	49
<i>Musiña (el del Canal)</i>	59
<i>El estudiante de Catamarca</i>	69
<i>La Colonia</i>	81
<i>Van Dyck (auténtico)</i>	87
<i>La primera escultura</i>	95
<i>Reconquista</i>	101
<i>La perla del Plata</i>	105
<i>Amor de rodillas</i>	115
<i>Primer alambrado</i>	127
<i>Balas ilustres</i>	133
<i>Teatro Colón</i>	141
<i>El que murió en la brecha</i>	149
<i>La población más antigua</i>	153
<i>Honradez á la antigua</i>	159
<i>Plaza de toros</i>	165
<i>La novia sin cabeza</i>	169
<i>De corneta á General</i>	179
<i>Un Príncipe Alcalde</i>	185
<i>Fiscal catoniano</i>	197
<i>Y vá de perros!</i>	203
<i>Tradición de la yerba</i>	215
<i>La castellana de Magdalo</i>	223

	<u>Páginas</u>
<i>Agonía en la Pampa</i>	237
<i>Defendido por el nieto</i>	241
<i>El Capitán Pajarito</i>	247
<i>Amor maternal</i>	257
<i>Pesca de una aguja</i>	274
<i>El pajarito de Santo Domingo</i>	279
<i>La bolsita azul</i>	285
<i>Calumniada</i>	289
<i>Dios (argentino)</i>	297
<i>Una argentina en Karnack</i>	301

APÉNDICE

<i>Comprobaciones</i>	311
---------------------------------	-----



LOS GENERALES BOLIVAR Y ALVEAR
(1825)



PRÓLOGO DE LOS EDITORES (1)

Pocas palabras diremos en elogio del presente libro: su autor, el ilustre escritor argentino Dr. Pastor S. Obligado, se ha conquistado, desde hace tiempo, un puesto eminente en la literatura hispano-americana, y su fama literaria, traspasando las fronteras de su patria y aún las del Nuevo Mundo, ha sido sancionada por la Academia Española, que le eligió, no há mucho, académico correspondiente.

El Sr. Obligado se ha dedicado especialmente á relatar las tradiciones de su país, desentrañando con raro talento de la esencia de las mismas lo verdaderamente útil é interesante, lo que más netamente revela el carácter íntimo de su historia, el modo de ser de sus habitantes, la razón de sus particulares costumbres; y por modo tan admirable ha realizado su noble empeño, que leyendo los capítulos de su obra se siente revivir el espíritu del pasado del pueblo argentino, se admiran sus gestas, se ven desfilar los personajes y los lugares con todo el vigor de la realidad y los sucesos se desarrollan ante nosotros con tal relieve, que no parece sino que el autor los ha presenciado y los ha vivido.

La labor del Sr. Obligado es altamente patriótica, y así lo ha reconocido la crítica argentina cuando ha dicho: «Puede estar satisfecho el escritor que, siguiendo las nobi-

(1) De la 2.^a edición publicada en Barcelona por la casa Montaner y Simon, ofrecida como obsequio á los suscriptores de «La Ilustración Artística».

lísimas inspiraciones de Mazzini, no hace de su pluma el instrumento servil de su gloria y de su propia infatuación, sino que con espíritu religioso y con alto amor de patria le consagra y deposita como ofrenda pía sobre los altares de la verdad y del bien, destellando fulgores apacibles y bordando con puros matices las hermosas auroras que se alzan sobre el pasado de un pueblo noble, viril y animado del espíritu de Dios.»

Pero el libro que nos ocupa es algo más que una labor patriótica; si notable es bajo este concepto, no lo es menos bajo el punto de vista literario. No es, por consiguiente, una obra que interesa exclusivamente á los argentinos ó á los americano-latinos en general; interesa además á todos los amantes de la literatura española; y por la amenidad de los asuntos, por lo curioso de los episodios que se relatan, por la gracia con que muchos de ellos están tratados, cautiva también á los que en el libro no buscan materia de estudio, sino un medio de solaz y esparcimiento, una lectura que agradablemente les entretenga: las TRADICIONES ARGENTINAS llenan por completo el precepto horaciano de instruir deleitando, y son, por tanto, una obra á propósito para toda clase de lectores.

Tenemos, pues, la seguridad de que el nuevo tomo de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ha de satisfacer cumplidamente á nuestros suscriptores, y no vacilamos en afirmar que entre las obras más importantes que en ella hemos publicado, merecerá figurar la del Sr. Obligado, á quien con razón se ha calificado de «el Ricardo Palma argentino».

LOS EDITORES



BOLIVAR Y ALVEAR

(EN CHUQUISACA)

I

«Sólo conozco dos militares capaces de dirigir campaña contra el Imperio. El uno soy yo. El otro... el otro, es usted».

Gemela por lo presuntuosa fué ésta, de la frase de mismo corte, que se pronunció á orillas del Guayas, en ocasión de cierto abrazo, tan ansiado por el Libertador, según se expresaba, que á punto estuvo de reventársele la hiel: «Brindo por los dos hombres más grandes de América,—exclamó entonces:—el general San Martín y yo».

¿Quién sería este *Don Yo*? Sarmiento gateaba apenas. Frases hay que no necesitan rúbrica, perfilando, en un rasgo, la fisonomía moral de su autor. Por esos mismos días, refiriéndose al primer hombre del mundo, (según sus idólatras) se decía que, en vísperas de marchar á su Cuartel general cierto Coronel uruguayo, prometiéndose convencer á Don Simón, en los propósitos de *treinta y tres denodados patriotas*, allá por el *Rincón de las Gallinas*, cocoreó el gallo ó Diputado más agallado:

—Pero, quién es ese Bolívar, cerca del cual pretenden hacer galopar á mi compadre Lápido, exponiéndole á rodar por sierras y vericuetos?

Ya le habían llegado de diversos rumbos papelitos de Do-rrego y opositores descontentadizos, alentando al Libertador, quien no necesitaba de más alas que las propias.

Un tantico fríos arribaron los enviados argentinos, Alvear y Díaz Vélez, menos de las heladas del camino, que por la reciente usurpación de Tarija, trasmontando al fin la cum-bre más elevada.

Bolívar, naturalmente verboso, algo mareado con la pala-brería del Coronel solista, había contestado á Lapido, de so-bremesa:

—¡Bien! Si no tienen quien los mande, iré yo. Siéntese, espere un poquito; voy á pedir licencia.

Era más largo el galope á Caracas, que el de Chuquisaca al Daymán, y ésta, cual la mayor parte de las promesas entre brindis de champagne, se evaporó como su espuma.

II

En celebración del primer aniversario de Ayacucho, últi-ma victoria que selló la Independencia Americana, el Liber-tador,—á la salida del solemne *Te Deum* en la célebre Cate-dral de Chuquisaca, donde tantas veces acudieron los prime-ros argentinos, graduados allí, y los últimos guerreros de la independencia, que con peruanos y colombianos obtuvieron el triunfo—y en su pretil, fué que se pronunció la frasesita del epígrafe, que nó solo en el General Sucre levantara comezón.

Tres días llevaba Alvear en derroche de elocuencia por decidir á Bolívar. Atento escuchaba éste el relato de sus campañas, con tan vivísima expresión presentadas de relieve, las mil peripecias, de que su habilidad supo sacar provecho, en la adversa como en la próspera fortuna.

Pronto penetró el colombiano la perspicacia y talento del joven General argentino. Como Belgrano y San Martín, cur-saron sus primeros estudios en el Colegio de Nobles de Madrid, sin encontrarse en ninguna bocacalle, Alvear había militado allí, poco después que Bolívar saliera del mismo co-legio, y luego oído su nombre, cual uno de tantos Gene-

rales que miraba por bajo el hombro el orgulloso colombiano. Pero, ante su vehemente elocuencia, ya no se escusaba con el Congreso que le impediría alejarse de Colombia, sino con planes que seducían de más cerca, para arrebatarse á España la perla de las Antillas (Cuba), auxiliado por Méjico:

—«Durante toda la función he estado reflexionando sobre sus proposiciones. Avanzaría alguna columna para llamar la atención del Imperio, por un extremo. No podré ir personalmente,—dijo Bolívar,—pero enterado de sus vistas, repito á Vd., que, en verdad, solo conozco dos Generales capaces de dirigir con éxito, campaña contra el Imperio. El uno soy yo. El otro, es Vd.»

Le seguían, saliendo en brillante comitiva, lo más granado de los jefes colombianos que formaban su Estado Mayor, acostumbrados todos á callar, cuando el Libertador hablaba.

Mostrándose éste, afable como en pocas ocasiones, agregó:

—«Debo emprender inmediatamente viaje de regreso. Dejo recomendado el justo reclamo de la Argentina, al señor Presidente Sucre, y puede contar con la devolución de Tarija».

A los dos días se despidió, notando que el hábil diplomático no le proponía viniese, sí, únicamente, siguiera marcha desde el Alto Perú, en momento oportuno. Con razón preveía la clarovidencia del gran Rivadavia, que mayor peligro amenazaba las instituciones, un Libertador dentro de casa, que un Emperador en la de enfrente.

¡Cuán engorroso se convertía desde aquellos tiempos el oficio de Libertador, repitiéndose: «Mientras subsistan Libertadores, no se gozará de libertad».

III

Para no hacer crónica interrumpible, breve aparte abriremos, tiempo indispensable á saborear el cimarrón del estribo, en la primera Pascana santiagueña, donde más cor-

riente era el patay bajo los mistoles, que el *mate de las Morales*.

El caso fué que la noche que pernoctara en aquella Capital de Santiago, de tan poco capital, al General Alvear en su regreso de Chuquisaca, contaba el gobernador, al pasar la rueda el mate amargo, cómo se hallaba detenido el joven diputado, que esa Provincia enviaba al Congreso (del año 26 en Buenos Aires), por falta de transporte.

Se afanaba Alvear en la constitucionalidad de la Nación, y lo atrayente del candidato, le resignaron á estrecharse en su zarandeada *galera*, por amenizar tan largo trayecto con la amena conversación de un buen compañero de viaje, brindando asiento al joven Alcorta.

Al entrar á los campos de Santa Fe, salió á recibirle su Gobernador, el patriarca de la Federación en el desierto, don Estanislao López, á quien, en los primeros saludos, dijo:

—Asombrado vengo recorriendo la Provincia bajo su mando, al observar cómo se destruye la riqueza del país. ¿Porqué no impide, señor Gobernador, que para comer una lengua, se sacrifique la vaca más gorda, con cría muchas veces, y para aprovechar un par de botas de potro, se mate el de más hermosa estampa?

—Deje hacer, señor General, que así se va federalizando el país. Cuando no quede cría de las veinte mil vacas, (regalo de mi compadre Juan Manuel) ya se arrearán otras tantas, que los porteños son muy dadivosos.

¡Huelgan comentarios! Diálogo razonado con especies de fogón de campamento, transcurría en la mismísima Posta, de la que oímos al sabio Dr. Vélez, (Cámara de Buenos Aires, 1852) fuera poco antes recibido por el mismo López (Don Estanislao), diciéndole:

—Haga *eso* á un ladito. Siéntese y platiquemos.

Eso, era nada menos, la cabeza del General Ramirez, que acababan de traerle envuelta en un' un cuero.

.....

Sucedió, que al llegar don Amancio Alcorta á las puertas del Congreso, éste desaprobó su diploma, por su poca edad,

no porque la designara ley alguna, sino oponiendo consideraciones filosóficas de otro orden, poca experiencia, escasa cordura, y sobre todo, la poca voluntad que demostró siempre todo areópago para dejarse infiltrar sangre nueva, é ideas de gente moza.

Nombrado en su reemplazo el Coronel Dorrego, si con más años, con menos cordura, enredó en ardidés tales, sistemada oposición sin fundamento, hasta hacer imposible la progresista Presidencia al señor Rivadavia.

.....

Y en este cuento histórico, resalta, cómo de pequeñas causas resultar suelen grandes efectos. Lástima grande que á mi dueña y señora doña Gabriela Zuaznábar, quizá un tantico demorosa (genuina hermosa santiagueña) no le vinieran antojos, meses antes, anticipando el nacimiento del primogénito de don José Pelayo de Alcorta, oriundo del mismísimo solar de Guernica y á la sazón solícito Administrador de Correos en Santiago del Estero, aunque por penurias en su oficio escaseaba de remudas y postillones. La llegada de su ilustrado hijo á la mayoría un poco antes, evitado hubiera lo que, por ambición é intemperancia, precipitó su reemplazante el irreflexivo Coronel Dorrego.

A ese congresal *nonato*, descollante economista, de natural talento musical, (que hijos y nietos heredaron en grado tal, como el de nuestro eximio compositor Williams), le oímos esta reminiscencia que recogiera, como la anterior, del mismo vencedor de Ituzaingó, hácia donde galopaba el General Alvear.

IV

Pocas veces se sabe para quien se trabaja ó para quien se escribe, sea un libro, un libreto, ária [de amor,] ó marcha acelerada.

Acababa don Pedro I su composición musical, bajo el más caluroso verano del Janeiro, en las agitaciones de viaje, *Marcha* que el real músico compuso con acompañamiento de piano para su entrada á nuestra Plaza Victoria, y á

la que Alvear hizo pequeñas variaciones, con acompañamiento de cañón, cuando al dar desganoso abrazo á la consorte, y dos muy efusivos á su dama de honor, saltó á caballo, tarareando:

«Mambrú se fué á la guerra»

Bien pronto le alcanzarou dos ingratas nuevas. La una, gresca de reales mechas, en la cual, rubias trenzas de Su Magestad volaran mezcladas con las muy brunas de su dama... de honor. Tirón tan fuerte de crenchas resonó en el corazón del amartelado Monarca, á punto que, sin avanzar á recibir aplausos de compositor primerizo, contramarchó apresuradamente para guardar orden, sino en las filas, en su interior. Al poco tiempo de emprender nueva marcha, oyó cómo á la por él compuesta, cambiaron de rumbo.

El Coronel Correa del 1.º de línea, ese bravo mendocino, hermano de armas de su cuñado, el intrépido Coronel Lavalle, separó entre hojas medio chamuscadas y legajos del ejército imperial, unos papéles de música que iban á echar al fuego, y que resultaron los de la doble solfa real. Ensayada por la banda de su batallón, primero que la ejecutara, marchando al compás de su aire bélico, sobre suelo brasileño, acordes á los que creyó don Pedro coronarse en nuestra Plaza Victoria, es la misma alegre *Marcha de Ituzaingó* que hacen ochenta años entusiasmo en nuestras calles.

V

Como en pocas ocasiones, en aquella hora histórica, coincidieron en la misma predestinación, el Libertador que venía de las lejanas riberas del Orinoco, y el gran estadista del Plata. Bolívar ungía con su palabra profética al fortunado hijo de Misiones, y el Presidente Rivadavia al designarle General en Jefe, rodeándolo de gloriosos guerreros de la Independencia, organizaba la victoria de que el Ge-

neral Alvear había de traernos bien pronto el laurel de Ituzaingó.

El de la Emperatriz no resultó el único aborto, que mayor fué en el Emperador, su plan tan meditado, como su música, de hacer internar el ejército de la República, para desembarcar invasión portuguesa en las playas de Buenos Aires. Atrevida estrategia, coronada talvez por un golpe de audacia, á no haber surgido ya por el camino aquel bravo marino, de quien cantó el poeta:

Alzóse Brown en la barquilla débil,
Pero no débil, desde que él se alzara!

Así por la celeridad de sus marchas y contramarchas que hicieron perder el rumbo al enemigo, pudo el heroico General don Carlos María de Alvear, tan activo como genial, proclamar el 20 de Febrero de 1827, á sus soldados victoriosos:

«En cincuenta y cinco días de marcha, no habéis tenido uno de descanso. Las privaciones que habéis sufrido, son de todo género; vuestro General está contento de vuestra conformidad y de la frente serena con que habéis soportado todas las fatigas, entre los rayos de un sol abrasador».

Nota

Escrita esta tradición, tuvimos oportunidad de volver á recorrer el antiguo Palacio amarillo, (Rio Janeiro,) desde la cámara nupcial ó del tirón de mechas, hasta la escalera real del abrazo furtivo. Avanzando íbamos, seguidos del jefe de Correos, establecido actualmente allí, quien nos enseñaba el busto levantado en medio patio, al introductor del telégrafo, cuyo nombre pronunció, sin llegar á nuestro oído, pues hojeando la Historia del Brasil, texto oficial de Escuelas, con que se nos obsequiara en la que salíamos de visitar, leíamos en la página 104:

«Deu-se a 20 de Fevereiro de 1827 a batalha de Ituzaingo, en que as tropas brazileiras, *sem o menor motivo, receberam ordem de retirada.*» Noticia tan novedosa nos dejó lelos, como la que á vuelta de página seguía: «Reunidas as forças aliadas, marcharão sobre Buenos-Ayres e

a 3 de Fevereiro de 1852 destroçarão as tropas de Rozas na bathalha de Monte-Caseros, *devendo-se a victoria ao denodo da divisão brasileira*.

.....

¡Así... así se escribe la historia!



CATEDRAL EN CHUQUISACA



EL PRIMER GRABADO

I

Del Cuzco venía bajando el indiecito petizo, platero ya de oficio, pero sin ninguna *blanca*, aunque de la región de la plata, con esperanzas de mejor fortuna, descendía la montaña, costó laderas, atravesó valles donde hasta los indígenas comer suelen con cuchara de plata... cuando encuentran qué comer. Tan pobre llegaba á la vida este hijo del camino, que ni llama tenía, bien que le hubiera lactado la más garrida llama del Tambo, como otra alguna se encontrara más lechera en Pascana, á quien por ingenio y arte se labró nombre y renombre, hasta descollar como primer grabador.

Juan llamaron los monjes del convento de San Juan de Dios á este niño, recogido en la ribera de aquel estrecho río por cuyo puente pasaron á la costa todas las riquezas del Alto Perú. Observantes en no contrariar la manía de cuerdos y locos, lo eran también del instinto ó natural inclinación de cuantos crecían á la sombra del piadoso refugio, de enfermos y menesterosos, fundado en recuerdo del primer Juan que perdió la cabeza, por decir á Herodes las verdades del barquero. Bien pronto fué notada la facilidad con que el niño pintarrajeaba en cuatro rasgos, por claustros y cel-

das, cuanto enfermo y enfermero caían bajo su carbón. Por esto desde el Cuzco fué enviado á la Real Casa de Moneda en Potosí, donde su aplicación encontró ancho campo, ensayándose en los talleres de grabados, incisiones, moldes y broqueles, medallas y monedas que en ninguna parte se acuñaba plata de mejor ley. Perfeccionándose iba, cuando caído entre ojos, como cada uno de los naturales que en alguno sobresalía desde el alzamiento de Tupac-Amarú, resolvió cambiar de aires. No solo los de plomo y mercurio asfixiaban á los hijos de la tierra, que trabajaban bajo de ésta, sino también sobre toda la superficie americana, y de mozo de ganado ó mulatero, agregado fué á la récua que en Yungas prepararon comerciantes arribeños para transportar sus lingotes y azogues á tierras de abajo.

Caminó, caminó sin parar, que mucho caminar era desde Potosí á Buenos Aires en el siglo XVIII; pues si al presente, solo desde Jujuy se viaja en menos de dos días, más de tres meses á paso de mula empleábase en aquellos tiempos, de la frontera á esta capital. Heladas en la sierra, calores del valle, achuchaban una noche al que achicharraban al día siguiente, á punto de que, el coya salido de la más elevada ciudad, bueno y sano, fuerte y robusto, con un puñado de coca por todo sustento, maíz ni chicha le reponían. Como pergamino seco llegaba, cuando en Caroya pernoctó en el rancho donde un poeta—su tocayo, Rivera Indarte,— vino al mundo, antes que el padre de éste grabara á bala, con sus certeros cañones, la heroicidad de la defensa en la torre, á cuya sombra, veinte años antes, burilara el primer grabado este mísero caminante. A manajo de nervios reducido quedaba al llegar á Fraile Muerto, pernoctando en el humilde rancho de la Posta, bajo el que naciera otro poeta, Hilario Ascasubi, y apenas esqueleto ambulante, y enroscado como mataco, se encontró sobre el pretil, en el Santuario de Luján. Allí lo dejaron los mulateros al seguir la récua, encomendando á la Virgen milagrosa, á quien más creían próximo al cementerio, del que solo un milagro pudo alejarlo. Bien pronto se manifestó éste. Fué el primero, oportuno encuentro con el campanero de oficio y compatriota de origen,



FAC-SÍMIL DEL PRIMER GRABADO

(1789)

que, envuelto en una frazada, cargó con aquel saco de huesos, cuidándole en su propia covacha, pues que otro no entendía su jerigonza en quíchua, dando diente con diente por la alta fiebre.

II

Días pasaron, y ya se arrastraba á tomar por sí mismo agua del Luján, cuando en una de las recrudescencias de la intermitente, todo temblando y achuchado, oía exhortaciones del Capellán, para que hiciese una promesa á la Virgen, enseñándole los exvotos que recubrían el camarín, de numerosísimos creyentes que por su intercesión curaron. Referíale restablecimientos milagrosos, como el muy notable del señor Lezica, llegado de su mismo pueblo, quien mereció la inscripción allí grabada: *Me edificó tres templos*.

—Sí, pero yo no puedo edificar ni uno, ofrecer altar, ni siquiera vela para mi entierro. El amo conducía mulas cargaditas de oro y plata, y el caso es que yo apenas puedo cargar con mis huesos, y nada tengo que ofrecer.

Replicando el piadoso capellán:

—La importancia de una dádiva no se estima por su tamaño. ¿Qué podremos dar digno de él al que todo lo tiene? Haz tu promesa con fervor y dá lo que puedas. Recuerda la parábola evangélica tan consoladora. Bajo aquel suntuoso templo que el más rico rey erigió, enseñaba el Divino Maestro: «Más grato es á Dios el óbolo de la pobre viuda, que la cuantiosa ofrenda del fariseo. Aquélla se despojó de lo que necesitaba y éste ofreció lo que le sobraba». Tú tienes ingenio: ofrece un producto de tu inteligencia, que es la chispa de luz que Dios concede para guiarnos sobre la tierra».—Y acabó la homilía familiar, agregando: —Mañana celebraré la misa pidiendo á la Virgen tu completo restablecimiento. En el acto más solemne de la elevación, eleva tu alma á Dios, y haz una promesa á Nuestra Señora del Luján, que nunca desoyó al suplicante cuando con ferviente devoción implora.

—En cuanto cese el temblor de mi pulso y pueda mane-

jar buril, pondré todas mis facultades para grabar, aunque indignamente, la santa imagen, cuya divulgación logre propagar el culto á la Virgen del Luján—contestó el indiecito.

Un mes no había transcurrido cuando, confinado en el cuartito del rincón (último patio de la casa de Filipinas, frente á Santo Domingo, Defensa número 429), donde la piadosa familia Lezica lo hospedaba, se le veía trabajando día y noche en placa de límpido cobre, sobre diseños que dentro el mismo estrecho camarín esbozara. La misma que de la colección de nuestro inolvidable anticuario Doctor Angel Justiniano Carranza, conserva el Museo Histórico, á cuyo pié se lee: «Verdadero retrato de la milagrosa imagen de Nuestra Señora del Luján, que se venera en su Villa, distante doce leguas de la Muy Noble y Leal Ciudad de Buenos Aires».

Tan bien resultó y con tanto ingenio grabada, que el mismo año de 1789, el ilustrísimo señor Obispo de esta sede, doctor D. Manuel Azamor y Ramirez, séptimo Obispo de esta ciudad, concedió 120 días de indulgencia á los fieles que ante su reproducción, (estampada á millares por los niños expósitos en la primera imprenta) dentro de todas las casas y en los más pobres ranchos se colgaba á la cabecera de sus devotos.

III

Rastros se encuentran del célebre cuzqueño en ésta, desde 1787, Juan de Dios Rivera, que comenzó burilando *bonaerenses*, en la proclamación de Carlos IV, y luego, á la par de su hermano Luciano, lapidario que hiciera venir. Cierta grabador de pacotilla abrió algún tosco cuño para rellenar moneda por 1652; una que otra medalla, menos mal hecha, se labró para la jura de Fernando VI (1747). Pero éste, indisputablemente, es el primero que nos presenta sus credenciales, su firma, sus obras certificadas; labrador platero, de la real casa de Potosí, de singular historia en la numismática americana, perpetuó los juramentos públicos de amor y fidelidad á los reyes absolutos; entre cien otros bellos objetos, grabó el puño de oro del bastón, obsequiado á Liniers, y habiendo manejado con maestría el buril por más de cua-

renta años, coronó todas sus obras con la más grata para todo argentino: el escudo de la patria.

Al sentimiento religioso se han debido siempre las más hermosas inspiraciones del ingenio. Desde la Catedral de San Pedro en Roma, el primer edificio, hasta el más humilde Santuario, donde un pobre indio graba, al pasar, la imagen de su devoción con espíritu de propaganda, ¡cuántas y cuántas portentosas obras brotaron por tan sublime sentimiento!

Así el grabado, la escultura, el tallado, la pintura, la arquitectura, la música y aún la poesía, los ensayos todos de bellas artes, como en otras Naciones, en los sencillos naturales de América no tuvieron otro móvil sino la inspiración divina, el sentimiento religioso. En todas esas manifestaciones, el espíritu de la época esparció profundas huellas.

Rechazando, pues, la crítica de que alguno de nuestros libros aparece como Santoral, por sus láminas, grabados y colección de imágenes, Santos y Santas, Capillas y Catedrales, observamos que nó bajo otras formas, un evocador de lo antiguo, puede presentar antigüedades, sino en los únicos momentos en pié de un pasado que se vá.

La estrecha iglesia se derrumba de vieja, y su imagen propagadora de la devoción á la morenita del Luján sigue y prosigue atrayendo ofrendas de todas partes; traspasa su fama las fronteras de la patria, se dilata fuera de ellas y se difunde tanto, que llegada su imagen á manos de un Pastor de los Pirineos, es atraído á América, donde en lance supremo de muerte, estrechado por las chuzas del salvaje, que se disputan por inmolarlo, hace la promesa de consagrarse al exclusivo servicio del Santuario, si se salva.

En su cumplimiento, el inolvidable padre Salvaire abre los cimientos de la suntuosa basílica nacional, á la que de los cuatro vientos acuden hoy incesantes peregrinos á depositar su aflicción y su esperanza ante la Soberana Protectora de los que sufren.

Rivera Indarte, Lafinur, Ascasubi y otros poetas que dieron sus hojas al viento, dejaron aquí huellas de su paso. Al que

grabó la suya profundamente en duro metal, nadie lo recuerda.

Exhumemos el nombre de Juan de Dios de la Rivera, cuzqueño de origen, y grabador del escudo argentino!



LA MÁS BELLA



I

Aquella noche, más que flores de escasos jardines, en el perfumado ambiente del gran salón, percibíase la fragancia del *soconusco*, que en bandejas de plata circulaban negritos enfracados, de calzón corto, sobre cuyas blancas medias relumbraban, menos que sus caritas de ébano, el charolado de los zapatos, entre agrupada concurrencia donde se politiqueaba en voz alta, y se galanteaba en voz baja. Los contertulianos a los jueves del virrey hallábanse en mayor nú-

mero en el Fuerte, pues como primero del año 1794, día había sido de besamanos, y á los comensales de mantel largo que á la ceremonia oficial siguió, agregábanse los que á uno ú otro acto no asistieron. Hacia un ángulo, que bien puede recordar la tradición como *el rincón de los Virreyes*, conversaban: Melo de Portugal, Olaguer Feliú, Avilés, Sobremonte y Liniers, reuniendo la casualidad la mitad de cuantos subieron al ambicionado sillón, durante el Virreynato, que no contó aquí la edad de Cristo.

En el opuesto extremo agrupábase la comisión de los siete sabios, rodeando al Capitán de fragata D. Diego de Alvear, el naturalista Azara, CerViño, Ulloa, Oyharvide, don Juan Francisco Aguirre y el astrónomo José Sourriére de Souillac. Pero donde se admiraban las más encopetadas cabelleras empolvadas, era en el alto estrado, á la cabecera de respeto. Como ramo de flores vivientes y parlantes, descollaban por su elegancia é ingenio, las muy altas señoras de: Escalada, Lasada de Riglos, Rodriguez Peña, Coronel, Andonaegui, la hermosa señora D^a. Rosa Marin, luego de Ibañez, la no menós célebre María Josefa Lajarrota de Aguirre, la bella Sarratea, á cuyo alrededor mariposeaba el futuro Virrey de la Victoria, vis á vis á la Balbastro, á quien ya había dado su nombre el padre del vencedor de Ituzaingó.

Cerca del viejo clavicordio, platicaba el de Souillac, con un pintor de afición y de paso, que si el primero miraba estrellas más altas, el segundo, rastro de otras de aquí abajo, dejó su delicado pincel. Y con un pié en la nave de regreso, contestaba á las insinuaciones del Virrey.

—Apenas tiempo habrá para la miniatura de la más bella.

—Difícil elección es—respondió el Virrey Arredondo.

—Las presentes decidirán.

—Intrincado problema que requiere mayor diplomacia que la cuestion de límites encomendada á la comisión de los siete sabios.

—En todo caso, porque no elije V. E.?

—He ahí, señor astrónomo, un nuevo astro que asoma

como iris resplandeciente, y que sin duda no ha catalogado usted, en la Urania del hemisferio Sud,—agregó al de Souillac, dirigiéndose á la señora de Ibarrola, que hacía su entrada en el salón. Vuelto el Virrey al centro de su círculo, consultaba con un grupo de notables que, sin duda, no barruntaban llegarían todos ellos á sucederse en el mando, y sin discrepancia, por unanimidad, aclamada fué la más bella y digna del mejor pincel. Sin duda, para evitar otro tan vidrioso compromiso (al del juicio de París semejante), al terminar la miniatura que reproducimos, limpió el artista sus pinceles, sin esbozar otras, en viaje más largo que la cuaresma, pues que dan'a alguna navegaba en el equipaje, compuesto de barbudos lobos de mar.

El galante Virrey, que había salido al encuentro de la reputada belleza, derramando todas las flores de su elocuencia, acabó por obtener consentimiento (con beneplácito de su dueño y señor), para retrato, que es uno de los mejores recuerdos dejados por De Patrie. La *miniatura*, que tuvo su apogeo por la protección de Maria Antonieta, como el alto peinado de esta reina, que lo fué de muchas otras modas, tardó en arribar á tan apartadas riberas, del origen de su denominación debido, menos á su tamaño que al minio con que se ejecutaba. Grandes y hermosos óvalos coleccionan museos y antiguas familias, dentro de los que caben cien veces miniaturas casi imperceptibles posteriormente inventadas. Recordamos que al arribar á París, el año terrible, el ministro argentino señor Balcarce, tuvo la gentileza de obsequiarnos un pequeño prendedor, al través de cuyo diminuto lente, reconocíase el retrato del primer Gobernador constitucional, Doctor Obligado, rodeado de los ilustres ministros que le acompañaron en sus tres gobiernos, generales Paz, Escalada, Mitre, doctores Portela, Alsina, Vélez Sarsfield, D. Juan Bautista Peña, Norberto de la Riestra y Francisco de las Carreras. Su pequeña agrupación cabría doccientas veces dentro del óvalo que tradicionalizamos.

II

En el murmullo *sotto voce* de señoras sentadas (Orden nobiliaria de España) que no lo eran damas de *caballeros cubiertos*, y en más alto diapason durante intervalos de piano constipado, cual reguero de pólvora que una chispa inflamara de pronto, corrió el comentario. Envidias mal veladas y alfilerazos á la preferida en concurso de bellezas, sin votación de las mismas, le llegaron primero que el retrato, y el cotorreo de resentidas, apenas apagaba violines desafinados en tertulia, sin minuet ni contradanza.

Otro grupo, que casi llegó á ser grupo histórico, hácia el centro del salón, bajo vieja araña que llovía cera, reflejaba espejos venecianos sobre doradas mesas de pié de cabra, que seguía saboreando el chocolate con más humo que los sahumadores de plata del Alto Perú sobre rinconeras y repisas, quemando ricas pastillas, obsequio de las monjitas. Allí oíase decir al Capitán de la Ensenada (entusiasta señor Liniers), que ante la coalición de ejércitos que se dirigían contra Francia, el amor á la patria obligaba á sus hijos á todo sacrificio para detener la invasión extranjera. Avilés, virrey más próximo al solio, protestaba que no había más patria que el rey nuestro amo, y nunca faltarían cuatro potros como los que él encadenara para hacer miniaturas ó miñangos de cada Tupac-Amarú que resucitara, pretendiendo levantarse con el santo y la limosna. De acalorada discusión entre un francés y un español, supo el criollo deducir la moraleja, y atando cabos don Tadeo (el de Ibarrola), cuya ascendencia y la de la esposa Silveyra y Arrascaete, provenían de los fundadores, inculcó desde entonces sentimientos de patria á los argentinos. Empezaban á despertar algunas opiniones donde no había opinión pública, con las alarmantes noticias que el último galeón acababa de traer en el *cajón de España*. Dieron pronto fruto las glosas de lo que en los salones del virrey se oía, deduciendo moralejas con exhortar en el hogar á su hijo, tan entusiasta señora, al amor á la patria, segunda madre, ampliación del amor á la familia

y afecto por Dios mismo puesto en el corazón del hombre abnegado y sublime, pues defiende, no solo á un hombre, sino que ampara la comunidad de todos los que nacieron sobre un mismo pedazo de la tierra.

Viuda la encontró la aurora de 1810, y su hijo yá en el ejército, cuando se presentó, de las primeras, llevando su óbolo para costear la expedición que nos dió la primera victoria, y ese hijo bien amado, quien tomando las armas por la patria, luciera entre los guerreros de la independencia, esclarecido Coronel don Amadeo Ibarrola. Fallecida en 1834, el aroma de virtudes vertidas á su paso, perfumado há una y otra generación hasta la cuna de sus bisnietos, incrustados en todos su recuerdo, y el de su propaganda, que es el amor á la patria, el más sagrado.

Uno de los adoradores de Napoleón, ha escribo que su hermana Paulina (la Vénus Borghese, de Canova), fué la más hermosa mujer del siglo, como otro panegirista del más lindo de nuestros tiranos llamó á Misia Agustina la más hermosa mujer. Ante colección de antiguos retratos, con mayor verdad podría denominarse la más bella porteña de su tiempo, á la señora Francisca Silveyra de Ibarrola, cuya miniatura de Mr. De Patrie reproducimos, por ser la primera hecha en esta ciudad.

.....

Cierto mamarrachista de antaño, tan anónimo que nunca tuvo nombre, había pasado con anterioridad, dejándonos la colección de Ilustrísimos, á cual peor pintarrajeado, y que hasta el presente decorá la Sala de los Canónigos en nuestra Catedral.



V Í C T O R

(EL BURLÓN)

I

No somos de los que gozan en reir del prójimo, ni aplaudimos la sátira que generalmente ridiculiza sin enseñar, exponiendo faltas y defectos, bien que de otros mayores adolezca frecuentemente el que los señala. La crítica enmienda encaminando. La sátira zahiere ridiculizando. Las heridas de amor propio son las más tardías en ceñrar. No es sólo el Vizconde de Chateaubriand quien



ANTIGUO TEMPLO DE LA MERCED

confiesa nunca le hizo feliz el escritor que malgasta su talento, pretendiendo hacerla delicia de necios, al festejar imbéciles. Con pena oímos al crítico Martínez Villergas, que llegaba al fin de sus días sin tener un amigo. La había cruzado criticando á todo el mundo, lanzando moros y cristianos, así en España como en La Habana; en Méjico, con «El Moro Muza», y entre nosotros, con «Antón Peruiero». Es el resultado natural de los que atraviesan la vida, silbando alegres la solfa de la burla. Los heridos y maltrechos forman, al fin, regimiento.

El ridículo mata, pero no enmienda. ¡Qué confianza puede inspirar el burlón de oficio, dispuesto siempre á sacrificar el mejor amigo por un chiste! Cuán lejos se hallan esos tales de los dispensadores del buen humor, que provocan la risa abierta, sana, espontánea, festiva, granito de sal, dulzor de la vida! Pretender alegrar las horas con la ironía picante é irrascible, que apenas encubre la punta de saeta envenenada, misión muy distinta es á la antigua máxima: «Corregir las costumbres deleitando».

.....

«Victor el burlón», así apodado, no porque naciera en la burlonería andaluza, cuna de toda exageración, sino porque pasó sus días inventando burlas, concluyó en la venganza que provocara. Así termina, por lo regular, el burlón, víctima de su envenenado gracejo!

Sin alejarnos de nuestro barrio, ni salir de una misma cuadra, recordamos haber oído de él, las siguientes hazañas: Cierta día, que acompañaba al general Mansilla, (padre), saliendo del antiguo «Café de Catalanes», como se sintiera éste de pronto descompuesto, frente la puerta del estrecho y oscuro pasadizo (escape de coristas y «primo-donos» del viejo Teatro Argentino), entró, apurado. Esperando á la puerta Víctor, que por la nerviosidad de su temperamento y locuacidad intermitente no podía pasar un momento sin idear travesuras, que aún durmiendo proyectaba, ocurriósele amarrar las anillas de ambas hojas, repiqueteando con el llamador y poniendo piés en polvorosa. Mientras la casera forcejeaba por abrir la puerta, sin conseguirlo, hizole dar vuelta cierto olor, no de rosas, aunque ya tras una hermosa Rozas caracoleaba el corcel de guerra del futuro contendor en el Combate de Obligado. ¡Puede suponerse la situación sin salida, y el apuro en que dejára al pulcro General!

II

Era don Evaristo P., alto, grueso, cejijunto y reposado, asiduo devoto de la Merced, donde á sol y á sombra seguía, no solo la «Salve» los sábados, sino el rosario entero todas

las noches, en su vecina iglesia. Hombre intachable y honrado de una pieza, enchapado á la antigua, jamás por una cuenta llamaron dos veces á su puerta, aunque sí muchas golpeaban, y aún sin llamar, salía á escape, en auxilio de menesterosos, llevando su dinero, su caridad, y lo que valía más, su espontánea asistencia personal.

Tan de pronto trasponía el alto umbral de su ancha puerta, que hasta en cabeza asomaba, pero nunca sin su inseparable pañuelo de seda colorado, en la mano. Sabían todos los pobres de muchas cuadras á la redonda, que en el nudo nunca faltaba un peso, siendo de los benefactores que daban cuanto tenían, y á veces, aún lo que no tenían. Otra inveterada habitud se le había pegado irremisiblemente: al menor roce en postes, esquinas ó ventanas «voladas», como las de su casa, daba un paso atrás, limpiándose con el pañuelo. Observado por el pifión del barrio, comiendo en el «Café de Catalanes», (todavía no era de Migonei», apostó un almuerzo de trece cubiertos, pues como entre ellos había más de un francés, tenía á gracia molestar á éstos, invitando en viernes trece.

—¿A que llevo reculando,—dijo,—desde la bocacalle San Martín á la de la Paz, toda la acera, sin que lo sospeche ni se enoje, el tieso vecino saludador?

Entablada la apuesta, en acecho se puso á la mañana siguiente, sobre el umbral de «Catalanes», mentidero público de la época (aunque no tan público como el de la puerta en la actual Confitería del Aguila), cuando con el grueso bastón puño de oro, bajo el brazo, en una mano el sombrero de copa, y en la otra el inmenso pañuelo, pasaba enjugando su relumbrosa calva. Se le cruzó en media vereda Víctor, interrumpiendo el paso con los más respetuosos saludos, palmeándole cariñosamente, (en el país de la palmadita), al final de cada frase, y deshaciéndose en cumplidos, cuya ironía ni sospechaba el buen señor.

—¿Cómo está usted, señor don Evaristo? ¿Cómo lo pasa usted? ¿Cómo sigue su interesante salud?

—Muy bien amiguito, muchas gracias.

Y daba un paso atrás, limpiándose, según costumbre, donde le habían tocado:

—Aquí estábamos comentando con los compañeros su beneficencia, calculando la cantidad que sumaría, desde que vino al barrio, pues apenas hay pobre ó necesitado, que no esté agradecido á su generosidad.

Y volvía á tocarle Víctor, á dar otro paso á retaguardia don Evaristo, y á pasarse el consabido pañuelo.

—Que la mano izquierda ignore lo que dá la derecha, me enseñó don Rufino Sánchez, desde aquella escuela de la otra cuadra. Por lo demás no llevó cuentas.

—Pues, yo no apunto otras que las que me vienen á pedir, y nunca doy, calculando, nó lo más rico que por ellas me encuentro, sino en cuán pobre sería de haber dado á tantos amigos de mala memoria, que de tal modo olvidan la hora de la devolución, á punto de que nunca llega ésta, perdiéndose siempre, el préstamo y el amigo.

Y otro paso atrás, y nueva repasada

—Pues, mire usted, lo que es á mí, señor don Evaristo, de no ser una que otra paliza, á la que no siempre llego á sacarle cuerpo, nunca me han agradecido ni dado nada, ni siquiera cuando estuve guardando esta puerta,—señalando al pasar la de la anterior aventura.

Y como estribillo inacabable, dejaba caer la mano sobre el brazo de su interlocutor, quien, por costumbre, daba otro paso á retaguardia, sacudiendo su pañuelo. Tantos toques y retoques, á más de una docena ascendieron, de una á otra bocacalle. Por la vereda de enfrente, larga cola iba alargando la de los doce apóstoles de la apuesta, festejantes de la cargosidad del burlón tan charlatán, los que al llegar al poste de la Merced, (cañón que bala en boca, subsiste donde lo tomaron á los ingleses), nutrido palmoteo y aplausos celebró el triunfo de la gracia, sin gracia, con que Víctor burlaba á señor tan respetable.

Y como éstas eran sinnúmero, antes y después de la campaña del Brasil, donde por los chistes, (sal gruesa, que divertía en el cuartel general), más que por heroicas hazañas, llegó á contar galones de capitán; terminaremos, para no

ser tan pesados como él, la tercera hazaña en una misma calle, que por el barrio de las Magdalenas contaba muchas otras.

III

El próximo viernes 13, trece amigos rodeaban opíparo almuerzo, servido en el largo y angosto salón de «Catalanes»! Las honras que se rasguñaron, los hombres en camisa y las mujeres sin ella que desfilaban, superaron en revoltijo, al de ensalada rusa, en mesas donde posteriormente pontificaba el tigre Pizarro, el capitán Mentirola, ó el célebre Pepe Helguerra, trágicamente muerto por broma pa-recida.

De más es recordar que si se comió bien y se bebió mejor, se mintió por los codos, exagerando como andaluces de cepa, sin ninguno presente.

—Somos trece; alguna desgracia va á suceder,—había dicho el oficial francés, que al levantarse de la mesa llamó al ganancioso, diciéndole, con más gravedad de la que la efervescencia del vino provocaba, éstas ó semejantes palabras:

—Señor don Víctor: he oído á usted, entre dos brindis, el nombre de una dama que estimo en mucho. Puede que usted no sepa soy su cortejo. Como extranjero, no estoy al corriente de ciertas costumbres, y haciendo poco arribé, eche anclas ó no en ese puerto, quisiera saber si corro peligro de embicar entre ocultas sirtes. Usted me entiende. Si gasto inútiles galanteos en quien no merece, ó si es digna de toda distinción la joven á quien he sido presentado.

Medio vidriosa la mirada, y algo balbuceante, contestó:

—No venga á aguar lá fiesta con «quid pro quos», semejantes. Pero ya que entre espumas de champañe desliza tal confianza, debo hablar en serio,—dijo. quien pasó toda la vida en broma,—aconsejando á usted se diga: «Dónde vas corazón volvete».

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Que si empieza usted á marearse y para la gente de mar, los mareos en tierra son más fuertes, si comienza verdadè-

ramente á enamorarse de la bella de la calle Esmeralda, cuya fama tiene cierto tinte al color de esa hermosa piedra, va pisando mal, cambie el paso.

—Lo contrario me han asegurado dos de mis compañeros de mesa.

—Entonces, ¿qué le voy á decir? El Diablo ciega á los que quiere perder. ¿Cuándo va usted de visita á esa casa?

—La próxima semana. Me hacen el honor de recibirme los jueves por la noche.

—¿A qué horas acostumbra llegar?

—¡A las ocho!

—Bien! Al toque de ánimas en San Miguel, me encontrará usted en el aposento de tal doncella. Y dando media vuelta se escurrió.

Aunque incrédulo el marino, siempre sereno entre tumbos de tempestad, todo encendido, menos por los repetidos brindis que por tal saeta envenenada, trastabilló un momento, tambaleando, sin caer.

Era Víctor retacón, grueso, de amplio rostro reluciente, tan ligero en el andar como en la ironía de su contestación sin réplica, sonriente siempre, de locuacidad inagotable, sin mal corazón, sin duda, pero sin reflexionar sobre el resultado de sus bromas, por demás pesadas, al soltar la sin hueso. ¡En cuantas ocasiones comprobó lo de: «palabra suelta, no tiene vuelta»:

IV

Y seis días transcurrieron sin acordarse Víctor de la sobremesa; y muy preocupado el ánimo del joven marino, á medio enamorar ó enamorado á medias, de beldad cuyo buen nombre rasguñaba alguno por despecho, y que otros ponderaban como la virtud en persona, como era de verdad.

—Cosas del otro jueves, murmuraron los comensales; y la semana pasaba. ¡Cuán largas son las horas de espera, para quien ama con sinceridad, si la duda asoma.

El jueves llegó, subiendo uno la estrecha y empinada escalera, y descendiendo el otro, precipitado á la eternidad por

los mismos peldaños, que poco antes habían bajado el cadáver de Alvarez, los falsos y traidores amigos que allí le asesinaron.

¡Fatal era aquella escalerita, (Esmeralda número 13), como la mesa de los trece amigos, donde hubo un traidor.

¿Qué había ocasionado tan sangriento desenlace?

Mientras las niñas de la casa esperaban visitas en la sala de balcones á la calle, (antiguos altos de Lafranca), penetró Víctor, ocultándose tras el blanco cortinaje del dormitorio, cuya puerta abría frente á la escalera. Al salvar el último escalón, el novio en proyecto, alcanzó á ver prendiendo un cigarro á Víctor, que, embozándose en su capa, dirigíase á la calle.

Con más precipitación que la deseada, sin duda, tan violento empujón recibió por la espalda, por donde á tantos había herido, que, rodando escaleras abajo, se partió el cráneo en el filo de uno y otro escalón, y al llegar al último, exánime quedó, expirando á pocas horas.

.....

Tal el fin de «Víctor el burlón», siempre dispuesto á bromas pesadas, semejante al de muchos del mismo pronombre que, creyendo burlarse de todos, quedan á la postre burlados, y pasando la vida en broma, sulfúranse á la primera que se les dirige, hasta tropezar al fin de fiestas en alguna, á la fiesta de Víctor parecida.

Había determinado ésta, que, en la duda, el marino francés, si era virtud de verdad la que á sus galanteos correspondía, ofuscado por la pasión que enceguece, no le faltó sangre fría bastante para detenerse á reflexionar, si la niña de sus ilusiones le esperaba amante al lado de la madre, en la sala de todos los jueves, tomando mate alrededor de la copa de bronce, que entibiaba el ambiente, ó si el pérfido burlón se había introducido subversiva y maliciosamente al dormitorio, para comprometer una inocente!

¡Cuántas veces las apariencias acusan!

Descendió el matador tras el muerto, y al interiorizarse al día siguiente que se le perseguía por homicida, cortó anclas, largándose viento en popa á países más fríos, donde la

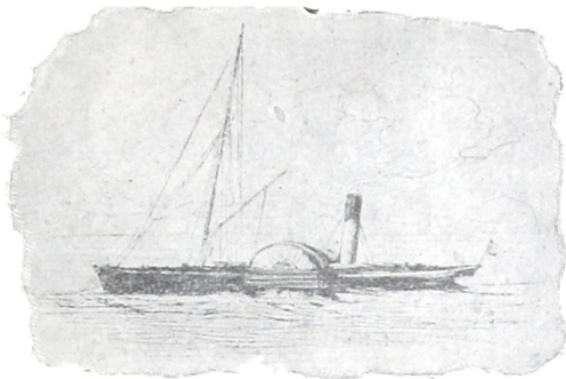
sospecha no mata una inclinación naciente, tal vez donde ni ofuscados por la ira, dán crédito á calumnias sin fundamento.

Quedó sentada y sin visitas, esperando algún tiempo la bella de la calle Esmeralda, suspirando por el ausente, y cuando llegó á saber que, sospechada en su honra, víctima había sido del burlador, triste y abandonada se melancolizó á tal extremo, que en el invierno siguiente, de los trece comensales del viernes 13, once condujeron entre flores la pobre virgen calumniada al cementerio.

¡Oh! si se detuvieran á reflexionar un momento los sempiternos charlatanes de café, cuánto mal causan, sin remedio luego, sus ligerezas; cuántos sufrimientos infinitos y angustias sin consuelo se evitarían! El simple equívoco lanzado como una gracia, cuánto daño produce!

Ningún hombre bien nacido, difamaría la pobre mujer, cuyo mayor tesoro, su única fortuna acaso, es su buen nombre!

Por nuestra parte, nunca nos hicieron reir los que tienen por oficio burlarse de sus semejantes!



EL PRIMER VAPOR EN EL PLATA

EL PRIMER BARCO Á VAPOR

(AÑO 1825)

En el aniversario del arribo del primer barco que navegó á vapor en nuestro río, escribimos la presente tradición.

¿Se acuerdan ustedes cómo, cuando y con quién vino?

Por mucho que interrogamos al más erudito de nuestros higienistas, á quien tan oportuna como espiritualmente se le contestó, en cierto conclave de Obispos, haber sido el Médico de sanidad que llevaba á bordo el arca de Noé, no lo sabía.

Nuevo conclave de marinos y marineros, cargadores, cargantes, prácticos lemanes y eruditos alemanes, reunióse para tan árdua investigación.

—¿Y saben ustedes lo que resultó?

—Pues, resultó que el tal Vaporcito no había llegado. Gente hay que cree no sólo han llegado vapores á nuestro puerto, sino hasta á nuestras calles, y cuasi cuasi, hasta dentro la casa de gobierno, penetrando por sus fondos. El Presidente, sin ser ya el Dr. Pellegrini, estirándose un poco desde su silla presidencial, bien puede alcanzar á dar la mano á los capitanes de buques fondeados al pie del antiguo

Fuerte, donde asomaban sus cañones para impedir la entrada de toda nave.

Como muestra de que vivimos en fraternidad con todo el mundo, flamean aquí los pabellones de todas las naciones, fulgurando el más bello iris de paz.

Al fin de fiestas, comprobado encontrará el curioso lector, de cómo el primer Vapor en nuestro río, no llegó.

Y mientras se descifra tal enigma, como de molde encaja, manita de crónica antigua.

I

Las once y veinte minutos, ni uno más, ni uno menos, daba la campana de Cabildo, en la hermosa mañana del domingo 13 de Noviembre de 1825, cuando salió de este puerto el bergantín á vapor *Druid*, Capitán Bell. Buque, máquina, Capitán y marinería, matrícula y pasajeros, todo era inglés, hasta el aceite para sus tornillos. Apenas el río en que navegaba había escapado de ser, gracias al heroísmo de sus hijos.

Nada extraño era que de popa á proa se oyera sólo el idioma del mar, pues hasta su *sirena* parecía silbar en inglés, según el metal de voz.

Si su Capitán anunciaba mero paseo de ensayo, otra cosa pretendía ensayar Brown, nuestro primer Almirante, en vísperas que su colega, del vecino Imperio, cierto *lobo* lusitano, amenazaba cerrar herméticamente el puerto con la *Tranca do Río da Prata*, goleta gemela del bergantín *Terror dos Mares*, antecesores de los más poderosos navíos del mundo con que se pretende aterrar al presente.

De los tres mil ingleses ya arraigados aquí, trescientos tenían sus familias en esta ciudad, proveyéndose únicamente en las cuarenta casas abiertas de sus peninsulares, apenas treinta de esos valientes rubios se animaron á tomar pasaje.

A poco andar, empezó el balanceo más de lo que las *ladys* lo desearán, pues, ya fuera del puerto, con viento y corriente contrarias, empezó la danza.

En medio del involuntario baile paró de pronto el buque, y con el silencio de la máquina, hiciéronse perceptible murmuraciones *sotto voce*:

—¡No decía yo! apenas servirá esto para arroyitos como los del Tigre; pero no en río, á mar parecido, por su anchurosidad...

Otra tímida dama agregaba:

—«Vamos mal!.. ¡Como no volquemos!..»

Mientras que un *yankee* exclamaba:

—¡Qué han de entender estos ingleses, de invenciones americanas!..»

Vaivén mayúsculo sufrieron algunas, con sus *cuyos* y entremezcladas rodaron bajo la mesa, por el violento balanceo, al virar de bordo.

Había zafado el bote á remolque, y siguiendo corriente abajo, por la estela que dejaba el Vapor, tuvo éste que ir á pescarlo...

Vuelto en sí, el buque, su cría y la pálida viajera semi-desmayada, á quien rubicundo inglesito aproximaba más de lo conveniente el frasco de sales, tomó de nuevo su rumbo, cuando á poco andar, otra parada:.

Nueva sorpresa, y preguntas sin respuestas, y sobresaltos y alarmas. «¡Que pare el buque! ¡Queremos bajar! ¡Esto es de nunca concluir! ¡No gana uno para sustos!... y cien airadas exclamaciones se cruzaban entre los pasajeros agrupados, mientras la música seguía, y á su compás, el ajuste del tornillo en máquina, que andaba, como alguno de sus tripulantes, con los tornillos flojos... Después de tercera y cuarta demora, por lo mismo, en cuatro horas á todo vapor llegó, desde este puerto al de San Isidro, el primer buque á lo mismo, en viaje de ensayo, quedado en *ensayo*.

II

Mientras la banda militar tocaba el Himno argentino, el Capitán invitaba á la mesa con que obsequiara sus primeros pasajeros. No nos ha llegado el *menú* de aquel primer lunch

en Vapor, pero sí, la nómina de los que le devoraron. Nada abre más el apetito que un buen mareo.... pasado.

Brown á la cabecera y el Capitán Bell en la opuesta, atendían á todos, principalmente á media docena de rubias hijas de Albión, intrépidas *turistas*...

La más bella entre ellas, Miss Shéridan, á la derecha del Almirante, hacía notar á éste, que á pesar de ser la mayoría ingleses, sólo tres personas se encontraban que habían visto Vapor antes de salir de Inglaterra. Seguían á uno y otro lado de la cabecera, Mr. O'Brien, Miller, Armstrong, Hanna, Eastmann, Mac-Kinlay, Gowland, White, Parish, Wilde, Robertson, Billingham, Angelis, Wright, Wilson, Leslie, Harrison, Norton, Gibson, Davis, Morgan, Thompson, Harrart, Lynch, Atkison, Brittain, Mac-Dougal, Zimmerman, Klappenbach, Newton, Plowes, Bevans; y entre tantos ingleses, apenas: Rivadavia, Zapiola, Erézcano, el doctor Manuel Belgrano, Riglos, Balcarce, Sarratea, hijos del país. Trás el último brindis de Brown: «Porque los barcos á vapor « sirvan, no sólo para atraer el comercio de todas las na- « ciones, sino también para defender la integridad de la Re- « pública»,—se dió la orden de regreso.

Durante él, y mientras el Capitán contaba al grupo de popa, cómo el *Druid* había llegado á vela, á los sesenta y dos días desde Gibraltar (16 de Junio) hasta la Boca del Riachuelo, donde se le colocó la máquina, su consignatario Robertson explicaba al sabio Bompland, quien como Wilde y Bevans, rodeaban cerca del timón al señor Rivadavia, que, para obtener un buque semejante, se calculaba un costo de tres mil quinientos pesos fuertes, cinco mil para su máquina, mil en carpinteros fijos, trescientos cincuenta en mobiliario y hasta mil seiscientos cincuenta en otros gastos. Agregaba, que cuando se doblara el número de los cuarenta pasajes vendidos, podría reducirse el valor de cinco pesos, por ida y vuelta.

.....

El primer Paquete á vapor establecido diez años más tarde, entre este puerto y el de Montevideo, cobraba una onza

de oro y solía cruzar á todo vapor en tres días, el trayecto que al presente es de ocho horas.

Diez y ocho millones, no más, se han pagado por solo uno de los sesenta barcos de la escuadra argentina; vendiéndose hoy cualquiera de los pequeños vaporcitos de recreo en el Tigre, por los once mil quinientos fuertes que costó el primero, y en veinticinco millones está calculado cada uno de los grandes vapores, cuya construcción se contrata actualmente.

Apenas cinco años transcurridos de aquel en que Fulton ensayara sobre el Hudson el primer vapor, (en el mismo sitio que en día de elecciones en Nueva York, nos enseñaba el sabio doctor Rawson, cómo hubo de ser en Clermont despedazado por la codicia de boteros), un norte-americano obtuvo ya, en 1812, privilegio por diez años, del gobierno argentino para la navegación á vapor.

Fenecido el plazo, sin que nuestras contiendas interminables le dieran tiempo para ensayo tan importante, se opusieron á su renovación los señores Bevans y Wilde en el informe que se les pidió, dictaminando ofrecer tal privilegio á una compañía de accionistas, de mil acciones, á trescientos pesos, colocadas en comerciantes de los puertos de Buenos Aires, Montevideo, Santa Fé, Entre Ríos y Corrientes.

III

Como datos ilustrativos agregaremos, que á Montevideo llegó el primer Vapor, en 1824. Tenía por nombre el propulsor que lo guiaba, y no pudo establecerse como Paquete, por no alcanzar á cubrir sus gastos.

Hacemos notar de pasó, la coincidencia de que el ilustrado literato argentino, José Antonio Miralla, el mismo año del vapor en el Plata, y el 9 de Julio de 1825, hacía viaje de ensayo con el primer barco á vapor que llegó al Puerto de Cartagena. (Colombia).

Solo diez años más tarde, el 11 de Julio de 1835, arribó á Montevideo el *Potomac* de doscientas cuarenta y seis toneladas.

Vendido en aquel puerto, cambió su nombre por el de *Federación*, y su rumbo como el anterior, hácia el Janeiro, pues á los dos meses de establecido Paquete, entre uno y otro puerto del Plata, abandonó su carrera por falta de pasajeros.

Diez años después, el *Fulton*, *Gorgon* y *Firebrand*, fueron los primeros que remontaron las aguas del Paraná, después del combate frente la Estancia de Obligado (1845) y al siguiente, el *Alecto*, vapor de guerra inglés, capitán Sullivan, surcó el Uruguay hasta Paysandú, el Paraná hasta Corrientes, y el Paraguay hásta la Asunción, levantando las mejores cartas de navegación de esos ríos.

En 1849 ingresó á la Escuadra Argentina el primer vapor que, al cambiar de bandera brasilera, cambió su antiguo nombre *Carlota*, por *La Merced*.

Si no fué saludado con banderas y repiques,—como en Montevideo, por toda la población que coronaba azoteas y murallas cuando el primitivo vapor, de efímera aparición, asomó, dejando su nombre en la calle hoy de *Misiones*,—verdadera peregrinación de curiosos atravesaba los barriales de la Boca, para quedarse con ella abierta, admirando la portentosa novedad, á cuya proa y popa asomaban dos cañoncitos liliputienses.

La única devastación que *La Merced* causó, fué en los sauzales de las islas del Paraná, que trasportó á Palermo.

En una de las impaciencias de Rozas, por su larga demora, ordenó que si el vapor no *alzaba vapor*, á pesar de sus doscientos caballos, le mandasen otros tantos de sangre para que lo cuartearan de su varadura.

Con la precipitación, se había colocado al revés alguna pieza de la máquina, por lo que en vez de avanzar, empezó el buque á ir para atrás, Paraná arriba.

Desesperado el maquinista, sube, baja, escudriña; va, anda y tropieza, de babor á estribor, de popa á proa, sin dar en el clavo, hasta que, apagando los fuegos, haciendo, es decir, no haciendo nada, el buque lo hizo todo, y obedeciendo al río (por la ley natural de la corriente que arrastra), trajo á ese vapor, aguas abajo, á son de camalote...

Parece que en otras muchas, andaban las cosas para atrás, en aquella ocasión, sin ser el vapor *La Merced*.

Pero esto sucedía solo por entonces, nó al presente, que, á poco nos mandan á Liverpool á averiguar cuando llegó el primer vapor al Río de la Plata.

¡Tan bien organizados se encuentran los archivos en oficinas de ultramar, de cabotaje, de estadística y de entradas y salidas, capitanías de puertos, subprefecturas y otras yerbas!

IV

El 18 de Junio de 1850, arribaba el vapor americano *Williams J. Peace*, al que llamaron *Palacio blanco* flotante, por el color de los tambores.

Al comprarlo el gobierno de Montevideo, se rebautizó con el nombre de *Uruguay* y fué el que saltó el Salto, navegando el primero en el río de su nombre, hasta Uruguayana, con el hermoso pabellón de las nueve fajas.

En Febrero del año 51, vino el *Esk*, de la Mala Real Inglesa, que conducía los pasajeros desde este puerto hasta el Janeiro, de donde no avanzaban los grandes transatlánticos. En Octubre del mismo año, fondeó aquí el vapor norteamericano *Manuelita Rozas*, destinado á llevar la noticia de la caída del tirano de este nombre, á Montevideo, de donde repatriara el mismo 4 de Febrero, al doctor Alsina, Marmol, Madero, Silveyra y otros. Armado luego en guerra, fué el primero que se llamó *Almirante Brown*, de los tres ó cuatro que conmemoraron nuestro primer marino.

Quince días antes del 3 de Febrero, había llegado el *Co-reo*, después *General Piñto*.

.....
No hacemos crónica de la navegación á vapor en el Plata. Nos limitamos á repetir que el año 1824, arribó el primer vapor á su desembocadura, y al siguiente, salió otro de nuestro puerto, que no llegó á su boca.

Desde la caída del tirano, la libre navegación de los ríos fué un hecho, y el vapor se ha generalizado tanto, que hasta

en los más remotos ríos, la calma perennal y el monótono silencio de sus riberas, es interrumpido por el ruido armonioso del vapor, que alegra y anima las soledades, llevando con sus ecos, los del último progreso hasta los confines de la civilización y aún más allá, civilizando él mismo.

.....

En estricta verdad no fué el *Druid*, el que primero rizara las aguas del Plata, como no fué el *Chile* ni el *Perú*, los que primero navegaron en el Pacífico el año 1840, según se ha afirmado. El *Telica* recibió en Guayaquil máquina y bandera colombiana en 1829. Salió de ese puerto, pero no llegó al del Callao, pues su capitán Metrovich, halló más conveniente hácerlo volar, descargando su pistola sobre un cuñete de pólvora, desesperado por los reclamos de las pasajeras y los desdenes de la más hermosas de ellas.

Explicado queda, cómo el primer vapor en nuestro río, no llegó. Cual el *Telica* en el Guayas, salió de la Boca del Riachuelo, donde al bergantín de vela *Druid* se le agregó la máquina.

Veinte años habían de pasar para que se avanzara un tramo más! Recién en el de 1845, surcó vapor el río Paraná, nó sin antes haber tenido que romper á cañonazos las gruesas cadenas con que el tirano obstruía la entrada de todo progreso.

Como una sola cifra entraña más elocuencia que muchas figuras de retórica, recordamos que la *Revista de Estadística* publicada en Londres el año del Vapor, hace notar que la importación en Buenos Aires ascendía á ochocientas tres mil libras esterlinas anuales, y que solo por su puerto entraban productos ingleses por valor de noventa y seis mil libras más, que por los de Chile, Perú, Colombia y México.

A los ochenta años de aquel hermoso domingo del paseo—¿queréis saber cuántos inmigrantes, cuántas toneladas, cuánto progreso ha introducido el vapor entre nosotros?

Cifras serán éstas detalladas en nuestra próxima tradición, si lector hay que en ellas se interese.

Mucho más rápidamente ha coadyuvado al adelanto humano el invento de Fulton, desde 1807, que cuanto había

avanzado desde el día en que una rama arrastrada por la corriente, diera la primera idea de la navegación.

Todavía no han sido bastante ensalzados estos tres grandes benefactores de la humanidad: *Franklin, Fulton, Edison*.

El vapor ha transformado la tierra, y también las aguas.

El domina la cima y el abismo, perfora la montaña, ensancha los mares y aproxima sus riberas, abreviando el tiempo y la distancia.

El progreso que á él debemos en nuestros usos y costumbres, hábitos y refinamientos, bien merece digna recordación, como el capitán Bell, en el 83.º aniversario de su arribo.

Salvemos del olvido el nombre del buque que hizo conocer á nuestros abuelos la potencia de su máquina, en sus tímidos ensayos hacia la Pensada, donde no llegó, ó á San Isidro, al que no volvió.

¡Gloria al descubridor del vapor, que ha confortado y hermosado la morada del hombre!



EL CORNETA DE AYACUCHO

En el campamento le llamábamos *El corneta de Ayacucho*. Aunque ya en aquella batalla era Sub-teniente, y luego de uno á otro llegó á Teniente Coronel, de todos los que obtuvo, ningun grado le halagaba más que el de *Corneta de Ayacucho*, pues gloriábase haber tocado la última carga, en aquella jornada, donde terminó la dominación española.

Diez años trás de Lavalle, y otros tantos en pós del General Mitre, en más de cuarenta años de activa vida militar, se le vió cruzar todos los campamentos de la Patria, y aún fuera de ésta, en la gran patria americana, con la corneta á la espalda, siempre al galope trás la victoria, que pocas veces le fué esquivá.

En aniversario de esa batalla final, en la que desde el Virrey hasta el último soldado quedaron prisioneros, reproducimos la narración, de sus propios labios recogida, que su foja de servicios comprueba, según nos fué referida la primera noche de vivac en la última guerra nacional. Alrededor del fogón oíanla atentos los Ayudantes del Cuartel general en servicio: Gaspar Campos, Balza, Olavarría, Lamedrid, Carranza, Pacheco, como hacen cuarenta años la reprodujeron los folletines de *La Tribuna*, en nuestros «Cuentos bajo la carpa».

I

El primer día del año 1813, pasaba un esbelto Oficial de Granaderos, alegre y vivaz, cuya satisfacción le salía al ros-

tro, dirigiéndose al cuartel del Retiro. Acababa de ser admitido en el Regimiento que á la sazón formaba San Martín, con instructores tan competentes como Alvear y Zapiola. Hacia el confín de la *Calle del Empedrado*, cruzando el *Puente de Melo*, vió salir de bajo su arco á un muchacho en traje algo descuidado, y á medio vestir. Si por lo bajo le faltaba calzado, por lo alto llevaba tanto cabello enmarañado, que le sobraba cabeza. Trataba de ocultarse entre espesos cicutaes del zanjón, cuando el transeunte le gritó:

—¿Qué haces, muchacho?

—Esconderme.

—¿De quién? Has hecho alguna diablura? Te has birlado algunos cuartos, ó hecho picardigüela mayor? Si padeces persecuciones de la justicia, he aquí á todo un Granadero en comenzamiento, dispuesto á proteger al perseguido, ó desfacer entuertos.

—Nada de eso, señor, yó no soy tuerto,—dijo, y de un salto, cuadrándose le hizo la venia militar.—Es que me trata como á pariente pobre, un mi tío muy cascarrabias, que se ha entrado, como Juan por su casa, en la de mis padres, repartiéndome una punta de guascazos por desayuno, para entrar en calor en las mañanitas frescas, y dándome por todo abrigo de noche, doble ración de lo mismo.

—¡Qué pícaros son los tíos! Bien le recetaría triple carrera de baqueta, al toque de fajina, si estuviera en mi cuartel. ¿Y qué quieres hacer?

—Cualquier cosa que proporcione comer.

—En qué te ocupas?

—De cuanto me ocupan, y cuando nó, atormentando las viejas del barrio con mi corneta, que resuena más en horas de siesta, muy largas en este barrio.

—¿Quieres ser soldado?

—¿Dan de comer en el cuartel?

—No siempre, pero sí reparten membrillazos á los reclutas, cuando no andan listos, ó faltan á lista.

—¡Palo porque bogas y palo porque no bogas! Entre recibirlos del mal genio de los míos, por no hacer nada, ó de otros, por aprender á servir la Patria, casi me decido por és-

tos. Puede que algún día me los saque del cuerpo, devolviendo otros tantos en lomos de mis subaltesños.

—Pues, andando. Aquel es mi cuartel, al que me voy á presentar.

Resultado de este diálogo fué, cierta corneta que empezó á preludiar en 1813, sobre el *Puente Melo*, (cruzamiento de la calle Florida esquina Paraguay) oyéndose todavía cincuenta y cinco años después en la República de este nombre, tocando al asalto de Curupaity.



TENIENTE CORONEL DON JOSÉ OBREGOSO

II

Esa misma mañana, el más bajito Capitán de Granaderos, encargado de la Mayoría del Regimiento; inscribía en el Registro del Cuerpo: *Entradas*: Cadetes, Mariano Necochea, Manuel Escalada, Eugenio Necochea, Mariano Escalada,

Juan Lavalle», agregando como postdata: «Presentado: recluta voluntario, José Obregoso».

Tan humilde hombre del pueblo, nacido en esta parroquia del Socorro, valeroso, honrado, patriota, decidido por toda noble causa, puesta á prueba su lealtad y constancia en la adversidad, y su patriotismo en todas partes, digno es de recuerdo, (admirable tipo de fidelidad), cuyas notas bélicas tanto entusiasmaron en la Argentina y Chile, el Perú y Bolivia, en el Uruguay y Paraguay.

Nacido con el siglo, en sus ochenta y dos años de edad y cien de servicios, supo algo más que tocar las dianas del triunfo, en pos del toque á la carga, que nunca olvidó. Menos son los combates en la extensión de todo el continente americano, en que su lanza no luciera, que los que en su esfuerzo alcanzó condecoraciones, en tal número, que faltaba espacio en el ancho pecho de su casaca militar para otra más.

Los tiempos eran duros y contadas las bancas en la Escuela de la Patria, por lo que no supo firmar su inscripción. Mejor que la pluma, manejaba ¡las armas, desde su primera juventud, y á punta de lanza grabó su nombre en todas partes donde se luchó por la Independencia y la Libertad. Así, el soldado voluntario, tuvo su primer ascenso sobre el campo de batalla en Chacabuco, de Cabo; en Maipú, hubo las ginetas de Sargento, y diez años después de lucirse como *Corneta de Ordenes*, cuya última carga por él tocada, coronó el triunfo, en 1826, alcanzó su galón de Alférez. De Teniente 1.º en 1832, y á fines del mismo año, Ayudante Mayor. Larga fué la tiranía, y también su emigración. De regreso á la Patria en 1856, recibió los despachos de Capitán, en el gobierno del Dr. Obligado. En 1860, de Sargento Mayor, y tres años después, Mayor efectivo. Con tal grado marchó á la guerra del Paraguay, en el Estado Mayor del General Mitre, á quién en Cepeda y Pavón acompañó, regresando de aquella sangrienta y prolongada lucha, con las presillas de Teniente Coronel.

Resumiendo: con Necochea, triunfó en Putaendo y Chacabuco; con D. Eustaquio Frías, en Talcahuano; después

de Cancha-Rayada y Maipú, desembarcó en Pisco, acompañando á Miller en Miravis, Nazca y Pasco; entró triunfante en Lima con San Martín, y combatió á las órdenes de Santa Cruz en Castillos y Callao. Con Lavalle, en Cuenca, Rio Bamba y Pichincha, en el ejército de Sucre. A su lado. luchó en Junín y Ayacucho, después que en Torata y Moquegua fuera herido y prisionero. Regresó con los restos del Ejército á las órdenes del General Martínez (Don Enrique) y, prisionero nuevamente en Yerbal, siguió con Lavalle á Ituzaingó. En Navarro y Puente Marquez peleó al lado de este jefe, y diez años más tarde, al enarbolar *el Coronel de las veinticinco cargas en un día* la bandera de la Cruzada Libertadora, peleó Obregoso en Martín García y el Yerúa, D. Cristóbal y Quebracho Herrado. Cuando de Jujuy, muerto Lavalle, todavía sus restos fueron perseguidos por canibales, ansiando ofrendar al tirano la cabeza del mártir, en aquel pequeño grupo heroico, al lado de D. Félix Frias, secretario y de su hermano D. Estanislao, el más adolescente en esa Cruzada, (último sobreviviente de aquellos patriotas) custodiaba sus fúnebres despojos, continuando la piadosa peregrinación con los Ramos y Lacasa, Madero y el general Pedernera, hasta depositarlos en la Catedral de Potosí. Afírmase en verdad, que tan fiel compañero defendió con lealtad sin igual á Lavalle, desde el primer día de su encuentro, hasta más allá de sus días.

Es la del Teniente Coronel José Obregoso, una foja de servicios como hay pocas. Treinta acciones de guerra, en las que sobre media docena de heridas, recibió treinta y tres condecoraciones, (escudos, medallas, cordones y veneras) con las cuales, la Argentina y Chile, el Perú y el Ecuador, el Uruguay, también el Brasil, en la guerra contra el tirano López, adornaron su peto militar, en mayor número que otro alguno de los soldados de la Independencia.

III

Tenía ya cumplidas sus sesenta y cinco navidades, cuando al grito de guerra de aquel salvaje, que estremeció de indig-

nación aún á los más viejos soldados de otro tiempo, se presentó al General en Jefe, ofreciendo su brazo, todavía con fuerzas, para empuñar una lanza. Le vimos partir, contento y satisfecho de que se le considerara apto todavía para defender la Patria, que por tantos años había servido.

El General-Poeta, á la manera de los griegos, que introducían una columna del antiguo, en el nuevo templo, erijido á Marte, colgando escudos y leyendas de triunfos obtenidos, quiso incrustar este fragmento del antiguo, en el joven ejército, á fin de que hubiera en el nuevo, algo del anterior, como el anillo que eslabona las generaciones en la familia militar. Esta columna viva de nuestras pasadas glorias, marchaba al frente de los nuevos batallones, pendientes de su pecho, medallas, escudos, cordones y condecoraciones, siendo el más anciano en los ejércitos de la triple alianza, considerado como algo sagrado y venerable, cuyo ejemplo alentaba á soldados bisoños.

De él oíamos al calor del fogón, en largas noches de guardia, y en narraciones interminables, la acción y episodios parciales, sobre aquel mismo campo de Ayacucho, de jefes argentinos que descollaron, de Suárez, Olavarría, Pringles, Soler, Quesada, Frías, Otero, Roca, Espinosa, Díaz, Rodríguez, Lucero, Ramirez, Arellano, Martínez, Plaza, Sánchez, Pedernera, y también Obregoso,—agregaba, por no dejarse de contar,—y otros tantos subalternos, entre media docena de uruguayos que allí se distinguieron con Garzón, y hasta tres paraguayos, ayudantes de Bogado, «que los tengo bien contaditos en la lista casi borrada pegada al fondo de la caja de mi corneta de Ayacucho»—decía—y que en el 84 aniversario de ese día feliz para la América, no creemos inútil recordarlos aquí!





SOR MARÍA ANTONIA DE LA PAZ Y FIGUEROA
Fundadora de la Casa de Ejercicios

UNA SANTA ARGENTINA

(TRADICIÓN DE LA ÉPOCA DEL VIRREY ARREDONDO)

¡Éra una santa! Cuántos como nosotros oyeron: «¡Murió en olor de santidad!»

Por el mismo caminito que el año 1745, en pesada carreta tucumana, llegara de Córdoba la abadesa Ana Arregui á fundar el primer monasterio en ésta, cuarenta años después y á paso de mula, venía desde Salta la señora Alquizaleta, á levantar una capilla á Santa Lucía, protectora de ciegos caminantes. A pié y descalza, desde la región de los mistoles, se había adelantado á esta última doña María Antonia de la Paz y Figueroa, caritativa y santiagueña de nacimien-

to, fundadora de la santa Casa de Ejercicios y de otras muchas obras, que á los cien años proyectan destellos luminosos entre nosotros.

Las tres piadosas peregrinas llegaron, sucesivamente, á arrodillarse á la puerta, sin umbral todavía de la primera iglesia á la entrada de esta ciudad (Piedad), que tal sentimiento y nó otro, les traía, implorando al santo de su devoción alcanzar, por su intermedio, el mejor resultado de lo que se proponían. Es fama que la última tuvo allí presentimiento de su éxito. A la derecha del cancel se lee, en su lápida: «La memoria del justo jamás perecerá», y como el más exacto cumplimiento, á los ciento setenta y seis años del nacimiento de sor María, se remueve su memoria y sus virtudes por elevar al cielo tan beatífica misionera de caridad.

La mitad, al menos, de las familias de Santiago, resultan con ella emparentadas, y pues, que no es solo por el barrio de la Concepción donde buenas obras dejó, tradicionamos con gusto lo que hasta nosotros ha llegado á su respecto.

I

El cosmopolitismo, que cual creciente ola avasalladora lo invade todo, y evoluciona en usos y costumbres patriarcales, va esfumando éstas, ya como nubes que se desvanecen. Entre otros recuerdos, la reunión en la antigua Casa Rectoral, platicando al rededor del Cura sus viejos convecinos, sobre lo que de sus abuelos oyeron, y los contertulianos de todas las noches en la botica de la esquina, en cuyas murmuraciones de barrio, extraño no era se aplicara cataplasma ó sinapismo, que levantaba ampolla mayor que los confeccionados por el mancebo de la farmacia. Dentro de poco cumplirá un siglo la botica de Amoedo, decana de todas. Donde se abrió, en 1818, continúa tan acreditada por el padre como por el hijo, pues ni por equivocación despacharon envenenado alguno. Allá por el año... que no queremos precisar, pues no es cosa de sacar á luz á cada rato los muchos que nos agobian, conclave completó congregado había, cierta noche de garúa y mucho frío. En intrincada y fervoro-

sa discusión seguían encaprichados don Ramón Morado y un viejo perulero, que maltrecho por sus arrias de tierra adentro, ubicárase en la carpintería de Márquez, á los fondos del portués Barbosa.

—Ustedes, los porteños, son muy engreidos—decía—y aparatosos en todo, y después de tanto cacarear ninguno se ha ido al cielo hasta ahora, que yo sepa. Nosotros, más pacatos y calladitos, sin tanto fantasear, si hemos dado más de un santo, y con solo San Francisco, Santa Rosa y Santo Toribio, podemos tapar la boca á todos esos santulones que se andan comiendo los santos, sin producir cosa buena.

—Vamos por partes, vecino—replicaba con parsimonia don Ramoncito el petizo—pues si destaramos cuentas, no suman los de ustedes más santos que nosotros. Toribio, el de la esquina, vino de España arzobispo y santo, como Solano. Este predicador del Alto Perú, tanto de ustedes como de nosotros resulta, pues más evangelizó en la vasta región argentina, y en cuanto á la señorita de Flores (Isabel) luego, Santa Rosa de Lima, si los hijos de esta América, siempre galantes (que de hidalgos españoles viene), la proclamaron patrona por bonita, recuerde la exclamación del pontífice Máximo Clemente IX: «¡Limeña y santa, preciso será que lluevan rosas!»

—¡Y rosas llovieron!—contestó el perulero.

—¡Pásemelas para olerlas, que también entre nosotros murieron en olor de santidad el beato Bolaños, brazo derecho de San Francisco Solano; el mártir en Yapeyú, jesuita González, que asaetado y cortada la cabeza, al quemarle, refugia sin derretirse entre las llamas, la santa imágen de la Asunción (plata maciza), que de su pecho no se apartaba, desde que de la capital del Paraguay salió á predicar entre las riberas del Uruguay, Santos eran también...

En esto entró nuestro padrino de pila, don Víctor Silva, Cura de la iglesia de enfrente, é impuesto de la controversia, punto y coma puso á la de ambos contrincantes, refriendo con su mesurada y suave palabra lo que, con otras, más ó menos equivalentes, recordamos después de cincuenta años.

II

—Paz y concordia entre los príncipes cristianos, que los cielos son muy grandes y cabemos todos. Nos preocupamos tan poco de lo de casa, aunque la caridad bien entendida empieza por casa, que, de puertas adentro, ni de santos sabemos—decía.—Miren ustedes: yo no la he alcanzado, pero, viejos vecinos de este barrio cuentan, que la fundadora de esa Casa á la otra cuadra, santa era, y tan altas virtudes y tan buenas obras reunía, que escalera para ascender á lo más alto se formó sin duda. Sembrándolas á puñados, vino recorriendo ciudades y villorrios, en Silípica, Soeoncho, Salavina, Ancaeste, Jujuy, Salta y Tucumán, La Rioja, Santiago y Catamarca, Córdoba, Buenos Aires y luego Montevideo, donde fundó casa sucursal de esta.

Bella, joven, de ingenio y espíritu de bondad infinita, ¡si la rodearían seducciones antes de abandonar las comodidades del hogar paterno! El número de sus loables acciones podían contarse por el de sus días, y de méritos propios basta y sobra con los alcanzados por ese refugio, para decir en verdad: ¡Era una santa! Cuántas almas se abrieron ó se fortificaron en la fé, allí donde ejemplos y palabras, imágenes y pláticas, todo inspiraba devoción y recogimiento. De Santiago salió, y de la celda misma en que á San Francisco Solano se recuerda, rogando la hiciera digna de seguir descalza, la huella de sus sandalias, llegando casi exánime á la iglesia, donde reposan hoy sus restos, reconocidos por el trozo de algarrobo, su báculo y única almohada.

Muchos años se oía desde el alba el chirrido de la carretita limosnera que ella misma guiaba, rodando entre pantanos y arenales de suburbios, y en las afueras, por quintas, chacras y estancias, recogiendo donaciones en especie, de pobres gentes del campo, tan generosas. Se había impuesto ir en busca del humilde gaucho desheredado, y edificar refugio, para que lugar y ocasión hubiere de oír palabras de verdad y consuelo que confortan en los sufrimientos. Jamás desanimó, y en idas y venidas, al través de contratiempos sin fin,

logró levantar ese, donde hace ciento veinte años se dan ejercicios espirituales. Impulsada por la más viva fe y amor al prójimo, enseñó con su ejemplo lecciones vivas de caridad, practicándola á vista de todos.

Desde 1772 se preocupaba de aquellos que quisieren recogerse (en un entreacto á las faenas cotidianas), meditando sobre los remedios del alma. Cuando el Obispo Malvar le concedió licencia para formar la comunidad de Hermanas del Divino Salvador, en la esquina Independencia y Chacabuco, abrió allí el primer retiro.

Requiriéndose muy luego mayor espacio, benefactores que nunca faltaron en la ciudad de las beneficencias, como Pavón, Albertín, Rodríguez, secundaron sus propósitos, donando el terreno, y con la limosna día á día recolectada, en quince años, pudo el de 1795, inaugurar edificio propio, donde abren sus puertas á cuantos en sus pacíficos claustros buscan un consuelo, nunca negado al alma del creyente...

III

Era el canónigo Silva discípulo aventajado del sábio Doctor Alcorta, en cuya aula codeábase con otros tan sobresalientes, como los Dominguez, Guido, Frías, Fernández, Cuenca, Pérez, Irigoyen (Fermín), Obligado, Gaffarot y Balcarce, poeta en cuya lira vibraron dulces notas á la consagración del virtuoso sacerdote.

No tardó la ocasión de poner en práctica las lecciones que del médico filósofo recibiera, y así como el maestro, á sol y á sombra recorría el barrio cerrando heridas, el piadoso médico de almas cerraba heridas que no sangran.

De los viejos vecinos del barrio de la Concepción, por tantos años contertulianos en la renombrada botica de Amoedo, más fácil sería enumerar los que en distintas épocas, desde el año 1818, dejaron de echar su cuarto de hora de palique, primero con el padre, luego con su hijo (don Rafael), quien, á pesar de sus años, sigue regenteándola con la honorabilidad del padre que la fundó. Los más in-

mediatos, como don Feliciano Cavia, don Francisco Rincón, Udaquiola, el benefactor señor Areco—ricos estancieros del Sur—médicos como los Cuenca, del Arca, Malaver, contadores, Leloir, Aldama, Goyena, Vivas y Marin, Casavalle, Jurado, Cárdenas, Flores, Morado, García Zuñiga, García del Molino, y los notables del barrio, en casi un siglo cambiaron allí su palabra, recibiendo tantos remedios de botica, como del alma, expandida en el seno de la más sincera amistad sin doblez.

.....
 Y ampliando la narración del canónigo Silva, agregaremos que, clarovidente se denominaría hoy, á la que, á raíz de la expulsión de los jesuitas, profetizó su-regreso, que á pesar de la oposición del rey de España, de Rivadavia y de Rozas, se realizó en diversas épocas.

Recuérdase, entre otras muchas, ésta su profecía: «De regiones lejanas vendrá una legión de rubios, poniendo todo bajo sus banderas. Pero con la ayuda de Nuestro Señor serán expulsados», cuya realización cumplió un siglo el 12 de Agosto de 1906.

En apuros se encontraba cierto honrado alcabalero, y atribulado había salido al balcón, aspirando las primeras brisas, que desde el río penetraban por la tortuosa y angosta calle Independencia, cuando pasaba picaneando los dos flacos y entecos bueyecitos de su castillo sin toldo, y gritándole desde el pértigo, al verle tan compungido:

— «No se aflija hermano, que más que llave de oro que no siempre abre toda puerta, valen las influencias y súplicas de los buenos. Visite á don Fulano, Zutano y Mengano, que yo voy á rezar para que salga bien del trance que le melancoliza». Y llave de oro, envuelta en oraciones, devolvió la tranquilidad al atribulado, saliendo bien del pantano en que la maledicencia le sumergiera. ¡Cuántas veces una esperanza á tiempo es el mejor confortativo!

Admirando en nuestra última visita á la Casa de Ejercicios el precioso *Altar de la Virreyna*, se nos refirió este origen de su procedencia. En otra de sus matinales incursiones, paró frente á la iglesia de la Piedad. Compungido y lloro-

so, todo cubierto por el polvo del camino, hincado y rezando en la misma puerta sin umbral, donde ella se arrodilló á la entrada á esta ciudad, tropezó con un anciano, en ferviente oración. Sorprendido éste por el bondadoso acento que cual brisa acariciadora trajera á su oído estas palabras, llenas de suavidad y dulzura: «No se afija, hermano, vaya con Dios, que El y mi Manuelito han de sacar con bien al inocente. Confíe en éste (señalando el nicho del Niño-Dios, que todos los sábados paseaba limosneando). Me voy á poner á rezar por usted».

Nada menos era un virrey destituido que del Perú venía, citado á *juicio de residencia* ante la corte de Madrid. La justicia tarda, pero al fin triunfa, y ese pariente de San Francisco, don Manuel Márquez de Guirior, que resultó más limpio que patena, virrey de Granada y del Perú, calumniado por el inicuo Areche, visitador de real hacienda, aunque inocente, no pudo regresar á Lima, que á los más fuertes quebrantan sinsabores. La noticia de su inculpabilidad arribó, juntamente con la de su muerte, y cuando la ex-virreyna viuda resolvió regresar á Bogotá, en memoria de lo mucho que le había consolado la profecía de sor María, primera palabra que oyera en ésta, envió el altar de su Oratorio particular para la *Casa de Ejercicios*, cuya fábrica adelantaba.

IV

Y, sin duda, que ésta fué su grande obra, á milagro considerada, pues que en época de tanta pobreza, no solo sin auxilio oficial, sino hasta con oposición de unos y desdén de otros, quedó fundada bajo el mismo reglamento, que ciento diez años há rige la casa de recogidas, esta por que han pasado más de veinte mil almas reconciliadas con la virtud. *La iluminada* le llama la tradición, y de tan ilustre abolengo era María Antonia de la Paz y Figueroa, que en vísperas de su consagración en los altares, la mayor parte de la antigua sociedad de Santiago, la forman sus deudos: Olaechea, Alcorta, Achával, Frías, Borges, Gorostiaga, Gallo, Iramain,

García, Ocampo, Taboada, Bedoya, Santillán. Hasta el mismo fundador de la ciudad de Esteco se cuenta en su ascendencia. De más subidos quilates que la virtud entre cristales, guardada en celda cerrada y sellada, estimamos la que entre peligros cruza los zarzales del camino, prosiguiendo misión de caridad, sin renunciar al mundo, que en él se encuentran los vicios á combatir. Sor María frecuentaba cárceles, cruzando barrios de mala fama, sin abandonar en el triste y frío aislamiento que hunde más y más á la mujer caída. Así ambas virtudes forman la aureola de esta nuestra santa compatriota, que orilló vía resbaladiza sin vacilar, apoyándose como báculo, en la Cruz que á todos sostiene, y esparciendo en el claustro con el vivo ejemplo de su caridad, el perfume de su alma, cual esencia que alienta á lo bueno. Muchas obras dejó, pero, sobre todas, y la de más benéficos resultados, esta *Casa de Ejercicios* levantada con limosnas que personalmente recolectaba, sin auxilio oficial hasta hoy, y donde tantos miles de personas fueron socorridas, sin gravámen de nadie. Más de treinta mil niños deben su primera educación al asilo, dentro el que falleció su fundadora, en olor de santidad el 8 de Marzo de 1799.

.....

Del barrio de la Concepción suele con desdén hacer referencia algún cronista de otros andurriales, pero nó recordar que él fué santificado con la presencia de la bienaventurada argentina, cuyas obras de caridad, después de cien años, la conmemoran digna de beatificación. Comprobando que de esa parroquia, de Buenos Aires, de la República toda, ha traspasado sus fronteras, la fama de su excelsa virtud, al salir del nuevo edificio en ensanche, encontramos la beata portera, traduciendo del inglés páginas publicadas en Londres, que ya en Roma y en Francia, en *El Estandarte de la mujer fuerte*, Juarez, Peramas, Vergara, jesuitas que habían presenciado en Córdoba la vida y milagros de *Maria Antonia de San José*, publicaron, antes que se hubiese dado á la estampa la menor biografía de esta santa compatriota.

¡Bien platicaba el virtuoso canónigo Doctor don Víctor Silva, que tratándose de cosas de casa, ni de las más santas nos

preocupamos! ¡Hasta hoy en el olvido, que es una segunda muerte, el paso de tan meritísima benefactora, por calles donde alumbran aún resplandores de su hermosa alma, tan llena de abnegación!

.....

N. B.—Impresa esta tradición, nos llega noticia de Roma, (por el Señor Ministro Argentino ante la Santa Sede) haberse aprobado ya el expediente de beatificación de María Antonia de la Paz y Figueroa, presentada por nuestro Prelado.



JOSÉ RODRIGUEZ
El del Canal de San Fernando
á los 80 años

MUSIÑA

(EL DEL CANAL)

I

El cuadro militar ya estaba formado. Soldados de chiripá y gorros de manga arrollados lo estrechaban por sus cuatro costados, en el campamento de Santos Lugares. Un hombre fuerte, robusto, en toda la plenitud de la vida, avanzaba paso á paso, triste y macilento, al son de pesados grillos, desde la Crujía hacia el Cementerio, trás el cual se divisaba

el banquillo y á su lado el verdugo, de pie é inmovil, de uniforme colorado como toda la tropa, jefes y oficiales, que hacían de verdugos del tirano.

La hora de la ejecución sonaba, y el patibulario se aproximó á vendar los ojos del condenado. Este, más muerto que vivo, dió un grito desesperante, rechazando la venda. En aquel año negro de 1840 no se gastaban muchos trámites en las diarias fusilatinas, y ya con el práctico á bordo, la absolución,—solo faltaba un paso para emprender el largo viaje sin vuelta.

¿Quién era aquél para el cual se había preparado todo con tanto orden y minuciosidad, faltando solo su voluntad de morir?

.....
Acusado de contrabandista, encontraba la muerte precisamente por haber salvado de ella á muchos honrados ciudadanos, que escapaban de la tiranía de Rozas.

¡Pobre José Rodríguez! ¿En cuántas familias evitó huérfanos, de los que confiaron su última esperanza á la vela blanca de su ballenera más velera?

Era este buen hombre, mixto de gallego y portugués, dueño de dos ó tres barquichuelos, prosperando en su comercio de leña y fruta de las Islas. Pero lo que más ganancia le producía era, sin duda, la fuga de *unitarios* que transportaba á la costa Oriental, ya al Carmelo, las Vacas ó la Colonia, donde el general Paz, Somellera, Barros Pazos, Ocampo, Muzlera y otros, les habían precedido. Al regresar de una de estas travesías peligrosas, fué apresado y conducido á Santos Lugares. Allí, sin más preámbulo, se le condenó á ser pasado por las armas. En aquel momento que le apuntaban cuatro tiradores, cruzaba por casualidad el Mayor Reyes, y al divisarle sobre su caballo blanco lanzó el condenado un grito desesperante.

Acercóse don Antonio preguntando: «¿Quién es?» Informado por el Jefe del piquete, vago recuerdo relampagueó en su mente, y aproximándose al reo, que le había reconocido, dijo: «¿Me conoces?» A la contestación afirmativa de Rodríguez, agregó: «Tú eres, entonces, el gallego que me facili-

tó unas onzas en momentos de apuro? Como no soy ingrato, voy á salvarte del mal trance».

Y ordenando fuera conducido á la Mayoría, devoivió en el acto el dinero prestado, aconsejándole no siguiera tan peligroso tráfico pasando unitarios á la otra Banda. Bien que muchas de las barcadas de duraznos ó leña que aseguraba ser lo único que transportaba, de tan buena madera resultó, como don Carlos Tejedor, Benito Carrasco, Carlos Eguía, Enrique Lafuente, Daniel Torres, Comandante Rocha y el señor don Diego Arana, quien tantas horas amargas en la emigración aletargaba, con acompañamientos de su piano en el que resonaba de continuo el Himno Nacional, en toda conmemoración patria, sobre cualquier zona que se encontrara.

Ese acto que no podemos dejar de aplaudir en el Mayor don Antonino Reyes, como los esfuerzos que hasta el último momento hizo por salvar la desventurada Camila, el escape de don Cayetano Lenz y otros prisioneros del Quebracho, persuádenos ser cierto que en su triste situación, más de una vez morigeró sufrimientos de muchos que gemían en la Crujía de Santos Lugares. Es de justicia juzgar á los hombres según la situación en que figuraron. ¡Quién se animaba, no ya á faltar al cumplimiento, ni siquiera á demorar un instante las órdenes del tirano?

Sacado del banquillo Rodriguez, alias *Musiña*, pudo el comandante Sagasta recomponer el pandero, y que no pasaran por carboneros isleños los que á lo lejos parecían de color unitario, desembarcados en la otra Banda.

II

Después de siete meses de purgatorio en Santos Lugares, Reyes lo presentó á Rozas, para entretener á Su Excelencia el *Gobernador*, pues *Musiña* era un buen tocador de flauta y bailarín de muñeira. Llegó á Palermo todavía con la cadena al pié, y como Manuelita Rozas compadecida, se interesaba todos los días porque le pusieran en libertad, entre las diabluras de don Juan Manuel motivó ese pobre hombre la siguiente, menos mala, sin duda, que la que produjo la muer-

te de un otro su compadre. Valiente como pocos, en defensa de la Santa causa de la Federación, ese honrado paisano tenía horror á todo bicho venenoso, desde que le picó una víbora. Mientras seesteaba bajo el ombú, se le hizo enroscar un reptil muerto, sobre la bota de potro, pinchándole fuertemente con una larga picana. Al incorporarse, medio dormido, espantado ante la alimaña de su obsesión, cayó muerto de miedo. Gracia semejante repitió, en otra ocasión, con un diplomático.

Cierto día que *Musiña* tocaba la flauta á la sombra del aromero del perdón (único subsistente en Palermo), mandó Rozas llamar á su hija, ordenando al pobre gallego bailara la muñeira.

—Perdone V. E., pero no puedo señor, con el fierrito este que no me deja libre las chiquisuelas.

—¿No puede? Aquí se puede todo lo que yo mando. ¡Baile aunque no pueda!

Y se reprodujo lo de *tocó la flauta por casualidad*, pues al dar el primer paso, la cadena se desprendió del tobillo. Rozas se puso furioso, aparentó miedo, diciendo que sin duda había roto los grillos, conspirando algún plan para asesinarle. Pero intercediendo la piadosa Manuelita, volvió sobre sí, agregando, al serenarse:

—¡Es verdad! Bien puede ser esto un milagro de Santiago ó San Benito. ¡Milagro es, sin duda! Y como buen creyente, ordeno tu libertad.

Manuela Rozas, la buena hija cariñosa, abrazó á su padre, tan reácio á toda ternura filial, que no se recuerda recibiera el beso paterno en toda su vida. Fué nombrado capatáz de todos los peones que trabajaban en Palermo. De más está explicar que el mismo Don Juan había hecho saltar el candado, en un descuido de *Musiña*. Cuando Rozas le permitió volver á San Fernando, su hija insistía quedase al servicio de sus jardines, prefiriendo *Musiña* interponer la mayor distancia de los Santos Lugares de su martirio.

Y como en este mundo, tarde ó temprano, todo tiene compensación, cotejando fechas, vinimos á descubrir la que no

faltó en aquel acto bueno de un hombre malo. Bajo la pica-zón de la azotaina de membrillazos á son de *musinga* á Juan Cuello, soldado de la División en Palermo, acechaba éste emboscado cerca la estaca de *Pico blanco*, resuelto á vengarse, hundiéndole á Rozas su facón cuando, según costumbre, se acercara á palmejar sus parejeros.

Demorando por el baile la visita matinal, y cansado de esperar, el arrojado compadrito se limitó á saltar sobre su mejor caballo burlando mucho tiempo la persecución de los seides del tirano. Dos ó tres falsos Cuellos fusilaron por equivocación, ó sin duda para persuadir á los soldados de que nadie burlaba las órdenes. El desertor seguía campeando por sus respetos, hasta que, mucho después, apresado en el Azul, enviaron á Palermo el auténtico Juan Cuello, desde donde siguió, sin el de su apellido, al camposanto.

III

Por lo regular, una buena acción genera otra. Todavía, quince años después, resonaba eco de gratitud en el corazón de Rodriguez, que coadyuvó con éxito á salvar á su salvador.

Con el andar del tiempo se dió vuelta la taba, y en tal cambio, quien quedó nó mucho más distante del patíbulo, á cuyo asiento no llegara Rodriguez, fué don Antonino Reyes. Sentenciado á muerte, no obstante la elocuente defensa del doctor Esteves Saguí, su buena esposa rodeada de ocho pequeñuelos, acudía á todos los tribunales. Cansada de llamar á la puerta y al corazón de los magistrados, implorando gracia, llegó al pago, donde por muchos años fué su marido Comandante General del Departamento.

¡Cuántas veces el hombre no es tan malo como lo pintan! ¡Cuántas otras aparenta serlo, mientras angustiosas circunstancias sofocan movimientos de un corazón bien puesto!

Más de un agradecido salió al camino, á consolar la desolada madre. Pero cuando llegó á oídos de Rodriguez (que si alguna vez vaciló su cabeza, serenada por el tiempo, siempre tuvo firme el corazón), acogióndola en su rancho, y en-

terado de su situación desesperante, dió por toda respuesta:

—Si hay un peligro que correr por mi *Comendante* Don Antonino, aquí estoy yo. Disponga mi señora de cuanto pueda y valga.

Entonces buscando medios de acudir á tiempo, mandó llamar un otro de sus convecinos, que también debía servicios á Reyes, y combinando un plan dió por resultado que cierta obscura noche de tempestad, durmiera el preso en su calabozo, pero no despertara en él. Por arte de birlibirloque había volado con su centinela de vista, que no era otro que el soldado Rojas, buscado por Rodriguez.

Ya nonagenario, el día del centenario de San Fernando, al adelantarse á saludar á otra *joven* de aquel vecindario, de ciento once años, doña Juana G. de Castro, única superviviente de las fundadoras, fué arrollado por el miriñaque de la locomotora del Ferrocarril Central Argentino. A pesar dei encontrón, manteníase derecho como uno de los altos álamos que él plantó en ese canal.

Gallego de nacimiento y argentino por afección, radicado allí desde el año 1835, tuvo la felicidad de salvar milagrosamente de otros accidentes, aunque con algunas magulladuras.

Era allí conocido con el apodo de *Musiña*, que le venía por ser su palabra favorita, y cuando veía criaturas, amenazábalas encrespando su nudoso garrote, inseparable compañero, á más de media docena de perros, tan flacos como él que, cual sombra al cuerpo, le seguían por todas partes. La muchichanga con signos de alegría, gritábale: *¡Musiña, ahí viene Musiña, qué linda musaña!*

Tipo popular en las arenosas calles del animado pueblito, al fin de sus días creemos digno de señalarle al recuerdo y la gratitud de los hijos y nietos de los unitarios, que prefirieron alejarse de la patria donde el déspota imperaba, para regresar trayendo la libertad en la punta de las bayonetas que relucieron en Caseros. Cerca de allí surge una floreciente población dentro de las ruinas de Santos Lugares ó campamento de martirio, donde fué sentenciado este hombre que acaba de morir.

La fotografía que reproducimos, ya de alguna anterioridad, no representa menos envejecido que lo decaído, desde el fallecimiento de la buena esposa que le ha cuidado tantos años. Costó obtenerla en su descuido, como el de la otra centenaria de San Isidro, señora Florentina Ituarte de Costa. Sin la ingeniosidad de la mulatita, tirando para atrás la sombrilla, al regresar del baño en el río, cuando emboscado entre los hermosos rosales de su jardín la enfocaban, para obtener una instantánea original en movimiento, (de anciana beldad, á sus ciento cinco años) subiendo barrancas sin bastón. Nunca *Musiña* permitió le apuntara el objetivo fotográfico. Lo apartaba, apuntando él á su vez, con el largo bastón, diciendo: « ¡A mí... tun tun... ¡Santos Lugares! » cual si hubiera quedado indeleblemente estampada en su cerebro la escena del banquillo, que el buen rapto del mayor Reyes le salvó.

Entre los dicharachos de campamento se le habían grabado desde los Santos Lugares, en tan repetidas azotainas que oía cada diana, aplicadas á soldados, ladrones ó borrachos, el que á cada paso repetía:

Al toque de diana
Le darán mañana
Al cabo más Caco,
Musinga y tabaco.

IV

Querido y respetado por todos, lo ha sido especialmente por la honorable familia Almeyra. En la antigua Quinta del primer Médico de este nombre, padre y abuelo de médicos y filántropos, se hallaban años ha, mateando bajo secular ombú D. Francisco de Paula y D. Hilarión Almeyra, cirujanos del ejército, como su colega el sabio Dr. Muñiz. También hacía rueda el doctor D. Manuel Porcel de Peralta, vecino de la localidad, la que cerraba el General *cabeza de mate*, el Coronel *mandíbula de plata* y el Comandante *pierna de palo*. No crean nuestros lectores que revistamos momias del museo patológico, que con aplaudido afán coleccionó nuestro

sábío amigo D. Francisco de Paula Moreno. Todos ellos restos patriotas eran á la sazón de carne y hueso; ya su polvo confundido con el de la tierra que defendieron. Herido el doctor Muñiz en 1807 por los ingleses, lo había sido cincuenta y dos años después sobre el campo de batalla, en ocasión de cerrar heridas que el plomo fratricida abría. En cuanto al Doctor Almeyra, antes de substituir con blanco metal la mandíbula del único superviviente en el *Combate del Palmar*, de sus siete hermanos, General Francia, tuvo que agregar un nuevo *mate* al General de las diez y ocho heridas D. Gregorio Aráoz de La Madrid, y una nueva pierna de palo á la ya muy pesada del Comandante Sotelo.

Era refiriéndose á éstos, por lo que al pasar gesticulando en el caminito cuesta abajo, *Musiña*, el del Canal de San Fernando, agregó el doctor Almeyra:

—Muchas piernas, caras y cabezas he compuesto, pero la de aquel pobre hombre que pasa hablando solo, no he conseguido componer del todo. ¡He ahí una de tantas víctimas de las barbaridades de Rozas!

Fluye también, como lógica deducción, la moraleja, en lo que á *Musiña* se refiere, de que siempre es bueno hacer bien sin mirar á quien; y que aún en los genios más perversos aparecer suelen horas de calma. Así Manuelita Rozas, el ángel bueno de Palermo, espiando el momento de expansión, trás crisis pasada en el genio diabólico del padre, supo con mimo infinito, ternura filial y caridad cristiana, substraer del peligro á más de uno de los perseguidos.

Al entrar Rodriguez en la eternidad, bien merece un recuerdo piadoso el que salvó más de uno, exponiéndose personalmente, legando ejemplo de cómo la gratitud del pobre, suele inspirar más socorros á tiempo, que el dinero del rico. ¡Cuán hermoso es el sentimiento de gratitud que nos impele á estimar y corresponder el beneficio recibido. En la antigüedad, la ingratitud era reputada como uno de los mayores crímenes en el corazón humano.

Pero, la antigüedad. ¡la antigüedad y sus deificaciones, pasaron yá de moda,... por antiguas!



IGLESIA MATRIZ Y CABILDO DE CATAMARCA

EL ESTUDIANTE DE CATAMARCA

I

Hileras de bronceadas cholitas, á camino de hormigas parecido, iban y venían, unas tras otras, por la esquina de la Iglesia de la Matriz, en la ciudad de Catamarca, calle abajo hácia el Convento de San Francisco, cierta hermosa mañana del año 1825, tan calurosa como las que desde su invención achicharraban á los Calchaquíes.

Todo era movimiento incesante, encontrones, llamadas, gritos, rezongos y atropellos de entrantes y salientes, por la ancha puerta de vieja casa solariega, vecina al vetusto Convento, tropezando apeñuscadas las que con algo entraban, y saliendo todas con las manos vacías.

El continuo vaiven de idas y venidas desde la sala, prolongábase á los aposentos, dormitorios, corredores, patios, del primero al segundo, á la huerta, al corral, rebalsando del zaguán á la vereda, corrillos que á lo largo se derramaban, desgranándose luego chinas y mulatillas por la vereda, mientras que en media calle, mulas, arrieros, petacas, alforjas y aparejos se apeñuscaban en confusión.

Un viejo capatáz cinchaba la mulita carguera, tapada la

cabeza con el poncho para que no protestara de abultada carga que se le ajustaría; á tiempo que el movimiento de aquella casa, ponía en movimiento nó solo el barrio y sus alrededores, sino la ciudad toda, y la población entera del Valle Viejo.

Ni el terrible caudillo de La Rioja asomaba las narices por su frontera, ni por donde la primitiva población de Lóndres vigilara ambos valles, (para lo que fué en buena altura fundada en la opuesta orilla), ni la tierra de Salta movíase, siquiera en uno de esos temblorcitos vergonzantes, que por entonces hacía salir de sus casillas, ó de su altar, la venerable imágen del Señor de los temblores, y al presente, pretesto suelen ser para obtener ferrðcarriles y uno ó dos milloncejos de indemnizaciones que se esfuman como nubes de verano.

Qué causaba tan inusitada agitación, en las pacíficas costumbres de la microscópica capital mediterránea, monótona é inmóvil en sus largas siestas de infernal estío?

Mientras sábios astrólogos se engolfan en observaciones, si sería bólido ó meteoro, lo que semejante comezón originara, ajusta como anillo al dedo, el parrafito histórico de ordenanza.

II

Había en la antigua ciudad de Catamarca, un Convento viejo como ella, que con ella nació, y tan movible como su Capital.

Se levantó la primera fundación por los años de 1605, en lugar denominado *San Juan Bautista de la ribera de Lóndres*, y á la sombra del Hospicio, se cobijaron los padrecitos del cordón blanco. Por órden de Cabrera, fundador de Córdoba, colgaron allí su blanco nido, si bien les era prohibido llevar ó arrullar blancas palomas, se trasplantó la población á Pomán. Allá fué á lomo de mula el Convento de San Francisco de Catamarca, sin el Santo, pero con todos sus conventuales. Todavía, y en un tercer salto, á paso de

mula, fué trasladado (1633) al otro Valle, y á él le siguió «San Francisco», donde si envejece por un lado, rejuvenece por otro, Convento en reedificación, como todos sus congéneres.

Cuentan que las bellas hijas de aquel hermoso Valle, un tantico inconstantes, así en sus apasionamientos como en sus devociones, cambiaron éstas, con los años, por la de la Virgen del Valle; pero sus hombres buenos, los más ilustres catamarqueños, no olvidan á San Francisco y su frailería.

Razón hay para ese recuerdo, pues si no llegó á ser nido de sábios, más de la mitad de los mitrados que andan cache-teando sietemesinos por toda la República, discípulos aventajados son de su ilustre claustro.

¡Qué de intelectos en eflorescencia se abrieron bajo sus bóvedas, y en los alrededores de su pretil! El que no llegó á santo ó poco menos, salió beato, bienaventurado, ó beatificado, y hasta mártires, como Avellaneda y sus compañeros.

Hombres de ciencia y de conciencia, todas las virtudes tenían en ellos cabida, y á todas sus obras de caridad agregaban el sello de una mansedumbre y bondad atrayentes. Uno de ellos, noble y de la más antigua estirpe castellana, arrojado por tempestades del corazón á ese ameno Valle siempre en calma, se hizo lego portero, y á pesar de su alcurnia é inteligencia, nunca quiso pasar de la portería, ni de la *Cartilla ó Catón Cristiano*, que enseñaba á los niños pobres. Otro célebre teólogo entró jóven á la celda, de la que sólo salió para el camposanto trás de la Iglesia, pero su oscuro rincón se transformó en foco luminoso por los respaldores de su inteligencia, acudiendo á sus consejos, desde el más humilde hasta el más encumbrado.

En los alborés de la Independencia, con los estudios mayores, se plantearon allí los de teología y filosofía, siendo el primer lector de ésta, el padre fray Ciriaco Valdivieso. A fray Juan Arrecheverroa, maestro inolvidable de primeras letras, le seguía el padrecito fray Angel Díaz, notable silogista de réplicas en latín. Alternaba en su cátedra con fray Juan Fernández, lector de filosofía, el erudito fray Cristóbal

García, que lo era de teología, y el nó menos sábio Santi-
bañez, rector del Noviciado.

Pero, entre todos, el que más profunda huella ha dejado por su enseñanza y ejemplo, fué el virtuosísimo Padre Quintana (fray Ramón), maestro en diversos ramos y especialmente de Gramática Latina cerca de cuarenta años. Desde el Capítulo Provincial en la Observancia de Buenos Aires, (1805 hasta 1810), fué nombrado maestro de Gramática y Retórica para esta Recoleta, y ya entonces, guardián del referido Convento de Catamarca, con el calificativo de *lector*.

III

No solo escuela de Obispos salió de su Escuela; los ilustrísimos Rizo, Segura, Esquiú, Achával y los que en otros años ocuparon silla episcopal en Salta, Paraná, Córdoba y San Juan, sino también entre las futuras personalidades de tres generaciones, educadas allí, por su sapiencia, descollaron los Zavalías, Alcortas, Navarros, Dulces, Avellanedas, Ocampos, Ruso y el eximio economista señor don Pedro Agote.

Los numerosos hijos intelectuales del célebre Padre Quintana, esparcieron semillas de virtud y honorabilidad por toda la República. Fué un sábio y un santo, y aunque de mansedumbre infinita, no le faltó energía para protestar contra el sacrificio de Dulce. El pronosticó en el Padre Esquiú, uno de los más elocuentes oradores sagrados, honra del clero argentino, con la misma clarividencia que anunciara el talento descollante del más minúsculo de sus discípulos, Márkos Avellaneda, desde el día en que, para elevarlo, se levantó en el exámen para ponerle su propio banco de pies. Optimo latinista, quería sobresaliera también del borde de la Cátedra, el futuro mártir de la libertad, tan pequeño en estatura como grande de espíritu.

Se refiere en la biografía que el señor Correa publicó en Catamarca, que á punto de ser enterrado vivo en uno de sus prolongados accidentes, hizo voto de profesar en

la Comunidad del Santo de su devoción, á quien se encomendó en aquel ataque de catalepsia, caminito al Cementerio.

No volviendo á repetirle esos letargos prolongados, á muerte parecidos, cumplió su voto; y si no encontró cura del asma en aquel cálido Valle, Cura de almas y de muchas otras dolamas, fué en él por largos años.

Este era el mismísimo Padre que entraba á la casa de nuestro cuento, donde escena, por demás pacífica, contrastaba con el movimiento del día siguiente.

—Yá el ahijado confesó, y mañana será la misa de buen viaje,—dijo al sentarse. De regular estatura, grueso, cara bonachona con pausado andar, venía de una de las visitas de tarde á que salía sin manteo, suelto el hábito de *barchila*, tejido por las beatas vecinas del Convento, sombrero de *jipijapa* de anchas alas, inseparable bastón burdo y cigarrillo de chala. Llegaba cansado de echar bendiciones á cuanto muchacho encontraba al paso, más besoteado por los mismos el blanco cordón de la Orden, que su ancha manga, si bien no era fraile de manga ancha.

Se aproximaba el Reverendo al telar de esa trigueña Margarita, que entre uno y otro mate hacía correr el ovillo de lana, al través de los hilos de la urdimbre, que los rizos movían alternativamente, ó golpeaban con la pala la trama, formando poco á poco el poncho de vicuña para el viaje, en momentos que el travieso estudiante de lustrosas mejillas, tan sonrosadas, como las que encendía en la primita, alejábase precipitadamente, declamando con mayor énfasis el siguiente discurso llegado por el último correo, en *La Gaceta* de Buenos Aires.

.....

«¿Dónde podrá fijarse el último eslabón de esa cadena de bienes que empieza del momento en que la beneficencia del Gobierno decretó nuestra educación? ¿Qué habríamos sido, si no se nos hubiera arrancado del poder de la ignorancia y las preocupaciones, para ponernos en el sendero que conduce á la felicidad y á la gloria? ¿Cuál será el termómetro con que debe graduarse la elevación, ó la fuerza de la in-

fluencia que la presente generación ejerza sobre la suerte y destinos de la posteridad? Vos que sois, señor Ministro, (lo era el Señor Rivadavia) el autor de estos sentimientos, trazad el cuadro de la dicha que nos preparáis sobre lo futuro; de los bienes incalculables que la Nación Argentina recojerá de la ilustración y moralidad de sus hijos, reunidos hoy en este lugar. Lisonjéaos en la idea de una juventud, destinada á estrechar los vínculos de aquella unión que la Revolución creó, y que la anarquía había casi enteramente roto, de una generación preparada por vos, para hacer fecundizar el germen de la civilización que esa misma Revolución introdujo».

.....

Y el orador en ciernes, seguía la peroración y sus paseos bajo el corredor, alejándose más de la tejedora, así que el visitante se acercaba, y aproximándosele cuando su Pater-nidad volvía la espalda, al dar la bendición á cuantos á recibirla iban saliendo, siendo de los primeros el *pelao* de la abuela, y el cuzco de la tía..

IV

Esto era ni más ni menos lo único que llegara y toda la causa del movimiento: entradas, salidas y confusión del día anterior. Habíase recibido un discurso de Don Angel Navarro, (posteriormente nuestro ilustrado catedrático de Derecho en la Universidad de Buenos Aires), que produjo tanto bien á la instrucción en Catamarca, como la influencia del virtuoso Padre Quintana.

La primera intención del Gobierno de Buenos Aires, para que mandasen seis jóvenes, de cada Provincia, que serían gratuitamente educados, poco apetito despertó. Eso de enviar jóvenes al Colejio, desde Jujuy ó Catamarca, tenía más de un bemol. La distancia, los indios, y también los cristianos, que no lo parecían, herejes, masones y otras yerbas, sumaban muchos peligros.

.....

—No, vidita,—decía la ignorante madre cariñosa, cubrien-

do de besos, al oprimir contra su pecho el hijo que creía ya arrebatado por la atracción y deslumbramiento de la gran Capital. Ni aunque me paguen, te dejaré ir; primero huaso aquí, que perdido allá.

A cuyas reflexiones solía agregarse en los consejos de familia, la de algún tío á la antigua:—¿Pues qué, sólo en Buenos Aires se hacen sabios? Más hombres prácticos y útiles ha dado nuestro Convento de San Francisco, que toda la sarta de teólogos salidos de Córdoba y las Provincias de abajo, á enredar el pandero.

El mundo marcha; con el tiempo fué modificado poco á poco tan retrógrado criterio, y la adversión á los porteños dispulsándose, como toda repulsión sin causa.

.....
Ensayado se había en tal camino, Aberastain, (el buey paciente), Salas, Albarracin, y un estudiante, por lo menos, de cada Provincia escrito primores á su familia, de esa flamante fábrica de sabios, inaugurada bajo el nombre de «Colegio de Ciencias Morales».

No fué la última en llegar con diarios, cartas y descripciones de la solemnidad de los últimos exámenes, la correspondencia del inteligente joven Navarro. Catorce encantadoras niñitas vestidas de blanco y celeste, representando las catorce provincias, entonaron la inspirada poesía de Don Florencio Varela, puesto su himno en música por el compositor argentino Don Pedro Esnaola. Eran las primeras huerfanitas recogidas por la patriótica iniciativa de Rivadavia, en el Colegio de Huérfanas, puestas bajo la dirección de la Sociedad de Beneficencia fundada por él. Don Angel Navarro, catamarqueño, había pronunciado el elocuente discurso que tal conmoción produjo en su lejana Provincia, cuyos aplausos fueron á despertar la simpatía por estudios mayores. Entre otras bellas cosas, declamaba el amartelado primo, con entusiasmo, los períodos más elocuentes que al oído, demasiado al oído de su *cuya*, le estaba repitiendo antes de la aparición del Padre Quintana....

No hubo más. El consejo de familia lo había resuelto, y

agraciado con la beca, el niño Crucito iba al Colegio, y su viaje desde la ciudad de los Calchaquies, más sonado fué que la gran campanada, y más largos que él, sus preparativos.

.....

Al entrar el Padre al amplio patio rodeado de corredores, que labrados pilares de algarrobo sostenían, cruzaba bajo los naranjos la cholita del coscorrón, destilando perlas, el jarro de plata rebosante de agua cristalina, que sacara del gran tinajón de barro, enterrado hasta la mitad en el rincón de la madre selva. No fué ésta, ni la china del mate de plata con labores de piquería, y palomitas por orejas, que le trajeron, al aproximar la ancha silla de paja, quienes primero le anunciaron, sino la catita de la señora que cotorreó claramente: «La bendición su Paternidad!» Este grito repetido, sobresalía sobre los ladridos de perros que, disparando hácia adentro, fueron á despertar á otro muy principal miembro de la familia. No bien devolvía el visitante su primer mate, cuando á refregarse en la saya con olor á incienso, vino morrongueando el gran gato de madre señora.

Como el cuzco lanudo y el *pelao*, gran personaje era aquel perezoso de la casa, tomando sol todo el día sobre el chuce, pues ya ni las ratas que se reían en sus barbas, atrapaba en su ancianidad. Opuestas escenas de actividad repetíanse en el interior de la casa. Mientras el burrito de la carga entraba solo á la cocina, en su viaje cotidiano, acarreado los barrilitos del agua, la cocinera dejaba caer pausadamente la mano de piedra, sobre el clásico mortero pisando el maíz para el locro y la mazamorra de día por medio saltando lluvia de dorados granos, disputados por patos, gansos, gallinas y todo un enjambre *de fruta de corral*. Más al fondo de la huerta de duraznos, y la viña rodeada de álamos; cercados de tunas revestidas de enredaderas y flor de loconte, (de característico perfume) la gran olla hirviendo al aire libre en la que se hacía el jabón, con grasa de las matanzas y ceniza de jume; en otra, la corteza de sauce para preparar el color que tiñe las madejas de hilo de lana. Como vigilando el cocimiento, pero con más ojeadas que á la olla, á la *pirca* semi-

derrumbada, por la que acostumbraba saltar el arriero de despedida, grupos de chinas hilaban con la *pushicana* ú ovillando el hilo, mientras hacían girar el muchacho.

Un zorzal y dos cardenales desde sus jaulas de caña, colgadas á los sauces, animaban con alegres cantos aquel cuadro lleno de vida y movimiento; mientras el sábio Padre Quintana, repetía que el joven viajero había hecho ya la confesión y repartiéndose las invitaciones para la solemne misa del viaje, en el altar de la milagrosa imágen de Nuestra Señora del Valle.

.....

Seguía entrando la inacabable procesión de chinas, cada una con distinto regalito, é igual recado para su Merced. Cajoncitos de pasas de uvas de esas tan sabrosas, que en largos cañizos, altos noques ó sobre ramadas, secaba todo el año su tía Jaboriana. Huahúas, burritos, palomas y otros representantes de la fauna vallista, hechos de orejón de los ricos duraznos que sus tías abuelas, misía Anfiloquia, Estaurófila y Uzenda, le enviaban desde Pomán, en cuya finca, tan vieja como ellas, no se morían de viejas. Duro queso de cabra con agí, envío del capatáz del puesto de Singuet, don Rogaciano y de su buena mujer la india Barbarita, que lo cargó cuando chico. El indispensable barrilito de lo añejo, de viñedos del Fuerte, que su padrino don Estratón le remitía, junto con una pila de ticholos de membrillos, de esos tan duros y agradables que solo allí fabrican, y en cuya confección su señora doña Agua-Santa empleara tres días y tres noches con su china vieja la Eufrasia. Botellas de arlope de uva, más dulce que el almíbar, como caramelo de espeso, desde Santa María habían llegado intactas, sin quebrarse en la malhadada cuesta del Roble, gracias á la proligidad de doña Telésfora que las envolviera en lana al ponerlas en el retobo. Ponchos pугos contra el frío, frezadones gruesos y pesadísimos como los de Tulumba, y un corte de traje de fino barracán salido de habilidosas manos de la Auristela.

V

La iglesia estaba llena, hallándose representadas, á más de las familias de los regalos, las de Zurita, Acuña, Ortiz, Rivas, Carranza, Tula Herrera, Mota, Botello, Ruso, Lascano, en fin, lo más granado de aquella población sin granados.

En la misa cantada al compás de violines y triangulito, se dió la comunión al joven neófito, y en el momento solemne, la piadosa madre cristiana á quien se le partía el corazón viendo partir á su hijo, hizo un voto á la milagrosa Virgen del Valle, que sería rigurosamente cumplido, entre una docena de cirios, gruesos como un puño, alumbrando su altar, el día de su regreso bueno y sano, sino muy sábio, siempre buen cristiano...

.....

A la vuelta, acompañado en procesión por gran número de oyentes de la misa de despedida, todavía encontró sobre mesa de mantel largo, en el ámplio comedor, pila enorme de gallinas y fiambres, arrollados, amasijos de pan, bizcochos y tortas, y hasta dulce de tuna y patay, licor de uva, chifles con chicha, que debían despacharse en la primera pascana; á más de la bolsita de chuchoca, regalo de la Doro-tea, para hacer buen locro, y de varios mazos de tabaco criollo y paquetes de fina chala, que las primas habían preparado, eligiéndolas en la *pirgua*, ó granero de la casa. Esto último para regalar á sus condiscípulos mayores, ó compañeros de encuentro, pues los niños en Catamarca no fumaban, por entonces, ni se dejaban fumar, muy distintos de los que luego vinieron al mundo por estos pagos, con gran trabuco encendido, declarando al echar humo por boca y narices: «Ya no hay niños!» Todo fué bien acondicionado dentro numerosas petacas flamantes de cuero crudo, trabajadas por don Protasio, mayordomo de las Estancias de Aconquija. Pero qué! si la lista era más larga que rosario ó corona de cinco misterios, y víveres hubo para viaje hasta

el otro mundo, al que hoy se arriba en la mitad del tiempo que por entonces se empleaba de Catamarca á la Capital.

No sólo de las familias Castillos, Quinteros, Omil, Mauvasin, Bustamante, Molina, Centeno, Espeche, Aramburú, Luna, llegaban obsequios sin fin, pues todas le enviaban recuerdos en diversas formas con igual posdata: «Para que se acuerde el viajero de las niñas de la casa», aún de Pilsiado, Mistraneo, Pisypanaco, Andalgalá, Amanao, Mulquin, le obsequiaron con especialidades de cada pueblo ó lugar.

Si vizca parecía la Virgen del Valle por haberle despinado un ojo la humedad, que el Capellán de la misma le mandaba, ricos eran en sederías los corazones entre llamas y escapularios bordados por la misma tía Abadesa. El niño Crucito, como de familia muy principal, tenía por lo menos un tío en cada Parroquia y dos ó tres pares de tías en cada Beaterio. Influencia religiosa, agregada á la política y militar de su larga parentela, fué la que discernió la beca de ese año, al sobrino del Gobernador, casualidad que se repetía en doce de las catorce provincias...

Para acomodar las provisiones del inteligente jóven Don Juan de la †, que luego resultó eximio latinista, hallábanse reunidas todas las vecinas en el largo corredor, mientras que el colegial repasaba la lista reglamentaria: «Frac negro, pañuelo blanco para el cuello, chaqueta de bayetón, capote idem y gorrita de mano. Seis camisas de Bretaña, seis pares de calceta, dos tiradores de algodón y una despabiladera, Ejercicio Cotidiano y canuto con agujas, hilo y sedá.

Estos y otros pocos objetos completaban el equipo de un alumno del Colegio de Ciencias Morales, en el que se refundió el de La Unión, por decreto de Mayo de 1823 y aunque su primer Rector Don Miguel Belgrano, advertía á los jóvenes de provincia agraciados con la beca, que el Estado costeaba todo, don Angel Navarro, encargado de la alocución en los primeros exámenes, había escrito á Catamarca que conveniente era no se presentaran del todo desprovistos, hijos de familias bien, ni con las manos vacías.

Con el último candil que al venir el día se apagaba en la concurrida Cacharpaya, bailoteo de chicha, aloja y yerbaos,

indispensable en las tres noches antes de emprender viaje, con que las chinas y comadres despedían al capatáz don Crisóstomo, y sus arrieros, haciéndoles cien encargues, besoteado y lagrimeado por todas, saltó Crucito sobre su mula de paso, regalo del padre de una su prima que quedó llorando, por él mismo elegida entre la tropa apartada para la última fèria de Sumalao.

Ya con el piá en el estribo, apareció la vieja Barbarita con su perro canela cojeando detrás, á colgarle á su niño el escapulario de nuestra Señora del Buen Viaje, diciéndole al abrazarle entre sèponcios:

—Toma para que te acuerdes de tu madre vieja, y no olvides las devociones que te he enseñado desde chiquito, cuando aprendías el Bendito en mis faldas. Yo todas las noches rezaré una Salve á la Virgen, porque te vuelva con bien...

Era la más antigua sirvienta de la casa, que había creado á la madre y al hijo, ama seca de dos generaciones, pues que en Catamarca las madres no transigen que sus hijos se amamanten en otro, que el seno maternal... Y cargado de rosarios y escapularios, de bendiciones de Cura y lágrimitas de muchas, también él, medio quebrantado y enternecido por la tocante escena, tiró el último beso á la madre que lloraba sobre el umbral. Saliendo á escape, sin mirar para atrás, caminito de las postas, subiendo y bajando sierras y montañas sin fin, hácia la ciudad de los porteños, que abría las puertas de sus Colegios á todos los ávidos de ciencia, en época que sus hijos ya no tenían, como antes, que subir á beberla en las frías mesetas de Chuquisaca...

Por entonces todos se creían agraciados con la *beca*. Nó un individuo, ni la familia sola del favorecido, el pueblo, la provincia entera, mostrábase reconocida, y en las sencillas costumbres patriarcales de esos tiempos, todos se afanaban para que nada faltara al elegido, que volvería á dar lustre á su provincia natal.

.....

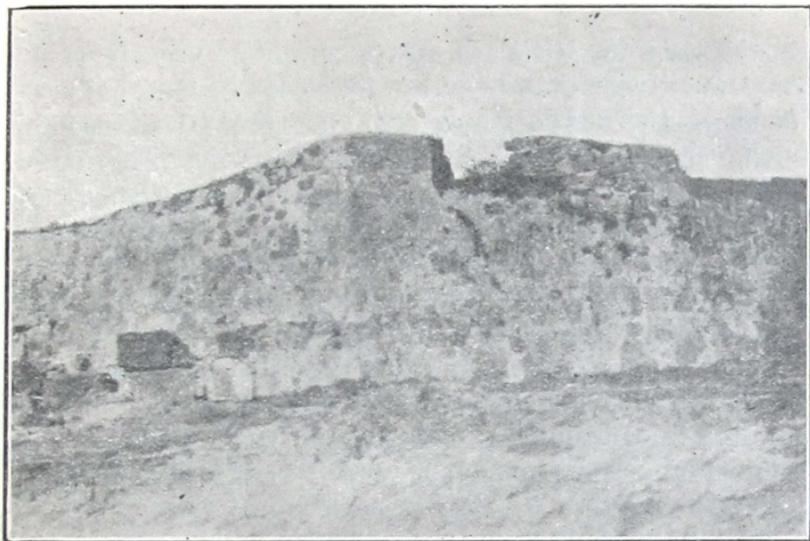
En este Colegio se educó un número considerable de jóvenes pertenecientes á todas las provincias. En él se uniformaron en ideas y sentimientos, y adquirieron un temple moral

que no ha contribuido poco á salvar la situación de la República, durante la reacción del despotismo, contra las instituciones creadas en Buenos Aires. Avellaneda, Dulce, Ocampo, Navarro, Olmos, Villafañe, Segura, Cubas, Agote, Arias, Saravia, García, Villanueva, Ledesma, Castellanos, Díaz Gari, Herrera, Correa, Ocampo, Aberastain, Salas, Albarracín, Pico, Araujo, no fueron los únicos jóvenes provincianos que empezaron aquí la educación física, moral y científica, continuando muchos de ellos en la Universidad. Desde el primer año de su fundación (1823) concurrieron cien jóvenes, hasta siete años después, en que los adictos de Rozas preparaban la Restauración, cerrando sus puertas.

En los días subsiguientes al terrible año 20, en que los caudillos del interior (y también los de casa) precipitaron á dos pasos de su ruina la nacionalidad, cuando más se acusaba de separatista á Buenos Aires, y autoridad alguna investía la representación de la República, relajados todos los vínculos de las Provincias Unidas, el Gobierno de ésta, estendía el único invisible, pero inquebrantable vínculo, que á la larga volvió á estrechar en cariñoso abrazo las catorce hermanas.



TEJEDORAS CATAMARQUEÑAS



TRONERA EN LA BATERÍA «SAN PEDRO». MURALLAS DE LA COLONIA
(Año 1777)

LA COLONIA DEL SACRAMENTO

.....
La Colonia, y sus mismas murallas
Del tirano, en la Banda Oriental
Son letreros eternos que dicen:
«¡Aquí el brazo argentino triunfó!»

Resonando estos écos de gloria, que privilegio es de poetas dejar grabados en el corazón acentos del alma, surcábamos el Plata magestuoso, cuan inmenso se extiende, desembarcando al pie de las mismas murallas conmemoradas en nuestro Himno Nacional. ¡Pasaron los tiempos en que éste se cantaba en una y otra ribera de pueblos, luchando por la libertad bajo una misma banderal!

Anchas murallas de piedra, tan dura como el granito, sobre que descuella la hermosa ciudad de la Colonia, protegíanla con menos eficacia, que el valor de sus propios hijos

la salvaguarda. No es su único adelanto observar, cómo corazones bien puestos, son los que mejor abroquelan el recinto sagrado de la patria, y grato es comprobar el natural afecto nativo que ha sabido convertir un nido de contrabandistas, en nuestro daño formado, en pensil de generosos sentimientos que hermanan. ¡Cuántas veces llevaron sobre las olas del río que nos une, la ola de nuestros infortunios, brazos abiertos se extendieron para recibirlos! ¡Cuán cierto es que poco apreciamos, lo que poco conocemos! No es la armonía de casas y monumentos más ó menos simétricos, sino la armonía de sentimientos lo que atrae por la suprema belleza de la bondad. Siempre apreciamos cada pueblo (el conjunto de sus hombres), por los más descollantes.

.....

Impelíanos cierto vago remordimiento de turista en no haber llegado á visitar la antigua Colonia sobre el río de nuestro nacimiento, (que desde nuestro hogar alzado en su ribera de enfrente, solemos divisar, en sus bajantes), después de haber viajado por este mundo y el otro. A desvanecerlo arribábamos con otros cultores de las letras, que también cultivan la antigüedad en la tradición ó la patria Historia, removiendo quebrajeadas piedras, que hablan á quien sabe interrogarlas. De su interesante reportaje, referirán el activo Director del Museo Histórico, señor Carranza; el ilustrado jefe del Archivo general de la Nación señor J. J. Biedma y el no menos erudito bibliógrafo é historiador, Doctor Quesada. Simple nota de tan amena visita de vecindad, son estas reminiscencias.

.....

Subiendo por la ancha y recta avenida que asciende desde el muelle nuevo, algún antiguo vecino exclamó: «Esa fué la casa de Rivadavia», y los incursionistas argentinos se descubrieron ante la morada donde el primer Presidente fué á expiar el crimen de su gloria, habiéndose anticipado á su época en ensayos de progresos que hoy se realizan. De aquí salió al ostracismo, del que no volyiera sino dentro la urna cineraria, en el tardío día de su apoteosis. Una cuadra más adelante, indicaron: «Aquí vivió el general Lavalle, naciendo

do bajo este techo su última hija, benefactora ejemplar que sigue esparciendo obras de beneficencia, y á la que, solo por breves momentos, al bravo guerrero de medio mundo americano le fué dado acariciar, la señora Dolores Lavalle de Lavalle, que Dios conserve aún largos años». Los viajeros saludaron el hogar de donde partió á la Cruzada Libertadora, y más allá, el refugio del General Paz, y á la vuelta, antigua casa del Gobernador, donde Liniers pernoctó en noches sin sueño, organizando los *Auxiliares* que de la otra banda acudieron á la expulsión del invasor extranjero.

Con la primera emigración fueron acogidos cariñosamente D. Valentin Gómez, Agüero, y viejos unitarios, como en la segunda, el General Iriarte, los Coroneles Suarez, Olavarría y Barros Pazos, Ocampo, Somellera, Lafuente, Torres y otros muchos. ¡Por todas partes, huella de argentinos! ¡Cuántas madres llegaron á seguir meciendo allí la cuna de sus hijos sin padre!

De una en otra recordación, visitada la iglesia de altas torres, tres veces reconstruida sobre el antiguo solar, cuyas campanas doblaron por tantos argentinos, y antes de penetrar á la Escuela, donde el alma de una generación se abre á más sonriente porvenir; contigua á la morada de la poesía que cantó:

«Rivadavia fundó las escuelas
Donde el niño se educa y aprende.»

llegamos á la histórica brecha, contemplando ruinas de la antigua ciudad.

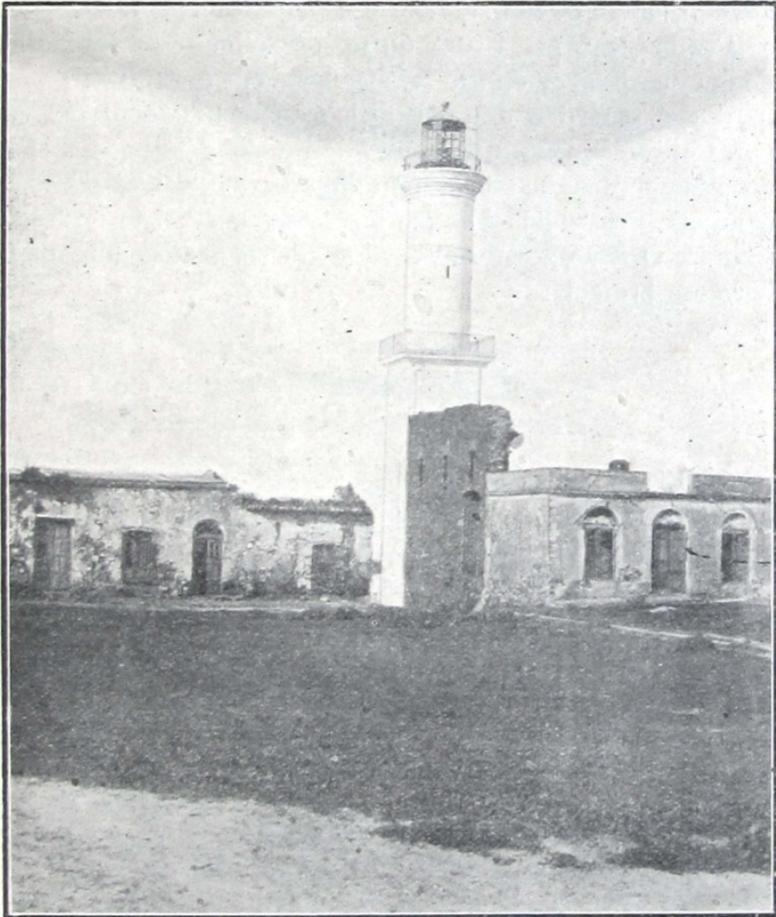
Sabido es que, habiendo salido bien don Pedro de Portugal en la aventura de arrebatarse la corona y la mujer, á su hermano Alfonso, y pretendiendo hacer lo mismo en sus dominios, mandó al Maestre de campo Lobo, (mal lobo en el campo) á que fundara esta población (1680), ventanita abierta para curiosear el vecindario. Siete veces retomada, otras tantas la mandó devolver el manso Alfonso. Apenas sintiera el Gobernador Garro que andaban moros por la costa, confió á mejor Maestre, Vera y Mujica, su expulsión, regresando con el primer trofeo, en entrada triunfal á Buenos Aires la bandera portuguesa, que al perder un brazo arre-

bató otro vecino de Santa Fé, capitán Vera (ascendiente del actual Jefe político de la Colonia), que todos los Vera provienen verdaderamente de los fundadores del Paraguay. Menos tardaban los bravos soldados en asaltar la triple muralla del recinto, por que tanta sangre se derramó, que en llegar nueva órden del Rey devolviendo la codiciada Colonia. ¡Cuán en poco se tuvo en todo tiempo la sangre de los hijos de esta tierra!

Por todas partes se encuentran rastros de plaza fortificada. Grueso cañón sosteniendo vetusta esquina de piedra, el mismo que desde la batería alta fijaba con el alcance de su tiro el perímetro limitado á las tropas portuguesas. Subterráneo, á viaducto romano parecido, en dura piedra abierto, recuerda la fuga de *valientes* siempre á escape. Bastiones derruidos, muros desartillados. Al presente progresistas vecinos con piedras de las propias ruinas, se afanan en modernizar la blanca ciudad, que desde lejos brilla cual limpia tacita de plata. La hermosa Casa del Pueblo de altos, (Junta Económica), la Jefatura resaltando su bello templete árabe, el Hotel de dos pisos, Club Social frente á la espaciosa plaza, adornada de árboles en flor, y otras edificaciones, revisten de nuevo la ciudad, rodeada de un cinto de quintas y huertas, que anteceden á grandes establecimientos rurales, riqueza de su campaña. En ella se introdujeron las primeras *merinas*, creándose cabañas que hasta hoy prosperan. Aún se recuerdan la estancia de «Los Ombúes», fundada por el general Lavalle, donde el gobierno decretó Colonia, como la «Colonia Suiza» y la del «Rosario», «Los galpones», «Estancia de los ingleses», en la que se asoció Brown con Mr. Hines (hijo de Jorge IV) y anterior á ella la muy descollante de Sheridan, estancias que fueron de Bustamante, Plomer, Ocampo, Larravide, Maseda, Palacios, Moreno y otras modernas, en el más rico departamento de la jóven República del Uruguay.

En época lejana, y en sus inmediaciones, se plantó el primer grano de trigo á las riberas del Plata, por el Capitán Caro (1527), de la expedición de Solís, y en tierra donde no solo el trigo germina, también los más nobles sentimientos

que florecen en todo corazón bien puesto. La víspera del arribo, había llegado desde Norte América, nuestro amigo, ministro Buchanan, con el solo objeto de visitar al norteamericano más antiguo que prospera en esa campaña,



FARO EN LA COLONIA DEL SACRAMENTO

treinta años ligado á su amistad. Cierta otra californiana (Mrs. Martins), desde tan lejana región legó un buen monton de dólares, á una su amiga de la Colonia, que nunca vió, á quien conociera solo por correspondencia. Tan viva

amistad había inspirado sus cartas, desbordantes de sentimiento, de talento y bondad. Casos no únicos de amistosa longevidad. Hace cuarenta años encontramos en el camino de la verdad y de la buena voluntad, á una de las ilustradas hijas de la Colonia, nacida cerca del «nido de bellezas orientales» cantado por el melancólico poeta de «Los consuelos». Sincero y respetuoso afecto que por tan largo tiempo perdura, en época de las amistades fugaces.

Al caer la tarde y al través de la azulada humareda del Vapor, tornasolada el sol poniente, divisábamos agitarse manos amigas que nos recibieron con tanto cariño, y alejándose la nave que nos volvía á la patria, desde la acera de enfrente (Banda Oriental), hacíamos votos por la realización de la hermosa profecía:

«¡La unión del oriental y el argentino
que en mis ensueños vi!



UN VAN-DYCK

(EN BUENOS AIRES)

I

Alcanzamos una época en que todo se fasifica, imita ó simula.

No sólo las letras de cambio y los vinos de San Juan, en la calle de este nombre, sino los sentimientos más delicados y aún las piedras más duras.

El reciente plebiscito sobre disminución de la amistad, sacado á plaza por periódicos europeos, acaba de tener su confirmación en el escrutinio efectuado por la prensa norteamericana.

Ya no hay amistad. Apenas restos, grosera imitación.

En el siglo del vapor, todo se evapora. El correo es anticuado, la targeta postal sustituyó á la epístola, el cablegrama al telégrafo, y al hilo eléctrico el telégrafo sin hilos. En camño van las ondas eléctricas de ser avasalladas por el perfeccionamiento telepático, rápido como el pensamiento, en época de mercantilismo, en que todo se tasa á tanto la hora.

Como los sentimientos no se cotizan, no hay tiempo para expansiones sentimentales, y en la misma hora en que se transforma el rubí en brillante, los más brillantes sentimientos se volatilizan. A propósito del desvalijamiento en las iglesias de Francia, de cuadros, ofrendas, ex votos, en oportunidad que el telégrafo trasmite la desaparición de un Cristo de Van-Dyck (Catedral de Nôtre Dame en Courtrai) viene á los puntos de nuestra pluma otro Cristo (Van-Dick au-

téntico) colgado en esta Metropolitana, antes de ser metropolitana.

En ciertas familias antiguas, á quienes llegaron imágenes de más ó menos mérito en el siglo XVIII, al fallecimiento del jefe, las donaban á su iglesia parroquial. No escaseaban limosnas bastantes para levantar templos monumentales, mucho menos para obtener imágenes de los principales artistas. Con lo que se paga hoy por un *Rafael*, pudo entonces comprarse todas las producciones de su divino pincel.

.....

Quebrajeado y lleno de polvo, hasta ochenta años ha, veíase un Cristo de Van-Dyck sobre el altar, á la izquierda, entrando por la puerta lateral de la Catedral. No *Cristo Crucificado*, ni en su *Descendimiento*, pero sí, coronada su hermosa cabeza de espinas. La sangre que de éstas corría, le desfiguraba menos, que telarañas y polvo por incuria del sacristán acumulados. Con todo, la mirada de mansedumbre, tan dulce y suave que animara el genio del gran artista, atraía devotas y contritas, arrodilladas al pié del ara.

He aquí como llegó hasta nosotros el cuadro del discípulo predilecto de Rubens.

II

Un virrey buen mozo y un tantico enamorado, que desempeñaba en la Corte empleo de confianza cerca de la reina María Luisa, descendía al subir el célebre Godoy, siendo el primer decreto que firmó el nuevo privado, destierro de su predecesor, al más lejano virreinato, cargado de cruces y medallas, veneras, cordones y colgajos.

Y si la de Portugal, Cristo de plata prendió en su uniforme al declararle Caballero de esa Orden, al desprenderse de su mayordomía la Reina de España, entre dares y preseas, le agració con otro Cristo, que sin ser del precioso metal, valía más que plata maciza, y aún le hizo cargar con la cruz de su suegro, Carlos III.

Andando los tiempos fué éste el Virrey que se volvió

hormiga—más propiamente hormiguero—según quedó comprobado al levantar la blanca lápida que cubría sus restos, desde 1798, al pie de otra gran obra artística (Gobelino auténtico), bajo el coro de las Clarisas.

Galante en su juventud borrascosa, disipó sus juveniles años en aventuras tenorianas, por ende su devoción á San Juan, y su senectud al devocionario. Dispuso fueran sus restos cuidados por las vírgenes del Señor, y el Cristo de su amable soberana, colgado en el altar contiguo al del Cristo de Buenos Aires.

No por ser un Cristo de yapa resultó de pacotilla. Rehusando recibir del célebre pintor flamenco los monjes Agustinos de Amberes, su admirable San Agustin, pintado como de encargo, pretextando que el ropage demasiado claro era contrario á la orden (por más que el artista alegara que el tostado africano, había de haber usado blancos hábitos, pues siempre reinó calor africano en Cartago), los Santos Padres sostenían su negativa. Y antes de convertir lo claro en oscuro, que para su mejor efecto había agregado el pintor, como el pago diluirse parecía en tintas más claras, desvanecerse ó perderse de vista,—cual al presente la hombría de bien en tratos y tratas de blancos y africanos,—ingenióse Van-Dyck, ofreciendo un Cristo, más tarde vendido en precio mayor al que él recibiera por ambos cuadros. Transportado á España por un jefe de los tercios de Flandes, le obsequió al Príncipe, el mismo que desprendido de la capilla del real palacio, regalara la reina al desprenderse de los brazos de Melo, de Portugal.

III

Habitaba por aquellos días en una de las casitas de la Catedral, (actual remate Massini) una de esas místicas, pálidas, escuálidas, casi transparentes por la oración y perpétuo ayuno, doncellas á su pesar, que después de haber pasado sus floridos años esperando al que no llega, quedan para vestir santos, pero sin rosarse con las de esa otra cofradía:—de

mañana beatas y á la noche gatas—dedicadas á cuidar altares y sotanas viejas de Padrecitos jóvenes.

Era Micaelita Miró la encargada de aquél, y tenía por devoción matinal, concurrir á la *de alba*, misa en el contiguo altar del Cristo de Buenos Aires, y como postdata obligada en el que fuera confiado á sus primores de aguja, vainillas y encajes, deteníase en larga meditación y arrobamiento, del que ni el monaguillo más buen mozo la distraía.

¡Cuál sería la sorpresa de esta mística, cierta nublada mañana, que del sitio acostumbrado observaba la Miró, yá el Cristo no la miró como antes! Se parara, avanzara á un lado, ú otro, por delante, por detrás, las miradas del Cristo no caían sobre sus miradas, como pór tantos años sucediera.

—Señor, ¿será que todavía me hallo en pecado? He confesado todo, lo del Cura, los guiños del sacristán y hasta del crucifixeró, á quien llegué una vez á pegarle el botón de la sotana bajando los ojos.

Y con su pasito corto, de hormiguita colorada, trotó á la sacristía, en cuya puerta apareció su Padre de espíritu, exclamando toda sobrecogida:

—¡Milagro! ¡Milagro! Señor! que el Cristo ya no me mira—dijo la Miró.

—Habrás apartado hija, tus pasos del buen camino, ó puesto tus ojos en otro, si el Salvador aparta de tí su piadosa mirada.

—¡No! Padre. De mucho tiempo ha, no doy otros pasos que los de casa á la sacristía.

—¡A ver, á ver, cómo es eso!

É hincándose el Cura donde la beata, confirmó la observación de que Cristo ya no miraba donde miraba.

Y atraídos por el milagro, llegaron el deán y el arcediano, preste y arcipreste, cancelario, sacristanes, maestrees-cuela y pasaban y repasaban, hincándose en el mismo sitio, mudando de punto de mira, y unos que sí, y otros que no, resultó en mayoría que el Cristo había cambiado de miras.

¡Sin duda bizco le dejarían el número de pecadoras recalitrantes que cambiaban de postura, pero nó de pecado!

En lo álgido de la controversia, acudió el Canónigo

más gordito, que habitaba trás la Catedral. Fué éste nuestro primer bibliotecario, quien más brazos de chicas y regordetas manoseara, como introductor de la vacuna, y uno de los pocos que algo alcanzaba en cuadros, pinturas y antigüedades.

Haciendo memoria con el maestrescuela y el sorchantre, el más sabidor, doctor Segurola, vínole á sus mientes que Riglos ó Picazarri, su antecesor, habia permitido llevar por breve tiempo el Cristo de Van-Dyck, al estudio de cierto pintor andaluz (de paso para Chile), que con mucha instancia solicitaba retocar y barnizar, prometiendo dejarle como nuevo, y tan bien, que no se le reconocería. Adelantaba en sus decires que, si bien improbo trabajo, no cobraría nada por la reparación, pues *promesa* tenía hecha de retocar todo cuadro que encontrara á mano, de santos de su devoción. Lo que solo decía para su capote, era que aquélla alcanzaba á las verdaderas joyas del arte, y lo que á todos ocultaba, que éstas tan ocultamente viajaban en su equipaje, que alcabalero ni aduanero hubo que las descubriera. Ya algún Murillo y Velázquez habia coleccionado, colgando imitaciones de su pincel, donde original de tales quilates husmeara.

IV

Así como de buenas obras brotan gérmenes de otras mejores, no paró aqui el cuento del robo, que cola tuvo, y al del original siguió el de la copia.

Poco antes un artífice italiano habia sustraído la custodia de San Miguel, y no muchos años de la trasposición en la Catedral, cierto viajero que se declaraba eximio reconocido, consiguió le confiaran la copia, asegurando recuperaría el original ante el cotejó y frente al pintor con alas, cuyo rumbo conocía.

Si poco cuidado hubo en el de Van-Dyck, menos preocupó su imitación, que tampoco tuvo vuelta,—desapareciendo por el mismo caminito original, copia, pintor y aficionado. Viejo adagio es en toda Pinacoteca: ¡Librenos Dios de retoques de aficionados!

No es extraño, máxime por aquellos tiempos, que artista más ó menos rapaz, dejara con tres palmos de narices á los

Canónigos ñatos de nuestra Catedral, yéndose con el Cristo á cuestras, sin cargar la cruz, si en este siglo XX, de mayor claridad, con escaso intervalo han sido robados: el Niño de San Antonio (Murillo) en la Catedral de Sevilla, cuatro Greco (en Toledo y los cuadros del Príncipe de Mónaco que al ser descubiertos en Nueva York, prendieron fuego á la importante galería de este Príncipe, suponiendo que la ruina de todos, encubriría el robo de los desaparecidos.)

Las últimas *asesinas* de cuadros en el museo del Louvre, confesaron: «pues que encarceladas por ejecución tan incruenta, asegurado tenemos el pan de algunos días, ¿qué menos podemos hacer para conseguirlo?»

El gobierno de Italia prohíbe la extracción de todo *capo-lavoro*, pero como siempre el interés rompe el saco, entre Príncipes romanos archiarruinados, é improvisados nababs americanos archimillonarios, filtrase más de un gatuperio. La gentileza neoyorquina se ha apresurado á devolver cuadros adquiridos de buena fe, al comprobarse fueron rapiña de cacos.

¡Mucho ojo, señores curas y sacristanes, sobre las escasas y muy pocas joyas que nos quedan, como la celebrada escultura de Cano en la iglesia del Pilar, el gran gobelino en la de San Juan, y aún el mismo Señor de la Paciencia, que á la entrada de La Merced inspira esta santa virtud en nuestras lectoras, pues seguir pueden el mismo caminito del Cristo de Van-Dyck en Buenos Aires, del que apenas memoria queda!





EL SEÑOR DE LA PACIENCIA

LA PRIMERA ESCULTURA

TRADICIÓN DE LA ÉPOCA DEL VIRREY DE LOS TRES SIÈTES

I

Diez años antes (1767), y en la última remesa que de sus Misiones en el Paraguay expidieran los Jesuitas de allá á los Jesuitas de acá, vino,—entre tercios de yerbamate y vigas á medio desbistar,—una partida de santos. Notables eran por el *parecido* un San Judas y San Simón, elegidos patronos contra la plaga de hormigas y ratones, bien que bajo las arcadas de Cabildo todavía se tropieza con muchas *ratas* de oficina y *aves negras*.

Descollaba un San Ibo, protector de abogados, con su gato, encargo de golillas y cartularios, para que evitase otra expulsión como la de los primeros letrados que á Buenos Aires arribaron.

Tarde llegó, para informar *in voce* á favor de doctos teólogos, de aquellas lejanas regiones. Aunque autores tan eminentes como el de *El génio del Cristianismo* hacen resaltar los beneficios de la República cristiana, que hasta de Voltaire mereció elogios, razones íntimas impulsaron á Carlos III, quien reservándolas en su real ánimo, le decidieron á firmar la orden de expulsión de Jesuitas en todos sus dominios. El imperio jesuítico, extendido hácia los cuatro extremos de la tierra, pretendía suplantarse su autoridad.

Hermano resultaba el sobrecargo, indio crudo, igualmente desbastado á medias, de ese último, pues el mismo padre, legítimo autor era de San Ibo y de su conductor, casi tan santo como él, por la paciencia y esmero en preservar las obras de arte á su cuidado recomendadas.

La cabra siempre tira al monte, y en el de cedros, en «Jesús y Trinidad», este hijo de cabra á quien la de más ubres amamantó, pastoreando sus hermanas de leche, por natural inclinación entreteníase en labrar pequeños santos y ángeles. Obcecado, sin duda, con el diario adoctrinamiento del Cura de Trinidad, en lo de «Jesús sentado á la diestra de Dios Padre», encontraba el parecido en cada tronco doblado, ya de una Santa Ana en silla, enseñando á leer en carta á María Santísima (rama más baja) ó el viejo San Pedro en maciza poltrona, de la que no se apresuraba á levantar, por no abrir la puerta á tanto empedernido pecador. Labrados en los cedrales de «Jesús», habían sido embarcados en el Puerto de ese nombre sobre el Alto Paraná, para el de Santa María de las Conchas, á cuya arribada disgregábanse maderos y conductores.

Si larguísimo resultaba el viaje, descendiendo á son de camalote la corriente del magestuoso Paraná, imposible era remontar otras mil millas, contra viento y marea, por lo que unas y otros, maderas y marineros, se destinaban á formar techos, puertas y ventanas.

De paciencia por arrobos debían proveerse los que en primitiva embarcación navegaban, por lo que, para distraerse del hastío y picaduras de mosquitos, jejenes y polvorines, seguían esbozando santos de toda madera y significación, bajo el pajizo techo levantado contra el sol en medio de la jangada larga y angosta, que divisada desde las altas barrancas en la ribera, parecía un rancho navegando.

Así antes de tener renombre, pronombre encontró el indiecito José, y Santos ó José el de los Santos empezaron á llamar al discípulo del hábil tallista de Misiones.

Tanto demoró la cruzada en el más largo río de América, que tiempo hubo de llegar primero la Real Orden, por la que se mandaba expulsar á cuanto Jesuita rezaba el rosario, y otras cosas en este nuevo mundo.

Al arribo á tierra de José Santos, con todos los santos del cielo ó del Paraguay, ni el portero más escuálido salió á recibirle. La yerba se repartió entre curas y sacristanes, los palos llevados fueron por los jesuitas, é iglesias que dejaban á medio techar, y á Josecito lo ubicaron en Mercedarios y esclavo de su convento quedó, por más que la misión de éstos, decíase era la de redimir cautivos.

En aquella época todavía se alquilaban indios para todo trabajo; en el de tallista, transcurrió algunos años estudiando imágenes de bulto que de Barcelona é Italia enviaban á conventos, iglesias y oratorios, perfeccionando su gusto artístico, ayudando en restauraciones, toques y retoques exigidos por el mareo de los santos, en raspaduras y barquinazos.

II

Cuenta la tradición que platicando seguía trás el reverendo Prior, cierto día en su paseo de todas las tardes hasta la Cruz de San Sebastián, que coronaba la barranca del Retiro, mojón y término del ejido al Norte, cuando al saltar su Reverencia el Zanjón de Matorras, cuyo barrial enlodó sus blancos hábitos, como quedára el indiecito atrás con la boca abierta:

—¿En qué te empampas Josecito?—le interrogó el Prior, suponiéndole víctima de sus frecuentes vértigos, que aficionado era de subirse á la parra, pues despechado había sido con caña del Paraguay.

—Admirando, señor, este hermoso árbol cuyo torcido tronco presenta yá á medio hacer la imágen con que sueño desde mis bosques del Paraguay; un Cristo de la Paciencia que represente la raza guaraní, ante la subyugación de tantos años, por nuestra mansa índole natural. Figúrome ver á Jesús sentado, enseñándonos su mansedumbre á esperar una redención, que tanto tarda en llegar á los pobres indios.

Alelado el Superior por el ingenio del indio artista, y de reflexiones de una inteligencia á medio labrar, como sus figuritas, avanzó alzando la tranquera del huerto, y dirigiéndose al único rancho cuya cumblera sobresalía entre el alto y vasto cardal, extendido desde Catalinas al Retiro de los esclavos y á orillas del *tercero*, sobre el que el Virrey Melo echó el macizo puente de su nombre.

¿Sabéis donde quedaba el Huerto de la Paciencia, ó donde el Señor de ésta surgió de la tierra? Si curiosa lectora deseara encontrarle en el acto, agregaremos que limitaban su manzana, las calles San José, Santo Tomás, Santa María y Santísima Trinidad, según reza la nomenclatura del año 1769.

No poca paciencia apuraba el Prior para convencer al rústico dueño del añoso árbol, se lo cediera á objeto del culto. A su sombra jugaban sus nietos, como habían sesteado sus abuelos; constituido en verdadero miembro de la familia, pariente más afin resultaba que José de sus santos. La fé traspasa montes, y en aquellos buenos tiempos todavía no se burlaban de santos, efigies y reliquias. La empeñosa solicitud de un padre de espíritu pesaba más que muchos «macuquinos», por lo que, cuando se supo era destinado á tallar una imágen, cedió el árbol de la familia, sobreponiéndose á todo sentimiento.

III

Sin duda que la paciencia, virtud es que deja entrever esperanzas. «Con la paciencia se gana el cielo», frecuentemente oímos á una madre cristiana. Paciente como Job: «Dios me dé paciencia para criarte, hijo mío, en los sentimientos de la moral cristiana». «Es preciso tener la paciencia de un santo para dar cima á tan árdua empresa», repite el intemperante que no aprecia esa virtud, don de los cielos, como amortiguamiento del humano padecer. Ensalzando esta virtud regresaba el Mercedario, aconsejando al indígena que de tenerla á fondo muestras daba, al soportar diariamente sin sulfurarse, las impacencias de quien la predicaba, sin practicarla.

Poco después, improvisado su taller en la propia sacristía del Convento, emprendió el indio artista la hermosa imagen que hasta el presente se venera en el altar de la derecha, transponiendo el cancel de la Merced. Representa á Cristo desnudo, sentado en actitud de profunda resignación y conmovedora mansedumbre. Su cabeza descansa en la mano derecha, que se apoya sobre la rodilla. El cuerpo está inclinado, y las facciones doloridas revelan con naturalidad, calma y resignación. Hay en aquella cara enflaquecida por la amargura, cierta ternura que oprime el corazón. El cabello suelto cae por la espalda, y de la boca entreabierta parece escucharse quejido de dolor, de pena, mientras sus ojos hundidos expresan conformidad edificante. Van ciento treinta años recibe allí culto y devoción la hermosa imagen, primera escultura hecha en esta ciudad, que el hábil guaraní talló con suma paciencia, como si hubiera querido personificar la de su raza, pudiendo decirse que trabajó en ella con cuerpo y alma, aguzando los cinco sentidos, poniendo todo su sér y todo su sentimiento.

.....

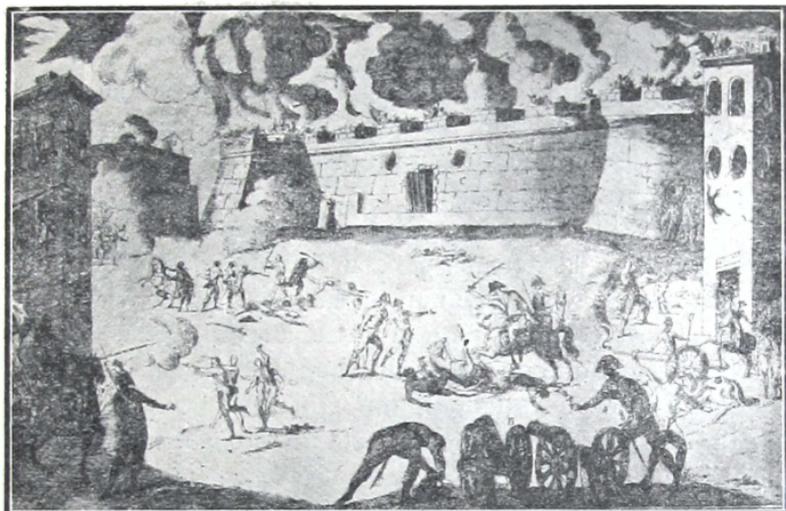
El primer Presidente de las Provincias Unidas Don Cornelio Saavedra, fué á postrarse pidiendo inspiración y acierto para dirigir los destinos de la nueva y gloriosa nación

que se le confiaba, en la misma iglesia cuya inauguración presidiera su abuelo D. Bernardo, Alcalde de vara alta éste, y nieto á su vez del primer patriota Hernandarias de Saavedra, primer cautivo rescatado por Mercedarios. Cuatro años antes el Virrey de la Victoria, al pasar en prosecución de ella, entró Liniers á implorarla, y poco después el General Belgrano suspendió en esas bóvedas las banderas, que en el día de la festividad de Nuestra Señora de las Mercedes rindiera en Tucumán. Apenas habrá alma piadosa que en horas de tribulación, no haya acudido alguna vez á confortarse en la resignación que inspira y contagia la efigie del Señor de la Humildad.

Muchos hay que se burlan del culto á las imágenes, pero madre he visto que, arrodillada frente al retrato de la hijita prematuramente fallecida, en la perturbación del mayor dolor, afanábase por incrustar en su alma la de su hija, la voz, la mirada, su rasgo prominente, besando, abrazando el retrato que la representaba, convirtiendo su idolatría, en adoración la imagen de la que fué. Arrebato semejante dió origen al culto de las imágenes, ya de la santa de su devoción, ó del sér querido cuyo recuerdo revive.

De antigua familia en ese antiguo barrio de la Merced, mi madre aprendiera de la suya á orar allí, y á llevar con paciencia las adversidades, como á su vez mis hijas estimulan á mis nietas en la perseverancia de esa sublime virtud, engarzando así las oraciones ante una misma imagen, cinco generaciones. Nunca olvidaré que, buena madre cristiana, me enseñó con paciencia la primera plegaria en el altar del Señor de la misma!

¡Patens quia eternum!



RECONQUISTA
(1806)

LA RECONQUISTA Y DEFENSA

(EN SU CENTENARIO)

I

Cien años han pasado, y ya se discute si fué bueno lo que hicieron nuestros padres entonces. Debieron imitar á los Representantes del Rey, dejando las puertas abiertas para que se posesionare el primer intruso.

O del enemigo el aconsejó, seguir lo que el extranjero deslizaba al oído. «Si no quieren ser ingleses, no prefieran seguir siendo súbditos del Rey de España. La hora de su personalidad ha llegado,—sean argentinos!».

Cien años después, al repartir el aplauso póstumo, la opinión se subdivide. Unos dicen:

—En la reconquista, (1806) se rescató esta ciudad para el Rey de España. Que premie ese Gobierno á los descendientes de los que olvidó recompensar.

Otros agregan:

—En la defensa (1807) se rechazó á los soldados y la influencia de la Nación más adelantada, preferiendo continuar bajo el dominio de la más atrasada.

Se oye por otra parte:

—De cualquier modo, aquellos heróicos episodios de la reconquista y la defensa señalan la hora en que el pueblo se puso de pié, y aunque muy á su pesar, ingleses y peninsulares ensayáronnos para el próximo estallido.....

No hay mal qué por bien no venga! Despertada la conciencia del propio valimiento nos persuadieron, que sin ayuda de Rey tan lejano, fuerza bastante tuvimos para defenderle dominios que tanto desdeñaba, mayores esfuerzos reuniríamos defendiendo para nosotros el propio terruño.

Consultados sobre el punto si correspondía celebrar glorias pasadas en que nativos y peninsulares entremezclaran su sangre, en prosecución de un mismo éxito, contestamos con esta quisicosa, á tradición parecida, á los señores de la Comisión de festejos, que en vísperas del Centenario nos solicitára opinión.

Vaya por lo que valga el sentimiento de un criollo, en la tierra donde se parte hoy el pan de fraternidad, con descendientes de ingleses que nos invadieron y de peninsulares que nos abandonaron á la buena de Dios.

Dios es bueno en todos los casos, y nos sacó del pantano por el mejor camino.

II

Y pues que á cien años de la reconquista y defensa de esta ciudad, suscítase controversia sobre si las heróicas acciones del bautismo de sangre de este pueblo, merecen recordación, sin vacilar nos decidimos por la afirmativa. Bien fuese francés quien dirigiera legiones populares, el núcleo de éstas,—su masa, su conjunto,—hijos eran de esta tierra, y nacionales por consiguiente, en tres y cuatro generaciones arraigadas. Se inicia un monumento impersonal á esfuerzos tan espontáneos, cuando fueron nuestros padres abandona-

dos por la primera autoridad española, conmemorando en común la acción, nó vituperable sin duda, de repeler imposición extranjera.

Tan criticable hubiera sido aquel que en su egoísmo, no hubiera formado entre los defensores de la plaza, como quien en ésta, donde se han abrazado enemigos, adversarios ó disidentes de todas las naciones, colores y partidos, se retraiga, en celebrar la fecha histórica, porque entre americanos marchaban peninsulares. Sería esto una contradicción, en vísperas de otro gran centenario, que nos encontrará rodeando el monumento de Mayo, y en abrazo estrecho todos los que prosperan en esta tierra bendita de la libertad, entonando el himno á la fraternidad de los pueblos. Creeríamos faltar respeto á nuestros antepasados, si negáramos el recuerdo debido, porque aquellos triunfos se obtuvieron bajo la misma bandera que hasta después de Suipacha, San Lorenzo y Tucumán, flameaba todavía en uno y otro de los ejércitos contendientes.

No es pues, rehabilitar personajes, cuya memoria merece piadoso olvido, ni puede increparse como negación de la obra de Belgrano, Pueyrredón y Rivadavia, conmemorar acciones en que descollaron esos mismos fundadores de nuestra independencia, con Saavedra, Díaz Vélez, Rodríguez, Rondeau, Viamont, y cuanto de notable había dentro y fuera de Buenos Aires. Porteño era el que arrebató la bandera, la primera bandera inglesa, y López de Santa Fé, Bustos de Córdoba, Güemes de Salta, caudillos que descollaron luego en sus Provincias, cerraban filas con peninsulares,—cómo nativo era el niño Montes de Oca que disparó el último cañonazo, Manuela la tucumanesa, y la que deramó su lebrillo de agua hirviendo sobre el hijo de Jorge IV y aún los pilluelos y muchachos descamisados, llenos de ardor en defensa de sus hogares, extraviando intencionalmente á los rezagados. La protesta fué tan popular, tan criolla, que hasta las piedras de las calles se levantaron para armar al pueblo huérfano de autoridades.

¡Heróico ejemplo que, un año después, imitara el pueblo madrileño! No mandaron de España batallones en nuestra

defensa. Aún en los denominados catalanes, gallegos, andaluces, solo sus jefes eran oriundos de aquellas provincias.

Ni criticable encontramos no sea nombramiento oficial, el que reuna á cuantos desean recordar á nuestros hijos lo que hicieron nuestros padres, que más cerca del pueblo encontramos lo que de sus filas sale! Añeja habitud creer que todo debe emanar de arriba, cuando más espontáneo es lo que de abajo sube. Lo contrario acontece en la gran República, que pretendemos imitar. Un día saludamos en ella la estátua del primer soldado raso que murió por la independendencia americana, (suscripción de sus compañeros de armas), y en Filadelfia contemplamos con respeto la del primer colegial muerto por libertar esclavos, y que sus condiscípulos del Colegio Girard levantaron en su patio de honor.

En nobles corazones los rencores desaparecen, y el móvil perdura. No fué mala acción de los nativos, defender sus hogares de invasión extranjera, menos por preservar para un Rey «estos dominios, como bien pronto lo demostraron. Por no mencionar oficiales peninsulares, no hagamos el olvido á los que de imposición armada se defendieron.

Mezquino sería detenernos á contar cuantas gotas de sangre española se derramó, de uruguayos ó argentinos, que doscientos años antes «Argentina» se denominaba esta tierra, sobre la que sus hijos cayeron en su defensa. Sentimiento más grande y humano nos reúne á los cien años en la «ciudad millón». Unidos vamos al templo de la Gloria á refrescar laureles, y argentinos, españoles y uruguayos, subamos del brazo sus gradas á dar gracias á Dios, porque éste, y otro, y otro centenario, nos encuentre sin más armas en la mano que las de la industria que á todos dignifica, desarrollando el progreso en la paz que apeteecemos. Abrimos las puertas á los cuatro vientos, para que corazones honrados acudan á levantar su tienda de trabajo y donde todo bien prospera.

Contestada así la nota con que se nos ha honrado, «como autor de tradiciones patrias,—en que leemos—: ciudadanos de la importancia de usted, son necesarios para ilustrar la comisión del centenario con sus ideas, y ayudarnos con el

prestigio que sin disputa le reconocen sus conciudadanos», ponemos punto final con cuento al caso.

En nuestra manía de tradicionar el pasado, husmeando por rincones y vericuetos de la Historia, pues que en sus lagunas exhumar solemos más de un héroe olvidado que, si lápida sepulcral no cubre aún, sí la más pesada del olvido y la indiferencia, descubrimos poco há el último sobreviviente de la Reconquista, en más de un combate herido, antes y después de la independencia.

Hacemos nuestros los sentimientos con que una joven española coronaba al veterano de nuestra independencia, Pedro Reyna, en el acto patriótico honrando á este benemérito. De los brazos de las artistas señora Blanca y señorita Gámez, fué presentado ante el público que le aplaudía, y ofreciendo al anciano guerrero una corona de palmas y laureles, dijo en su elocuente alocución la niña Calle, entre otras preciosas frases que repetimos por la intención:

«Hace muchos años un joven soldado cayó herido en el campo de batalla defendiendo la causa de la libertad de su patria. Otros soldados cayeron también en el campo enemigo, defendiendo la causa de su Rey. Terminada la batalla, los Generales en lucha se confundieron en el más santo abrazo de que haya memoria en los anales de historias guerreras. (El americano y el español se habían codeado en la misma escuela durante su juventud). La gloria cimentada de Tristán, y la gloria naciente de Belgrano, sellaron así, hasta la eternidad, sobre aquel cuadro de dolor, la unión de dos almas, igualmente grandes y nobles; el alma española que tiene en esta tierra la gratitud de los argentinos, y el alma argentina que tiene en la península el cariño de los españoles.

«Y el joven herido, aquí está frente á mis ojos, escuchándome á sus ciento trece años de vida, veterano en cien combates, esperando esta corona, símbolo de admiración y de cariño, con la que una descendiente de los bravos de Tristán quiere complimentar al soldado de la libertad argentina, benemérito de su país.

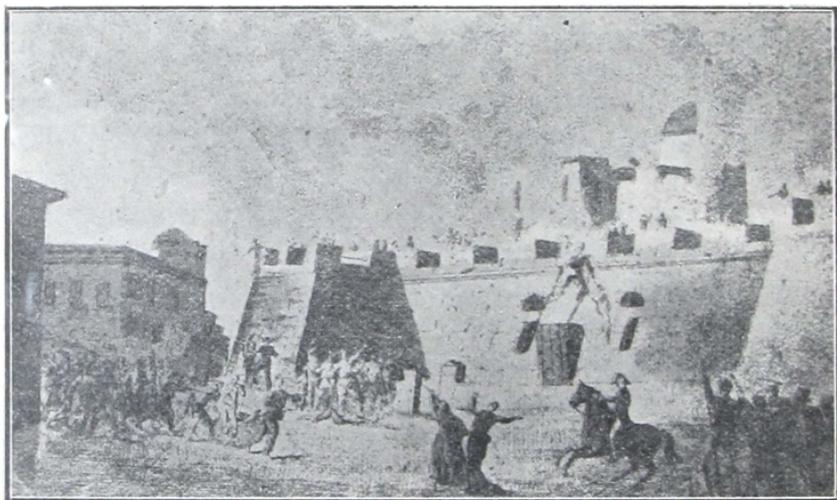
«Aceptadla, pues, anciano guerrero, en nombre de aquel

abrazo histórico de vuestro glorioso General al amado General de mi patria».

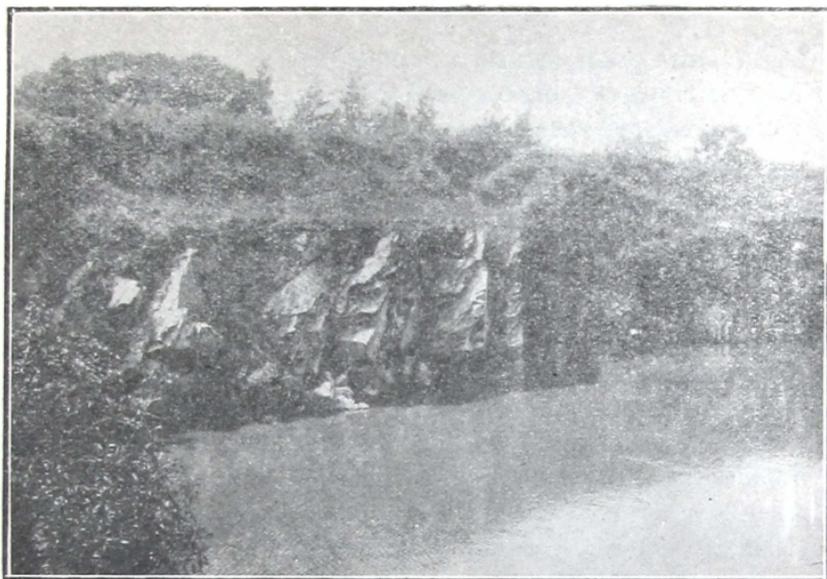
La entusiasta niña Calle, fué aplaudida delirantemente, al coronar el último superviviente que al lado del Capitán Bustos (de Córdoba), fué herido el 5 de Julio de 1807.

El conmemorar en la primera hazaña de este pueblo la victoria de los Patricios, bien que su patria no fuera independiente, no significa de modo alguno rehabilitación para los que pretendieron ahogar nuestra independencia naciente.

¡Justicia sea hecha! La justicia sobre todas las cosas. Ante su límpida luz serena todo resplandece.



ASALTO AL FUERTE
(1806)



RUINAS DE LA BATERÍA «GENERAL LAVALLE»
(1859)

LA PERLA DEL PLATA

I

Verdaderamente es una perla y de color gris-perla el nimbo que la envuelve entre neblinas matinales, reapareciendo después como engarzada al aire en el anillo de plata del magestuoso río de este nombre. En otrora esta la más hermosa isla del gran estuario, semeja magnífica esmeralda, sobresaliendo su cima aterciopelada en medio á la inmensidad del agua, cuyas olas azules se desdoblán suavemente sobre rubios arenales de sus contornos. Todavía bajo el sol resplandeciente surge, cual encendido rubí de irisados cambiantes á los reflejos que móviles aguas espejean.

Perla, esmeralda ó rubí, según la hora de arribo, la

isla, (piedra preciosa más que calcárea) codiciada fué desde su aparición por todas las naciones: de españoles, portugueses, ingleses, franceses antes; brasileros, uruguayos y hasta paraguayos después, argentina perduró siempre, desde que la Argentina nació.

Fué el descubridor del Río de la Plata el primer europeo que la abordó en 1542, dándole el nombre de su timonel Martín García, aquí enterrado, en consorcio el recuerdo del primer muerto con el del primer vivo de que memoria ha quedado. Don Pedro de Mendoza no dejó huella, pero Garay arranchó en su costa al descender ó remontar el Paraná. Y tras de Solís, Gabot, y en pós de Diego García, todos los exploradores tuvieron aquí su primer punto de descanso. Azara recaló en la isla que Bompland visitó, y que recién (1856) el sábio Coronel de ingenieros Camilo Duteuil describiera científicamente, antes que Lobo el marino, sus alrededores.

Mar Dulce llamó Solís, al río que sus compañeros denominaron con su nombre. A este descubridor del Plata, como al del Río Uruguay (capitán Rodríguez Soriano) cinco años después (1520), tocó igual fin desgraciado: muerto á palos éste por los zebúes en Filipinas, como en forma no menos cruel Solís en la vecina costa uruguaya.

.....

Y seguíamos subiendo y contemplando todo. A la derecha del viejo muelle, prolongado en piedra y antecediendo al de madera, sobre que se desliza estrecho ferrocarril Decauville hasta el Lazareto, el arco á la entrada, del que se colgó un centinela. A la izquierda encontramos otra garita, donde cuarenta años antes, con la estrecha cámara de popa de náufraga embarcación, improvisamos comfortable refugio de oficial de guardia, á la entrada del puerto principal, centinela avanzado de la Comandancia militar. Este viejo edificio, convertido en oficina telegráfica, (comunicación que no llegaba entonces á ningún punto de la República), es hoy nido de flores, donde asoma la bella *Rosita de los secretos*, empleada telefonista. A su frente siguiendo el amplio bulevard, desde el embarca-

dero al interior de la isla, adornado de paraísos y casuarinas, la nueva Comandancia, rodeada de jardines; los pabellones de cuarentenarios, (capacidad para tres mil); entre verde arboleda la casa del Médico, con tanto orden y limpieza mantenida. A lo lejos, en el centro más alto de la Isla, cual blanco fantasma surgiendo entre la selva de espinillos, el alto faro contiguo á la torre metálica, construída para las observaciones en la triangulación del gran estuario. Más lejana, á la izquierda sobresale la alta chimenea del horno crematorio, y por todos lados polvorines (bajo continua-vigilancia), depósito de toda clase de inflamables. En la bajada de la Cruz, camino al Puerto viejo, entre desquiciados ranchos de piedra y techos de zinc, de picapedreros y pescadores en receso, descuellan escuelas para varones y niñas, á uno y otro lado, estrecha senda que conduce al saber. Grupos de penados tapando canteras y desagotando otras. Casi escondida por los árboles, irguiendo la Cruz de su frontis la capilla, cuya campanita llama á la oración dos veces al día, en aquel apacible ambiente de tranquilidad, de calma y de silencio.

II

Tan espléndido panorama revive mil gratos recuerdos á los argentinos. A la entrada del Infiernillo «Punta Cañón», el primer combate donde Brown abordó la Isla de Martín García, (1814) y en el que, si aún victorioso, perdió un marino tan bravo como el capitán Seaver, reconquistó para la Argentina otro no menos bravo Capitán español, Romarate. Convencido en el derecho de independencia americana para sus hijos, coadyuvó luego con toda lealtad.

Diez años más tarde volvió á fortificarse, pues codiciaba engastar esta perla del Plata en su corona el monarca portugués, lo que nunca lograra. En 1838, buques franceses la abordaron, no sin cruento combate, en el que un heróico soldado argentino, único que en nuestro ejército obtuviera dos ascensos durante la mañana de Ituzaingó, detuvo por mucho tiempo, numerosísimos asaltantes. Cuando sólo un puñado de soldados le restaba, hacía les aparecer como nu-

merosa guarnición, cambiando gorras militares de diversos colores, lo único que sobresalía del Reducto de piedra. El Coronel don Gerónimo Costa, como su segundo Capitán Thorne, fueron devueltos por el jefe francés que les apasionó, tributando honores al valor desgraciado. Poco después, llegó el General Lavalle, formando aquí el primer campamento de su cruzada libertadora, y en 1845, el Coronel Crespo hizo transportar los cañones con que fué á fortificar el paso en Obligado, que la poderosa escuadra anglofrancesa, solo consiguió forzar tras reñidísimo combate.

Presidió abandonado por mucho tiempo, en un motín de cuartel fué muerto el Comandante Sanchez. Auxiliadora de de desertores, era una yegua blanca á cuya cola prendido se dejaba arrastrar el fujitivo, por la rápida corriente en el estrecho Canal del Infierno. Hábilmente adiestrada cuando el viento soplaba hácia la ribera oriental, el olor á la cría relinchando ésta por la madre, le hacía volver á la querencia. ¡Sublime rasgo de amor maternal!

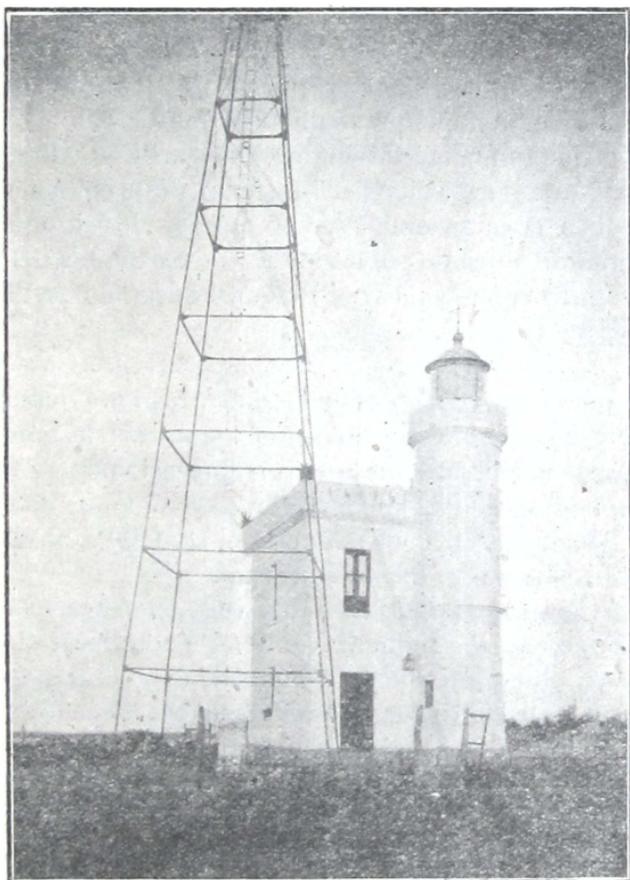
¡Aberración humana! Aquí, en esta isla, donde apacible atmósfera inspirando su calma nobles sentimientos, y en la que hasta animales de mansa índole se exponían por salvar el hombre, hombres tiesos como artículos de ordenanza, le siguieron consejo de guerra, formaron cuadro y fué fusilada la yegua blanca con las formalidades prescriptas contra todo auxiliar á la deserción!

Muerta la yegua salvadora, otro preso vaqueano y experto nadador, arrancó un grueso gajo de los espinillos que rodean la Isla, y aspirando libertad, se echó al río en día de bajante.

Nadando en los angostos canales, descansaba en los placeres de arena ó bancos, caminando, caminando en río tan ancho y de poco fondo, que suele perderse de vista, vino á salir, fatigado y echo sopas, por las barrancas de San Isidro. Menos favorable que el agua, le fué la tierra, pues á pocos pasos capturado, solo pudo salvarle el Coronel Costa, solicitándolo de Rozas por el valor con que le había acompañado en lucha con los franceses, premiando Rozas un acto de audacia.

III

Entre las muchas tradiciones locales, nos recordaron sus vecinos esta otra de que fuimos testigos en nuestros primeros años. Una fresca mañana primaveral, florecientes todos sus bosques de aromos y durazneros, ayudamos,



FARO EN MARTIN GARCÍA

nó á salvar, á exhumar al menos, los restos de una hermosa napolitana. Atándose un adoquin al cuello, Catalina Flaman, ingéñua hija de picapedreros, arrójose en las profundidades de la cantera donde trabajaba el padre, des-

pechada por el amor fugaz de un joven Oficial de la guarnición, que había prendido en ella profundas raíces!...

Otro oficial inglés propuso transformar la isla en inexpugnable Gibraltar, y al día siguiente de haber solicitado un sindicato francés para improvisar nuevo Monte-Carlo,—ruleta libre y permanente,—cierto español de España, empresario de lo mismo en la Colonia, proyectó establecer Plaza de toros.

Los hijos del Plata la han preferido como oasis de descanso y de reposo, lazareto y puerto de refugio para las banderas de toda nave que lleguen en son de paz.

Por su importancia estratégica ya sea de aluvión, como afirma algún naturalista, ó prolongación, desprendimiento de la inmediata costa oriental, (como quieren los uruguayos), convergiendo antes de subdividirse, las corrientes del Paraná y Uruguay, al ensanchar el Plata, en desarme ó fortificada, será siempre la llave de ambos ríos.

.....

Al bajar de la batería en cuya construcción cooperamos cincuenta años antes, en el mismo lugar revivíase una de las escenas tocantes que más nos impresionara.

La escuadra de la Confederación, al mando de un bravo marino después primer vice-Almirante Don Mariano Cordeiro, forzaba el paso del frente principal.

Uno de los jóvenes Oficiales de Buenos Aires, pálido y nervioso, se paseaba agitado sobre el puente del «Pontón Castelli», y como el cabo de cañón diera vuelta cara, impaciente por la orden de fuego que retardaba, parecióle descubrir en los húmedos ojos de su valiente Oficial alguna lágrima. Vió luego que descubriéndose saludó al jefe del vapor enemigo pasando á tiro de pistola, y al exclamar «¡Adios, mi padre! Dios le ayude!» corrió á la batería de babor, y desvió un poco la puntería de la carronada, dando la voz de ¡fuego! saltando en pedazos el castillo de popa del buque al mando inmediato de su padre.

¡Conflicto entre dos deberes! Muchas noches de insomnio y de pesadumbre se siguieron. El mayor Claveli perseguido era por la obsesión, si habría muerto á su pa-

dre. Espesa humareda le impidió divisar las luengas barbas blancas de aquel rostro querido, y como días después corrió la voz de que había muerto el jefe de un buque de los que forzaron este paso en la mañana del 14 de Octubre de 1859, su desazón crecía y le atormentaba, hasta que se confirmó había sido en de otro vapor el Comandante Mauricio, que cayó á los certeros tiros de revólver del guarda-marina Tollo, casi un niño. ¡A qué extremo arrastran las luchas fratricidas!

¡Pasaron, pasaron y no volverán! . . .

En gracia al fatigado lector, omitimos otras muchas interesantes tradiciones que bordan la isla, en que cada piedra guarda una leyenda de amor, de heroísmo, de abnegación ó sacrificio.

IV

El clarín tristísimo de la oración resonaba como nota quejumbrosa en la melancólica hora de la tarde.

Mi primogénito, Capitán de artillería, desprendiéndose de los incursionistas que nos acompañaban, atraído por la voz familiar del cuartel, corrió á observar los conscriptos en correcta formación, y el vecino más anciano, que como hierba adherida á las grietas de la profunda cantera, donde pasara toda su vida trabajando, vacilara sobre sus bordes, ayudé á subir el parapeto de la batería. Emocionado hasta las lágrimas por el toque solemne de oración, recordando los días de su juventud lejana, se descubrió. Nuestros camaradas de entonces, dormían muchos de ellos bajo la hierba que pisábamos...!

En espléndida puesta de sol, se divisaba éste hundiéndose tras las islas de verdi-negro sombrío que festonan el Paraná, como se hundé todo en el abismo, el hombre y sus obras! .

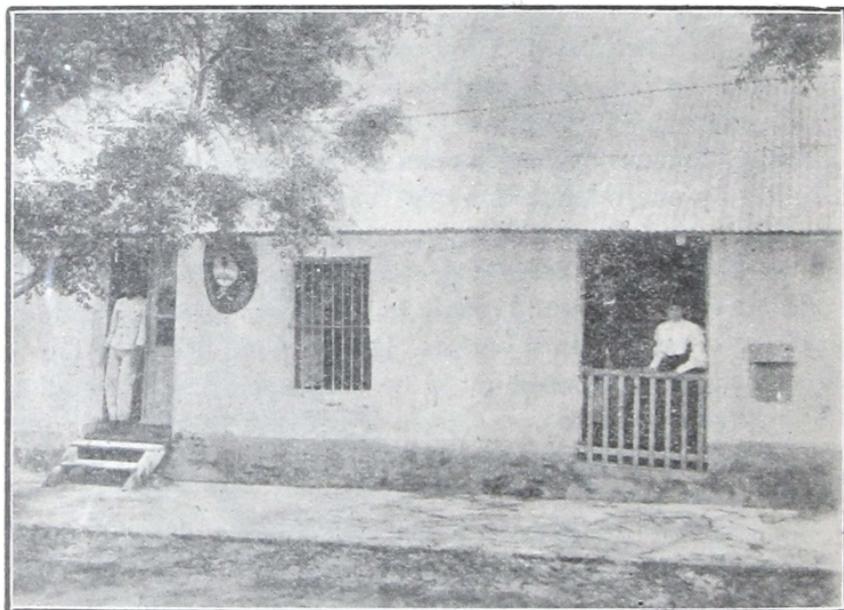
Alzando entonces en brazos al pequeño nietecito que me acompañaba, dije:

—«Pronto cumplirán cincuenta años que hice aquí mi primera guardia en fría noche de invierno, al pie del astabandera ya derruida. Dentro de otros cincuenta años, traerás á tu nieto, previniéndole aprenda á defender éste, y todo otro

paso, de pabellón extranjero que pretendiere atentar á la independencia nacional. En el porvenir, más feliz la generación á que perteneces, no tendrá ya que empuñar las armas en luchas fratricidas».

Y el pequeñuelo, en sus adioses despidiendo con su manito al sol que alegra los niños y calienta los ancianos, cuyo último rayo envolvía su rubia cabecita en fúlgida aureola en la hora gris que reviste todo de tristeza y melancolía, horizontes, paisajes y pensamientos, preguntaba cándidamente:

—Papá, gran papá! que? siempre será preciso nos enseñen desde la Escuela á matarnos? No caben todos los argentinos en la tierra? En tu tiempo, porqué se mataban entre hermanos?



ANTIGUA COMANDANCIA
(1859)



SANTUARIO EN SUMALAO

AMOR DE RODILLAS

Señor Don Angel J. Carranza.

—Usted sabe mi amigo, los quilates de verdad que contiene este cuento, y aunque no faltará pintarrajeada romántica que lo llegará á juzgar novelesco episodio sentimental, repetimos que no vale la pena dejar tomar vuelo á la *loca de la casa*, cuando aparecidos de carne y hueso, nos salen al camino con más inmediato aleccionamiento.

Y con esta advertencia contestamos la observación hecha, de que en nuestra receta para confeccionar tradiciones, entra por mucho lo extraordinario de un sucedido, por algo, un nombre llamativo, y por poco, en escasa cantidad la verdad verdadera.

De exhumador de antiguallas se nos ha criticado, cual si fuera vano ó inútil, oír toda esa experiencia que acopia la vida en sus postrimerías.

Ella es madre de la ciencia, según el refrán, y los que pretenden reformarlo todo, apenas á este respecto se han permitido motejar al Creador, haberla colocado al final y nó al principio de la vida.

Y si de cuentos de viejas para adormecer niños junto al hogar se tildaran éstos, bueno sería recordar, que en todas esas consejas de viva voz, la tradición oral entraña enseñanzas que más hondamente se graban.

En cuanto á nosotros ¡qué no daríamos por interrogar de nuevo todas esas queridas cabezas enblanquecidas, sobre las que el tiempo con su nieve, derramó también la experiencia! De rodillas correríamos á su lado para oír de nuevo la voz del pasado.

Dejando la réplica de tal crítica para otro lugar, punto en boca, y seguimos.

I

Cara lánguida, pálida, ojerosa, cuello ebúrneo y negra cruz de azabache pendiente de él, boquita de beso en proyecto, grandes ojos rasgados negros, más negros que sus cabellos, y entre éstos una blanca flor del aire; nerviosa, toda sensitiva como la flor de su predilección, modesta en su vestir, fanática en su decir, en sus pasiones y creencias era la enamorada Marta, hija primogénita en una honrada y antigua familia de provincia, y linda hasta la pared de enfrente.

Bien que fuera ésta la muy sólida de la Catedral, más incommovible que sus viejos muros aparecía el corazón de la pálida heldad, pues no obstante haber doblado la esquina de sus veinticinco abriles seguida de muchos pretendientes, la niña no tenía novio.

Cartas van, mensajes llegan, dueñas cuchichean, pasantes quedan pasando, y Martita nones que nones, no quería hacer par; firme en sus trece y en su doncellez, *billeticos* deja sin respuesta. Virgen de alma y de cuerpo, no se decidía á dejar de serlo.

¿Porqué prefería quedar para vestir santos, ó pasear sobrinos, como ahora se dice? ¿Porqué hacía repulgos á don Deogracias el de enfrente, don Tadeo el de la esquina y don Apolinario el boticario?

Es que tenía un su *percundante*, más presentido que presentado, y su bello ideal no llegaba.

A veces desde la huerta del fondo, con el canto matinal de las alondras, oíase letrilla malsonante para los huasos del barrio, cuando la niña bajaba á regar su rosalito en flor:

Yo no quiero dar mi mano
A un veletero salteño,
Que ha de llegar con Belgrano
Mi oficialito porteño...

Y cuando el Cura de la Merced, ó el familiar ó Su Ilustrísima, volviendo de su visita pastoral se permitían alguna familiaridad en la tertulia de malilla y chocolate, al pié del estrado de señor padre, ó algún coronilla malicioso decíale entre risueño y grave: ¿Cuando nos dá un gustazo Martita? ¿Cuando es el gran día?

—No se aflija Padre,—contestaba sonrosándose,—que me ha de echar su bendición cuando el oficialito del ejército de Belgrano, ó se quedará sin echarla... Me he de casar con un porteñito ó con ninguno.

Y en eso llegó Belgrano; pero tan de prisa bajaba la montaña el General, que no venía para andar dejando novios en el camino, pues que él mismo, por falta de tiempo para el año de noviciado, paseó su soltería así en las Provincias de abajo, como en las arribeñas.

Y casi pisándole los talones, ¡trás trisl, Tristán, que nada de triste traía por entonces, y sí con aire de vencedores sus Oficiales, descolgábase de las sierras, hasta que al llegar á Tucumán, á pie firme, aquel puñado de patriotas hiciera dar vuelta cara, con la de Tristán, á la mala fortuna, y éste regresó huyendo á Salta, por el mismo caminito que la víspera cruzaba en aire de perdonávidas.

Desde entonces los patriotas de Güemes no le dieron descanso. Trás su retaguardia apareció Belgrano vencedor en Salta, para que no volviera más á flamear por sus calles, la bandera abatida en el campo de la Cruz.

Vencedor en Tucumán, vencedor en todas partes, entre Oficiales de Belgrano, llegó también el porteñito del presentimiento.

Dos galones en la manga, rubio bigote, afable rostro

tostado por el sol del campamento, arrojo en el corazón y palabras de miel en los labios, era Dionisio Alvarez, enamorado de nacimiento, dispuesto á hacer la corte á cuantas encontrara á su paso, bien fueran devotas de la Merced, ó de Santa Rita.

Los vencedores en Tucumán encontraron en Salta todas las puertas abiertas, y también muchos corazones.

No podía *él* llegar en mejor oportunidad, pues tan parladores eran los grandes ojos, centellando pasión de la belleza, como poco mudos los labios del bigotito dorado, por lo que con pies y manos, con miradas y palabras, tan instantáneamente lograron entenderse, que á poco repasaron en fuga rápida todas las notas, llegando ó casi llegando, hasta lo desconocido, desde el *do* de pecho al *si* sostenido...

Do-re-mi-fa-sol-la-sí!

Y esto de oído, sin haber estudiado música, de afición únicamente, y sin maestro la niña, *soto-voce* ensayaban largos dúos. Pero qué dúos!

Letra de amor con música de besos, al claror de la luna, en la penumbra del balcón, que hacía murmurar al malicioso campanero de enfrente, cada noche que á las ocho subía al toque de ánimas:

Canela y azúcar fué
La bendita Magdalena.

Pero de Dios está, que no ha de haber dicha completa en este valle de lágrimas, ni en el de la Virgen del Valle. El mismo sacristán celoso, á quien, por más plata de Güemes que diera un Ayudante del mismo, no había conseguido hacer tomar á su vecina en la pila billetito subversivo, en lugar de agua bendita, canturriaba despechado al divisar el porteñito de plantón, ó centinela perpétuo en la esquina:

Amor de soldado
Amor de una hora;
Cuando toca la caja
Adios señora!!...

II

Bien pronto sonó la caja y á su redoble todos se reunieron en torno de la bandera, ante la cual, los batallones de Tristán juraron en vano, no hacer más armas, y por la cuenta de Jujuy siguieron subiendo y subiendo al Alto Perú, llegando, los que llegaron, que no fueron muchos, hasta Chusquisaca y Potosí.

Pero con cuán aviesa fortuna los vencedores de Salta atravesaron Vilcapujio, Ayohuma y Sipe-Sipe, cayendo y levantando, ora vencidos ó vencedores! Los diezmos batallones de Belgrano, sin él y sin Díaz Vélez, sin Rondeau, ni Balcarce, ni Arenales, regresaban uno que otro cojeando, ó al tranco de la mula de paso, habiendo dejado un brazo ó una pierna, un ojo, cuando nó los dos, en defensa de una Patria que, detenida en sus primeros triunfos, lo fué solo en la hora ingrata que la ambición de sus malos hijos despedazaban sus entrañas!

Partió el alegre Dionisio después de dar palabra de casamiento para su vuelta, si tenía vuelta, que no siempre la tienen los soldados...

Uno, dos y tres años transcurrieron sin saberse nada de él.

Las viejas beatas del barrio, que la bella de la Matriz desairara con sus misivas, afanábanse en multiplicar las angustias de aquel corazoncito, torturado por la duda y los temores, aunque saboreando en sus sueños el primer beso del primer amor.

Una, lo sabía de buena letra, dicho del *coya*, chasqui en Tambo Nuevo, Dionisio había muerto por Sipe-sipe. A otra habíale escrito de la misma casa que, con las dos piernas cortadas por una bala en Ayohuma, le asistieron hasta sus últimos momentos. La tercera, la sobrina del Cura, por más señas decía que, su mismísimo tío el Cura de Vilcapujio, le vió desfilarse entre los prisioneros á Casas Matas.

Pero, presentimiento tenaz é inquebrantable la sostenía en su última esperanza, y desde el primer momento en que

malas noticias vinieron á conturbár su alma apasionada, cayó de rodillas ante el Señor de Vilque, en Sumalao, á cuya imágen, entre flores y velas encendidas tenía en suma devoción, y al lado de su blanco lecho virginal, haciéndo de rodillas y con el corazón agitado, la más solemne promesa de ir por las mismas, hasta el Santuario donde se venera su milagrosa efigie, á dar las gracias, al día siguiente que volviera su novio bueno y sano.

Y uno, dos y tres años pasaron entre suspiros, novenas y promesas, ya con cilicios que desgarraban sus carnes, ora durmiendo sobre una vieja desnuda... tarima.

En tan larga espera, al través de sus lágrimas, solo veía ante sí, como su vida toda, desierto el camino, sin que en el más lejano horizonte se divisara el polvo del ansiado mensajero.

Ya no pedía tanto, se limitaba á desearlo bueno, últimamente aunque no sano; pero que volviera siempre novio.

Un día llegó, ó más bien una noche de luna, semejante á aquellas de tan suaves reminiscencias, cuando entre ensueños de amor, arrullábanse como dos tórtolas, balanceadas sobre una misma rama, confundidas sus sombras en la penumbra del balcón de la promesa. Recogida y triste suspiraba revolviéndose en el lecho, consumida por la melancolía. Había ya hecho sus oraciones en aquella monótona, fría y larguísima noche de desesperanza. Mal dormida oyó, ó creyó sentir como una caricia entre sueños, esta expresión:

«¡Al fin llegó el resucitado!»

Y más tardó la vieja chola, cariñosa *dueña* de la doncella en subir tropezando para anunciar que el deseado acababa de llegar, que ella en sentir como un vuelco del corazón, saltando de su lecho.

Entre el ruido de sables, carabinas, rodajas, y rumor de mulas y muláteros á la puerta, reconoció al Dionisio de sus pensamientos, llorado por muerto, ¡vivo, bueno y sano!

Al momento, toda agitada y antes de correr al encuentro del bien deseado por tan largo tiempo, conmovida cayó de rodillas sobre el mismo reclinatorio que años antes, y reno-

vó entre lágrimas y suspiros la solemne promesa, tantas veces repetida:

«Pues que me lo devuelves, milagroso Señor de Sumalao, á tu Santuario iré de rodillas, á dar las gracias por este gran consuelo que me vuelve á la vida...»

III

Y cumplió como lo dijo. Una semana no había transcurrido de la noche del aparecido, cuando la niña salía de hinojos desde el pretil de la Matriz á la peregrinación prometida.

Toda la familia le acompañaba rezando, con hachas, velas y faroles, madre, hermanas, tías, vecinas, curiosas y agregadas, seguían la procesión á pié, que de rodillas continuaba Marta, adelantando menos de una legua el primer día, pero sin avanzar una cuadra ni andar cien pasos ó rodillazos, el último de los muchos que empleó en las doce leguas.

A poco andar se le desollaron de tal modo las rodillas, en el pedregal de la montaña, que menester fué adherirle rodilleras de piel de carnero, y aún ayudada con el bordón de peregrina, apenas conseguía adelantar á paso de hormiga.

Algo incrédulo el novio, en lo de milagros de amor, votos, ex votos y promesas de la misma esencia que, como tal se evapora, no acompañó á su macilenta y dilacerada prometida, pretextando listas y revistas, retretas, faginas y asambleas, toques diarios que le retenían en el cuartel, como Capitán de campo.

Fué, estuvo y regresó, ó más bien, la regresaron transportándola en una camilla, en menos de dos días, por el camino que hizo en muchos otros.

Y si angustiada y larga había sido la peregrinación al Santuario de la que invocó como protectora en sus amores, más larga fué la velada de muchas noches, en que *la ingénua novia de las rodillas* pasó curándose éstas, sin poder moverse de la cama. Tiempo tuvo el veleidoso Dionisito para emprender campaña más inmediata, que la de Vilcapugio y Ayohuma...

Rodeaban noche á noche el lecho de la enamorada dolien-

te, entre primos y primas que tales primadas mayúsculas permitirse suelen, alrededor del brasero, calentando agua para que *otro tome mate*, y vecinas entremetidas y dueñas y curiosas. Alegraba la reunión una joven parienta, que durante la prolongada ausencia del niño perdido, había rápidamente desarrollándose, así en hermosura y gentileza, como en ingenio y travesura, y era esta menorcita, que no hacía cosas de tal, á quien primero encontraba en antesala el ex-muerto, cada noche que entraba á preguntar por las rodillas de su ex novia, ó por la novia de las rodillas.

Tardaron tanto en curar éstas, y mimo y seducción tanta gastara Cleta en los nocturnos recibimientos de su cuñado en proyecto que el oficialito causa de la enferma, andando el tiempo varió cual veleta porteña, y la primita enfermera, matrimonióse con el no convaleciente.

Si mucho había esperado Marta, poco tardó Cletita en sustituirle, y entre la preparación de dos cataplasmas para desinflamación, llevó su inflamado corazón á la Vicaria.

Si cuando al dejar su lecho la dolorida apasionada no dejó la vida, sin duda fué, porque ya no se muere de amor.

Amor, amor más fuerte que la vida, más fuerte que el honor. Creyó ella ver en tal sustitución castigo del cielo por su poca fé, pues si le aconsejaba su guía espiritual se limitara á pedir á Dios lo que más le conviniera, ella acababa así sus oraciones todas las noches.

—«Permitid Señor que vuelva, os pido el milagro de su resurrección. Dejad que vuelva siquiera un día á mis brazos el amado de mi corazón».

El tiempo transcurrió, y la vírgen de las rodillas, entraba al Convento de Carmelitas, pronunciando un año después, sus votos solemnes al consagrarse esposa del Señor.

En aquellos días venía al mundo la primogénita de su prima hermana, hija de Dionisio el engañador.

IV

Muchos años habían pasado, cuando ésta hija de Cleta encontró cerca del torno, en el mismo Convento que fre-

cuentaba á saber nuevas de su tía, al joven Moisés Maldonado, comerciante de las provincias de abajo, que conducía su arria desde las márgenes del Paraná á la feria de Sumalao.

Entre encargos de las monjitas del tránsito, conducía confites de Córdoba, rosarios, escapularios y varias encomiendas para sus hermanas de Salta.

Y fatal fué el encuentro, primer tropezón de la sobrina de su tía, con el tropero que en mula chúcara emprendía la peregrinación hácia el mismo Santuario, donde de rodillas llegó un día, la que otros muchos pidiera el regreso del que, novio de la tía entonces, en padre de ésta su sobrina se había convertido más tarde.

Muchas idas y venidas de Buenos Aires á Salta, y á la feria de muladas se sucedían y como fatigoso era el viaje, descansaba donde Genoveva, más frecuentemente desde el encuentro casual.

La noche del último viaje, quedó concertado en la misma sala el próximo casamiento de don Moisés con Genoveva para su vuelta.

Largo tiempo pasaba y el tropero de mulas de Tucuman no volvía.

Mala estrella perseguía á las doncellas de esa casa, desde el día que premeditaban dejar de serlo; y tías como sobrinas, quedaban destinadas, sino para vestir santos en la Iglesia de enfrente, para cantar en coro desde el Convento á la vuelta, entre las Virgenes del Señor.

La predilección por amor á los porteños resaltaba fatal á la honrada familia de aquella casa por la inconstancia de los de *abajo*.

Y un año, y dos, se deslizaron sin que noticia ó eco alguno llegara á Salta del segundo desaparecido.

—¿Se lo habrá comido la tierra?—decía una desdentada vecina, madre de Candidito, á quien como candidato de conveniencia lo tenía en conserva para Genoveva.

¿Habría muerto en Caseros?—agregaba un casero de enfrente, donde Maldonado y sus mulas solían parar.

Y en estas y otras dudas, la inconsolable novia desespe-

raba, yendo como su tía víctima de amor ó de engaño, á buscar consuelo, refugiándose en la misma celda que aquella otra víctima de un inmenso amor fracasado recientemente por su fallecimiento.

Y otro año transcurrió, saliendo Genoveva según los reglamentos de la Santa Casa, á pasar la última semana entre los suyos, antes de pronunciar los votos perpétuos.

V

Tres días faltaban apenas para terminar sus postreros en el mundo, cuando á mata-caballos ó revienta mulas, apareció Maldonado, ostentando en su pecho el escapulario del Cármen, último bordado de la bella *desenclaustrada*.

.....
—Vengo en busca de mi novia, que un criollo de mi raza nunca engaña, dijo al entrar á la sala fatal de los desengaños.

—Aquí no hay ninguna novia,—contestaron.

—¿Qué! ha muerto?

—No hay novia.

—¿Se ha casado?

—Sí, contestó la novicia, saliendo en traje de tal, con los ojos bajos y más blanca en su palidez, que la alba toca que la hermoseaba.

—¿Cómo? ¿No me esperabas? ¿Te casaste? ¿Enviudaste y has profesado?

—Te esperé y desesperé, al recordar que el compromiso se contrajo en esta misma sala, donde otro porteño fué por tantos años esperado. Sin duda contagiosa enfermedad es por su tierra engañar á las crédulas salteñas.

Luego entró á explicar don Moisés, temblándole el corazón y también los labios, cómo arriada su mulada al pasar el arroyo del Saladillo, le llevaron entre las primeras levas que el General Mansilla mandó á engrosar el campamento de Santos Lugares. Prisionero en la batalla de Caseros, el General Urquiza le envió con los negros á Calá, de donde recién había podido desertar. Azotándose al Paraná, desde el Rincón de Coronda emprendió viaje á su dicha, al paraíso

terrenal que le esperaba, en cuyo dintel su misma Eva le cerraba las puertas para siempre...

—Así será y debo creerle, pero me encuentro desposada.

—¿Cómo? ¿Con quién? Rasgaré el corazón del que te me lo ha robado.

—Poco á poco, paciencia. No desespere hermano, por Dios! El le resignará. Rogaré por su tranquilidad. *Todo pasa, se olvida ó desvanece.*

—Perdón, yo no pido perdón á quien te me ha robado. Ven, vamos, huyamos; he venido á cumplir mi palabra.

«Mía ó de nadie, juraste aquí ante ese mismo Crucifijo, que donde estaba se está, y bajo de él tu madre, y ante ella nos juramos amor que unió nuestras almas. Mía ó de nadie dijiste, y ahora»...

—Yo ya estoy casada. Virgen del Señor, Dios ha recibido mis votos.

—¡Oh! esto no puede ser. Vengo desde el Calvario, tan largo me ha parecido el camino, por cumplir mi palabra honrada, y la mujer fiel en la casa donde se mueren de constancia, me falta así.

Luego salió dando vuelta á la manzana, enfurecido y desesperado, clamaba en busca de su media manzana...

VI

En vano que Canónigos y familiares y hasta el mismo Obispo de Tucumán, de visita accidental, pretendiesen tranquilizar aquella conciencia fanatizada, explicando que, ni caso de dispensa era, ó relajación de votos, aún no pronunciados, por lo que debiera estar á lo primeramente prometido. Pues que su consagración á los altares del Señor, ofrecida fué bajo la suposición de haber muerto aquel segundo resucitado, que volvía en la té de su promesa, volando en alas del amor á cumplir la suya, recordara el deber de satisfacer las obligaciones en el orden contraídas...

Genoveva sobrina de su tía hasta en lo tenáz, persistiendo creerse ya consagrada al Señor, por más que á milagro atribuía su ex novio haber llegado á la puerta del

Convento donde la conociera, á tiempo de detenerla en sus umbrales el último día que pasaba en el mundo.

No hubo remedio: ruegos, lágrimas y oraciones; dádivas y llantos. Lágrima de mujer conmueve el bronce, se dice, pero cual sobre fría lápida suele deslizarse muda y silenciosa por la faz del más enérgico, sin que acuda á detenerla alma piadosa. La puerta cercana al torno se abrió para girar y cerrarse por siempre tras del amor que gimiendo quedó á la puerta.

Cuentan que el desdichado el día de esta profesión, traspasado y herido en lo más íntimo, á pié desesperado y deshecho, siguió como ébrio desatinado hácia el Santuario de Sumalao, en la borrascosa noche que pronunciara los últimos votos, la Virgen de sus últimos amores.

Desde entónces por muchos años, y hasta el fin de su vida, melancolizado y suspirando, arrastró tristísima existencia hasta que le mató la pena negra.

Cuando todo corre y vuela, como exhalación en el siglo de la electricidad y del progreso continuo, ¿á qué responde ese estancamiento en el claustro, sustrayéndose á todo movimiento? Si apenas de votos perpétuos, restar debe el matrimonio, (fundamento de la familia)—¿puede suponerse natural, que jóvenes á quienes el primer desengaño arrojó á una celda, resignadas sigan siempre enterradas en vida?

A los cuarenta años no se piensa como á los veinte, y muy diversamente á los sesenta.

«Pagar justos por pecadores», reza el refrán en casos semejante que á cada paso encontramos en el camino de la vida. No aplaudimos la reclusión conventual, (estéril mortificación) retrayéndose por egoísmo, del mundo y sus peligros. Se nos ha dado los piés para caminar con ellos por la recta senda. Las rodillas que no se han hecho para substituirles, dóblanse solo ante el Dios Supremo, suplicando por la extirpación de la ignorancia, del fanatismo, que es su fruto, de los errores que enceguecen, pidiendo la paz, la tranquilidad de la propia conciencia, que no es poco pedir, y sí algo más duradero que el frágil amor que se desva-

neces! ¡Cuántas veces implorado aún de hinojos, causa resultó de tormentos continuos!

Los amores infortunados de Marta Lujan se recuerdan en la sociedad salteña, como los de Genoveva Corvalán, descollantes flores del pensil andino.

.. :.....

Muchos años han pasado. Cierta día, nuestra peregrinación nos llevó á esa hermosa ciudad. Regresando del Campo de la Cruz, al pié de la cual inscribió Belgrano con caridad cristiana:

Aquí yacen vencedores y vencidos

entramos al cementerio viejo, en la ciudad de los temblores. Siguiendo estrechas y tortuosas sendas de arrayan á la sombra de ciprés, tan achacoso y polvoriento como las rotas piedras caídas, en una de las más ennegrecidas por el tiempo, desciframos este epitafio que anticipadamente dejó escrito para su lápida:

Aquí yace Maldonado
Vivió y murió enamorado.

• —————



SEÑOR RICARDO B. NEWTON

EL PRIMER ALAMBRADO

Pero al fin, ¿quién extendió el primer alambrado en nuestra campaña?

Tal discusión empezada en el rincón de los viejos, contaminado había á los contertulianos del señor Guerrico, en una de las noches de mayor concurrencia.

Encontrábase: don Silverio Ponce estanciero de verdad, rural por los cuatro costados, frente á don Nicolás Anchorena, rico hacendado que en su vida puso los piés en ninguna de sus estancias, Terrero, Fernández, Iraola, Atucha, Alzaga, Elía, Ramos, Chas, Peña y otros que seguían entrando y llenando la sala, por donde ha pasado cuanto de notable hubo en aquellos tiempos.

Las conversaciones se ramificaban en diálogos dispersos, hasta que fueron concretándose en el que vino á absorber todos.

—No ha de pasar mucho sin que los alambrados se multipliquen, centuplicando riquezas—repitió uno.

Al que cierto rural de antigua escuela replicó:

—Sí, señor; para guardar cochinitos de la India será bueno ese alambradito, pero tal proyecto es irrealizable, ¿Quién pone puertas al campo?

—Es un error,—contestaban otros—seguir con los campos abiertos donde entran, cuerean, marcan y contramarcan cuantos no pasan de prisa.

—Don Juan Manuel de Rozas—agregó Terreros—que entre sus muchos aciertos nó negados por sus enemigos más acérrimos, está el de haber sido el más práctico estanciero, empezó á cerrar con tapias una estancia de cuatro leguas.

La propiedad rural viene valorizándose, y de seguir como antaño, nó semillero de vacas sino de pleitos, legaremos á nuestros hijos. Hoy nadie sabe lo que tiene. Basta un cuadrero en la vecindad para que señale y contramarque haciendas alzadas y aquerenciadas, como acontece á Portugués en Tapalqué.

—Eso estará bueno allá por Prusia, donde las cabañas suelen ser no más grandes que poncho pampa. Pero á más de lo costoso de largos alambrados, tendrá que galoparse en vueltas y revueltas por el campo, para dar con la tranquera de paso. Una simple disparada de yeguas en noche de ventarrón, los echarán al suelo. ¿Cómo se va á evitar el paso de las tropas? El capatáz no ha de respetar que le cierren el camino, usando como adminículo indispensable el cortaalambré, colgado del tirador.

En lo más acalorado de la discusión arribó cierto sembrador de ideas, que si bien solo cultivaba mimbres en Carapachay, fertilizó muchas inteligencias infantiles y también de grandulitos, (pradera de su predilección) agregando:

—Señores míos: hasta que cada estanciero no cierre bien su propiedad, no sabrá cuantos de los animales que la pisan

son de su pertenencia—repetía el señor Sarmiento saludando á la reunión.

—Viene Vd. en mi apoyo,—agregó Halbach. Hacendados rutineros me auguran ruina en los alambrados que implanto, asegurando que ni los postes van á dejar los troperos, arrancándolos para hacer fuego.

—Mi paisano don Domingo poco ha de entender en vacas, que nunca las vió, sino pintadas. ¡Hablando de vacunos, aquí estoy yo!

Y como la exclamación de este Don Juan seguía á la de su tocayo, ex ministro de hacienda: «A los pueblos, como á los niños, preciso es limpiarles y asearlos, aunque sigan llorando. Por lo demás, descontentadizos siempre hubo que todo lo encuentran mal y peor. Bien que si se les cuelga patas arriba, no les cae un cuarto, y aunque les llenaran los bolsillos de oro habían de seguir quejándose, de que el oro es muy pesado».

Interrumpiendo el contertuliano que entraba, contestó á los dos Juanes contrincantes:

—Puede ser señor, pero muchos otros conozco que ya se les ponga patas arriba ó patas abajo, ó se les vuelva por todos lados, de ninguno les cae una idea. Nunca la tuvieron, vacunos que en su egoismo no ven horizonte más allá que el de sus vacas.

Y la acalorada discusión arreciaba entre rurales y estancieros de escritorio, cuando entraba ese lunes otro Domingo, á quien el Gobernador había dado cita allí para que le ayudara el cónclave de patriotas á convencer al señor Olivera aceptase el ministerio de Hacienda, vacante por renuncia de don Juan Bautista Peña, antecesor de don Norberto de la Riestra.

Prendida sobre el pucho nueva controversia, sobre si era el señor Halbach el primero ó el tercero en cerrar campos, he aquí lo recordado por el señor Domingo Olivera.

Cual si fuera ayer reveémos la tertulia en lo de Guerrico, salón de los cuadros, enfrente al zaguán cruzando el primer patio. ¡Cuántas buenas mejoras se iniciaron y se propusie-

ron! Todos han muerto ya: ¡ninguno queda para contar tantas benéficas obras allí iniciadas!

Apenas don Pedro Agote, don Miguel Cuyar, y uno que otro estanciero en retiro. Los jóvenes de la casa, como jóvenes, no siempre pernoctaban alrededor de sus viejos. ¡Qué buenos eran nuestros viejos! ¡Qué diéramos por volver á saludar aquel grupo de cabezas blancas cuya experiencia transmitía viva lección del pasado! Han transcurrido cincuenta años, pero las impresiones de la primera juventud quedan grabadas. Honrados, sinceros, bien intencionados, cada uno se apresuraba con todo desinterés, á llevar su granito de arena á la obra de reconstrucción.

.....

En 1844, refiere cronista tan competente como Olivera, viajando don Ricardo B. Newton, visitaba el parque del Condado de Fitzwilliams, con objeto de enseñar á sus hijos todo lo que puede hacer el hombre de fortuna cuando la emplea en beneficio de sus conciudadanos y del país á que pertenece, según lo hace frecuentemente la nobleza en Inglaterra, siempre á la cabeza de todo progreso y mejora social. Llamóle allí la atención un corto tiro de cercado de alambre, cerrando el potrero en que pacían ciervos. Inmediatamente comprendió la importancia de cercados semejantes en provincia como la de Buenos Aires, donde la madera es tan escasa y cuyos ganados pastorean sueltos y sin pastor.

—¡Eureka!—exclamó alborozado el práctico inglés. Ya le encontré. He dado con lo que buscaba y resuelve el problema que tanto me preocupa, garantizando los escasos bosques contra destrucciones por haciendas errantes en nuestros campos.

Al día siguiente entró en la primera fábrica del camino, disponiendo el envío de una fuerte cantidad de alambres de hierro con sus postes y esquineros correspondientes del mismo metal. Todavía tropezó con alguna demora este primer ensayo. Al arribo del señor Newton á Buenos Aires, supo el naufragio del buque á su consignación. Sin amilanarse ante el fracaso, ordenó por el mismo Paquete, que co-

brándose el seguro de la mercancía, se empleara su importe en una segunda remesa.

He aquí simplemente la historia del origen del primer alambrado, empezándose por cercar un pequeño jardín, luego huerta, quinta, montes, la gran Estancia. A los sesenta años de su introducción, quedan pocos establecimientos de importancia sin alambrado.

Newton, después de cercar la quinta de su estancia en San Borombón y montes en sus puestos, multiplicó otros muchos así protegidos; por todas partes estableció corrales de alambre y varillas de hierro, repitiendo grandes pedidos á las fábricas inglesas de alambres, para muchos de sus amigos y circunvecinos. Debemos reconocer á este incansable *pionner* tan importante introducción, á más de otros progresos que la ganadería le debe. Desde que fué posible cercar los campos de una manera rápida y barata, la propiedad llega á ser una verdad entre nosotros. La subdivisión de los terrenos se hizo posible y el cultivo de ellos fácil y seguro, pues que los ganados ya no los invaden.

Hasta no hace muchos años en su Estancia Santa María, se conservaban algunos de los postes de hierro que sirvieron para el primer ensayo de alambrado, reemplazados después por ñandubays. Cuántas veces, penetrando en el local de la Sociedad Rural Argentina en Palermo, nos acercábamos á tocar el primogénito de éstos allí conservado, viejo Adán, que sostuvo el primer alambrado.

Indudablemente fué el señor Newton uno de los ingleses más útiles á esta su segunda patria, donde levantó su hogar y su fortuna, como su hijo del mismo nombre, el primer argentino que llevó hasta la Australia, su planta incansable de investigador y de estudio, en el cruzamiento de razas aclimatadas aquí. Habilitado de Gibson, Newton abrió tienda en Santa Fé, y sabiendo sacar utilidad de todo, estableció el comercio de pieles antes de volver al Tuyú, donde en 1834 compró cuatro leguas sobre el San Borombón (estancia Santa María). Allí introdujo la máquina de vapor para faenas rurales, la primera prensa de enfardar, propagando plantación de montes con objeto de atraer lluvias, después

de haber introducido la raza sajona, y sucesivamente ejemplares de Negrete, Lincoln, Rambouillet, y Durham, entre otros vacunos. Ensayó también el pozo artesiano, cavando ciento ochenta varas más que el abierto por Sourdeaux, en La Piedad.

Nació para hacer bien á la humanidad y á los suyos. Venido al mundo en Londres, feneció el año de la peste en Buenos Aires (1869) y de su unión con la señora María Vazquez de esta ciudad (en 1830) formó honorable familia, en la que hijos, nietos y biznietos continúan honrando el nombre de uno de nuestros primeros agrónomos, cuyo retrato se ostenta en el salón de la Sociedad Rural.

Al par de él, no deben quedar en el olvido importadores de la importancia de Shéridam, Hanna, Fair, White, Latham, Harrart, Duggan, Clark, Campbell, Bell, cuyos experimentos pusieron luego en práctica, siguiendo la selección, criollos tan dignos de aplauso como Pereyra, Vivot, Cobos, Olivera, Santamarina, Martinez de Hoz, Alzaga, Ramos Mejía, Madero, Saavedra, Lobet, Casares, Acosta, Villate, Alvear, Unzué, Villafañe, Lopez, Ocampo, Luro, Anchorena Elía, Ezcurra, Lozano, Guiraldez, Urquiza, Villanueva, Malbrán, Correas, etc., ya que no es posible recordar á todos, europeos y americanos, que introduciendo nuevas, razas aleccionó su ejemplo el refinamiento de la ordinaria oveja criolla.

¡No solo la gloria de la espada ó de la pluma merece recordación!



CATEDRAL DE SALTA

BALAS ILUSTRES

I

Allá por los años 1820, la ciudad de Buenos Aires contó apenas unos veinte Gobernadores, fuera de algún otro medio Gobernador ó Gobernador á medias, por el Pilar y la campaña. En el día que falleciera el ilustre General Belgrano, (regresando de Salta enfermo y desencantado) asaltaron sillón, por demás despernancado, tres, en breves horas. Gastado quedaba el codiciado bastón de mando de tanto pasar de mano en mano, y no por tantos gobernantes, andaban mejor los gobernados. Verdad que era mucho gobernar, ó gobernar muy poco, si bien ello parezca una paradoja. Salta, única provincia que se dió Constitución antes de la caída del tirano de los veinte años, fué la que *mató el punto* y queriendo nó ser menos, tuvo Gobernador hasta por una hora. Sin duda que este Excelentísimo era muy bruto, y no em-

puñó bastón, sino *tacuara* en ristre, pretendiendo llevarse todo por delante a punta de lanza, por lo que preciso fué echar mano de las balas más ilustres para abrirle entendederas. Si no atacaba en potrillo, *Potrillo* llevó la última carga. No alcanzó *Minué* á figurar en el baile de su nombre dentro la Plaza que sorprendió su montonera. Otros fueron los figurantes, y breve, pero agitada, la danza y contradanza de lanceros, cuadrillas, cuadrilleros, etc.. De los invasores que pretendían anegarla en sangre para enmendar su Constitución, el segundo Elizondo, quedó en el camino, y el primero, Varela (no el constitucionalista) un poco más allá. Chumbita, Guayama, Puebla, cuya misión era lo contrario, (despoblar á lanza seca) escurriéronse entre el polvo de la derrota, yendo á *sofrenar en la luna*, ó en Potosí, cuya alta cumbre de plata relumbra como ella.

No denominamos *balas ilustres*, porque ilustraran las duras mollereras que perforaron, (ilustrados eran quienes las dirigían, y hasta notables), sino porque desde su origen fueron de ilustre cuna, y manos de los huerfanitos las que enfilaban esos fragmentos de plomo, que primero cumplieron obra de misericordia, enseñando al que no sabe, y luego complementando otra de justicia, defendiendo la libertad contra los que, al combatirla, retrogradaban á la época de ignorancia y oscurantismo.

Desde la noche de discusión, (club del Progreso) que llegó á discusión histórica, entre nuestro ilustre catedrático Dr. Gomez (Juan Carlos) y nuestro no menos elocuente condiscípulo Dr. Plaza, (Victorino), defendiendo éste con más calor, al ilustre caudillo Güemes, parangonado con el cruel Artigas. quedó pegada á nuestros oídos la exclamación del Maestro:

— Tal es el poder de la pluma, defendiendo la verdad y la justicia, que al fin se abre paso, y traspasa y penetra en las inteligencias más cerriles. He visto temblar ante esta arma invencible en la propaganda de la prensa, á Generales que no temblaban ante la boca de los cañones. Aludía al General Flores, en cuya Presidencia fué Ministro, el poeta uruguayo.

Y en cuanto temor á la opinión pública, y al poder de la prensa, en su fuerza (ariete de golpe incesante) nada extraño era que el General Flores, valiente hasta la temeridad, siempre á la cabeza de la valerosa caballería oriental, para precipitarse á la carga, se inmutara ante la carga de tipógrafos; si el Libertador Bolívar, en el apogeo de su gloria, reclamaba á Rivadavia y Alvear de los saetazos de «El Argos», zahiriéndole con críticas por la *vitalicia*, y sus sueños de ambición desmedida. El mismo Napoleón recomendaba á su Ministro de Policía: «Amordazada la prensa, de los que descuelen, aturugad sus fauces con dinero, para que ensalcen nuestra propaganda». Noventa años después, todavía repite el gran diplomático de la paz: «Una vez más la pluma acaba de vencer al cañón!»—firmando Rusia la paz con el Japón, vencedor en mar y en tierra.

II

Pero ni con este último instrumento contaba Salta. Todo faltaba allí el día del *Gobernador de una hora*, menos el valor de sus hijos.

La pólvora mojada; las balas... las balas se habían concluído. Quedaba una cabeza, casi dos, que por todas partes se multiplicaban. Orador, periodista, soldado, Jefe del Estado Mayor, *factotum*, (Ministro del Gobernador Ovejero, hacen cuarenta años), Leguizamón improvisó en cada bocacalle una barricada. Y tan buen ojo tuvo para nombrar comandantes de cantón, que de los jóvenes que mandaban las catorce trincheras con el nombre de las catorce Provincias, la mitad llegaron á todo lo que podían ascender nombrados Gobernadores en diversas épocas, por algo más que una hora. Fué ese puñado de jóvenes imberbes los más, el que arrolló la más numerosa montonera: Saravia y Uriburu, Gomez, Solá, Ovejero, Araoz, Avellaneda, Ortiz, Peña, Tordin, Aguirre y otro Ortiz, y otro Ovejero, y otro Peña, que no en valde, este último se llamaba Napoleón, cual otro Uri-

buru del mismo nombre, que como tal, descolló en el Paraguay.

«Doscientas cincuenta armas defectuosas—agrega el cronista—con pólvora de la peor especie, soldados que no sabían cargar, y tres cañones perniquebrados que de poco sirvieron, sin artilleros, preparó el pueblo su defensa. Hasta las gauchas de las afueras estaban en contra á sus antiguos patrones, convertidas en *anda-ve-y-dile* á *Potrillo*, *Minuè*, avanzadas de Varela á Elizondo. El fuego empezó, y como á poco andar cesara: «Pólvora todavía resta un puñado,—dijo Peña. Pero balas, se nos han concluido. ¿De dónde sacamos plomo?

—Mi bastón de puño de oro por una barra!—exclamó el gobernador. Y pensando y repensando, y apretándose el magin: Ya está,—dijo el joven Arias, tan activo y dispuesto como lo habíamos conocido diez años antes, (1857) compañero de cuarto con Lucas Córdoba, Florentino Uriburu, Alurralde, Lamadrid y Ledesma, en el Colegio y Seminario, bajo el rectorado del Canónigo Agüero. Ya tenemos!—repetió entusiasmado. Recordando sin duda que cuando éramos estudiantes, hasta el puño de plomo del bastón del Rector Agüero se lo birlara cierta noche de sabatina, para convertirlo en munición *patera* con que no cazó ninguno al vuelo en la escapada dominguera. ¡Ya tenemos plomo!—dijo, y bajando á la imprenta derritió el de los *tipos* en moldes improvisados, con cuyas balas se obtuvo el triunfo al día siguiente.

Justificado queda lo de *balas ilustres*, ilustradas ó ilustradoras, pues que al fogonazo que las arrojaba, fueron comprendiendo los bárbaros que no sabían leer,—*¡la letra con sangre entra!*—cómo se rechaza todo el salvajismo, cómo defiende sus derechos un pueblo, hasta convertir en lanzas las ramas de los bosques, y armando la honda con las piedras de la sierra, cual rechazaron á los chapetones valientes cochabambinas.

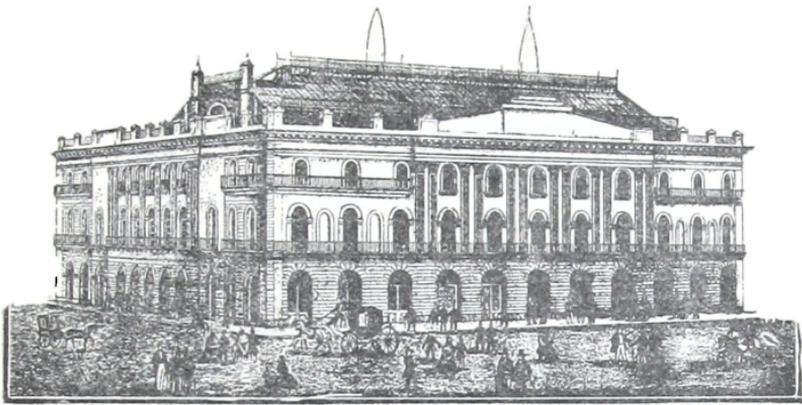
Los montoneros adueñados solo una hora, de la plaza de Salta (Varela gobernador) no respetaron ni las iglesias, ni el Obispo, ni los sacerdotes, ni el sexo, ni la nacionalidad,

ni lo más sagrado. Insultaron, asesinaron y robaron sin selección. Las mujeres refugiadas en los templos fueron arrojadas á sablazos, y las tiendas abiertas y saqueadas, hasta ser rechazados con plomo de tan ilustre origen. «El resto de los tipos de la primera imprenta, (escribe Zinny) de la célebre imprenta de Niños Expósitos, se propuso al Gobernador Ovejero la fundiera para hacer balas contra la montonera del Coronel Felipe Varela en la noche del 9 al 10 de Octubre de 1867. ¡Singular coincidencia! Después de haber introducido la civilización y el progreso, contribuyendo á la libertad de las Provincias Unidas, esos tipos complementaron su misión, fundidos en holocausto de la libertad de una de las mismas, expuesta á sumergirse en la barbarie, terminando su propaganda en defensa de las instituciones y de la civilización».

Verdad que todavía en aquellos buenos tiempos, todos eran unos. Un solo salteño no vino en el asalto á Salta, mientras que descendientes de las más ilustres familias coronaban trincheras y azoteas, leyéndose en la lista, los nombres de: Isasmendi y Cornejo, Saravia, Arenales, Campero, Alurralde, Araoz, Güemes, Lavin, Gomez, Castro, Gorriti, Valdez, Latorre, Figueroa, Lacroix, Solá, Uriburu, Gurruchaga, Romero, Otero, Avellaneda, López, Zerda, Benitez, Puch, Gauna, Arias, Mora, Aguirre, Tedin, Todd. Sosa, Bedoya, Echazú, Leguizamón, Ortiz, todo lo notable en aquel bello pedazo de la patria argentina, rodeando el árbol de la libertad, con cuyo esfuerzo la victoria coronó sus sacrificios.

De este cuentito histórico, que acaso no faltará quien lo atribuya á inventiva de crónista novelero, viejos hay, y no muy viejos, que lo presenciaron, testigos oculares de su moraleja, recordado en honor de los muertos, ejemplo de vivos, que á los más vivos suele mojarse la pólvora, pero que cuando se siente un corazón bien puesto, hasta los tipos de imprenta transfórmanse en balas, para fulminar los que pretenden arrebatarse la libertad de un pueblo.

¡Pluribus unus!



EL TEATRO COLÓN

(1857)

I

Aquel año de 1857 fué el de los grandes progresos en esta ciudad, que al presente pasa del millón, y por entonces no contaba cien mil habitantes. En el año del Ferrocarril, que tanta prosperidad aportó al país,—como no solo de pan se vive,—abrióse el teatro (oasis de esparcimiento al través de la fiebre de negocios, que no todo era entoncés mercantilismo) factor que actuó con mayor eficacia en la modificación de usos y costumbres, desarrollando el gusto artístico y elevando la más alta nota de cultura.

Desde el primer violín, que no siempre se contaba un segundo, á punto de que en ocasión de transportar el empresario la orquesta á Solís, no hubo cómo formar otra; aquí, donde no existe al presente cafetín en que dejen de chillar violines día y noche, á lujosísimas y espléndidas *toilettes*, joyería moviente, cascadas de perlas y brillantes descendiendo las escaleras de la Opera, y músicos, y coristas, escenógrafos, todo progreso en el mundo del arte, todo reconoce por origen la apertura del magestuoso Coliseo. El

gran tenor Tamberlick lo inauguró y Tamagno lo clausuró. De Thalberg pianista sin igual, á los conciertos de la Patti (Carolina) numerosísimo es el elenco de divas mundiales que desfilaron por su palco escénico.

No una, sino hasta tres fiestas inaugurales se repitieron. Los célebres bailes de carnaval (1857) á medio abrir, el edificio nó terminado, comprobaron la solidez de sus pisos, resistiendo el peso de cuatro mil danzantes. Dos otras más se sucedieron, de ópera y drama, después de dos años de expectativa, en que regimiento de mirones de boca abierta, iban á contemplarles, coronada fué de pararrayos su alta techumbre, de muchas leguas divisada por vapores de ultramar cual faro de progreso.

En la noche del sábado 27 de Abril de 1857 se alzó el magnífico telón de Pittaluga. El salón estaba lleno. No obstante que pocas horas antes se pulicaron los avisos, á las 12 de ese mismo día se abría la boletería, á (cuyo boleterero vigilaba el señor Oyuela) multitudes se aglomeraban en platea, palcos y pasillos:

Fué «La Traviata» preferida á «El Trovador», cantada por la Lorini, descollando entre todas las *partes* Tamberlick, en cuyo elogio el poeta Dominguez escribía en *El Orden* «que si á Dumas, puesto en música por compositor de génio como Verdi dióle esplendor, el renombre del gran músico resonó más, por el primer tenor del mundo».

Mil ochocientos espectadores aplaudían sin cesar á la Casaloni, Cima, Franchi y á cuanto discreto ó mediocre artista se presentaba. Guirnalda de bellezas ondulaban, festoneando sobre las barandas de la primera y segunda fila de palcos (que no se alquilaban á caballeros solos) asistiendo éstos en los de tercera y la platea. Sobre los palcos altos la cazuela, y arriba de las cazueleras el *paratso*, infierno para muchos amartelados de escaso efluvio sin duda, cuando sus miradas no atraían las de aquellas por cuyo atractivo habrían subido hasta el séptimo cielo.

Asistían en los palcos de la primera temporada las familias de: González Moreno, Halbach, Atucha, Pereyra Iraola, Ocampo, Anchorena, Cazón, Chás, Guerrico, Acosta,

Pellegrini, Oyuela, Migone, Peña, Casares, Martínez de Hoz, Parravicini, Piñero, Pacheco, Cobo, Alcorta, Drago, Lezica, Miró, Saavedra, Gutiérrez, Mendeville, Llavallol, Marcó del Pont, Elortondo, Rams, De María, Madero, Ochoa, Alzaga, Iturriaga, Sáenz Valiente, Senillosa, Frías, Cordero, Cano, Tejedor, Castellanos, Cambacéres, Achával, Armstrong, Ortiz Basualdo, Portela, Escalada, Fernández, cuyas jóvenes (abuelitas hoy) fulguraban en espléndido cielo de bellezas.

Si juntamente á esta nómina de elegantes familias argentinas de antiguo abolengo, agregáramos las abonadas á la primera temporada del nuevo Colón, como aparece en aquella esmaltándola unos cuantos nombres extranjeros, el reverso de la medalla se exhibiera, entre apellidos nuevos que dilatan nuestra sociabilidad cosmopolita.

Llamaba la atención la hermosa señora Carolina Lagos García, frente á la de aire magestuoso Mercedes Aguirre de Anchorena, benefactora que todos los pobres recuerdan, *vis á vis* á otra Mercedes Oromi, que dió tanto, hasta quedar sin nada.

A uno y otro lado de los palcos de González Moreno, entre las rosas de sus hermanas, aquel ténue jazmín Adelia Halbach de González Moreno, las dos Cármenes, bella hija de tan hermosa madre; Carlota Romero de Varela, María Antonia Beláustegui de Cazón y la señora Monserrat Agrelo de Riestra.

También los *dandys* del día, *paquetes* como entonces llamaban, asestando sus baterías de telescopios, observaban el mundo sideral, desparramados en diversos palcos: don Martín Estrada, Garrigós, Urioste, Pérez del Cerro, Elizalde, Carranza, Elortondo, González Videla, Calzadilla, Albarellos, Alcorta, Emilio Castro, Pereyra, Iraola, Madero, Martínez de Hoz, Cobo, Lezica, Trelles, Drago, Cueto, Bosch, Miró, Arocena, Ocampo, Rossi, Huergo, Zelis, Granel, Pérez Millán, Blaquier, Pintos, Hudson, Jiménez, Moreno, Costa, Plaza Montero, Acosta, Eastmann, Unzué, Zimmermann, Larrazábal, Esnaola, Toledo, etc.

Intrigaba á las curiosas en esa, y todas las noches de la

temporada, el palco desocupado de primer categoría á mitad del costado derecho, entre los otros desbordantes de juventud, de flores y alegría...

II

Se levantó el telón presentándose toda la compañía, rompiendo la orquesta con las primeras notas del Himno nacional. y avanzando, el tenor Tamberlick, cantó en nota clara y serena al terminar la estrofa:

San José, San Lorenzo y -Suipacha,

.....

Aquí el brazo argentino triunfó,
Aquí el fiero opresor de la patria
Su cerviz orgullosa dobló..

dilató famoso *do* de pecho, como hasta entonces no se había oído, ni más alto ó mejor se oyó después.

Pegado á nuestros oídos ha quedado por cincuenta años, como á los de la generación allí presente. Después de recorrer todos los principales teatros del mundo no le oímos igual, el *do* sublime con que la robusta garganta de Tamberlick «terminando la frase en notas altas y vibrantes que brillaron como el lampo de una espada que amenaza. Produjo en el auditorio una impresión traducida en aplausos atronadores»—recuerda un diario de la época, al que otro agrega. «Se puede talvez cantar mejor una *aria*, pero nadie puede dar á las arias y á los recitativos acento más sincero y apasionado; no se puede tener acción más dramática, ni silencios más elocuentes. Si se procurase un modelo no se encontraría más perfecto».

Desde aquel momento el éxito de la compañía quedaba asegurado. «La Traviata» siguió desarrollándose con regularidad. Ningún tropiezo llegó á perturbarla después de tan gran éxito. Bajó el telón. Trás él lluvia de papelitos blancos y celestes con los versos inaugurales de Icaza, cronista de *La Tribuna*, cuyo propietario Héctor Varela, se

deshacía en entusiastas aplausos, pidiendo el *bis* al que una y otra accedió el tenor.

Y cuando cayó el telón segunda vez, no se reprodujo la lluvia de *hojas de rosas* que la Senillosa y sus amigas derramaban desde la cazuela en el «Argentino», ni se tendía el chal celeste de la cinturita de avispa, como bandera de enganche, pero entre otras notas jocosas no faltó la observada por *Anastasio el Pollo*.

Se retiraba del palco de gobierno de saludar al primer Gobernador Constitucional Doctor Obligado y sus Ministros Vélez, Mitre y Riestra, (progresista administración cuyos adelantos realizaba ese templo levantado al arte), un señor Mariscal, cubierto de cruces, medallas y cintajos, que en cambio de auxilios solicitados para escalar la presidencia de que derrocado en Bolivia, prometía devolvernos Tarija, don Simón de Santa Cruz. Y cuando salía, trás breve visita ceremoniosa, por debajo del mismo palco entraba en la platea otra cruz, de las muchas que han crucificado nuestra campaña, rey de la Pampa también derrocado, temible cacique Yanquetruz, ostentando las *nazarenas* de plata maciza del malogrado Nicanor Otamendi, á quien ultimara su lanza traidora.

Al entrar bajo el número once (palco de Lezama) un ex banquero cargado de cruces y veneras, en el del lado deslizaba al oído de Carmen, su hermosa prometida, el travieso Juan Cruz (que en vísperas de casarse publicara «La Pescadora», no menos bella que el «Ave María», inspirado la víspera de su muerte), la cuarteta:

«En tiempo de las bárbaras naciones
Colgaban de la cruz á los ladrones,
Y en este que llaman de las luces,
Al cuello del ladrón cuelgan las cruces».

lo que hiciera sonreír al poeta Magariño Cervantes, en el de la espiritual Joaquin Arana, contiguo al palco de la señora Fidela Casati de Mackinlay donde lucía Florencita Lezica.

Sobre el contraste de tales personajes y la consonancia

final de sus nombres improvisó *Anastasio el Pollo*, hijo intelectual de *Aniceto el Gallo*, su jocoso soneto «Los aves-truces en Colón».

III

¿De quién era aquel misterioso palco vacío, hueco como palco sin alma, pues que efectivamente había volado el alma de su dueña, en vísperas de inaugurarse la gran obra iniciada por aquel festivo poeta criollo, Coronel Ascasubi, que educó en el sentimiento patrio al son de su guitarra, dos generaciones de paisanos? Único impedido de concurrir al éxito de su obra, en la mañana que se abría Colón, regresaba de inscribir sobre la blanca lápida de su bellísima Cristina:

«En nuestros corazones su memoria:
Su cuerpo aquí, su espíritu en la gloria».

¡Víctima de un amor fracasado, voló al cielo al rozar sus alas este mundo engañoso!

Y los gemelos de la Guardia Vieja, seguían descubriendo constelaciones resplandecientes, astros de primera magnitud, como las elegantes señoritas de Gowland, Higgimbothon, Rubio, Arrotea, Eastman, Achával, Villegas, Sáenz Valiente, Correa Morales, Bunge, Blayer, Ercilia Otamendi, Ernestina Bonich, Nóbrega, Olaguer, Crisol, Somellera, Gándara, Baudrix, Arana, Ocampo, Alais, Gallino, Bavio, Muñiz, Galíndez, Díaz, Villanueva, Senillosa, Pinedo, Barra, Vélez, de la Cárcova, Letamendi, Medina, Arroyo, Molino Torres, Sofía Hines, Muñoz, del Sar, Sosa, Mann, Blaquier, Soriano, Pinedo, Sagasta, Dufour, Dusema, Anguita y otras.

Seis millones de pesos papel, y nó de pesos nacionales como el segundo Colón, costó el teatro levantado sobre el solar que en el plano de repartición se designó al fundador Garay, y que en sus múltiples transformaciones, fué: *Hueco de las ánimas*, *Coliseo*, *Barraca de Cardaleros*, *Carpintería*, *Cuartel* y *salón de baile*.

Era el año en que se inauguraban *muelles*, por donde

llegaban sobrantes de brazos del viejo mundo,—*Aduana* que almacenaba mercancías arribadas en barcos de todas las banderas; el gas, ese sol de la noche que resplandecía sobre el nuevo Mercado del Plata (iniciación del mismo *Ascasubi*); escuelas por todas partes como otras tantas lamparillas alumbrando nuestros campos, despertando inteligencias; locomotoras precursoras de nuevas y más amplias vías de adelanto; sobre éstas y otras, vino á coronar todos esos progresos el gran *Coliseo*, cuyos famosos artistas atestiguaban á los cuatro vientos que cerca de donde empieza la Pampa, pagábanse precios fabulosos que en parte alguna alcanzan los primeros cantores, pues que si no han nacido aquí grandes artistas, el buen gusto les descubría en cualquier punto que aparecían.

IV

Y en el *mundo de Colón* se inauguraba con su nombre el magestuoso teatro, conmemorando al navegante, quien en su tercer viage transportó los primeros músicos y cantores, para atraer y civilizar por la música que hasta las fieras domestica, por el suave lenguaje de la armonía y del canto al hijo de los bosques. Inaugurado y cerrado por el primer tenor de una y otra época, como anotamos, desfilaron en su escena cuantos astros constelaron el vasto cielo del arte, en más de un cuarto de siglo, descollando la Mariani, Durán, Teodorini, Briol, Biancolini, Borghi-Mammo, Scalchi-Lolli, Sanz, Sthal y Rubini, Repetto, Volpini, Gayarre, Stagno, Bolis, Biccioli, Colonnese, Battistini, Mariani, Kaschmann, Devoyod, Castelmare, Junca, Segarra, Atri, Tamburlini, Lami, Bassi, Mancinelli.

¡En cuántas otras innovaciones impulsó adelantos! Hasta entonces sin carruajes de plaza, la empresa decidió á Sauze, Rivadavia, Hué, á su establecimiento, para transportar la concurrencia en noches de invierno.

Las precursoras de modistas, como la Carrau, Vigneau, Moussion, limitadas entonces á Madama Ristorini, Zimmermann, Victoria Gómez, se multiplicaron como por encanto. Y

Frasquelli, Martínez y escasos joyeros nacionales no daban abasto, llegando Fabre, Carassale y Fredenhägen. Caballeros tan cumplidos y atentos con su alta clientela como Iturriaga, Cueto, Jiménez, Peña, Guerrico, Bolar, Rábago, Romero, Casal, Gándara, tuvieron que extender sus lujosas tiendas, que bien pronto les dieron fortuna. No era por entonces pecado de lesa elegancia no concurrir con nuevo vestido cada noche. Se recuerda el más costoso, diez mil pesos papel (señora de Cazón) precio que sobrepasa hoy cualquier modesto *toilet* de palco. Vérdad que por entonces éstos solo costaban cuatro ó seis pesos por noche. Cuán distante de lo que en la actualidad, veinte mil francos, primera temporada en el nuevo Colón,—sin Tamberlick, Patti ni Tamagno,—el inolvidable tenor que ansiaba inaugurarlo.

Si el teatro, escuela es que corrige las costumbres deleitando, y en él, la música suaviza los sentimientos, limitándonos á este de Colón, dejamos señalado cómo propició desde cincuenta años atrás el refinamiento del gusto, educando nuestro sentimiento artístico. Las discípulas de Marotta, entre las que Luisa Ocampo luego Mme. Bemberg, Deidamia Kier y Ramona Sánchez en primera fila, progresaron tanto con otras fundadoras de la Sociedad Filarmónica y ejemplarizaron multitud de aficionadas con mejor escuela. La bella hermana de la Señora Ocampo (Angélica) fué la primera argentina que subió más alto, recorriendo intrépida hasta la angosta balconada de Colón, primer techo de zinc levantado por el Ingeniero Pellegrini.

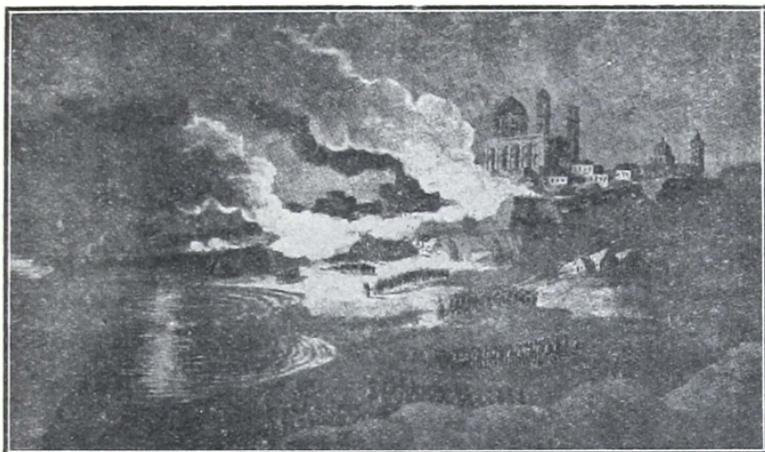
V

Hasta entonces no hubo teatro más suntuoso, ni de mejor elenco en América. El vino á dilatar nuestro ambiente social, contribuyendo al mejoramiento de usos y costumbres, aproximando personalidades y suavizando asperezas, entre los que la politiquería alejaba. Parecía oírse la armonía de todos los corazones, levantados, atraídos y fascinados en un mismo aplauso. En su orquesta se perfeccionaron, y de ella

salieron los que luego formaran otras tantas bandas y orquestas por toda la república.

Abuelas de la joven generación que hoy concurre á la apertura del nuevo Colón oyeron allí, con las más gratas notas, no solo el *do* sublime de Tamberlick, sí también el más suavemente modulado, aquel *si* dulcísimo que eslabona misteriosamente dos almas, augurando cuando es sincero, la única felicidad en la tierra.

Que la tercera generación oiga también bajo los nuevos artesones dorados, (digno marco de tanta belleza) al través de armonías inefables que llegan al alma, la palabra entre dulces temblores pronunciada una vez, tan solo una vez en la vida!



LA BRECHA EN MONTEVIDEO

MURIÓ EN LA BRECHA

Hé aquí otro de los olvidados:

En la madrugada del 3 de Febrero de 1807 fué muerto el Capitán D. Lázaro Gómez Rospilloso en la brecha de los muros de Montevideo, por donde asaltaron las tropas inglesas. Cayó sobre el cadáver de su hermano José Ignacio, abrazado á un tercer hermano (Santiago) cuya sangre generosa se derramaba por diez y ocho heridas. Bajo el nombre de *El abrazo de la muerte* recuerda la tradición este grupo heroico, que en nuestros anales militares no se registra otro semejante. Hicieron algo más que morir peleando en defensa de la tierra en que nacieron los tres Capitanes Gómez Rospilloso, descollando al par de sus hermanos, por sus virtudes y proezas D. Lázaro, cuyos pasos seguimos. Vida de labor y de sacrificios continuos, de abnegación, de lealtad y de honradez, dejó ejemplo digno de recuerdo. De añeja alcurnia castellana, dió lustre á esa otra de mayor valía, que no siempre viene envuelta en pergaminos, adquirida con la sangre generosa, que hasta hoy distingue á los suyos, cuya modesta pero honrada actuación, ha sido en todo tiempo el más alto cuartel de un escudo sin mancha.

Si en la línea materna entroncábanse Príncipes, Cardenales y dos Pontífices (de la noble estirpe Rospillosi) llegaban sus ascendientes, por la paterna, á Gutiérrez Gómez, ya *ricohome* (en 930) antecesor del Conde de Bureba, Don Gome, padre de doña Ximena, esposa del valeroso Rodrigo de Vivar, denominado *El Cid Campeador*. También tenía Santo en el cielo este devoto Capitán, pues de ramas de su frondoso árbol florecieron San Lorenzo y Santa Teresa, perpetuando por muchos años estos nombres el primogénito, en cada generación, que se le imponía en la pila bautismal.

Consérvase en Castilla la Vieja la casa solariega sobre la Plaza de la Media Luna, en lo más alto de Santa María de Nieva. De ésta salió D. José Gómez del Canto-Caro y Montalvo, primero que llegara á estas orillas, cuya espada brilló en más de una ocasión en el Regimiento de Infantería, hasta 1763, donde combatiendo buques ingleses desde las baterías de la Colonia del Sacramento, cayó al pié del cañón. Predestinado aparecía su último hijo, muy niño á la sazón, á sucumbir en lucha contra los mismos invasores, y en las mismas filas en que crecieron sus hermanos, muertos también en ellas.

Es en la conocida *Historia* del Deán Funes donde encontramos las primeras huellas (1783) del Teniente don Lázaro Gómez, quien en grado subalterno ya se distinguía, consiguiendo con un puñado de soldados bisoños, abandonados en medio del desierto, lo que su jefe con mayor número no lograra. En la expedición de Piedra contra la tribu del *Cacique Negro* (Sierra de la Ventana) bajo su comando, por la muerte del jefe, no solo salvó los restos de los invasores, rescatando entre otros cautivos á D. León Ortiz de Rozas, sino que llegó á celebrar la paz más duradera. Después de tan penosa campaña regresó de guarnición al puerto de la Ensenada, hasta que se hizo cargo de esa batería el Capitán de navío D. Santiago Liniers.

En 1787 condujo á través de mil dificultades caballdas, pertrechos y elementos para los salineros, expedición más fructífera que la de Piedra, la que partiendo de la Guardia de Ranchos, antes de llegar á Salinas Grandes, falle

ció el Comandante don Francisco Balcarce, padre de los siete guerreros de la Independencia de este nombre, substituyéndole su segundo don Miguel Tejedor. Persiguiendo contrabandistas, en defensa de la Fortaleza y fronteras de Santa Teresa y otras rayanas, Villa de Melo, Cerro Largo, Santa Tecla y costas del Yaguarón, continuó la campaña que hizo el inspector general Marqués de Sobremonte (1801) para expulsar los portugueses, que habían pasado á campos de la Banda Oriental, acompañándole por todas partes, menos en la disparada de este Virrey, que huyera con el tesoro, dejando al vecindario desarmado y sin dinero.

Así nacido puede decirse con la espada al cinto, heredada á la muerte de su padre, como luego sus hijos Lorenzo, Justiniano y José Damián, nombrados Cadetes del Rey, á quienes los cordones de tal, y minúsculo espadín, se les enviara de España en su infancia (hijos de Capitán muerto en acción de guerra) en luchas continuas en una y otra ribera del Plata pasó su vida, faltando solo á la defensa de esta ciudad por inconveniente insalvable. ¡Había antes alcanzado la muerte á la sombra de la bandera del primer batallón de infantería, cuya defensa selló la sangre del padre y de sus hijos!

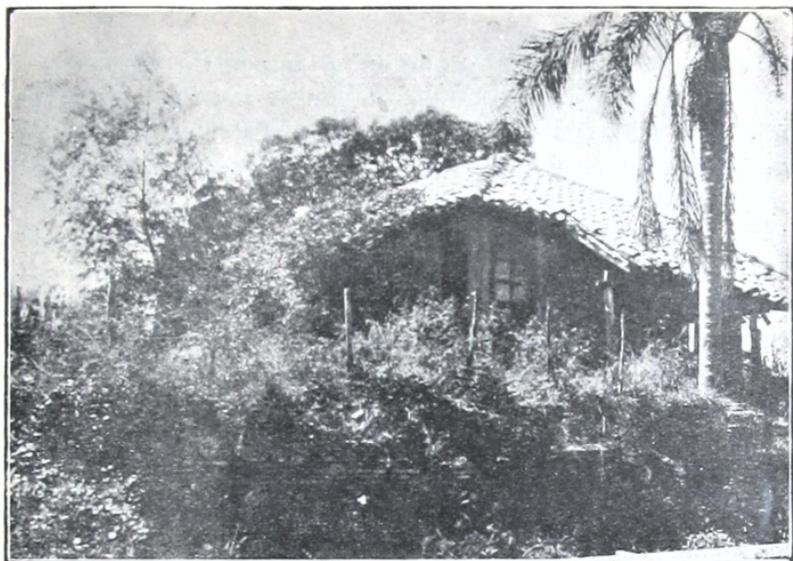
Trasladado tres años antes de esta plaza á la de Montevideo, fué su primera compañía del *Batallón*, vanguardia de los Auxiliares embarcados con Liniers en la Colonia, la que retomara á viva fuerza el Retiro, la tarde del primer cañonazo (11 de Agosto de 1806) fué luego con el grado de Capitán, á reforzar la guarnición (Montevideo) en el extremo del cubo Sur, conjunción actual de las calles Brecha, Gómez y Buenos Aires) Murió allí, peleando como un bravo frío y sereno, cuya alma de temple de acero jamás se curvó, legando á los suyos el ejemplo de su heroísmo y honradez.

Honrar á nuestros antepasados es honrarnos á nosotros mismos. Como aquellas humildes violetas que aún cubiertas bajo espeso follage su propio perfume denuncian, ó esas otras plantas que, si apenas levantan del haz de la tierra desarrollan abundantes frutos bajo de ella, virtudes hay sin ostenta-

ción cuyo brillo no deben á la publicidad, ni á pomposos partes oficiales, sino al propio mérito que perdura, se prolonga, crece, se expande y multiplica; semillas caídas en fértil terreno abonado por una y otra generación.

En la modesta actuación de este Capitán, dentro del estancamiento de región tan lejana de la metrópoli, á que no alcanzaba la vista del Rey en cuanto á agraciar congrados y distinciones militares nativos, llegaban las más de las veces la vejez achacosa y la misma muerte, antes que grados superiores á los hijos de la tierra.

Pero obra sin disputa de más largas proyecciones que su acción militar de la Patagonia á Misiones, ha sido la honrada familia de su nombre, de vastas vinculaciones. Sin salir de esta capital, la descendencia del benemérito Capitan don Lázaro Rospilloso, más numeroso batallón forma que aquel al pié de cuya bandera cayó, hace hoy cien años, en la brecha de Montevideo.



LA CASA MÁS VIEJA

LA POBLACIÓN MÁS ANTIGUA

I

Una de las tardes del último verano navegábamos por el estrecho Río de las Conchas, desde su desembocadura sobre el Luján, cuando cerca de ésta varó nuestra canoa frente al árbol de Liniers. A su sombra pescaba el último de sus descendientes, en el año que cumplía un siglo desembarcara allí los valientes auxiliares de la otra banda, Don Santiago el Mártir, y á los cuarenta años que otro nieto también, Santiago Estrada el educacionista, nos había acompañado á inaugurar la Escuela, contigua á la Iglesita.

Cerca del desembarcadero, rumbo opuesto á la inmediata «Plaza Coronel Vilela» plantamos en nuestro pequeño chalet dos palmas que sombrean el sitio histórico donde el jete de la expedición se refugió contra la fría lluvia torrencial, la noche triste del 5 de Agosto de 1806, símbolo á la vez

de la gloria y el martirio que de tan inmediato siguieron á ese primer héroe del pueblo. Recuerdo íntimo, también señala el primer pasito de mi primogénita: tan cerca la tumba de la cuna de ésta, como el sacrificio, de la victoria de aquél.

Al frente, la primera casa de altos levantada en 1801, por Don José Martín de Goyechea, quien del Paraguay regresaba acompañado de Don Julián Enciso, vaqueano de la columna de Liniers, por el largo camino de pantanos hasta la capital cautiva. Techo histórico fué este, llamado Casa del Virrey, que á más de Sobremonte y Liniers cobijó sucesivamente á Belgrano y Alvear, Lavalle y Paz, Olavarría y otros próceres.

Las Conchas es un mes mayor que la población de Buenos Aires, pues cuando Don Juan de Garay pasaba á fundarla, bautizó el *pago* con el nombre de la única mujer que acompañara la expedición, Valle de Santa Ana,—por Ana Díaz, paraguaya. Ya en 1610 preciso fué reforzar la guardia de su Puerto, para evitar contrabandos de la Colonia del Sacramento. Su comercio clandestino y el muy concurrido del Paraguay, extendiéndose á una y otra ribera del caudaloso río, multiplicó las casas de negocio, que á fines del siglo XVIII más de cien se alzaban sobre pilares en prevención de inundaciones. La tribu inmediata de Guacunambies, mansos como toda la familia guaraní, tan honrada aparecía, que ninguna de las vacas enviadas por Cabeza de Vaca se extravió en la espesura de cardales más altos que sus tolderías.

En la repartición de chacras, rozas y estancias pobló aquí la primera 'Hernandarias, á quien el célebre Vergara,—que todavía la Historia no ha llegado á esclarecer *si sería bueno ó sería malo*, tan entremezcladas aparecen sus trapiondas y servicios,—le disputó título y ubicación. Después de haber sido el más rico de la comarca, dicho Vergara solicitó del Rey alguna pitanza para los suyos, que *fumando* á muchos, *fumado* por otro más vivo fué, quedando sin tabaco, que ya no se produce en las Conchas.

En 1730, separóse ésta, de la parroquia de San Isidro, y con jurisdicción aparte, se declaró Iglesia Parroquial, dando nacimiento luego á dos pueblos. Aunque emigraron al de

San Fernando los restos salvados de la creciente (1805), bien en breve renació, cual Fénix de sus propias cenizas, y sin las mezquindades del Luján, no protestó al retaceamiento para formar el pueblo del Pilar.

II

Magdalena la ñata llamaban al más lindo pimpollo que trás los cercados de sus rosas y membrillales descollaba, allá por las medianías del siglo XVIII, sí, escasa de protuberancia nasal, nó de ingénio, de belleza, y sobre todo de caridad. Barcada podían llenar los pretendientes que por los ríos que forman los lindes de Las Conchas, y canales y riachuelos cruzaban cantando á la luz de la luna, sus gracias y primores, ansiando la mano de la que da pié á esta tradición.

Pero al fin, como mi Señora doña Magdalena Bonelo no tenía más que un corazón, se lo llevó en su canoa como más velera, la que á pala manejaba Silva. Sentársele en la popa, fué como sentarse la fortuna al umbral del buen vecino, y no á palos, sino á palas de esforzados remadores acopió tantos frutos, que al dejarla viuda, pañuelitos de ñandutí por gruesas, le quedaron para secar sus lágrimas, y mil y otros ricos productos del Paraguay entre apilamiento de cedrales, naranjos y palmas que á techar llegaron toda casa de importancia, edificada á lo largo de la costá hasta Buenos Aires.

Fortuna propia tuvo de sus padres, y desde los primitivos años su caridad se esparcía tanto por toda la comarca, que desde entonces en sus circunvecindades no hubo pobres, como en su actual Hospital no hay más enfermos que alguno trasportado de las islas.

Iglesia, Escuela, Botica, todo lo inició y proveyó de su propio peculio, refriendo el más antiguo cronista que, excepto la imágen de la Purísima Concepción, ofrenda de Don José de Araujo Gómez, la primera iglesita, su fábrica y sacristía, debióse á la devoción de Doña Magdalena Bonelo, «costeando el retablo, vasos sagrados y todo lo necesario

para el culto divino, sin otra ayuda que trescientos pesos con que contribuyeron algunos vecinos».

Tal es el mérito para que en el siglo XX recordemos como ejemplo á la benefactora que desde el siglo XVIII se distinguió por su beneficencia. Pasó su vida sembrando buenas obras, y hasta después de sus días por no perder costumbre, cuando fué llamada á Dios, llamó á su segundo esposo, y contraria al egoísmo en postrimerías semejantes y recomendaciones tan repetidas: «Que no ocupe otra mi lugar». «Que no se borre mi memoria de tu corazón», al borde del lecho de muerte le pidió que después de llorarla un poquito, bogara en la misma canoa de su buena fortuna hacia las costas entrerrianas, donde descubriría una su sobrina, muy rica por añadidura, y la matrimoniará. Asegurar así pretendía en un mismo lote, bondad y fortuna. A ella marido probado, tan bueno en sus días felices ó adversos, y á éste, elementos de prosperidad, poniéndole á cubierto de cualquier mueca de la fortuna, por si empezara ésta á darse vuelta, con el estancamiento ó paralización de negocios de Misiones, mermados desde la expulsión de los Jesuitas.

Y este primer Diego (que cuatro del mismo nombre se han sucedido en otras tantas generaciones bajo ese mismo techo que reproducimos) cumplió el encargo póstumo tan al pié de la letra, que por otras tantas veces reincidió en el Sacramento. Primero con doña Magdalena, después con doña Martina Palacios viuda de Iparraguirre, y en terceras nupcias con doña Victoria Olivera, siendo la primogénita de su última unión la señorita Juana Arana, después de Rocha madre de nuestro ilustrado condiscípulo el fundador de La Plata.

III

Al caer este nombre bajo nuestra pluma, nos trae el recuerdo de que con ella, tres argentinas, con más años y amor á los suyos, han cruzado el Océano, acompañando ésta, á su único hijo Dardo; luego la anciana madre del doctor Quintana (Manuel), y antes, la hija política del primer Cobo, introductor del álamo en Mendoza, que

de estas islas transportara doña Chepa Lavalle, cariñosamente así llamada y que llegó á Estocolmo. Las tres valerosas ancianas de este vecindario, contaron cinco generaciones en él, como las familias de Alcorta, Romero, Enciso, ejemplares que bien comprueban, nó solo se vive mucho y sin dolamas en la más antigua población de Buenos Aires, sino que tan profundamente se arraiga el que llega, que hijos, nietos, biznietos, y tataranietos navegan cantando el ária del amor por los mismos arroyos en que se enamoraron los abuelos. Cien años antes resonaban los mismos nombres que hoy por islas y canales: Arana, Alcorta, Cobo, Rodriguez, Enciso, Romero, Balbin, Lynch, Vivanco, Cebey, Olivera y Milberg.

No siendo lugar de minuciosa genealogía de cuantas antiguas familias perduran en el antiguo Puerto de Santa María de las Conchas, ponemos punto y coma con la de nuestro bien amado Enciso (Eulogio). El primer Procurador que llegó á esta, de Asunción, con Don Juan de Garay, se había ya hecho notable por haber dado muerte en leal combate á uno de los más poderosos caciques en armas contra los conquistadores. Vuelto Enciso al Paraguay donde dejára descendientes, uno de éstos, Don Julián, acompañó á Don Martín de Goyechea, sucediéndose hijos, nietos y biznietos, bajo la sombra de la encina secular plantada por el primer Enciso. Goyechea desposó á Doña Concepción Arizmendi uruguaya, como á su vez su hija Vicenta, casara en Montevideo con Diana, padre de la Señora Angelá Diana de Oliveira César, cuyos hijos honra son de nuestro ejército y marina.

Conchas se denominó por los millones de éstas incrustadas en sus riberas. Como Tigre, la corriente más caudalosa y profunda de la gran avenida que en 1820 la desvió del cauce principal por esos numerosos carnívoros, vecinos del rincón de Milberg que solían hacer fechorias con sus lavanderas, ocultándose entre pajonales y agazapándose bajo la espesura de los sauzales. De aquí partieron los treinta y tres denodados patriotas que por séptima vez arrojaron portugueses de la otra Banda, surgiendo espléndida y rozagante la

joven República Oriental del Uruguay. Entre ellos descolló un hijo de la localidad Tiburcio Gómez, que después acompañó por todas partes al Coronel don José María Vilela, jefe de los colorados de Las Conchas, espectable figura en esa campaña, yendo luego á morir fusilado por Oribe, al lado de Avellaneda.

Y con añadir que desde el primer Maestro de escuela Don Mariano Romero Pineda y Bracamonte, tuvo en la misma enseñanza otros tantos de renombre, como el Reverendo Padre Fray Francisco de Paula Castaneda y Romero y el señor Magesté, cerramos el paréntesis.

IV

Hoy se dice más prácticamente que al rededor de cada Estación de ferrocarril brota un pueblo. Hasta entonces, con no menos verdad se repetía: «Que alrededor de una Cruz, Oratorio, Capilla, Iglesia, se agrupaba la población». Tal fué el origen del Luján, San Isidro, Las Conchas y la mayoría de los pueblos en nuestra campaña. En parte alguna como en el Nuevo Mundo, desde la primera misa celebrada en la Isla San Salvador bajo corpulenta ceiba, la piedra levantada para rogar al Ser Supremo, fué la que reunió á los hombres.

.....
 Aseguraban los vecinos, con su sábio Doctor Albarellós á la cabeza, que éste el más antiguo pueblo de Buenos Aires, es también el más sano, donde más ejemplos de longevidad se cuentan, por lo que mayor número de generaciones siguen arraigadas al terruño.

Razón habría para que resuenen las cuatro trompetas de la Fama, recomendando á los que deseen dejar este mundo lo más tarde posible, vayan á deslizar la serena tarde de la vida á orillas de mansa corriente que añosos sauzales sombrean, esparciendo suave ambiente de tranquilidad que contagia el alma más agitada!...



HONRADEZ Á LA ANTIGUA

I

Librenos Dios de tildar la joven generación de menor honradez, ó de que contados sean los que al presentes descueullan por la puntualidad en pagos, á no proceder de carreras, ágio de Bolsa ú otros juegos. Igualmente de murmuraciones sobre la anterior generación, si antes de la llegada de Príncipes del trigo, Rey de la navegación ú otros monopolios, se pagaba más llanamente, sin moratorias ni embrollas. Pero excepcional honradez aparte, en la vulgaridad de casos, poniendo frente á frente costumbres de antaño y hogaño, resaltar suele alguna diferencia á este respecto.

En nuestra campaña y fuera de ella, alcanzamos los buenos tiempos *del pan bendito*, pan de San Roque remedio casero para piernas y casas quebradas, en que frecuente era prestar sin intereses, fianza, ni más que la confianza en el hombre honrado que solo se resuelve á pedir en apremiante necesidad.

—Tome amigo lo que necesite, remédiese y no se aflija por devolver sino cuando pueda y quiera, que para ayudarnos estamos los buenos vecinos. Vaya tranquilo que mis cobranzas no le han de quitar el sueño.

¡Cuánto tiempo que no se oyen tan lindas palabras, con el corazón y la plata en mano del dadivoso! De los que tales frases oyeron ninguno que sepamos, faltó á su palabra. Acaso algún pobre chacarero quedó en chiripá y sin camisa,—que no siempre usara,—pero nó sin pagar.

¡Cuánto se ha clamado contra los vicios de la Corte y

también de esta Metrópoli cosmopolita, donde todo lo absorbe, devora y consume soplo febriciente de especulaciones, afán de aparecer, despilfarros en teatros, rubias y damiselas, trajes, caballos y automóviles, ridícula vanidad de competencia, donde nadie quiere aparecer menos. Así el ilustre desconocido y el rico improvisado asoman un día á la superficie, embriagados por el delirio de las grandezas, para desaparecer muy luego en fracasos, quiebras, fraudes, trampas y enredos de todo género, viviendo de expedientes.

Todo ello ha importado en plaza el préstamo usurario del cincuenta por ciento, y aún después de la invención de cartularios y papel sellado, sobre escrituras, testigos, pagarés, contratos, fianzas, fiadores y pasadores, á pesar de tantas retrancas, más de un vecino conocemos se ha quedado con montaña de documentos, ¡eso sí en debida forma! chancelando los deudores... todas sus trapisondas por la prescripción, ó la fuga.

El dolo, la felonía y el gatuperio, invento no son del siglo de las luces, pero tampoco prosperan solo en la oscuridad.

II

Bajo palabra se prestaba, sin otro apunte que la memoria de dos hombres honrados y bajo palabra se pagaba á «verdad sabida y buena fé guardada».

Y como la excepción confirma la regla, oigamos el sucedido del único cuadrúpedo que tiró su plata en el camino. Pero antes, (excepción de actualidad) de cómo en la misma calle donde al fundador de San Isidro se le convirtieron los clavos en oro, á pocos pasos de la Caja de Conversión, en la vereda de enfrente donde las familias de Escalada, Alzaga, Larrazábal *vareaban* la plata sus negros esclávos, que sin blanco alguno de vigía, nunca rodó á perderse doblón rodador, y en la calle donde doscientos años más tarde se ha repetido el mismo milagro, al revés.

Cuñetes de polvo de oro aparecieron los que de clavos había encargado el Capitán Accasuso, á la tierra del oro (Perú) y en plata, *plata flébil, recortados, chirolas, cuatros bolivia-*

nos, plata de Guemes y otras especies, los ciento ochenta mil pesos que aparecieron ayer sin dueño, y que convertidos por obra y gracia de la Caja de Conversión, reducidos quedaron á dos mil papeles súcios.

Lo esencial de este milagrito del día, es cómo, cuando y por donde, aparecen sin señas bien puestas, ni nombre, apellido, calle ó número de expedidor ni destinatario. Tan bién aleccionada salía esta moneda de la Casa de su acuñación, que llegó sin extraviarse ni perder rumbo. Muy sabidores fueron sin duda, todos los B. P. (buenos petardistas) del barrio de los Bancos, que congregados á descifrar iniciales, casi borradas en el extremo del cajón, adivinaron por inspiración divina, ó de Mercurio, debía leerse *Banco de la Provincia*. No obstante indicio alguno adelantaba á cual de los catorce Bancos de provincia venían, en las cavas del de Buenos Aires se metieron rodando, que milagro mayúsculo fuera rodaran para arriba desde las Provincias de abajo.

Todavía hubieron de salvar otro obstáculo. ¡'o que es haber gente honrada en todo tiempo! Creerán Vds., que les atajaron la entrada, y por muchos días nadie se animaba á acercarse, menos á destapar *el aparecido*, cual si fuera de dinamita el cajoncito misterioso?

III

«Cierta día, llegando al anoecer hasta un poco más acá de la Guardia del Luján, por el camino Real desde el Alto Perú,—cuenta el tradicionista del siglo XVIII—fué atropellado entre gritos y pechadas por numeroso grupo de paisanos, que se persiguían en el *juego del pato*, espantándose la mulita culatera de una árria. Anochecía, y entre gauchos y arrieros pasaba Don Juan Antonio Caxau, con árria cargada de caudal considerable. Espantada y dispersada por distintos rumbos, se halló con la falta de un zurrón de doblones que importaba trescientos veinticuatro pesos. Después de algunas diligencias pasó con el resto á esta capital, donde por su dicha halló á Don Cristóbal

Francisco Rodriguez, á quien comunicó su desgracia dando por perdido el zurrón.

«Este mi señor don Cristóbal que no era hombre de turbarse, pasó el cuento al Gobernador, que le dió una escolta de Dragones para que le acompañase con el Alguacil Mayor. Los buenos de los gauderios ya habían roto el zurrón y repartido entre sí las dos mil piezas de á ocho escudos, que con la oscuridad de la noche tuvieron por pesos dobles, moneda que comunmente pasaba de Lima y Potosí á Buenos Aires, donde solo por casualidad se veían doblones.

«Por la mañana se hallaron asombrados al ver cómo se había convertido el color blanco en rojo, creyendo que Tata Dios en castigo del hurto, reducido hubiera los pesos á medallas de cobre, y así los entregaron á sus mujeres y hermanas, excepción de unos muchachos hijos de un hombre honrado, que desaparecieron con poco más de dos mil pesos.

«No habían visto oro aquellos rudos campesinos ni por milagro en esos tiempos. Era época de milagros, que por desventura no vuelven, como el de convertir el papel en oro, voto solemne se hizo por el Señor de los doblones, ofrendando la mitad de los perdidos á la Patrona del Santuario del Luján, si aparecían fuera indio ó burro el ladrón.

«Don Cristóbal sin pérdida de momento cercó el *Pago* con la escolta, y recogió la mayor parte de lo extraviado. De aquí resultó un otro milagro (poco frecuente al presente); el padre de tanto muchacho perdidoso, los pagó dentro de un corto plazo, con los costos y réditos.

«Los demás delinquentes que simplemente se dejaron prender, por parecerles cumplir con entregar la presa, ó por considerarla de muy corto valor, fueron á Montevideo, nó á gozar de las frescas brisas en sus Pocitos, sino á trabajar en las *tapias* con que amurallaban la naciente ciudad tapes obreros.

«Lo cierto es que si Caxau no se encuentra con la viveza y suma diligencia de Rodriguez, pierde seguramente la ma-

yor parte de los trescientos veinticuatro pesos, pues no dejé tiempo á que los *gauderios* reflexionasen, preguntando el valor de las *medallas* ¡Ayúdate, que Dios te ayudará!—dice el refrán.

«En verdad que esta gente campestre, como la del Tucumán, no es inclinada al robo, ni en los caminos del Alto Perú, ya sin cruces, se ha visto formal invasión á las muchas récuas de plata, en barras como en oro, que atraviesan todo el reino en tal débil custodia, que pudieran ponerlas en fuga ó sacrificarla. Muchas veces sucede que dos arrieros solos, caminan dilatada distancia con diez cargas de plata.»

Otro caso curioso agrega el tradicionista de esa ciudad de San Felipe y Santiago, comprobando los quilates de honradez á la antigua:

IV

«Los antiguos, en la sencillez y honestidad de sus costumbres, ajustaban sus procedimientos á la buena fé, á la honradez de su palabra en los negocios de la vida, más que á documento escrito.

«Nadie se preocupaba entre amigos de exigir, por ejemplo, recibo de pagos, préstamos ó débitos, por cuantiosas que fuesen las cantidades. Todo se libraba á la buena fé de las personas. La palabra del hombre de bien valía más que el mejor documento, y el exigirlo se miraba como una ofensa.

«El amigo mandaba pedir un talego en préstamo al amigo, y éste sin vacilar se lo enviaba, sin ningún género de recibo. Otro iba á efectuar un pago en onzas de oro, y el receptor rehusaba contarlas, sin temor de engaño.

«Quién recibía para guardar una caja de prendas, un talego de dinero, á la buena fé, sin ningún género de constancia. Y en la misma forma se hacía la devolución, sin falta de maravedí.

«El inquilino pagaba el mes de casa sin recibo, seguro de que no se le cobraría dos veces. En todo, la buena fé era la regla.

«Pasando un día, cierto abastecedor de nombre Pío (García) más tarde suegro del señor General don Venancio Flores, por la calle de los *Judíos*, apeóse del caballo en la tienda de don Ramón y Andrés Fariña, á quienes dejó para que le guardasen un pañuelo con onzas de oro, diciéndoles pasaría después á recojerlo.

«Transcurrieron días y días sin que García apareciera. Completamente lo había olvidado. Así pasó algún tiempo, hasta la casualidad que pasando á caballo por frente á la tienda, lo llamó Fariña, diciéndole:

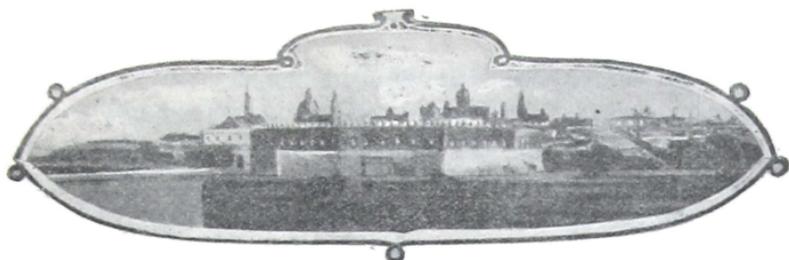
—«Amigo García, Vd. se ha olvidado del pañuelo con dinero que me dejó á guardar. Espérese voy á alcanzárselo.

—Amigo don Ramón,—contestó García,—no me había acordado, pero estaba seguro en su mano. Bueno—lo llevaré, aunque siento se incomode en dármelo.

«Y dicho y hecho, devolvió el pañuelo de onzas, como lo había recibido, sacándolo de bajo el mostrador, donde lo tenía colocado, porque en aquel tiempo no se usaban las cajas de hierro con una ni dos llaves, ni se enterraban ya las onzas de oro y pesos fuertes en botijuelas, ó se escondían entre los tirantes ó tejas del techo, como fué muy común por temor de saqueo cuando el ataque á la plaza por los ingleses, ó cuando los desordenados de Otorquez cometían tantos robos».

.....
Sin agregar deducciones por nuestra parte, dejamos la apreciación al lector, entre la honradez de los tiempos que el negro esclavo, el indio arriero y hasta los burros de carga incapaces eran de robar un *macuquino*, y éstos que no se encuentra caja de hierro bien segura ni bajo tierra, si á cada talego no se le pone un centinela de vista!

Guardia numerosa con mauser, bala en boca, custodian hoy día y noche la Caja de Conversión, en la misma manzana que el señor Velazco confiaba sus talegos al cuidado del pobre negro, como en otros barrios *asoleaban* plata, limpiándola, esclavos de Sarratea, Villanueva, Riglos y otros ricos.



AÑO 1800

PLAZA DE TOROS

I

...Al fin la inauguración más populachera de mucho antes anunciada llegó entre cohetes, camaretas y voladores, con soldados del Fijo en la puerta, y palcos, gradas y tendidos, tan llenos como corredores, pasillos y alrededores.

Fué en la esquina Victoria y Bolívar abierto el primer *encierro* y en la calle del Pecado (hoy Aroma) el último chiquero, cuando en el barrio del mondongo á la plaza de Monserrat se trasladó la de toros.

Era la tercera ésta que se inauguraba el primer día «del siglo de las luces», nó por toreros, sino por electricistas así llamados, y alrededor de la estatua ecuestre del que dió su postrer nombre á plaza de tantos nombres.

De sólida mampostería, cerrada en forma octógona, estrechas y altas ventanillas abrían trás los corredores. Las gradierías en anfiteatro, como en círculos concéntricos que amplios palcos coronaban, y sus altos muros guarnecidos por merlos de corte golondrina.

A uno y otro costado de las puertas leíase, en grandes cartelones pintarrajeados: «Por mañana y tarde se correrán en la plaza de Buenos Aires, veinte toros, en celebración de Su Magestad, y á expensas de un vasallo natural de esta ciudad, tan amante y leal á su soberano, como caritativo y piadoso». En otro aviso rezaba el detalle: «A las once, se lidiarán diez toros. A la tarde otros diez. Los escogidos por

don José Ibáñez, actual diputado de fiestas, divisa verde; los de don Francisco Velarde, divisa encarnada; los elegidos por don Santiago Posadas (a) Cadenas, moña amarilla. Entre éstos van dos para juguete, en que habrá fuegos artificiales y otras variedades. Picadores: Victoriano López y Martín Álvarez; banderilleros, seis; enlazadores, doce; matadores, el famoso Juan Colón y Juan Aguiar».

Y al lado de este listín, que copiamos en el Archivo de Indias (en Sevilla) desciframos la cola del litigio llevado á España contra Fray Sebastián Oliva, de Buenos Aires, competencia del Obispo más toro que en ésta hubo, y que descornado dejó la revolución, en cuyo primer día concluyó su homilia en Cabildo: «Mientras quede un español, debe gobernar á todos los hijos de la tierra».

II

A pié y á caballo, en rodados de toda forma, y en mulas lujosamente enjaezadas, numerosísima concurrencia se agrupaba, y en atropelladora multitud seguía entrando y entrando, á punto que en la amplia plaza para diez mil espectadores, aglomerábanse no menos que la sexta parte de todo el vecindario y sus alrededores. Si en los asientos al sol, uno que otro africano vendiendo horchata matizaba aquel horizonte de bronce oscuro, entre la chinería, zambos y mulatos de diversos tintes, reseros, compadritos y cuchilleros, subiendo iban las gradas á la sombra, pulperos y almaceneros, tenderos, ratas de oficina, y graves cartularios, Vistas de poca vista, Oidores cortos de oído, Veedores algo miopes, Fiel de fechos de muy feos hechos, y abriéndose paso por mal oliente multitud, sobresalía de cuando en cuando entre innumerable gangolina, vendedores ambulantes de «chicha» y «caña», canturreando:

«Aquí vendo valor en botella,
Que al más flojo transforma en torero,
Por lograr ofrecer á su bella
La divisa del toro más fiero».

Notábanse en los palcos, entre mantillas de subido color, civiles y militares, eclesiásticos y muchachería gritona, criollos y godos de blanca peluca y relumbrosas «peluconas». Arriba de los tendidos, frente al palco real ó virreynal, ocupaba el centro el de la presidencia, de donde el Alcalde dirigía las señales, por el trompa de órdenes á la espalda. Las corridas tenían lugar los sábados y domingos, lo que dió lugar á otra contienda entre lo eclesiástico y lo civil,—pues quedar solía la Iglesia con poca concurrencia y la Plaza con demasiada.

Delirante gritería infernal expresaba el mayor interés, siguiendo las quiebras y cuerpeadas de picadores, capas y chulos, la habilidad de banderilleros, del «espada» en los pases y repases de muletilla. Amontonada populachería de todos colores y costumbres, corría trás las corridas, buscando esparcimiento y diversión en escenas de sangre, más animada por los chistes y observaciones que se cruzaban en jaleo y risotadas, por cada accidente originadas.

La impresión que la muerte de tanto toro dejaba, diversa era, según el ánimo del espectador. ¡Cuán cierto que la costumbre forma una segunda naturaleza! Aquí el ambiente de sangre multiplicaba chulos y matarifes. Fué de los mataderos, de donde salieron mayor número de degolladores, el fatídico año cuarenta!

III

Hubo toros en otras Provincias, aunque sólo perduraron en Montevideo, Chile ó el Perú.

Los últimos en la ciudad de Mendoza, en vísperas de trasmontar la Cordillera el ejército de los Andes, fué más lucida en mérito á los lidiadores.

¡Qué toros y qué toreros!

El Capitán Don Lucio Mansilla descollaba entre los capeadores; Don Juan Lavalle, picador; el Capitán Nazar, primer espada; O'Brien, engrillado con cintas de seda, salvó el bicho. Don Juan Apóstol Martínez, el Capitán de Granaderos más turbulento, cabalgó sobre el toro, desnucándole

de una puñalada. Isidro Suárez se lució como enlazador, y Necochea, Correas, Villanueva, Olazábal, Escalada, Videla, asombraron con fantásticas suertes.

Previsor el General San Martín en economizar la sangre de sus bravos expuestos en lidias tan atrevidas, no prohibió los toros, pero relevó los toreros. Reservados para encuentros más heróicos, no quiso siguieran exponiéndose á las astas del toro. Estos corrieron en adelante avestruces, que sin escuela toreaban á maravilla las altas y zancudas aves. Revestidas ya de chiripá ó poncho colorado, eran envestidas por toro embravecido, que sin darles alcance pos traba al fin la fatiga.

¡Y eran de ver las curvas airoasãs, las sacadas de cuerpo y las gambetas elegantes y con tanto garbo que esquivaban todo alcance livianos y ligeros avestruces, constantemente atropellados por la atrayente tela colorada.....

Agregando que la entrada principal de la Plaza de Toros (antes del Retiro, hoy de San Martín) abría frente á la bocacalle Cabral, la que para salvarla debía pagarse *tres reales* en la Plaza que se inauguró en 1800,—aplaudiremos con el Abogado de los animales: ¡Basta de toros, que no son mansos los que en más de una sesión suelen correrse.



LA NOVIA SIN CABEZA

(TRADICIÓN TELEPÁTICA)

I

Saboreábamos yunga exquisito, cuando el anfitrión, tan amable en su casa solariega, como años antes nos obsequiara en los salones de la Legación Uruguaya que él presidía en París, se incorporó ofreciéndonos habanos muy perfumados que rehusamos, pues nunca gastamos humos.

—Siempre serán más suaves los de la *Vuelta de Abajo*, que el humo que oscureciera este comedor, dejando aterrados á cuantos le rodeaban, por más que era en mesa de novios,—agregó con tristeza el doctor Magariños tan oportuno como simpático. Precisamente, ahí donde está Vd. sentado señor tradicionista, lo estaba mi infortunada tía Victoria en vísperas de su desposorio. Amigo de coleccionar sucedidos y referencias que le salen al camino, apunte en su cartera de viaje éste, apenas para Vd. desconocido, pues nuestros parientes y comensales no lo han olvidado.

Y con otras ó semejantes frases, nos refirió lo que en ésta reasumimos.

Oyeron con nosotros al doctor Magariños, su primo el fecundo poeta don Alejandro Magariños Cervantes, Bauzá el historiador, De María el tradicionista, Talavera bibliotecario, Fermin Ferreira y Artigas, poeta émulo de Fajardo, que si algún otro de los alegres compañeros de esa velada escapa á nuestra memoria después de treinta años, ninguno de ellos ha escapado ya de ese otro más largo viaje sin vuelta.

Para que no se diga afirmamos con muertos, ocasión habrá á la postre, de agregar lo que posteriormente publicaron otros escritores uruguayos, discrepando muy poco de lo que el anfitrión refirió de sobremesa, la noche del 12 de Julio de 1876, víspera de nuestra partida á Wáshington, en memoria de cuyo gran americano se denominó esa calle en que cayó la última víctima del sitio (1814).

II

Era la Victorita Magariños una de las más esbeltas jóvenes que sentaba sus reales frente á la Real Fortaleza de San Felipe y Santiago, allá por los comeñamientos del pasado siglo, y no menos inexpugnable que ésta. Un par de ojos negros, en nada parecidos á los negros bozales esclavos de su padre, expresaban tantas cosas sin decir palabra, que á poco andar tropezaron con su parte contraria. Palmito más picaresco que tentación de San Antonio, dos oyuelos nidos de amor bajo morena tez aterciopelada, alta, esbelta y desenvuelta en el andar, parca en el decir, hasta entonces había pisado en Montevideo pié más chiquitin que el calzado por aquella beldad uruguaya.

También la parte contraria se presentaba bajo galoneado uniforme, bonito Oficial de artillería, de elevado frontispicio, y aunque más de una trinchera tuvo que vencer saltando sobre tías y abuelas, poco militarizadas (que ingrata recompensa recibiera más de uno de los galoneados en la familia) al fin de tantos sitios en los del año 7, 12 y 1814, la ciudad, como sus vecinas connaturalizado se habían á vivir en perpétuo asedio.

El novio oficial tramitando con aceleración los últimos pasos, contrastaba la parsimonia de Vigodet en rendir la plaza. En esto seguía el novio la actividad del enemigo impaciente General Alvear, que diciendo á *Roma por todo*, punto final puso á indecisiones de su adversario penetrando á la ciudadela, antes que las componendas de Artigas con los godos aguaran la fiesta. La apasionada doncella nó con menor diligencia se preparaba, que hasta la

absolución de su confesor llevaba ya, al regresar de misa de alba en la vecina Iglesia de San Francisco.

En vísperas de la entrada del General Alvear á Montevideo, entraba Vigodet seguido de García, ayudante indispensable, á este comedor, del que bien pronto salieron todos aterrados. Sentábase al lado de su bella prometida, cuando de improviso resonó fuerte estampido, y la bala de cañón disparada del buque de la Escuadrilla bloqueadora (á corta distancia de Punta Carretas) penetró sin previo anuncio, llevándose la cabeza de la novia.

Lo que siguió á la horrible catástrofe es más fácil suponer que referirlo. Disipándose la humareda: «Me han muerto todos mis hijos!» se oyó exclamar á la madre desesperada, que se echó sobre los restos palpitantes en el mantel, convertido en blanco sudario, manchado por la sangre de la novia, un momento antes dichosa.

.....
Extraño es sin duda el sucedido, pero más extraño parecerá el presentimiento de lo que iba á suceder. Ofrecimos no testimoniar con muertos. Hé aquí lo que años después de publicada por vez primera esta tradición, encontramos comprobándola.

III

«Al Capitán don José Pacheco, (padre del General—poeta y vehementísimo orador, Melchor Pacheco y Obes) refería Fray Benito Lamas en su Convento de San Francisco: «Una doncella vino al templo á hacer confesión auricular. Iba á contraer matrimonio con un jóven cadete de artillería, oriundo del que fué Reino de León. Parecióme ella tranquila y feliz, como toda criatura que recién abre su espíritu al mundo. En pos de sus candores deslizados á mi oído sin la menor sombra de pecado, fuése alegre y sonriente, complacida tal vez de una absolución sin reserva alguna...

«Pasado algún tiempo, una noche sin embargo, ya olvidado todo, soñé que la niña había muerto en víspera de sus nupcias. Véase ahí como por un signo fatal en el arma en

que servía su novio, estaba el secreto de su fin...! Ví aquella noche en sueños agitarse su tronco sin cabeza, y tendidos sus brazos hácia el novio que la miraba mudo de terror, en tanto se removía en el suelo junto á la mesa del banquete, á un paso de sus deudos petrificados por el exceso del espanto, su cráneo hermoso y juvenil reducido á una masa sangrienta.

«Fué una pesadilla tétrica que tardó en borrarse de mi mente muy largas horas.

«Cifra negra en la historia de la prole Magariños!

«El tiempo pasó... Cruelas vísperas las de estas bodas de hierro y sangre!

«Otro día la artillería hizo oír de súbito su ronco estruendo de la parte del mar. El enemigo renueva sus fuegos,—dijo el cadete al levantarse del lado de su novia. En ese instante, la pared se abrió en su centro para dar paso á un grueso proyectil, que hiriendo su noble cabeza, fué á sepultarse en la opuesta, entre una nube de polvo.

«Al silencio siguiéronse gritos de horror, y vióse en la semi-oscuridad un tronco sin cabeza, que saltaba en su asiento, lanzando hácia arriba un chorro de sangre tibia y humeante.

«¡Era la novia!—agregó Fray Benito emocionado!—(ISMAEL, *pág. 43, Acevedo Díaz*).

Todavía agrega otro de los parientes de esta infortunada:

«La familia Magariños sentábase á la mesa y en ese instante penetraba Vígodet al comedor de la casa situada en la esquina Wáshington y Plaza Zabala. Entró la bala hiriendo el cráneo de Victoria Isabel, lo trituró internamente. Doña Manuela Cerrato de Magariños (abuela de don Mateo Magariños Cervantes, autor de la primera versión) al ver los rostros de todos sus hijos, rojos por el polvo de ladrillo que la bala había arrancado, se limitó á decir: «Jesús! cuántos hijos me han muerto!» Y tomando á la niña que yacía con la cabeza sobre la mesa, se sentó en el suelo y la recostó en sus faldas!...

«Terminado el sitio, el Coronel Vedia jefe de la artillería sitiadora, colocó una guardia en lo de Magariños para que se

le respetara. Cuando éste asomó á la puerta de calle, alguno de los morenos que la custodiaban dejaron los fusiles patrios, y poniendo las manos unidas, decían: «la bendición mi amo!». Eran negros esclavos del saladero del señor Magariños, que la patria había libertado».

«Luego el Coronel Vedia se presentó en su casa á parar en ella como tenía costumbre de hacerlo cuando venía á Montevideo. Entró gritando en muestra de su amistad y confianza: «¿Donde está el godo Magariños que vengo á matarlo?» Doña Manuela salió al patio impresionada. Vedia le estiró la mano, y ella altiva y dolorosa dijo: «No doy la mano al asesino de mi hija».

«El coronel Vedia ignoraba el desgraciado suceso. (*Doctor Palomeque, tomo 3 de VIDA MODERNA*).

Tercer comprobante de que nuestras tradiciones no son imaginarias, como alguno de nuestros amables críticos supone. El tradicionista uruguayo agrega en MONTEVIDEO ANTIGUO, *pág. 27, libro 2º, De Marta*, (Don Isidoro): «Se acordaban los vecinos de la antigua ciudadela de aquella funesta baía que había muerto en los *altos* de la casa Magariños, atrás del Fuerte, á una de sus niñas, Victoriana.

IV

Sin salir de los casos de telepatía ó presentimiento afectivo, cuya narración recogimos en el mismo viaje, al llegar á Chile, y alrededor del hogar de nuestro amigo don Benjamín Vicuña Mackenna, (á quien en esta fecha se eleva en Santiago digna estatua del fecundo publicista), refirió otro caso, que con nosotros vían el Doctor don Alejandro Reyes, hijo político del General Lavalle, Montt, actual Presidente, Amunátegui, Blanco y nuestro inolvidable y buen amigo hacen cuarenta y cinco años, don Alejandro Carrasco Albano.

En los primeros días que llegó de Buenos Aires el célebre retratista francés Monvoisin, escapado de las furias de Rozas (pues que pretendió semejarle al busto de un Emperador romano de nariz perfilada, cuando él pretendía sólo impo-

nerse como héroe criollo de poncho pampa) un cariñoso padre de familia de ocho hijos, y otro en camino, fué á rogarle acudiera en el acto á retratar su señora enferma. A pesar de su cariño para aumentar progenie, presentía la muerte de la madre al nacimiento de su noveno. El pintor se excusaba con que chúcara mulita cuyana había tirado sus mejores pinceles y cajas de pintura en el estrecho desfiladero, trasponiendo cordilleras. Al fin de tanta instancia, accedió. Pero antes de terminar, no obstante su apresuramiento, el ansiado rétrato de la buena madre víctima de fecundidad tan inmediata (nueve hijos de tiempo en seis años) quedaba: la cara en el lienzo sobre el caballete, frente al lecho mortuario, y en éste el original sin vida, más pálida y blanca que la blanca sábana de que tironeaban ocho hijitos por ver el rostro amarillento de la madre, llamándola sin cesar.

Continuó otro de los yernos de la señora Emilia Herrera parricia chilena nunca bastante aplaudida como merece, por los argentinos que siempre amó:

—En nuestra familia aconteció algo parecido. La madre de los Peña se levantó una noche del lecho aquí en Santiago, exclamando: «Mi hijo Nicolás ha muerto!» y al día siguiente llegó el *roto* (de fundo á gran distancia) confirmando que en esa misma hora del presentimiento, el niño Nicolás había muerto de pronto.

Y trás los pronósticos en Montevideo y en Chile, llegamos al país de los ensueños, la antigua capital de virreyes enamoradizos y *tapadas* limeñas que siguen viviendo en sueños y soñando aparecidos.

Tertuliando en Lima con Palma, Márquez, Althaus, Numa P. Llona, Paz Soldán y otro coro de poetas menores que siguen rimando en el Rimac, nos detalló minuciosamente la profecía de la monja del Virrey, y del Obispo resucitado, que hoy registran las tradiciones del primero.

Arribados á Nápoles y al presentarnos á saludar la señora Duquesa, viuda del Ministro Anfora de Licignano (que tan gratos recuerdos ha dejado en nuestra sociedad) todavía intranquila nos decía:

—He pasado una noche llena de zozobras y agitadísima, sin que atinara el por qué de mi aflicción. No podía dormir, y un dolor sin causa me oprimía el corazón, desvelándome hasta venir el día. Y esto que, por más sensible que he sido siempre, desde la pérdida de mi amado Anfora, he quedado en un aletargamiento tal, que ya poco ó nada me altera, aunque me restan sí, pocas, pero muy sinceras afecciones; mi sobrino Tito principalmente, casi mi hijo puedo decir; desde niño le crié á mi lado, y persistente volvía mi pensamiento á él! Teniente en la Marina Real algún peligro le rodea sin duda,—presentía. ¡Tantos días sin verme! é involuntariamente obcecada, pensaba en él. Cuál sería mi sorpresa! Aún me hallaba en cama, cuando de pronto penetra al aposento mi lindo marino chorreando agua. Me había ocultado iba á realizar su primera ascensión la tarde anterior. A la altura del cráter del Vesubio cambió el viento, y otra ráfaga violenta le impelió hácia el mar. A poco andar, desinflándose el aerostato, al caer la tarde caía fuera de la bahía de Nápoles á gran distancia, pero frente á mis balcones. Toda la noche pasó tiritando de frío, enhorquetado sobre la pequeña barquilla á flote, tocando la muerte á dos pasos, de la que muchas horas después llegó á ser salvado por una barca de pescadores. Recién con su abrazo se disiparon mis angustias. Todavía tiemblo al recordarle!

Observación de otro caso anotamos en el mismo viaje. Predicando íbamos la fraternidad entre chilenos y argentinos, desde el día del abrazo sobre el campo de Maipú y la misa que allí hicimos celebrar por muertos en la misma defensa, (propaganda en tierras, mares, valles y cordilleras). Al presente regresamos de repetir la misma prédica desde Petrópolis á la ciudad de San Paulo, (Brasil) como este apóstol regresando de Corinthio, predicaba la fraternidad humana. Cierta día que nos acompañaban á almorzar en «Carlton Hotel» (Lóndres), nuestro amigo el sábio Doctor Moreno y el Ministro de Chile, señor Blest Gana, entró de pronto el Coronel Sir Tomás Holdich, aún no designado para ir á buscar la verdad por sobre las cumbres andinas, y dirigiéndose á Moreno, dijo:

—Qué caso raro acabo de presenciar! Vengo del comedor de Lord Roberts, quien de pronto se levantó de la mesa sin concluir, agregando: «Disculpen Vds. no puedo continuar; siento algo aquí en el corazón, como una pesadilla. Tal vez alguna desgracia amenaza á mi hijo en Africa». Pocos momentos habían transcurrido paseándose á lo largo del comedor, cuando asomado al balcón, vé entrar uno de esos minúsculos mensageritos de peto colorado y gorrita sobre la oreja. Abre precipitamente el lacónico cablegrama. En él se le transmitía la muerte de su hijo por los boers, á tres mil leguas en ese día y á la hora misma del presentimiento!

V

¿Qué significa esta palpitación unisona y á larga distancia de dos séres que se quieren? ¿Qué lazo misterioso nos une al través de lo ignoto? El corazón que ama no duerme! Y esta no es observación contemporánea: en todos los tiempos y en todas partes se ha notado.

Por no aglomerar observaciones telepáticas más allá de las que durante el trayecto de uno solo de nuestros viajes nos salieron al camino, no detallamos la del médico Cuenca, diciendo á sus amigos en esta capital: «Desde que amanecí me absorbe persistente preocupación. Hoy ha muerto mi hermano en San Juan». Y aún no concluido el día, telegrama de San Juan comprobaba la exactitud del presentimiento.

Años antes el Teniente don Francisco Balcarce, moría bajo la tromba que sumergió su pequeño barco de guerra en el Río Paraná, á la altura de San Nicolás. En la misma hora que su novia en casa del dueño del antiguo *Café de Catalanes* (su padre), colgaba á la cabecera de su cama, vela de la Candelaria, creyendo librar del peligro en que suponía en aquel momento á su prometido. Rezando al pié de la imagen de esa protectora de navegantes y artilleros exclamaba toda asustada al primer trueno de la tormenta (2 de Febrero 1831): «Santa Bárbara bendita!» Presentía en peligro á su bien amado.

Tres siglos antes, el Padre Bolaños levantándose á media noche á tocar la campana de maitines en este nuestro Convento de San Francisco, decía á la frailería reunida fuera de hora en el Coro: «¡Hermanos! Vamos á rogar á Dios por el descanso del alma de nuestro Padre Francisco Solano que acaba de morir en Lima»—como se confirmó después.

Cerramos aquí este paréntesis de casos de telepatía entre los que abonan dos frailes de santidad reconocida, á doscientos años de distancia uno de otro. Y por no hacer de este, rosario más largo que los de costumbre rezados en Convento de frailes que predicán no creer en agüeros, usos de hechiceras ni cosas supersticiosas, no agregamos más hechos de que fuimos testigos.

Dejamos para glosar más tarde los que nuestro maestro y amigo, el poeta de las tradiciones, don Ricardo Palma, enumera en sus *Tradiciones*, y otros tantos que de viva narración recogimos en Lima; como los ciento y uno observados por nuestro sábio amigo el astrónomo Flammarión, que posteriormente catalogó.

En París, en Lóndres y hasta en Africa, como en cualquier punto que nos encontramos argentinos en el aniversario patrio, nos reunímonos para levantar la copa en recuerdo de la Patria ausente, que aparece cuando mas lejana, más querida. En Mayo de aquel año y en mesa de cien argentinos, nos tocó la amenísima vecindad del corresponsal astronómico de «La Prensa», anunciando Mr. Flammarión su deseo de abrir información entre los lectores de los Anales, solicitando le hicieran conocer cuáles fueron alguna vez testigos de presentimientos ó visiones. Más de uno de los que coleccionó después, pertenecen á comensales de esa mesa.

Trasmisión de alma á alma sin la influencia de nuestros sentidos, sugestión, acción de un sér sobre otro sér, telepatía en general ¿qué será todo esto que presentimos sin explicarnos?

Penetrar por el estudio en el ocultismo, especie de misteriosa tradición, nó por no haber llegado á aclarar debemos de conseguirlo. Sobre la comunicación á gran distancia, pretende la ciencia proyectar un rayo de luz que

ilumine rincones mantenidos en la ignorancia por las tinieblas. Aquello que no sabemos explicarnos, es sin duda más fácil negar, que escudriñar. Nos hemos dejado seducir por la curiosidad (nó ya monopolio de la mujer) y el relacionar lo que en Montevideo y Chile, Perú, Nápoles, Lóndres y Buenos Aires oímos, como resonancias del camino, no creemos fuera de lugar en estas tradiciones y recuerdos.

La ciencia que pretende penetrarlo todo y desmenuzarlo por el libre exámen, sabe de los astros y sus relaciones de vecindad, aunque la vecindad sea de millones de leguas, pero no alcanza á explicar lo que de más cerca nos interesa, cuando nos tocan, nos miran y oímos séres que han traspuesto la muerte, y siguen conversándonos, si bien al abrir los ojos desaparecen.

Tentada vía de estudio hácia lo desconocido!...

Pero no seguiremos caminito de semejante investigación en que bien pudiéramos quedar sin cabeza, como la novia sin ella!...



DE CORNETA Á GENERAL

I

Y aún desde más abajo hasta más arriba fué ascendiendo y ascendiendo, el benemérito ciudadano que tras muy largos años de servicios, es hoy el decano del ejército argentino.

Aún ya en los ochenta, todavía en su descanso servicio no menos útil continúa, dictando sus «Memorias de campaña» que abarcan sesenta años de lucha, en escenario tan dilatado, del Sur al Tucumán, de la campaña Oriental al Paraguay.

El señor Presidente de la República le designaba días pasados con elogiosas palabras:—«A Vd. corresponde mandar en jefe la gran parada en el centenario de nuestra emancipación, aunque sea en carruaje, si los achaques de sus heridas no se lo permiten de otro modo».

Irguiéndose en su marcial figura militar, contestó con altivez:

—Siempre fuí del arma de caballería y si V. E. me honra con tal distinción, el 25 de Mayo de 1910 ¡Dios mediante! cabalgaré mi caballo de guerra, que nunca me faltaron bríos para cumplir debidamente cuantas órdenes recibí.

¿Quién será este militar arrogante que desafía el peso de sus años? Cualquiera de los acostumbrados á descubrirse

al paso de ese cráneo hundido que ostenta profunda huella, como otra decoración de su heroísmo, repetirá su nombre.

He aquí alguno de los rasgos que descuellan en su abri-llantada foja de servicios.

II

Regresaba de la escuela allá por 1839, cuando una de las *levas* de Rozas le condujo al cuartel.

—Y para qué me llevan?—preguntó el niño.

—Para que aprendas á ser gente,—contestó el rudo sargento.—Marchando, que el Comandante te lo dirá.

Y como en la Mayoría repitiera interrogación semejante, agregó:

—La mejor escuela es la mía de don Rufino Sánchez, de donde vengo.

—Más que escueleros hacen falta soldados que defiendan al Restaurador,—replicó el guaso.

—Pero si yo no lo quiero, y en mi casa todos hablan mal de él.

—Pues por lo mismo. Ya lo sabíamos que eres de raza de unitarios. Para que se les pegue amor á la Santa Federación, es que preferimos tomar sus crías. Las nuestras, desde antes del bautismo nacen con divisa colorada!

Y no hubo más protesta al «marchemos». Y esta marcha por más de setenta años continúa, y prosigue, y seguirá.

Echado desde entonces á las tropas del tirano, en la revolución del Sud, tentóle la deserción, pero la derrota de Castelli sobrevino tan inmediata, que no dió tiempo, y continuó con las tropas que Rozas confiara á Oribe hasta Córdoba y Tucumán, regresando al Salto Oriental, donde cubierto de heridas fué recogido por piadosa Samaritana uruguaya de honrosa recordación. Vuelto á la Argentina, distinguióse en el «Combate de Obligado», trompa de órdenes del General Mansilla, y recién después de Caseros pudo reingresar al seno del hogar, del que tan niño fuera arrancado.

Seis meses no transcurrieron, cuando en la célebre revolución del 11 de septiembre (1852), madrugando al enemigo, le dejó «de á pié», arrebatando sus caballadas por audaz golpe de mano.

De 1853, hasta cincuenta años más tarde, no tuvo día de descanso, como no lo había tenido en veinte años atrás. He aquí algunos hechos de armas, escalones ascendentes por los que en su incesante actividad, fué subiendo grado por grado, llegando á la cima, donde no siempre se encuentra un rayo de aquella gloria efímera tras de cuyo deslumbramiento engañoso marchamos.

Después de las campañas de Cepeda y Pavón, actuó durante la guerra contra el tirano del Paraguay, distinguiéndose en Libres, Uruguayana, Lomas de Corrientes, Yatay, Ensenaditas, San Cosme, Paso de la Patria, Tuyutí, Laguna Blanca, Laguna Tranquera, Yataítí, Tuyucú, Paso Cucú, Las Palmas, Toro Rincón, Riquisen, La Trinidad, Luque, Pirayú Cacón, Tacuarál.

En lo más enmarañado de la selva paraguaya, estrecho riachuelo, (Teobatyro) descubrió la Escuadrilla que el enemigo ocultaba, y tras sangriento combate tomó todos sus buques, y en ellos hasta el uniforme de parada del Mariscal López, que nunca llegó ni á General «de parada». Allí este bravo argentino, imitó aquel otro soldado de Napoleón, Mariscal Macdonald, que apresó en una carga de caballería la escuadra holandesa en las aguas de Wahal.

En la no menos larga campaña, levantamiento de López Jordán, peleó en Gualeguaychú, San José, Yuquerí-miní, Arroyo Ciudad, Gualeguay, Fuerte Gainza, Gualeguaychú.

Así por todas partes donde brilló su espada, variando fué el color de las palas de sus charreteras. Mayor en 1863, teniente coronel, coronel, coronel mayor, general de brigada, de división y hasta teniente general en 1890,—más de sesenta años de continuos servicios. Activo jefe en la isla de Martín García (1878) supo ponerla en pié de defensa, como cinco años antes el puerto de Concordia. En este, se recuerda un acto que abona su noble corazón, ejemplarizando con hechos prácticos la humanidad en la guerra.

III

Muertos la mayor parte de los invasores que abordaban de la costa uruguaya con auxilios al caudillo entrerriano, alzado contra el gobierno de la nación, asistió solícitamente al herido que le presentáran. Cuando restablecido le devolvía personalmente á su familia en el Salto, supo era del mismo hogar donde treinta años antes se le recogió, cubierto de heridas, por la madre del hijo que hoy devolvía. Desde entonces repite diariamente á sus hijos: «Haz bien, sin mirar á quien».

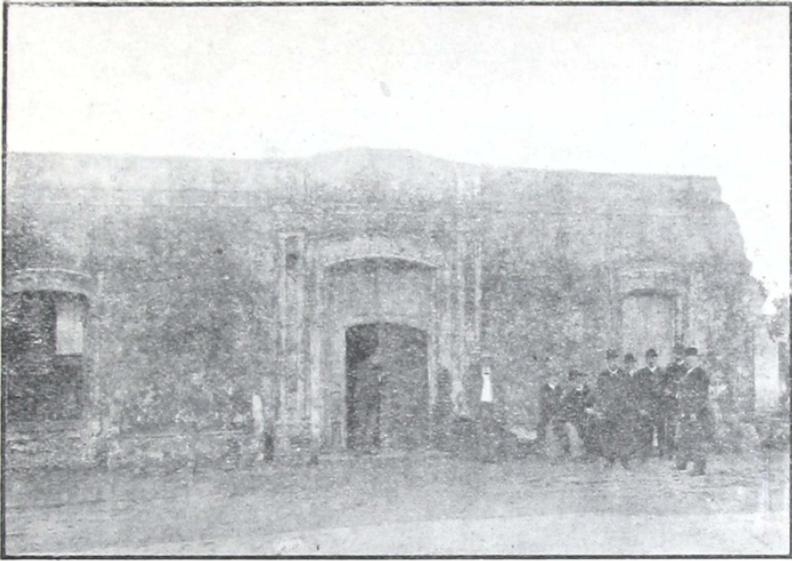
El valor es una de las virtudes que más ennoblece. La humanidad en la guerra forma la más hermosa aureola del soldado!

Se recuerda que Napoleón repetía á «sus primos», como cariñosamente llamaba á los Mariscales del Imperio: «Cada soldado lleva en su mochila el bastón de Mariscal» y Ney, Bessiéres, Lefebre, Macdonald, Oudinot, Massena, Gouvion-Saint-Cyr, lo comprobaron, como Bernadotte y Murat, que desde soldados ascendieron á Reyes. Sin estos dos últimos ascensos prohibidos en los ejércitos republicanos, sus imitadores hubo en el nuestro de soldado á General en Pederñera y Frías (Don Eustaquio), del regimiento de los veinte generales, (Granaderos á caballo) como posteriormente Levalle, Winter, Fotheringham, Cerri, Ivanowsky, Bernal, no los únicos, cual el virtuoso soldado Alvarez (Donato) nombre que se habrá adivinado en nuestro relato. Ni estará de más recordar igualmente á los jóvenes marinos, que el primer Almirante del Plata, desde grumete llegó á la cima del mástil, y á los nuevos cadetes que tienen hoy la suerte de salir con mayores conocimientos de la moderna escuela militar, que en aquellos rudos tiempos no había, por lo que se adquiriría todo aprendizaje sobre el campamento en marcha.

¡Qué suma de contracción, de abnegación y disciplina, de entusiasmo y de amor á la carrera, en tantos años siempre vigilante, de asombrosa actividad en todas partes, con-

firma esta foja de servicios. Bien que la lucha parezca inherente á nuestra raza, saber limitar sus males es, sin duda, hermosa conquista de la civilización. Y esta doble misión del soldado argentino, la humanidad en la guerra, la cumplió siempre nuestro decano, inspirado en su noble corazón y espíritu elevado.

Hacemos votos por que al Teniente General Donato Alvarez conserve Dios salud bastante para cumplir la honrosa designación del señor Presidente de la República!



ANTIGUA CASA DEL PRÍNCIPE ALCALDE
(COLONIA DEL SACRAMENTO)

UN PRÍNCIPE-ALCALDE

I

A propósito del héroe de ésta tradición ¿sabéis curiosas lectoras por qué en la cronología de los Reyes de Inglaterra no se cataloga el V de sus Jorges, á pesar de ser hijo único del IV? Nó por que muriera de mal de dentera, sinó simplemente porque.... porque.... ya llegareis á traslucirlo sin mayores aclaraciones.

Los Jorgesitos reales dieron mucho que hablar, y muchos reales y libras que contar, bajo y sobré el trono de la Gran Bretaña; aunque poco ó nada hicieron por el esplendor de una corona que tan mal llevaron. El Jorge IV resultó *la alhaja* de la familia. Fomentado por un su tío, tan vicioso como él, y mal inclinado desde la cuna, llamado *el Príncipe de la Moda*, puso á ésta los caballos más corredores, y las mujeres *idem*.

Por estafas en carreras de los primeros fué expulsado del *Derby*, y en las que corría con las *trotadoras*, Príncipe tan casamentero á todas ofrecía amor perpétuo, y nó de una noche. Entre las ochocientas mil libras esterlinas que por él pagó el Rey, y los últimos dieciseis millones que por deudas de garitos, orgías é inocentes pasatiempos abonó el Parlamento: entre el casamiento en secreto con su abuela, que tal podía ser la vieja mojigata *Mistress Fritz Hebert*, y el público con la primita *Carolina*, que le salió la horma de su zapato, de matrimoniarse hubo con otra alta dama de Corte. Junto á ella, arrodillado hallábase frente al Pastor, Biblia en mano, é iba ya entre dos latines, para que ménos se entendiera, á bendecir unión, á su bendición anticipada, cuando el *whigs* *Burke*, su íntimo de calaveradas, apartando á la ex-doncella ruborosa y velada, llegó á tiempo de pronunciar al oído esta misteriosa palabrita que dió al traste con todo.

— «¡Salve, oh! mi Rey ¡El padre de vuestra Magestad acaba de ser declarado dementel!»

De orgía en garito, y de una en otra locura, su vida no fué un ejemplo. Aunque de añeja ascendencia, desde cien años atrás série de insanos, lunáticos y extravagantes, había ésta producido, cuyo *espécimen* fué ese *Jorge III*. Su hijo le iba en zaga.

En tronera poco escrupuloso, cansado de esperar corona que no llegaba, grande fué la emoción de tan inesperada noticia, y al salir precipitadamente, ni tiempo hubo de ofrecer al mensajero, como albricias, ocupara su puesto, llevándose la pálida belleza con todos sus adesios.

II

No en aquella ocasión, pero sí más tarde, Príncipe tan calavera como su padre, llegó á ser Rey como él, bajo el nombre de *Jorge IV*, y aunque á la larga, por seguir la costumbre de sus abuelos se casó, no lo fué con la madre de su primogénito, más propiamente unigénito, pues en la veleidosa *Carolina* no alcanzó á tener fruto de bendición. La abandonada, entregó á criar el niño á una familia en la

campana de Dublin, cuya caritativa señora le cuidaba con verdadero amor maternal. El pobrecito, silencioso y entristecido desde su infancia, crecía en nobles sentimientos, recordando tras largo tiempo, en las nebulosidades de la niñez, que todos los años por Navidad llegaba á visitarle una hermosa señora, llevándole juguetes, dulces y regalos, en la casita blanca donde se criaba, acariciándole con tanta vehemencia y extremos, con cariños á los de otra alguna parecidos.

Doce años tendría cuando dejó de cruzar el Canal esta hermosa aparición, y las tan deseadas visitas no llegaban ni por Páscoa ó Navidad. Después supo el niño que la hada misteriosa que colmaba de manzanas y esterlinas sus bolsillos había fallecido, y fué éste su primer pesar. No muchos años pasaron, sin que una noche de tormenta en el cielo, y también en el alma del joven apesadumbrado, le llamara cerca de su lecho de muerte esa otra buena mujer que él creía verdaderamente madre, á quién como tal amaba, y de la que entre lágrimas oyó:

— «¡Voy á morir, y no quiero llevarme el secreto al otro mundo. Yo no soy tu madre. Lo fué aquella cariñosa Señora de tus sueños infantiles, que si no bajaba por el caño de la chimenea la Noche-Buena para llenar de dulces tu zapatito, hasta su última Pascua vino siempre á estrecharte contra su seno maternal. Por más que te amo como hijo, aquella buena señora de los confites, que nunca te pudo abrazar sin lágrimas, y cuyas caricias encontrabas más dulces que todas, era á quien debistes el sér. Toma esta caja de secreto que para tí me confió, haciéndome prometer que sólo en mi último trance te revelára esto. Muero con el sentimiento de dejarte tan jóven. La seriedad de tu carácter abona que tu juventud no será borrascosa.

Hínes el falsificado, á quien otro nombre correspondía, dobló la rodilla, besó á su madre adoptiva, y lloró para adentro, ese llanto más amargo, cuyas lágrimas no salen. Fué este su segundo pesar. La caritativa mujer que tanto amaba, no había sido su madre; algo ya sospechaba, sinó por revelación por intuición, y el secreto póstumo venía á revelar su procedencia, recomendándosele reserva, que en mal

guardarla podía irle la cabeza. Desde entonces cayó sobre su espíritu tan profunda tristeza, que fué extendiéndose como velo de melancolía sobre su pálida faz tan séria, que nadie vió sonreír en toda la vida. Luego no faltaron comadres de barrio, (no sólo en tiempo de Shakespeare prosperaron) cuyas murmuraciones, *piano piano* al principio, y nó tan bajas después, llegaron al contristado joven. Empezó á atar cabos, comentando el secretito de la caja, las periódicas visitas de la aparecida, con algunas otras sospechas, paíabras escapadas en convérsaciones de la nodriza sobre el origen de niño que á orgullo tenía haber amamantado, y su procedencia real quedó apenas velada....

Confirmando sospechas acumuladas, la revelación de su propia madre aclaró lo que dudaba, causándole tanta vergüenza que desde aquel momento se hizo resolución solemne de emigrar por toda su vida.

III

Triste y taciturno, aislado y abatido, bajo el sentimiento de la madre abandonada y dolorida por la muerte reciente, dejó inmediatamente la Irlanda. Perplejo en sus cavilaciones, distanciado del vulgo por ingénita nobleza, y de los nobles por el descorazonado Príncipe, la Escuadra inglesa que en aquellos días zarpaba para los mares más remotos, determinó su inmediato embarque.

A tiempo que cruzaba las calles de Londres, acertó á pasar el convoy en triunfo del tesoro sacado de las Cajas Reales en Buenos Aires, y esta casualidad atrájole sin duda á tan lejanas regiones como las del Río de la Plata. Pero como al acabar de contar en el Tesoro, la última esfinge de Carlos IV, de esa arrebatía al descuido, llegará la noticia que pasada la siesta, los hijos de la tierra habían despertado para recobrar sus derechos, á meterlos en vereda se embarcaba un gran ejército, en cuya nave Capitana consiguió deslizarse este descendiente de Reyes, que saliendo á correr tierras quería probar fortuna, ya que ella le fuera hasta entonces tan ingrata.

Uno, dos, y tres emisarios le siguieron á bordo para disuadirle cambiara de rumbo, con promesas y ofrecimientos de cortesanos. No hubo forma cejara su carácter inflexible; desechando todo, protestaba tener fuerza y voluntad bastante para abrirse lugar por el camino del honor y del trabajo, persistiendo en ir más lejos de los que le habían abandonado, cuando de más auxilio necesitó; y como sobre el Rey estaba la Patria, salía á defenderla hasta el fin del mundo.

Larga y penosa fué la travesía. Si nublado dejaba el cielo de Albión, tormentoso era el mar sobre el que arribara á Montevideo la mañana del 3 de Febrero de 1807, contándose entre los asaltantes de la plaza, que por su brecha penetraron esa madrugada. Vária es la fortuna de las armas. En la del 5 de Julio del mismo año, herido y maltrecho le encontraron tirado sobre el pretil de la Iglesia de San Miguel en ésta. Cuando al caer la tarde, fría y lluviosa, caía también la bandera británica al pié de esa torre en que no llegó á flaquear, al ser por ella cubierto, sus colores avivaban sus recuerdos. La modesta casita blanca en la campaña de Dublín, aquellas tan efusivas caricias maternas, sin sospechar de la hermosa y rubia señora que tanto bien le hacía al estrecharlo la otra bondadosa mujer que le criara, y también el tétrico fantasma, ese Rey sin corona y sin corazón, que abandonara la madre infortunada, como después por reales orgías á la veleidosa Carolina, menos fiel que ella: todas esas caras memorias de la infancia entristecían su última hora.

Aterido de frío y desangrando por más de una herida, entre el barro y la lluvia, largo tiempo se prolongó su letargo. El Comandante del Batallón de Arribeños, Ocampo, le recogió llevándolo al cantón más inmediato, antigua casa de Terrada. Aquel, como el General Guido, Oficial en ese cantón y futuro consuegro del valeroso inglesito abandonado, reflexionaban años más tarde si bala por ellos dirigida habria herido á quien llegó á ser abuelo de nietos de ambos, Ocampo y Guido). Al día siguiente, en tibia atmósfera semi-oscurecida, distinguía en la intermitencia de la

fiebre, dos piadosas señoras que le cuidaban, guardando el silencio al rededor de un comfortable aposento. El sufrido soldado, que crefase achicharrado con el agua hirviendo arrojada por briosas defensoras, ó requemado en la helada de esa noche triste, se convenció de que en todas partes se encuentran nobles corazones generosos! Cuando completamente restablecido manifestara al dueño de casa le permitiera retirarse para no ser gravoso á quienes tantos beneficios debía, le contestó:

—Sus compañeros todos han reembarcado. ¿A dónde vá usted? Es bien joven para no extraviarse en país desconocido. Quédese entre nosotros, aquí no se malquiere á nadie.

—Si puedo ser útil en algo,—respondió el que por lo llamado llamaban las negras esclavas «el silencioso»—con mucho gusto; pero como boca inútil, de manera alguna.

—Quede Vd.; le buscaremos trabajo. Un hombre honrado nunca está demás en parte alguna.

Y con estas y otras razones, y las de las niñas de la casa á quienes aleccionaba en el inglés y el piano, á la vez que le instruían en el idioma del país y sus costumbres, fué aquerenciándose tanto á la tierra y á la familia, que miras iban de no salir de ella.

IV

Años pasaron, aumentando en salud y robustez, cuando restablecida la paz entre los Príncipes cristianos, Casas inglesas empezaron á extender sus negocios en el Plata, y antes que Shéridan, Don Juan Hanna, Mac Dougall, Brittain, Mac Craken, Bell, otros transportaron las primeras merinas. Tuvo sociedad con Don Guillermo Brown, quién en su buque traía y llevaba frutos que Hines acoopiaba en la Barraca «Los Galpones» de los ingleses sobre la costa Oriental. Al corriente de los negocios, fué luego de los primeros que introdujo animales finos para el cruzamiento en su Cabaña, á inmediaciones de la Colo-

nia, en cuya ciudad se casó años después con la Señorita Gonzalez.

Lunático ó excéntrico se apodaba al inglés que de zapato con hebilla de plata sobre media de seda y calzón corto, siempre vestido de negro, bajo amplias alas de sombrero semi-cuáker, ensimismado y pensativo, cruzaba sobre jaca de raza, las cuchillas orientales.

En ocasión que uno de los dependientes de la Casa de Plomer recorría la campaña en busca de lanas finas, llegó al puesto de un irlandés ovejero, quien dijo: «Por estos pagos no hay más cabaña de finos que la del Príncipe, en aquel gran monte que se divisa asomando allisito no más, tras la última lomada. La *Estancia del Príncipe Inglés* llaman, porque en realidad lo es. Nunca quiso aclarar nada al respeto, cuando se le ha interrogado. Yo lo sé, porque vinimos en un mismo barco, de nuestra tierra. A bordo le distinguían como persona muy principal, y antes y después de los ruidos de 1807, en que juntos caímos prisioneros, los Oficiales repetían que era Príncipe».

Allí llegó el activo comisionista, y muy luego á casa de sus lindas hijas, que siguió frecuentando, ya no en busca de refinamientos lanares, sinó por cuenta propia. Resultado de tantas idas y venidas, entre dos tazas de thé inglés, pidió la mano, la más blanca mano de las que tocaban el piano en su sala.

Su casa era frecuentada por lo mejor y más culto que á ese Puerto arribaba. Desde el ex-Presidente Rivadavia en su ostracismo voluntario, el General Paz en su forzado destierro, los Almirantes Brown y Greenfield, el General Garibaldi, Lavalleja primero, y Rivera después, todos los personajes de fuera ó dentro del país, pasantes ó estantes, formaban allí el *rendez-vous* de la más culta sociedad.

De notar era la distinción y el respeto con que le trataban los marinos ingleses, contrastando la circunspección de su carácter y sus pocas palabras, con la alegría y bulliciosidad de sus hijas, á cual más bella. Larravide, Vidal, Estevez, Barros Pazos, Rivera Indarte, Enrique Lafuente, Berro, Ocampo, mariposearon al rededor de ese verjel de blancas

rosas que parecían transplantadas del jardín británico. Al *nido de bellezas*, que así le denominó el poeta Echeverría, llegó otro sobrino de su tío, (Comandante de Arribeños) desposando la más gentil de las tres.

Modesto, servicial, recto, humanitario y de honradez á toda prueba, no fué extraño que más de una vez, por complacer al vecindario, se nombrara Alcalde á tan sério personaje, que por su gravedad y distinción, elegían sus vecinos como *hombre bueno*, y aunque de pocas, muy pocas palabras, satisfacían sus fallos equitativos. Así le denominaban el *Alcalde inglés*, y acaso por la rectitud de su justicia, empezó á ser mal queriente por los que no guardaban los fueros de la justicia.

Cierto día se presentó una partida de los Cerros de San Juan, y amarrado codo con codo llevó á otro de los pretendientes de las lindas rubias del inglés, nó por el delito de pretendiente, sino por haber aconsejado á un vecino reclamara por intermedio del Cónsul, indemnización al salvaje atropello del que la autoridad local le hacía víctima.

Arreándole todos los caballos y carneando las más finas merinas, susto mayúsculo le pegó otra partida, á Mr. Miguel Hines de las muchas que campeaban por sus respetos en los alrededores del Establecimiento. Esta no pasó de susto; á la tercera fué la vencida, sin dejarle tiempo para asustarse.

V

Una hermosa noche de luna tan clara, como las que refleja sobre amatistas, ónix y preciosas eflorescencias cristalizadas en los cerros orientales, desde temprano empezó á llenarse la casa del inglés en la Colonia, de vecinas, amigas y conocidas. Su jóven hijo que tocaba admirablemente el piano, alcanzando, al regreso de Londres donde le mandó á estudiar, á ser famoso profesor, hacía gemir las notas más sentimentales en quejumbrosa armonía, y sus hermanas, adornados de flores sus elegantes peinados, contertuliaban con jóvenes que de Buenos Aires ó Montevideo, concurrentes infaltables eran de aquella sala hospitalaria; mien-

tras hombres y señoras, y aún extraños ó alejadas, seguían entrando, asombradas unas, silenciosas otras, cubriendo negro velo su cabeza.

—Vaya! No sabrán nada,—se repetían. Hasta el Señor Cura que poco frecuentaba al inglés raro, entró con grave y reservado continente á saludar la Señora.

Llena de luces y flores, mesas, consolas y rinconeras, las ventanas abiertas por el calor, seguía el piano su prolongado lamento, resaltando alegría en animada conversación, y risas de damas y caballeros.

Al pasar la ronda como todas las noches, conduciendo la llave del Portón de la Ciudad amurallada, después de cerrarlo, escapóse una voz: «!Pobre el inglés!» y cuando ya tarde, recojida en el silencio de las altas horas de la noche, la anciana señora quedara trás la ventana entreabierta (rezando su rosario de costumbre en el rincón más oscuro) llegó á oír á la más vivaracha de las Muzleras, terminación de una frase en cuchicheo:

—No sabrán nada! Más vale así. Siempre hay tiempo para llorar. Una noche menos de sufrimiento, es una ménos.

Entonces la devota señora lloró sin saber porqué. Asomaba como un vago presentimiento de alguna desgracia y empezó á cavilar. ¿Qué significaría esa inusitada concurrencia? Personas que aún sin relación llegaran atraídas por caritativa compasión, con propósito de consolar á las que nada sabían de qué desconsolarse y á quienes suponiendo llorando, encontraban bailando. Alguna baja frase cortada de pronto, al acercarse en alelado corrillo, comentando la desgracia del día, y el no haber recibido carta del marido en toda la semana, detuvo de pronto su pensamiento, sintiendo como un golpe, sospechosa expresión reveladora. Agregó á los de costumbre de su largo rosario, un Padre Nuestro y un Ave María por la salud y el bienestar del ausente que se desvelaba trabajando en rudas faenas de la Estancia, para que nada faltara á sus hijas.

¡Y qué triste fué el despertar de aquella larga noche de insomnio, que no pudo pegar los ojos, recojida bajo melan-

cólica impresión! Todo el mundo lo sabía, menos la familia, por más que malas nuevas vuelan, los más allegados lo ignoraban. Con el amanecer aclaróse el presentimiento.

La más linda de sus hijas, Josefa, concurrió á misa muy temprano, por ser domingo. Curioso mujererío se atropellaba. Habían traído un muerto á la Iglesia. Pasando á la sacristía, y al través de la ventana, ve sorprendida el cadáver de su padre extendido sobre la alfombra, con una puñalada en el pecho.

Transportada en su desvanecimiento á la casa, el llanto desesperado de todas las hijas, tan contentas la noche anterior, atrajo transeuntes, vecinas, é indiferentes.

Una partida de malhechores había cercado la Estancia del *inglés lundtico*, como le denominaran por la poca ayuda que daba á sus secuaces. Entrada ya la noche, ladraron los perros, oyó ruido de sables y espuelas (estaba comiendo) se levantó con la servilleta y el pan en la mano. Toda la peonada andaba por el monte.

—Ave María! Ave Maria Purísima!—se oyó un grito entre las sombras.—¿No hay gente en la casa?

—Adelante amigos!—contestó el patrón, acallando los perros desde el corredor. A buen tiempo! Bájense! ¿Quieren comer?

El gaucho inmediato nada respondió, pero el más viejo dijo al de atrás.

—Velay! Carambal! Nos ofrece pan, el que venimos á matar. El que hacía punta agregó:

—¿Vd, es el patrón inglés?

—Yo soy, ¿qué se les ofrece?

Y no bien había contestado, cuando ya apeado el de alma más atravesada, dándole zancadilla, trató de degollarlo de un tajo. Atajándose le hundió el puñal en el pecho.

Bárbaros! Era inglés, rico, culto, nada politiquero, aconsejaba la justicia, por entonces deidad desconocida en ambos márgenes del Plata, sospechado de *salvaje unitario*, delito bastante era para ser en tal forma sacrificado!

VI

Cuando poco antes remontara el primer Vapor las aguas del Paraná, haciendo escala con todos los buques de la Escuadra anglo-francesa en el Puerto de la Colonia, dió el Contra-Almirante inglés, en la nave capirana, un baile á la familia de este ilustre británico. Ante él, todos los Oficiales se descubrían con respeto, pues entre ellos no era un misterio que por las venas de aquel esbelto rubio hijo de Albión, corría sangre real. El, orgulloso de raza, jamás se descubrió ante un Oficial francés.

Pacífico, de pocas palabras, laborioso y hombre de bien era este fruto de amores clandestinos, sin los vicios del padre, á quien por dos veces el Estado tuvo que pagar sus deudas de juego y disipación. Antes y después de subir aquel al trono, sembró el mal ejemplo de sus escándalos, pasando todo el reinado en contiendas bochornosas con su real consorte, que Gobierno y Parlamento tuvieron que intervenir, sin haber adelantado un paso el Reino por su actuación, antítesis fué del hijo, que no llegó á reconocer, que si en su conducta no se le parecía, sí, en su aire y semejanza.

Niño, amó á su madre, quien no cubriera su falta con un crimen; joven, dió su sangre por la Patria, como no lo hicieran su padre ni su abuelo, de bochornoso recuerdo; hombre ya, con su industria y perseverancia, fué uno de los que introdujo el refinamiento de razas que hoy hace la riqueza del Estado Oriental. Dejó numerosa prole, origen de otros tantos hogares honrados en una y otra ribera de nuestro patrio río. Como hombre de bien, amó la justicia, y por defenderla fué perseguido.

Cuando la nobleza está en el corazón más que en la sangre, Príncipes y Marqueses, aún arrollando pergaminos de abolengo, pueden ser ejemplos de labor y honorabilidad en todas las circunstancias de la vida, como sobre cualquier zona de la tierra



UN FISCAL CATONIANO

I

Cuando era *rata de oficina*, noble oficio por cierto, mandáronme cierto día con voluminosos expedientes á casa del Fiscal de Gobierno, más que de modesta apariencia, muy distinta su fachada de las que después habitaron Fiscales y sus Agentes.

Desde su estrecho zaguán entablóse el siguiente diálogo con el hombre que, en mangas de camisa, barría el patio:

—¿Está el señor Fiscal?

—No, señor.

—¿El señor doctor don Juan Andrés Ferrera, Fiscal de Gobierno, vive acá?

—Sí, señor.

Y como ya noticias tenía de las excentricidades del personaje en busca, aunque nunca le había visto, no sé porqué barruntaba que el Fiscal y el barrendero en mangas de camisa, habían de resultar una misma persona.

—¿A qué horas se puede ver al señor Fiscal?

Y sin interrumpir su tarea *barrendil*, ni alzar la cabeza, contestó:

—Aquí vive Don Juan Andrés Ferrera, que está limpiando su casa, porque el sueldo no le alcanza para pagar quien lo

haga. El señor Fiscal de Gobierno que tiene su despacho ahí, primera puerta á la derecha en el zaguán, se encuentra en las horas reglamentarias de oficina, de once á cuatro.

Sacando mi gran *tacho*. al parecer de plata, y comprobando faltaban cinco minutos para la hora fijada, giré sobre mis talones yendo, como los serenos de *La Verbena*, á dar otra vuelta á la manzana.

II

Algún tiempo había pasado, cuando por los diarios se avisó que la persona en cuyo poder se hallára el número de los *tres sietes*, agraciado con el premio de una casa en rifa, podía presentarse en la Escribanía de Mogrovejo, para escriturar el traspaso de los títulos á su favor.

Ya empezaba á murmurarse que tal número no existiría y que trapisonda mayúscula encerraba algún gatuperio, para dejar en blanco á todos los creyentes de la boca abierta que en rifa tal cifraron suerte, cuando otro sábado, se le ocurrió barrer al buen Fiscal, nó el primero y único patio de su casucha, limpia y blanca como tacita de plata, sino los tres cajones de la única cómoda de su hacendosa mujer.

Entre papelitos y sobres de rizos, ya con canas y apuntes de ropa usada, cayó uno, amarillento, viejo y arrugado, con *tres sietes* más negros que conciencia de cartulario.

Siguiendo el arreglo del contenido en todo el cajón, le separó, y cuando su buena Petrona regresaba con la china del mercado, preguntóle á qué rifa referíase el billetito que guardaba.

Ni ella misma lo recordaba ya; tanto tiempo había transcurrido desde su adquisición, hasta que leyendo exclamó:

—Ah! es verdad, ni sé si te había dicho.

Cierta mañana, ya hace mucho, me importunaba tanto la vieja billetera, al salir de la Iglesia, con que me quería dar suerte, que más por hacer caridad, pues aseguraba destinarse á los pobres una parte de la rifa, que por otra cosa, compré ese número del cual ni me acordaba.

—¿Y sabes lo que este número importa hoy?

—Tan poco me ha preocupado, que ni sé si se jugó ó no, ni quien habrá obtenido la casa; solo me interesé por aumentar á los pobres su parte. Pero como en la vida me ha tocado más suerte que tú, mi buen y leal compañero de tantos años, no abrigué esperanzas de llegar á cambiar por ésta, esa casita.

—Así te quiero ver siempre, mi honrada mujer, resignada al modesto pasar que puede proporcionarte tu marido. Pero la verdad es que te ha tocado la casa, cuyo billete ignoraba hubieras comprado. Ahora te voy á pedir un favor. Como sabes, yo no tengo dos morales, una para ante el público y otra para dentro de casa. Como hombre y magistrado, uno mismo es el principio que siempre me guía. Te pido no cobres el premio, y sigamos felices en la pobreza que sobrellevamos.

Como abogado, fiscal y empleado, he dictaminado en cuantas vistas expedí que, en todas esas rifas y loterías, hay siempre irregularidades y engaños. Creo que una persona honrada jamás debe pedir al azar lo que solo del trabajo debe esperar. Sería pues, para mí una inconsecuencia, borrando de una plumada mis antecedentes, si saliéramos adquiriendo algo en rifas, que he combatido por perniciosas.

Sin inmutarse, ni variar de color, la buena Petrona que también tipo era de *virtud catoniana*, digna consorte del más honrado Fiscal que hubo en esta tierra, tomó el número de manos de su esposo, devolviéndoselo en cuatro pedazos.

—Talvez hubiéramos podido salir de pobres, dijo; yo no creía hacer mal en lo que hice. Quizás viviendo en casa propia, hubiéramos gozado mayores comodidades durante nuestros últimos años; pero no es de hoy que me conoces y sabes que jamás he tenido otra voluntad que la de mi marido.

Y al mismo tiempo que rodaba sobre sus ya arrugadas mejillas una lágrima de afecto, repitióse la escena que el desgraciado Rousseau cuenta no haber visto nunca: «suspirando de amor dos séres ya encanecidos».

III

Singularidad semejante impresionó vivamente mi imaginación de niño, y díme á investigar antecedentes de virtud tan plausible en aquella, como en toda época. Entonces vino á mi conocimiento que el Fiscal Ferrera había nacido en tiempo del *Virrey de las gallinas*, y que era el mismo personaje de quien el General Paz en sus «Memorias» refiere más de una excentricidad.

Emigrado, como la mayor parte de las ilustraciones de su época, tildado de *salvage unitario*, diez años atrás de la mañana aquella en que le conociera barriendo el único patio de su estrecha casa, había caído en el campamento que á la sazón se organizaba en la provincia de Corrientes.

Hombre pacífico y poco experto en las armas, en su vida había esgrimido otra que la pluma de la justicia, y se clasificaba á sí mismo de *boca inútil* en el campamento.

Pero, hombre á la vez de ilustración y consejo, el Jefe de esa otra expedición libertadora, deseaba no alejarlo de su Cuartel general.

—Desígneme usted algún trabajo, decía el Doctor, pues de otro modo no me considero con derecho á la ración de soldado.

Y el austero General, reconociendo los quilates de aquel brillante sin engarzar, «que cosa rara fué siempre hallar un hombre honrado á carta cabal», valióse de mil ingeniosidades para retenerle.

Muy pobre y necesitado andaba por entonces, como todo emigrado, sin patria y sin hogar, y sólo los colores de la bandera celeste y blanca, imán irresistible, le atraían allí donde flameaba.

Llegó en cierta ocasión el General Paz á preguntarle «qué hora tenía» y como le viera sacar un viejo *tacho* de plata, gemelo sin duda del que señalaba la hora que le conocí, se fingió prendado de tan bella prenda.

Aunque desde el primer momento se lo ofreció con toda espontaneidad, el General Paz le dijo, que bien le necesita-

ba; pero que sólo le admitiría, aceptando por él las seis onzas que en su mano puso.

—Pero esto es tres veces más de su valor, contestó el Doctor.

—Tres veces más de su valor intrínseco tiene este recuerdo de familia—replicó el General—pues como usted dice, ha señalado la hora de su casamiento, de su destierro y tantas horas solemnes en su vida.

Y disimulando así el medio indirecto de hacerle aceptar algún socorro en su necesidad que era extrema, contaba después muy satisfecho el General cordobés, cómo le había buscado la vuelta á la austeridad del Abogado porteño.

Tan raro el General como el Doctor, no siempre hicieron buenas migas desde el primer día, pues en algún chisme de campamento llegó run-run, que bien podía haber sido mandado por la Comisión de Montevideo para que, introduciéndose en sus Consejos, dirigiera al General.

Disipadas las desconfianzas que rodean á un recién venido, se le dió la Auditoria de guerra del ejército, en el campamento de Villanueva (Corrientes).

Entonces solía frecuentar la mesa del General, tan frugal, que los traviosos Ayudantes evitaban siempre que el ayuno, no era obligatorio.

IV

De tan claras y minuciosas vistas en sus Vistas fiscales. y de fino y nada corto oído como Auditor, ilustrado y severo, en Buenos Aires y Montevideo, en el Paraguay, Brasil y Bolivia, en todas partes dejó recuerdos de recto proceder, la luminosa huella de su paso.

Cuantos le conocieron acabaron por hacer completa justicia á su incansable contracción y su desinterés, superior á todo encarecimiento.

Escrupuloso en detalles, era una de sus manías tener todo numerado, hasta las piezas de ropa interior. Jamás se ponía la camisa número *cinco*, sin haber usado la número *cuatro*. Si en Corrientes aún no hacía esto, como cuando

le conocimos barriendo en mangas de camisa, fué porque en la pobreza de campamento sus camisas eran *nones*, y no llegaban á tres.

Nacido como queda dicho, en tiempo del *Virrey de las gallinas*, cuando el Marqués de Loreto dejó preso, hasta que se comiera todas, al paisano que le obsequiara seis yuntas por haberle despachado favorablemente el acto de justicia solicitado, vino á fallecer durante el gobierno del Doctor Obligado, quien le nombró Fiscal.

¡Lástima que fiscal semejante no dejara semilla!

Lleno de talento y buenas cualidades, cual el General cuadrado que exigía Napoleón, del que era tipo acabado el digno General Paz, ese otro recto ciudadano, fué un argentino honrado por los cuatro costados.

Decía de este último, el primero, que escribir era su entretenimiento, su diversión, su única pasión dominante, á punto de haber dejado algunas toneladas de papel escrito de su puño.

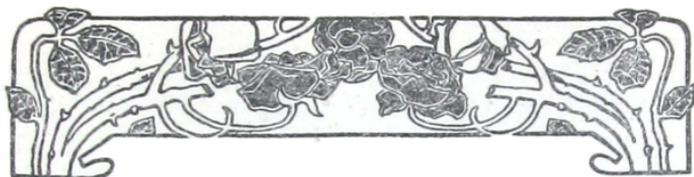
Pero si de elogios se hizo digno el Doctor Ferrera, ¡cuántos no merece su buena y abnegada esposa!

Pobre, humilde y sumisa toda su vida, despierta un día relativamente rica y con casa propia por el capricho de la suerte.

A la primera palabra de su marido, sin objección alguna, sin la menor vacilación, tira la suerte al pozo, dando espaldas á la fortuna.

En muchos años de Juez, no conocí otro Fiscal, al de esta tradición parecido.

¿Cuántas mujercitas conocéis, queridas lectoras, semejantes á la fiscala de este cuento, que no lo es....?



CUENTO DE PERROS

(TRADICIÓN CANINA)

I

«Acaba de consagrarse en Londres el monumento al perro, al más fiel compañero del hombre, que nos enseña hasta en su disección, verdadero mártir de la ciencia».

Escribimos esta tradición en satisfacción de la raza canina, y en desagravio de una de las perradas de nuestra primera juventud.

Aún sin haber sido escuelero, ni frecuentado Normales ni Universidades, animalitos hay, que ex-cátedra enseñan muchas cosas.

Hay perros que ladran, que muerden, perros que rabian, y en estos calurosos días de canícula, el sol bajo *can* (á otro can con ese hueso!) son más los hombres que rabian, y sobre todo que muerden, los ingleses de cada sábado, por ejemplo.

También hay perros que escriben, perros sábios: el perro contador, el bombero, el filántropo que guía á sus compañeros donde le curaron, el perro del ciego, del mendigo, el perro guardián, vigilante y perdiguero, etc., etc.

Hombres hubo, y aún sin corona, que lamen la mano del que les castiga (Fernando VII, felicitando al usurpador de la

Europa por haber metido á todos sus súbditos en un zapato). Ignominia que lavó el pueblo español, haciéndole perder la bota á *Pepe Botellas* (2 de Mayo) y á Cárlos IV la corona.

Perro que ladra no muerde,—ni mordió nunca la mano del que le dá de comer, cosa en que no siempre sigue el hombre su ejemplo. Desconfiando de sus semejantes, traicionan algunos la amistad, el amor, ingratos á los más nobles sentimientos.

Un perrito humanitario como pocos, acaba de hacer recoger al huerfanito, arrojado por madre sin entrañas (á quién llamarle alma de perra, sería ofender tan noble raza.

Recojido por el humanitario Coronel Coquet fué bautizado con el nombre de José de San Martín, en los alrededores de cuyo pueblito fué descubierto por cuadrúpedo más humano que bípedos.

II

Al caer una lluviosa tarde de otoño, cielo opaco, fúnebre, como el convoy que seguía paso á paso, orejas gachas, marchando al toque de los dobles de la campanita en la Recoleta, hace muchos años un perrito gris lanudo, retacón, de aspecto macilento y mirada triste, entraba al cementerio detrás los restos del amo, echándose sobre una piedra de la que no se alejó en el resto de sus días.

¡Cuántas veces le vimos bajo la triangular fachada de ese sepulcro de la señora Teresa Monasterio de Vico (segunda calle á la derecha), sobre cuya lápida se lee:

«Corre el tiempo destructor
Y en su mortífero vuelo
Nos deja el luto, el dolor,
El estrago, el desconsuelo».

Había perdido el habla, el apetito, todo movimiento; arrastraba su mísera existencia bajo la pesadumbre de la muerte del patron, acompañando sus restos hasta morir sobre ellos. Los deudos de Vico deseaban conservarles en su casa, vivo recuerdo de cariño.



SEPULCRO EN LA RECOLETA DONDE MURIÓ EL PERRO FIEL

En una, dos y tres ocasiones le mandaron mensaje muy atencioso, invitándole se trasladara á la casa mortuoria que sería mejor cuidado. El perrito entraba al desierto despacho de su amo, en cuanto olía el viejo sillón se enroscaba en su asiento, esperando al que tantos años le acariciara allí, y después de un lúgubre y prolongado ahullido, adiós eterno, en cuanto pispaba puerta abierta, salía corriendo á refugiarse bajo la pequeña cúpula del sepulcro. Tuvieron que encargarse al guardián su manutención, único á quien no ladraba, encrespándose furioso contra cualquier otro que se aproximaba.

Luego, como todo viejo pobre, había quedado sin amigos. Los perros que pasaban solían detenerse, nó como visita doliente á darle el pésame, sino á disputar la ración, cual con frecuencia acontece á vecino petardista, dando la casualidad de acordarse ó interesarse por la salud del vecino, solo á la hora de comer.

El pobre perro en su ignorancia había cultivado un sentimiento: la fidelidad, la gratitud, la consecuencia,—que no siempre cultivan los hombres,—virtud que va pasando de moda, según parece.

Así como solo tuvo un amigo en la tierra, tan solo uno en el cementerio. Huérfano desde la cuna no conoció padres. Vaya por algunos que tienen hasta tres! Casi pudo decirse que tampoco tuvo madre, tan desamorada le alejó de sus pechos. Al menos en el Registro minucioso del Abogado de animales, no ha encontrado el Doctor Albarracín su fé de bautismo.

La piedad cristiana se extiende hasta los animales. Cuesta confesarlo, pero de ellos recibimos lecciones. Ejemplo entre mil, el del perro que salvó al Príncipe de Gales cuando niño, la tarde que habiendo hecho la *tarde* su aya, vertiendo más *rom* que el de costumbre en el té, mientras ella dormitaba soñando con el morrión de pelos del centinela pelirojo que se paseaba á la puerta del Palacio de Windsor, el niño rodaba al agua del lago en el verde parque.

Si la Monasterio no lo alimentó á su pecho, el señor Vico lo abrigaba en el suyo, le peinaba y acariciaba desde la hora

matinal del primer mate amargo, en la amargura de su vejez. Así se deslizó su vida sin accidente alguno, como la de muchos bípedos que de la cuna al sepulcro la pasan lo mismo, sin dejar huellas trás sí, ni recuerdo de sus dientes, como perro que pasa por la calle. Solía ladrar. ¡Perro que ladra no muerdel!

No se han establecido escuelas de perros como dijimos, pero sí mataderos de los mismos. Descuellan perros ovejeros, cazadores, fieles, rapaces y rabiosos peleadores. Esto último sí pueden haberlo aprendido al oír disputas de hombres que aún por la acera se trenzan, como perros en media calle.

Perrito tan bien criado creyó nó de buena crianza dejar solo á quien con tanta paciencia había cuidado de su vida, de su educación, de su bienestar. Si descastados hay que tal hacen, por su buena índole no entraba entre sus relaciones.

Ni creía en sus cortos alcances que hacía cosa de admirar acompañando hasta sus últimos años, y aún después, al que le mimara desde antes de sus primeros pasos. Moverse por quien ya no podía moverse. Ladrar pidiendo auxilio quien no podía auxiliar de otro modo, manifestación y sentimientos son, que si despertar pueden la contemplación de los hombres, no llega á la admiración de un perro.

Tan natural lo encuentran que practican eso sin que lo hayan aprendido en otra escuela que la naturaleza.

III

Después de perro de tanta historia como el de Ulyses y de Alcibiades,—al que cortó la cola, para que alzándose á su paso miradas interrogadoras de curiosas, acariciaran éstas el rostro del bello y vanidoso ateniense—hasta los de San Bernardo, el de San Roque, de Walter Scott, Byron y el del Príncipe de Gales, se encuentra laguna en la historia canina, más ancha que la cruzada por Caronte. Pero concretada á los que de más cerca nos ladran, recuerda la tradición los *cimarrones* innumerables que se reproducían en nuestros campos, por lo que el «Batallón Fijo» en el que

luego descolló Güemes, á quien tomaron sin perros, salió á campaña, expedición formal sin dar cuartel, guerra á muerte contra los que diezmaban los corderitos, quedándoles por apodo «mata-perros» denominación sinó gloriosa, más humana que la de mata-hombres. Solo una vez salieron soldados á campaña á matar perros, ¡cuántas á matar hombres!

En tiempos del *Virrey de las luminarias* (Vertiz) echaban el niño muerto á los perros, hasta que ese benefactor mexicano, verdadero precursor de Rivadavia por los numerosos progresos que iniciara, inauguró la Inclusa, refugio de hijos sin madre, ó de madres pecadoras que se permitían tales perradas.

Los perros nacieron mudos. Cuando el oído se fué acostumbrando á rumores que le rodeaban, ahullaron. Luego ladraron, y cuando en su perra vida almacenaran observaciones en su inteligente mollera, sin hablar ni oír, olfateando en todos los rincones, por instinto natural la experiencia les enseñara muchas cosas, pensaron, sintieron, amaron. No muerden la mano que les acaricia, ni echan sus hijitos á la perrera, donde se les asfixia por vagabundos, y si amos hay que alzan el palo, fiel como un perro todavía vela el sueño de ese mismo amo.

Libres pensadores, aunque de limitado cacúmen, socialistas de nacimiento, de consecuente sociabilidad, cariñosos y fieles, aunque se les trate como á perros, beben donde encuentran agua, comen sin importárseles á quien pertenece lo que pescan; marchan al oír la llamada los perros del Regimiento; sale á escape por la *pieza* al disparo de la escopeta, el perro cazador; el perro de aguas se echa á las mismas trás lo que en ella cayó; trae los diarios, lleva la canasta. Notamos al repartidor del desayuno para los niños todas las mañanas tirando del carrito de la lechera, como en Bruselas, si bien observamos en alguna de sus afueras, al cruzar una gallina á escape, cómo dejan el tendal de tarros, consiguiendo escapar la codiciada presa por el carrito que trababa su ligereza, despertados sus apetitos de cazador.

Sin saber leer ni escribir, el perro del ciego es su mejor guía, como el perro del hortelano defiende sus frutos. Si nos

admiró el perro limosnero que en la Estación Central Charing-Cross (Londres) sigue al viajero hasta que deja caer el óbolo en su bolsita al cuello y corre á entregar en el Hospital la colecta íntegra, sin que falte un chelin (lo que no siempre entre cobradores acontece) más nos admiró su colega, el perro albéitar, que curado por el portero de un veterinario de *Regent-Street*, á los pocos días volvió con un su amigo, que cojeaba del mismo pié, pues por seguir apresuradamente á su amo le pisó la rueda del altísimo ómnibus. Entablillada la pata rota, siguió conduciendo sucesivamente otro y otro inválido, hasta hacer cola el Regimiento. No dejó de pagar en buena moneda, extendiéndose la fama del *médico de perros*, y aún perfumadas *Ladys* llevaban en consulta sus *preciosidades*, que de nobles razas descendían (á esterlina por consulta los perros ricos, pagaban así por los pobres).

Como en el Jardín principal de Edimburgo encontramos la estatua de Sir Walter Scott sin perro, en el cementerio de Filadelfia, saludamos un monumento á ambos (al romancista y su fiel compañero) y en el Jardín principal de Londres, cerca de la tumba del célebre perro de Lord Mayor, la estatua de Byron sin su perro, cuya fidelidad tanto ensalzó.

IV

Años hace nos fué presentado en el pueblito de Federación (Entre Ríos) con todas las formalidades de etiqueta, un perrazo feo como un susto, y más bravo que Pulvis, el guarda-espalda del General Urquiza, todavía con los humos de su fama de sabueso.

El anciano señor Benitez salía de Concordia llevando algún dinero, producto de venta de un campito que acababa de enagenar para seguir costearo la educación de sus nietos en el Colegio del Uruguay. Muchos días pasaron sin que el honrado patriarca de aquellos bosques regresara á su modesta morada. Una noche, despertados por repetidos ahullidos hijos, nietos y biznietos salieron precipitadamente, habiendo reconocido la voz del fiel guardián de la cabaña,

El regresaba, su amo nó. Con lúgubres ahullidos sin cesar, se refregaba en los vestidos de cada cual, como dando el pésame de una desgracia que denunciaba, volviendo solo á la querencia. De orejas gachas y fatigado se le recojió, rodeándole de cuidados toda la noche, y al venir el día, por el mismo camino que había traído, siguieron los madrugadores echando el perro por delante.

Al paso iban observando todas las minuciosidades en sendas, huellas y recodos, cuando al entrecruzarse las que se internaban hácia la selva de Montiel, no quiso pasar adelante, llamando sus ladridos la atención de los rastreadores, y á poco de seguir la dirección que el perro tomaba, en un claro notando tierra removida, redobló sus ahullidos. Sospechosos por la singular denuncia, cavaron donde el perro ladraba, y cuál fué la sorpresa cuando muy cerca de la superficie, encontraron el cadáver del Señor Benitez, á quién ninguna otra prenda faltaba, que el tirador de *bolivianos* donde llevaba el rollo de dinero.

Perros hay que hasta muertos nos enseñan. Como digna memoria, el embalsamado en el Museo de Berna, ostentando sus siete medallas ganadas por otros tantos salvatajes en los helados desfiladeros de San Bernardo. El representa la tradición momificada, de los que salvaron mayor número de hombres.

Al perrito bombero, así llamado, que poniendo su pata húmeda sobre el pucho ó fósforo que se arrojó encendido evitaba principio de incendio, conocimos de vista; y aún relación de sombrero, sin ser de bomberos, tuvimos con el que salvó á su amo, y murió en el hotel San Nicolás, Nueva York. Durmiendo los muchos wiskys de la noche anterior, cuando interceptaban ya las llamas la escalera principal, fué á golpear la puerta del muy dormilón que precipitadamente bajó la escalera de servicio. Una vez en la calle, perro y amo que bien mereció previsión semejante, (antepongamos el cuadrúpedo) por espresiva mímica se le hizo comprender regresara en busca del reloj olvidado en la mesa de noche. El perro volvió á subir, pero en su segundo descenso, chamuscadas las patas, carbonizados gran número de tramos,

saltando, cayó entre llamas, que apagadas luego, pudo recogerse el reloj, cerca de la boca del perro ya sin vida.

V

Y hé aquí por fin de cuentos en desagravio el *mea culpa* confesado.

Refractario fuimos siempre á perros y gatos, y esos *zahumadores movibles* adversos de personas de buen olfato, apenas tres han dejado huellas en nuestra memoria: Filonegro, Canela y Mosqueta. Para ocuparnos solo de esta última y del postrer morrongo, narraremos que, entrando cierta mañana al Estudio donde no era de su nombre el perfume que repelía, tomamos á Mosqueta de las orejas poniéndola de patitas en el río. Este era el de Las Conchas, cuya corriente la alejaba aguas abajo, á pesar de que en su afán por salvarse llegó á la escalinata del baño. De nuevo echada al río, aunque con menos fuerzas, consiguió nadar al primer escalón. La muy pilla se refregaba, secándose en nuestras ropas. La alzamos, pero tan suplicante mirada fijó en su desfallecimiento, que, disipado el enojo, la dejamos secando sobre el mármol de la mesa bajo la glorieta.

Y fué el segundo pecadillo gatuno, cierta morronga, mi enemiga personal. Habiéndole sin duda contado la perrita de la aventura anterior, que al fin, y aún ya formado el cuadro para la ejecución, el indulto llegaba al reo en su última hora, se permitió zahumar nuestro escritorio en la ciudad, como la perrita en la casa de campo. Perseguimos la malhechora refugiada en el granero, descargando sobre ella la primera escopeta á mano. Creíamos yá libres de perros y gatos la casa, cuando á las dos ó tres semanas dimos al acaso, con la misma gata parida, cuyo alumbramiento ignoraba. Descolgada de nuevo la escopeta, al pequeño ruido montando el gatillo, despertósele la memoria de la gata bichoca, que solo tuerta había quedado, cuando la suponíamos desaparecida del mundo en que los gatos tienen siete vidas. Recordando sin duda que trás el tric-trac seguía el estruendo del rayo de muerte, despreciando todo riesgo

con entereza y valor se incorporó en defensa del más sublime amor maternal. Nos admiró que lejos de huir al peligro tan á su pesar conocido, fué al rincón más oscuro, y tomando su hijito entre los dientes, no pudiendo saltar con tal carga por la ventana, volvió hácia nosotros que obstruíamos la entrada, meneando la cabeza con lacrimosa mirada de su solo ojo al decidirse pasar por el costado, como diciendo en mudo pero elocuente lenguaje: «Atrévete á matar una madre que defiende su hijo, prefiriendo morir antes de abandonarle.»

Por segunda vez recibimos lección de un animal, y sólo atinamos á presentar las armas!

.....

No es posible abarcar toda la historia canina, pero como animales útiles y servidores de la humanidad, entre el perro del artillero prusiano que supo disparar el último cañonazo acercando la mecha al cañón, como veía procedía su amo antes de caer al pié de él, y el perro americano (servicios públicos perrunos) que la policía neoyorquina amaestra para conducir niños extraviados, cuando llanto infantil les denuncia, creemos deber más al salvador del hombre, compañero en el tránsito de su vida y aún despues de ella guardián de su tumba!

¡Bien puede más de un hombre aprender fidelidad del perro!



LA YERBA-MATE

(SU TRADICIÓN)

I

Tapaicud, primer padre de esta región del Paraguay que aparecía salido de en medio del lago cuyo nombre llevaba, hoy *Ipacaray*, (laguna conjurada) así denominada por el beato Bolaños, desde su desborde sobre el Pirayuví, había conseguido del buen Dios hacer dotar esta tierra de innumerables riquezas, donde hoy muchos de sus hijos sufren miseria. Pero alguno de sus descendientes, pedigüeno como todo hijo que supone inagotable al padre *Reparte-siempre*, no estaba contento con su parte.

Por más que éste se afanaba en complacer á todos, si inagotable era el buen Padre en dar, más incansables eran los hijos en pedir. Cierta día que á *Tupí*, su menorcito, no le dejaban dormir la siesta los mosquitos, siempre en interminable cuestión con *Guarantí*, el primogénito dijo:

— «Tú que defiendes en todo á Padre Señor mío, encontrándolo tan previsor, podrías decirle que nos faltan muchas cosas, que yo no encuentro este mundo tan bueno, que bien pudo hacerlo mejor, pues de muchas cosas se olvidó. Bien haría en darnos un arbolito más. No encuentro en cuanto veo, lo suficiente á satisfacer las necesidades de los hombres, y ya que eres el mejor intermediario, influye con *Tata-Dios*, para conseguirnos un arbusto, sustancia, ó algo capaz de engañar el hambre, curarnos de males, de alimen-

tar á los pobres, que somos todo el Paraguay, raza que los calores enerva».

El prudente *Guaraní*, de mala gana se presentó confuso y temblando como la hoja del palmero bajo las gotas de la lluvia, en embajada semejante.

Tapaicá, atendiéndole con fraternal cariño, elevó sus plegarias al gran Sér, para encontrar un remedio á sus males, al par que requería á *Tamandaré* explicara su negligencia por falta de previsión de su parte en proveer las necesidades del género humano, después de asegurar que nada faltaba para hacer al país de sus descendientes, el más feliz, parsimonioso y tranquilo de la tierra.

II

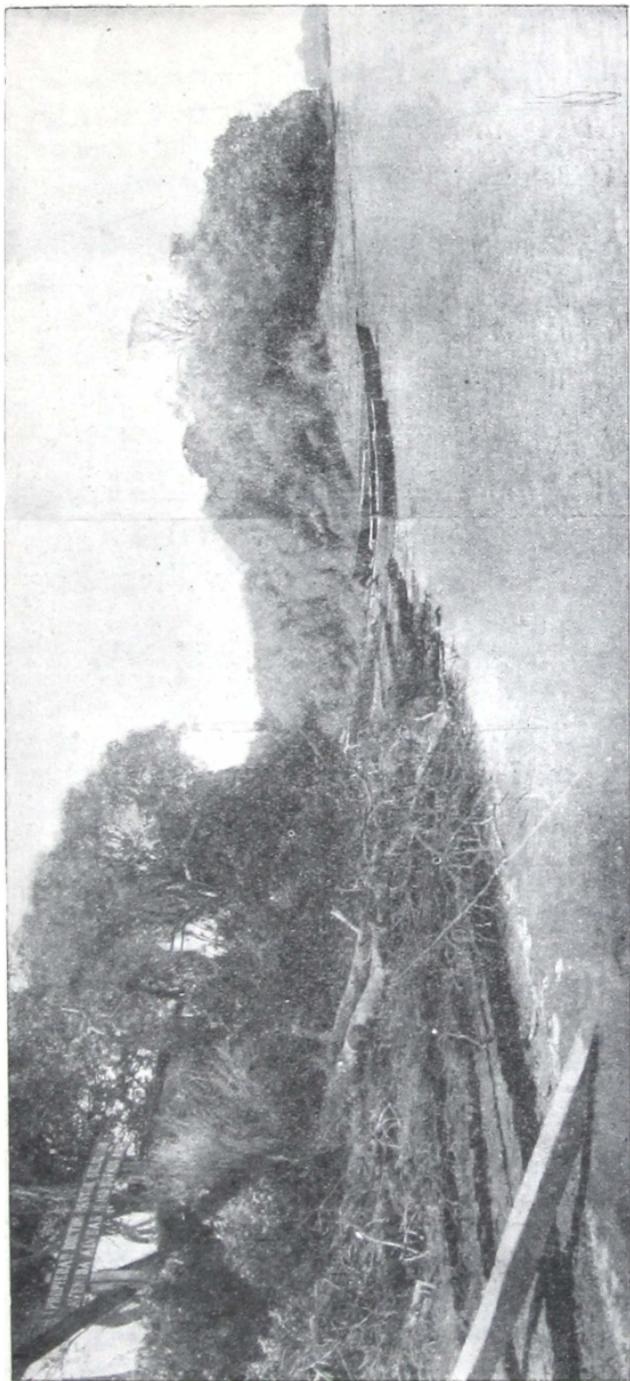
El viejo profeta *Tamandaré*, contestó que ya había agotado todos sus medios de creación, y era su última profecía, que el pueblo paraguayo sería el más sóbrio, sumiso y el más aguantador á bellaquerías de sus gobernantes.

La luna, divinidad sobre todas las creencias *guaraníticas*, (desde entonces parece haber quedado el pueblo mirando á la luna) con mal ceño para el irascible Profeta, mandó transportar el árbol de *la yerba del Paraiso*, (*Caicobé*) sobre tierra paraguaya.

El Profeta obedeció de mal talante, cumplió rezongando, y á la vuelta de la primera luna, la tierra apareció cubierta de un número infinito de estos admirables árboles del cielo.

Esto no impidió que á vuelta del mensaje, *Guaraní* y *Iupí*, hijos del primer hombre *Tapaicúa*, que andaban siempre en disputas por un palmo más de tierra, ó por un quitame estas pajas, en zona de tantos pajales, como buen hermano, á pesar de la prodijiosa multiplicación de sus descendientes, volvieron en sus discordias.

Los apologistas de la yerba, aseguran que es alimento más higiénico y superior al café, el té y la coca. Remedio contra los nervios, tonifica á la vez, siendo eficaz á los que padecen de insomnios. Urético y purgativo, sienta muy



CEIDRALES DE «JESÚS Y TRINIDAD» SOBRE EL RIO ALTO PARANÁ (REPÚBLICA DEL PARAGUAY)

bien á quienes sufren de anemia, constipación ó diabetes. Más que su gemelo en descubrimiento, el tabaco, cuya curiosa tradición publicamos, despeja la inteligencia, reconstruye las fuerzas humanas, cuanto la laxitud del ardiente clima de su patria enerva, y hasta aviva la simpatía.

Después que el cimarrón (mate amargo) ha dado la vuelta á los que rodean un mismo fogón, jamás se desplegan para maldecir á sus compañeros, labios que chupan en una misma bombilla.

Pero cuento de tanta yerba incita al mate, y antes que el mate se haga agua: «vamos á tomar un *verde*»—suele decirse. Con azúcar quemada, canela y cáscara de naranja, es delicioso, pero sin todas esas misturas, sólo, se prefiere al té y al café. En la patria de su origen ¡cuántas veces ha endulzado muchas soledades, el mate amargo!

III

En altas horas de la noche, extraviados en las enmarañadas selvas del Paraguay, sorprendimos nuestro guía, oído atento, por descubrir entre los rumores del bosque el armonioso susurro de menuditas hojas del árbol del cielo, cual música del mismo, anuncia al soñoliento paraguayo que toda fortuna cae allá como llovida del cielo.

El ruido del viento entre las hojas del yerbal, suena de un modo peculiar á los acostumbrados oídos del yerbatero, alhagadora voz de esperanza, opuesta al lúgubre acento del *urutaú* que la tradición llama, lamento perdurable de las profecías del *Tamandaré*, quedadas como las últimas sílabas de su nombre: *daré* esperanzas de un futuro que nunca llega, falso como yerba saranaguá.

La papa, el maíz, la coca, el cacao, la quina y tantos utilísimos productos de este suelo americano, han tenido tan misterioso descubrimiento, como otros no menos curiosos: el del té y el café. Pero la yerba, que al decir de los paraguayos es superior á todos ellos y de mayor utilidad, cuenta más noble origen: árbol del cielo, fué un regalo que éste brindó á la privilegiada tierra paraguaya.

Si no lo creéis, preguntadlo á aquella hermosa paraguayita, fruta pintona que, semi-velada por blanco *tipoy* de leve *ñanduty*, (tejido de araña), saborea rico mate tendida en hamaca paraguaya, bajo naranjos en flor, abanicándose con plumas de papagallo, á la espera de su *piscoiro*, invitado á tomar mate de su propia mano.

El mate es también vínculo de sociabilidad.

—«¡Venga luego á la hora del mate!»

—«A la tarde nos veremos. Le espero con un matecito, cebado por mí».

—«Cómo dice que le vá yendo amigazo! Convideme con un cimarrón.»

—«Aquí me encuentra tomando un *verde*, y pensando en la viuda de mi compadre».

—«Cómo me ha *dir* sin un *naco* de tabaco, ni una cebadura».

—«Aquí me encuentra Vd. calentando agua para que otro tome mate»,—repite un infeliz á quién sus paisanos llaman Don Poquito.

Diálogos tales óyense de una á otra ranchada, no sólo en el Alto Paraná, cuna de esta yerba, sinó en todo Misiones, patria del mate y hasta en París, durante la última Exposición, cuando una linda cafetera ofrecía el sabroso té del Paraguay. Hasta el ejército alemán, llegó á racionarse de yerba, después que el fecundo escritor chileno Don Benjamín Vicuña Mackenna, en su Tradición «La primera bombilla», popularizó con numerosos certificados médicos, las benéficas condiciones de la *yerba-mate*.

Mucho antes de la invención de los Jesuitas en Misiones se explotaba por sus naturales; aquellos generalizaron su comercio, como el de otros productos para su provecho.

IV

Esta es la tradición que sobre la yerba mate recogimos al cruzar los cedrales de «Jesús y Trinidad».

He aquí otra más cristiana, que frente la «Corredera Je-

sús» (Alto Paraguay arriba, (Tacurú Pucú) relata con ingenio el Señor Ambrosetti:

«Dios, acompañado por San Juan y San Pedro, bajó á la tierra y se puso á viajar. Un día después de penosa jornada llegaron á casa del viejito, padre de una hija joven y bella, á quién quería tanto que, para que se conservara siempre inocente, fué á vivir con ella y su mujer en medio de un bosque espeso, donde aún no había penetrado hombre alguno.

Aunque sumamente pobre, tratándose de forasteros, les hospedó lo mejor que pudo, y matando en su obsequio la única gallina que tenía, se las sirvió de cena.

Al ver esta acción, y cuando quedaron solos, Dios preguntó á San Pedro y á San Juan qué harían ellos en su lugar, á lo que contestaron ambos que premiarían largamente al anciano.

Dios, entonces, lo hizo llamar, y le dijo estas palabras: *«Tú que eres pobre, has sido generoso; yo te premiaré por esto. Posees una hija que es pura é inocente y á quien quieres mucho; yo la haré inmortal, para que jamás desaparezca de la tierra».*

Dios la transformó en la planta de yerba-mate, y desde entonces la yerba existe; aunque se corte, vuelve á brotar.

Los mineros dicen que, en vez de transformarla en yerba, la hizo dueña de la yerba, y que aún existe en los yerbales, ayudando á los que hacen pacto con ella

El minero que quiere hacerlo con la *Cad-Yarl*, espera la Semana Santa, y si está cerca de un pueblo, entra á la iglesia y promete formalmente que vivirá siempre en los montes, se amigará con ella, jurando al mismo tiempo no tener trato alguno con otra mujer.

Hecho este voto se encamina al monte, depositando en una mata de yerba un papel con su nombre y la hora en que volverá para encontrarse con ella.

El día de la cita, el minero debe tener gran presencia de ánimo, pues la *Cad-Yarl*, para probar su valor, antes de presentarse, lanzará sobre él víboras, sapos, fieras y otros animales propios del monte, sin otro objeto que el de probarlo.

En recompensa de su serenidad, se aparece la *Cad-Yarl*

jóven, hermosa y rubia. Entonces el minero renueva sus juramentos de fidelidad y desde aquel día cuando va á cortar yerba, cae en un dulce sueño, durante el cual la *Cad-Yarí* le prepara el *rairo* con diez y ocho á veinte arrobas de peso, acompañándolo al despertar, y ayudándole á sostenerlo por detrás, hasta llegar á la balanza. Como la *Cad-Yarí* es invisible para todos, menos para él, sube sobre el *rairo*, aumentando así su peso, al entregarlo. De esta manera la ganancia del minero es mayor, pues trabaja á tanto la arroba.

Pero pobre del minero que le sea infiel con otra mujer! La *Cad-Yarí* despechada no perdona, mata.

Y cuando algún minero guapo muere en los yerbales de cualquier enfermedad, si él ha sido de carácter taciturno, los compañeros se susurran al oído: Traicionó á la *Cad-Yarí!* La CAA-YARÍ se ha vengado!

Esta leyenda, mezcla de profano y de sagrado, salta á la vista que, en su origen no debió ser así, pues la primera parte ha de haber sido agregada posteriormente.

El bosque se presta para las leyendas, y raros son los países en que abunda, que no posean algunas, y hasta una misma se modifica muchas veces de provincia en provincia; como por ejemplo: esta de la *Cad-Yarí*, que en el Brasil toma el nombre de *Cad-Pora* sin variar el nombre, sufre modificaciones considerables, según las distintas regiones».

.....

En nuestro último viaje en Atenas, el Duque de Esparta nos solicitaba informes sobre la yerba-mate, pues el que la proveía á soldados alemanes proponía racionarla en su ejército. El representante actual del Czar en la Argentina, que nos acompañaba en aquel diálogo, al pasear entre las ruinas de la Acrópolis, apoyaba la eficacia de sus virtudes. Mr. Greger tuvo en aquella ocasión la de ofrecer á su bella compatriota, Reina en aquella hermosa región, el primer mate, que él conservaba entre sus recuerdos del Paraguay, donde llegó á representar la Rusia y probar el mate amargo bajo sus palmares!

Entre las dos tradiciones de un mismo árbol, elegirá el lector la que juzgue más de cosecha paraguaya.



LA CASTELLANA DE MAGDALO

(TRADICIÓN HEBRÁICA)

I

Pero al fin, pecó ó no pecó la bendita Magdalena? Si por lo de Santa aparece sin mancha, por lo de arrepentida debió tener de qué arrepentirse.

Si falta, delito ó crimen fué el suyo, ó simple vanidad, orgullo y desdén por el bien parecer, no lo aclara la bíblica tradición; pero tampoco constatado se ha, que antes de caer deshecha en lágrimas á los piés del Salvador, hubiera caído desfallecida en brazos de sus adoradores, que por entonces eran todos los Tenorios de Israel. Si tanta bondad tiernísima le dispensó Jesús, fué porque, ejemplarizando con la palabra y la acción, ponía en práctica la parábola del hijo pródigo, recordando que al que más se alejó del buen camino y vuelve arrepentido, más hay que perdonar. «Por que más me ofendió, más le perdono», dijo; y así su última palabra de clemencia fué para el ladrón del lado, y los que le sacrificaban:

—«Perdónalos Señor, que no saben lo que se hacen».

Que el día de su mayoridad, huérfana ya, le cantara el gallo á Marta, en estos términos:—«Hermanita, si te tira para el Santuario, quédate entre las Vírgenes que crecen á la sombra de los altares de Sión, (como quien dice «quédate para vestir santos») á mí me dá para tirar el anzuelo en las

plácidas aguas de Tiberiades, y á su lago azul me voy á pescar».

Lázaro, su buen hermano Lázaro, semi-sordo desde antes de pasar tres días entre los muertos, creyó oír: «Que me voy á pecar». Y hé aquí cómo veces hay, que la reputación de una mujer pende de letra más ó menos.

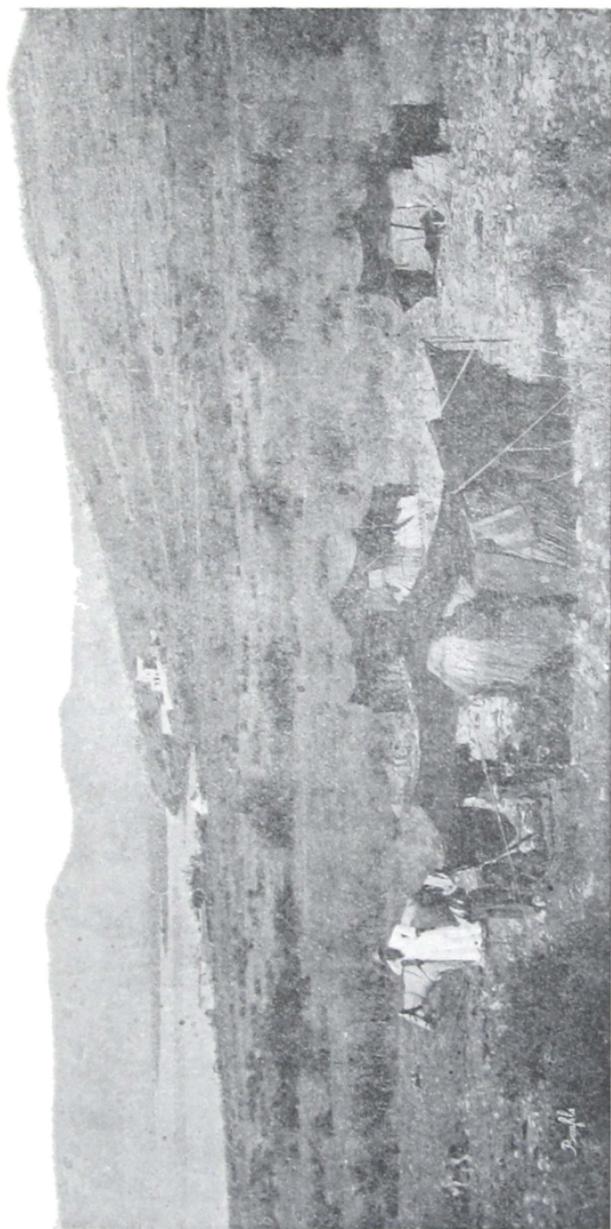
La verdad era que la muy mona solía salir á hacer monadas por la vecindad, y más de una de palos dejara perni-quebrado al Centurión bajo sus ventanas, ó al vigilante de la esquina.

Pero de que, cuando por las tardes galopaba, gentil amazona en soberbio árabe, fuera alcanzada por un su primo, de parejero más veloz, esos y otros galanteos sin consecuencias, menos tentadores eran, que los percances de furor bicicletil en la actualidad.

Hermosa como las judías de otro tiempo, y de carácter independiente, ligero é irreflexivo, como los yankees de los nuestros, una espléndida cabellera rubia flameaba suelta á su espalda, cual dorado velo, y si se agrega que la suavidad de su cútis, comparable era solo con la de su trato tan lleno de seducciones, no necesitaba de nidos de amor, hoyitos en el centro de sus rubicundas mejillas, para que cayeran de cabeza, y hasta con casco y rodela, cual en pozo ciego, cuantos fascinaba su voluptuosa sonrisa llena de resplandores!

Cuando dejó la casa paterna, fué á establecerse en el Castillo de sus antepasados, reuniendo en Magdalo artistas primorosos de la Judea, y si echó la casa por la ventana, no se arrojó por el balcón. Al menos no cojeaba de ese pié, que piernas muy gorditas le quedaban para andar de Herodes á Pilatos, siguiendo á Jesús por todas partes, y al hermoso Evangelista por otras muchas, desde las montañas de la Palestina á Efeso, y á Marsella donde se halla enterrada.

.....
Y esta cuestión de si fué ó no pecadora la arrepentida, ventilábamos la tarde del Jueves de Pascua, (1872) hace ya muchos años, como que el de esta tradición remonta más allá del año uno, entre grupo de viajeros de los cuatro ex-



MR. DE RATISBONA Á ORILLAS DEL TIBERIADES

tremos de la tierra, por la casualidad reunidos en las ruinas del más antiguo Castillo de la Galilea.

In illo tempore no había telégrafos, ni vía férrea, ni caminos en la tierra de Nuestro Señor Jesucristo, ni existían diarios ni imprenta, como hoy en la Torre de David, ni aún el Colegio «Orfelinas de Sion» bajo el arco del «*Ecce Homo*» que Mr. de Ratisbona, el rico judío converso compró para fundarlo allí.

Favorecido con especial recomendación del Cardenal Antonelli y letras al Patriarca de Jerusalem, fué éste Monseñor Valerga, que antes de llegar á Tierra Santa había sufrido martirio en el Japón, quien nos invitó á acompañarle en su breve gira por los Santos Lugares inmediatos.

II

¡Ay! infeliz de la que nace hermosa!

Nació bonita y por ende caprichocilla. Sus genialidades y belleza fueron su perdición; pero de padres honrados, conservó la opulenta hebrea algo de la honradez de su cuna.

Su madre la dejó huérfana muy niña, y al viejo padre se le caía la baba ante la linda rubiecita. Las vecinas le adulaban por su donaire y los vecinos por su palmito. Rodeada de mimos, bien pronto la complacencia empujábala barranca abajo.

Sus hermanos diéronle ejemplo y buenos consejos, que mezquinos dares le parecieron. Su padre, el piadoso Syr, le dejó riquezas, y sin duda por no desairar á todos, aprecio hizo de estas últimas.

Restauró con ellas el Castillo solariego donde actualmente existe la pequeña Villa de Medidol, diez leguas al S. O. de Jerusalem, camino hácia Damasco, sobre Tiberiades, y allí disipaba sus días y sus riquezas cortejada por la dorada juventud de Judea.

Entre músicas, danzas y flores del continuado festín, la molicie de sus días sin noche llegaron á enervarla, sin que encontrara su alma hambrienta de placeres, una nueva emoción que le satisficiera. Los vinos de las ricas vides de

Engaddí, en que sus adoradores deshojaban rosas de Jericó, le embriagaban menos, que la abrumante atmósfera de adulación, pues al fin ya nada le halagaba. Encontraba el tédio en el fondo de cada copa, no decidiéndose á que se ajaran los encantos de su hermosura, de cuya era su principal admiradora: soberbia y vana, sin resignarse á ser sumisa, no se dejó fascinar, pues si á alguien amó, á nadie tanto como á sí misma.

Fatigada de placeres fugaces después de una cena, donde los más conspicuos le asediaban, tuvo sueño terroroso que conmovió su corazón nó del todo extraviado. De pronto le aparecieron mil nuevas y extrañas ideas entre los vapores que se disipaban, y media, dormida creyó oír lejana frase final: «Corre el tiempo vuela la juventud, y el alma más gastada que los sentidos. Vamos en mal camino; doblemos por la primera esquina». Toda confusa y estremecida saltó del lecho, restregándose los ojos, asomó al balcón, penetrando con las frescas brisas matinales un dulce murmullo, semejante á suave música de mundo desconocido. Como fragmentos de frases cortadas, apenas le ilegaban algunas:

.....

«Yo soy el Anunciado: mi reino no es de este mundo, pero esta vida efímera es muy breve, y la que vengo á profetizar no tiene fin. Desead para vuestro prógimo todo lo bueno que para vos deseáis. Tened fé, porque sin ella perderéis la vida eterna. Acompañad á la fe las buenas acciones, pues sin aquélla nada habréis hecho para merecer la gloria. Amad, amad hasta vuestros enemigos, y perdonad, no en meras palabras, sino de corazón, á quien os injurió. Ayudad á vuestros prójimos. No olvidéis que de la misma medida de que os hubiéreis servido para los demás, con esa seréis medido. No desconfiéis jamás de la bondad de vuestro Padre celestial y dirijíos sin cesar á él, pidiendo se os conceda la salvación. Socorred, asistid al que sufre, y haced por vuestro prójimo todo lo que quisiérais que hicieran por vos. *Ayudad á levantar el caído*, y por pecador que seáis, no desconfiéis de la piedad divina».

.....
Cada una de estas bellas promesas levantaba un eco en su corazón, y misteriosamente conmovida, imploró el perdón de sus pecados, al reconocer abierto á sus piés el precipicioá que rodaba.

Toda trémula y emocionada la hermosa Magdalena, mujer de gran corazón, en más desórden su cabeza que su cabellera, y en ligeras vestiduras desceñidas, no se decidía á asomar, contenida por bochorno hasta entonces desconocido.

No atinaba á disipar el dulce ensueño que la despertara, más vivamente que música de trovadores, sin llegar á distinguir fueran aquellas frases continuación del sueño, ó éste, presentimiento ó prólogo de aquellas. Había oído hablar del nuevo Profeta, amigo de su hermano, que andaba por valles y montañas predicando una nueva doctrina. Cuando no pudiendo vencer su curiosidad de mujer, llegó á inclinarse divisó entre el polvo del camino, grupo de hombres y mujeres siguiendo al orador, que descansara un momento bajo la sombra del tupido tamarindo á la vera del camino.

Jesús nada olvidaba; se debía también á la amistad. Lázaro, si bien seis años llevaba lamentándose de su hermana, por más que se hubiera arrancado de su lado, no podía él arrancarla de su corazón. Nada había confiado al Divino Maestro, su amigo. *Hay secretos pesares para los que no hay amigos:* á todos silenciaba las serenatas y enramadas, las cabalgatas, danzas y picos pardos en que andaba la codiciada mundana de Jerusalem, que sus trovadores popularizaban, cantándole como á la Perla de Oriente y la flor de Betaña.

.....
Magdalena toda actividad y decisión, al momento puso en práctica el pensamiento, que como fresca ráfaga viniera á despertarla. Envolvióse en el modesto manto azul de su doncella, y acompañada por ésta, tomando el primer vaso de alabastro de su espléndido tocador, caminito abajo siguió el de los pasos del Salvador, cuyas palabras de perdón iban

resonando en su oído como éco de misterioso mundo ignoto.

III

Jesús se había detenido en la pequeña Betaña, á pocos estadios de Jerusalén. Allí Simón el Fariseo le recibió con un espléndido banquete, al que concurría, enseñando que por nada deben odiarse los hombres. Al final de la comida, entró la hermosa hebrea en la sala del festín, con los ojos bajos. De todos conocida, á todos conócía, menos al Divino Maestro, á quién si había oído, nunca había visto, pero presintiéndole por su magestad y mansedumbre, se arrodilló humildemente á sus piés, llorando sobre ellos en tal abundancia, que sus lágrimas los lavaron, secándoles con su espléndida cabellera, y rompiendo la redoma de alabastro, los perfumó con bálsamo de tan exquisita fragancia, que al esparcirse, atrajo la atención de los comensales.

Jesús dejaba hacer; Juan se sonrosaba contemplando tanta hermosura por los suelos. Judas el recaudador, tartamudeaba al oído del anfitrión:

—¡Qué inútil derroche de alabastros y costosas mirras, que á tantos pobres proporcionarían pan!

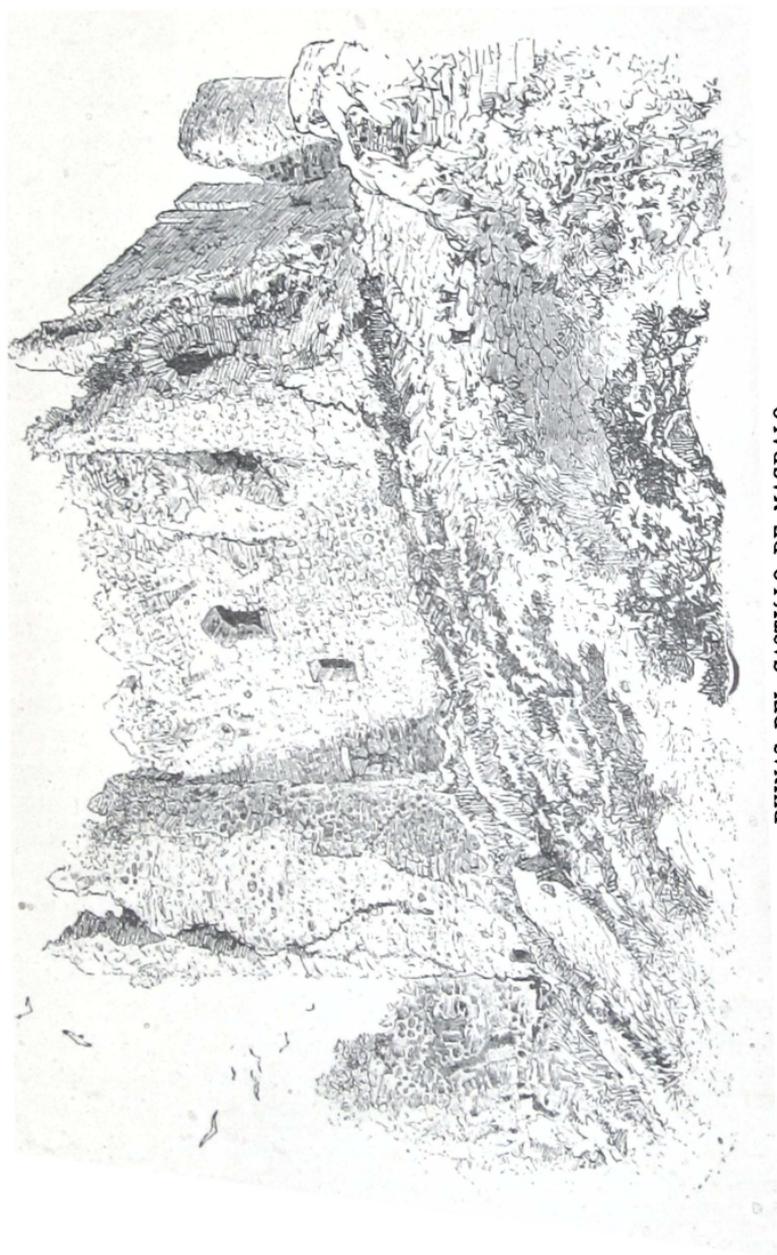
Mientras que Simón el Fariseo murmuraba entre sí:— «Valiente chasco me he dado con el falso Profeta, pues á serlo de verdad, sabría qué pécora se le acerca. Cierto ha de ser se encontrára la otra tarte en secretitos con la Samaritana sobre el brocal del pozo, pues que aún para la mujer adúltera ha tenido palabras de complacencia».

Estas y semejantes murmuraciones cuchicheaban al redor de la mesa, cuando *Aquel* que todo lo vé y todo lo oye, alzando sus dulces ojos, con voz suavísima dijo:

—Simón, contéstame. Un acreedor al que ninguno de sus deudores pagaba, perdonó la deuda á quien le debía quinientos dineros, y también al que le debía cincuenta. Díme: ¿cuál de los dos debe estarle más agradecido?

—Aquel á quien perdonó mayor cantidad.

—Habéis juzgado bien. Sed consecuentes con la lógica



RUINAS DEL CASTILLO DE MAGDALO

deducción de vuestro propio raciocinio. Esta pobre mujer acaba de hacer por mí lo que vos no habéis hecho. Ni agua para lavarme me habéis ofrecido, ni dado el ósculo de paz. Ella me ha lavado con sus lágrimas, me ha secado con sus cabellos, me ha besado los piés, perfumándome con las más ricas esencias. Por eso lo digo, muchos pecados te serán perdonados porque has amado mucho. Aquel que perdona menos, menos ama».

Luego, poniendo su mano sobre la cabeza de Magdalena: —Levántate pobre hija de Eva,—la dijo,—tus faltas están borradas, y te hago tan pura delante de Dios, como el día en que saliste del seno de tu madre. Tu fé te ha salvado. Véte en paz».

Conmovida por tan sublimes palabras, su redención empezó desde el momento que una mano se extendió para levantar mujer al caer!....

IV

Tenemos para nuestro capotè que la Pecadora pecó, y tuvo de qué arrepentirse la arrepentida, por más que para la capota de nuestro interlocutor, sólo había pequeños pecadillos de vanidad, despreocupación ó menosprecio á recatadas costumbres.....

Bien que nos ciceroneaba Mr. de Ratisbona, descendiente por línea femenina de antecesores de Magdalena, más fácil le había sido remontar á tan lejana genealogía, que escudriñar el límite á que llegara ésta. Aseguraba no encontrarse huella de liviandad en bíblicos textos, y que la hermosa arrepentida, murió virgen de cuerpo, si algo estragada de alma fuera, en su mundana juventud. Circunstancias providenciales contribuyeron á detenerla en el dintel. «Nuestra familia era de honrada stirpe,—decía,—y como lijera levadura, siempre queda algo del medio ambiente en que se desarrollan los primeros años, de mayor impresionabilidad.»

La hacendosa Marta siguió lo de «A Dios rogando, y con el mazo dando», y su plegaria de todos los días era, porque llegara el Señor á tocar el corazón de su extraviada hermana,

haciendo volviera arrepentida al hogar de la familia. El buen Lázaro súplicas sin palabras elevaba de lo más íntimo, y aún después de muchos años, confiaba que el Maestro de algún modo influiría por el lustre de la familia de su amigo, si bien él no sentíase deprimido por culpa de otro.

Anunciaba la antigua ley que hasta la segunda y tercera generación se extendería la mancha del infamado: «Ojo por ojo, y diente por diente». «Religión de ódios y venganzas». La nueva doctrina enseña que cada uno carga con sus culpas..... «A cada uno según sus obras. Solo infama lo que del interior procede, y nó lo que fuera se produce, ni la caída de la mujer salpica la honrada frente del hermano».

.....
—¡Bonito cuento de tías!—agregaba como apéndice nuestro incrédulo amigo, un tanto empedernido, recordando la otra tarde esta tradición de la *arrepentida*, esplicada por el sobrino de su tía, en el jardín de la Pecadora, con más detalles de los que en esta tradición se abrevian.

El mundo marcha hácia todos rumbos, hasta en la caridad, la tolerancia, pero nó en lo del perdón.

—Más adelantaditos hallábanse antes del año *uno*, allá por aquellos lejanos pagos, donde el remordimiento de Judas, le obligó á colgarse de un sicomoro. Hoy, pocos judíos se arrepienten, y menor es el número de aquellos á quienes los remordimientos matan. Acaso no habrá yá sicomoros bastantes?

—En mi largo camino de la vida,—agregaba nuestro anciano interlocutor,—he conocido muchos hombres, algunos hombres buenos que fueron ofendidos; ninguno que haya perdonado. Más de una mujer caída, encontré. Ninguna de sus antiguas amigas que le tendieran una mano para levantarla; pero sí, lenguas implacables deleitándose en hundir más y más á la que resbaló, aumentando su desesperación, que las más próximas al precipicio, son las que más piedras arrojan. ¡Cuán olvidado el consejo del Salvador: «Aquel que se sienta sin mancha, arroje la primera piedra». Tiempo perdido creer en el arrepentimiento, aún almas piadosas juzgan un deber el apresurarse á cerrar toda vía,

todo camino de redencion. Oh! no te perdonarán, si no perdonas!

¡Qué hermoso es el perdón que eleva al hombre, semejan-
do á la Divinidad que todo lo perdona! ¡Cómo aligera y
ensancha el corazón conturbado! Pero hacemos de lado
el bien inefable, y cuando caso llega, el egoismo enco-
ge el corazón, y.... ¡y, que perdone Dios, que es suprema
bondad!

Lectora amable: ¿Cuántas inmaculadas conoceis que se
hayan detenido á levantar una mujer caída? En ese caso, sin
duda sois más venturosa que nuestro escéptico amigo de los
recuerdos de la Palestina....



MR. DE RATISBONA Y LAS ORFELINAS DE MONTE OLIVET



AGONÍA EN LA PAMPA

I

Parados sobre verde colina de suave ondulación, contemplábamos estáticos una de las más bellas puestas de sol en la pampa, deslumbrados por magnífica sinfonía de luces y colores.

Nada más hermoso que aquella brillante decoración: sobre océano de verdura sin fin, dorados y espléndidos arboles, los más encendidos con todas las gradaciones del iris.

Quejumbroso balido á nuestra espalda nos hizo dar vuelta, y el espectáculo, si más tierno, no era menos interesante.

Los últimos resplandores venían á morir sobre el agua transparente de clara laguna, cuya faz sonrosaba, en la misma hora que al Oriente surgía trasmontando magestuosamen-

te la blanca luna llena, como un globo de plata sobre azulado mar sin olas.

En la soledad de la pampa y el melancólico crepúsculo de la oración, resonaba en el vacío largo lamento de la oveja perdida, cortando por intervalos silencio solemne.

Única y sola, parecía lamentarse á sus lejanas compañeras que orillando el amarillento cardal llegaban á los corrales con sus crías.

Fijándonos en ella, observamos que la pobre madre en su dolor lanzaba ayes al viento, como despidiéndose del astro que acababa de hundirse, pero de quien verdaderamente se despedía era del blanco corderito recién muerto, que yacía á su pies, tieso y tibio aún.

Madre inconsolable, olía y lamía á su hijito dilatando vaga mirada húmeda, por los coloreados horizontes todavía bellísimos, espejándose en la misma laguna que por la mañana abrevara su cría. Parecía clamar al cielo ante el sarcasmo del destino. ¡Morir así, tan cerca del primer día y en hora tal, en que los esplendores del cielo daban fiesta real en sinfonía de luces brillantes á la aparición de la luna!

Y más incesantes se repetían los balidos, al divisar en las alturas revoloteando en círculos concéntricos, cada vez más próximos, el negro cuervo, gavilán de corvo pico, dejando ver bajo sus extendidas alas, aceradas garras preparadas al festín que prometía tierno corderito, libre de toda defensa así que la madre le abandonara siguiendo las compañeras de su rebaño.

Aumentando mayor contraste en las armonías de la tranquila tarde de verano, lamentos empapados en lágrimas, frías como la muerte, entremezclados á chirridos de alegría del pájaro negro, ágil tordo burlón, lanzaba al aire su canto agudo y bullicioso, parado sobre la misma oveja que caminaba dos ó tres pasos, volviendo cerca de su hijito, sin decidirse á abandonarle.

De cuando en cuando el pájaro atrevido, de uno y otro picotazo robaba algún vellón á la aterida oveja, y ésta menos dolorida por ese arranque, que por lo que la muerte

le arrancaba, pateaba sobre la yerba, rodeaba al pequeño muerto y seguía balanceando sin cesar.

Y aquel aéreo ladrón de nuestros campos, que los gauchos denominan *el perezoso*, no rasgaba el manto maternal para ablandar cuna de pequeñuelos, que es páfida costumbre de su hembra echar los hijos á la irclusa, abandonando sus huevos en nidos que pájaros más laboriosos construyen. Así, desde que nace en casa prestada, costea toda su vida por el esfuerzo de otro. Parado sobre las astas del buey «*vamos arando*» parece repetir, y ni para comer ni para moverse, gasta el esfuerzo de sus alas. Aliméntase con bichitos, que al abrir el surco vienen sobre la superficie, y á la sombra del caballo se pára á descansar de su ningún trabajo, resguardado del sol, y todavía sobre el mismo animal, vaca ú oveja se trasporta. Viva imágen de la inercia, apenas hay otro cuadrúpedo que iguala ó imite al *perezoso*.

.....
¡Cuántas madres doloridas vieron desaparecer con las últimas luces de una serena tarde de verano, el hijo de sus amores, cuya vida se nubló al empezar su aurora!.....



DEFENDIDO POR EL NIETO

I

Algunas largas noches, frías, solitarias habían transcurrido desde su viudedad para Williams, inmigrante irlandés y colono en «La Esperanza», provincia de Santa Fe.

Una tarde había hecho la *tarde* empinando el codo más de lo regular, ó propiamente, con la regularidad de costumbre.

Todo le salía mal. Al salir á recorrer el campo encontró muerta la mitad de la parición, en las pocas *finas* que restaban. A la lluvia sucedió una helada terrible blanqueando todo y quemando lá tierna gramilla. Fué al corral y las *mansas* habían sido bebidas, los terneros sueltos no dejaron gota de leche, ni con qué hacer queso ó manteca. Siguió al palenque donde ataba su caballo de confianza y... desapareció. ¡Por San Patricio! ¡Llueven chuzas!

Era demasiado. Fué á carnear y se encontró de á pié. No hallando colgado en la cocina más que un peludo, comió poco, pero bebió mucho, á punto que en lugar de uno, tomó dos *peludos*.

Continuaba la lluvia y la prolongación de sobremesa hasta media noche, en la perniquebrada bajo el rancho, dentro del que goteaba como afuera. Alrededor de ella y de la única vela de baño sobre limeta de barro chorreando, solo estaban Williams, su padre y su hijo. Más agriado que lo general su génio arisco é insorpotable, gritaba al padre por cualquier palabra insignificante, más si tímidamente y con disimulo le daba á entender podía traerle grave mal la intemperancia, pues ni él con ser viejo y necesitar fortificar su sangre empobrecida, se permitía abusar así de la bebida.

—¡Basta de sermones canejo!, ¡que me emborracho con lo mío!—contestó malhumorado.—¡Ya me he bebido la Estancia, (heredada de su mujer) y mientras quede la última cola de vaca no acabaré!

El padre no replicó; se levantó triste y fué á acostarse. El hijo se empinó el último vaso. Luego después se levantó también, y al tropezar sobre la cabeza de buey que le servía de asiento, cayó cuan largo era cerca del hogar apagado, pero donde alguna brasa mal escondida bajo blanca ceniza le quemó las manos.

Abuelo y nieto acudieron á levantarle. Furioso echó un terno más grande que el rancho, y enfurecido por la caída y la reprensión, dijo con voz avinada:

—Ya no aguanto más. Esto no es vivir. No puedo mantener bocas inútiles. Mañana lo pondré en el palenque.

—Hijo! no me eches—expresó el anciano.—Ya estoy muy viejo. Débil y enfermo, antes de llegar al rancho más cerca no moriría.

—A volar que hay chinches!—gritó con crueldad el borracho.—¡Oh!, el campo es grande. Lo mismo se muere en cualquier parte. En ésta todo es igual. Se nace sobre una carona y se espicha bajo el ombú. Hay espacio para todos. Aquí nadie se muere de hambre. Ni á los bichos de la humildad falta alimento.

Trémulo y lacrimoso, agregó el viejito:

—¡No me arrojes de tu lado hijo! Cuando vos era así, chiquito, si te hubiera abandonado, habrías perecido. Así se enlazan los deberes en la vida. Sé humano.

—Grandecito está el niño para sermones. Ya estoy cansado de reprimendas y que me digan borracho. Yo en mi casa hago lo que se me dá la gana. Y lo repito, no mantengo bocas inútiles... Jorge, mañana temprano ensilla la rosilla y le pones sobre el camino. Buen viaje y abur. (De advertir es que cuando enviudó de la hija de su patrón, apareciendo caritativo pastor irlandés, hizo traer su viejo padre para peón de su majada).

Dando traspiés encaminóse al otro cuarto á dormir la *mona*, ó el *peludo*, ó la *tranca*, nó sin antes tropezar en la tranca que cerraba la puerta, cayendo por segunda vez, sin que nadie lo levantara. Así pasó toda la noche. Las palabras duras endurecen los corazones.

Momento después el rancho quedó en tinieblas.

Llovía. En los intervalos de la tormenta oíase al niño que lloraba en silencio entre las sombras de su desabrigado lecho. El viejo temblaba en otro rincón. El padre roncaba.

Y silbador y tremendo pasaba furioso el pampero, desarraigando de cuajo añosos árboles y chozas. Noche toledana fué aquella para los atribulados habitantes de ese aislado rancho entre el cardal.

No hubo más. Williams era de carácter fuerte, irreconciliable y vengativo. Lo que él mandaba se hacía, costara lo que costara.

II

Apenas aclaraba. Las vacas mugían en el corral, y en las majadas triscaban los corderitos por retozar campo afuera, al balido de sus madres. La yegua estaba ensillada y el nieto ayudó á montar al abuelo todo temblando.

El niño lloroso de la noche antes aparecía de aire resuelto y continente severo. Acaso la crueldad del padre le contagiaba, agotando sus sentimientos de buen corazón. Nada

contamina más prontamente que el mal ejemplo. A los que viven entre pedernales se empederniza el corazón.

Día nublado, gris, barroso, seguía lloviendo.

Por el arrugado semblante del anciano, silenciosas lágrimas se deslizaban.

—¿Dónde voy?—exclamó—Viejo, enfermo, pobre, abandonado en el desierto. ¡Por San Patricio! ¡Ah, buen hijo, quiera Dios no te encuentres en trance parecido! ¡Habría angustia mayor!

Y como contestación, vino á aumentar la insistencia del niño. Pególe un rebencazo á la yegua, y ésta salió al paso, seguida por su cría.

—No, eso no—dijo el gauchito atajando al potrillo.—Mi padre ha dicho que le dé la yegua, pero no éste.

—Déjame, hijo ¿de qué les sirve aquí? ¿Qué vale un potrillo? Se va á morir de hambre lejos de la madre.

—¡Cómo ha de ser! Todos hemos de morir. No tengo órden de dar más que una yegua,—decía el niño gritando y acercándose al cuarto donde dormía el padre, á tomar el lazo colgado en la ventana y enlazar el potrillo.

—Déjame llevar, te pido por favor. Mira, á vos no te sirve de nada y á mi sí; tal vez pueda venderlo después y su producto prolongue un día la vida de tu mísero abuelito.

—¡Que nó!

—¡Que sí!

—Nada. Ande; mi padre no me ha dicho que le dé sino la yegua.

—Por favor, déjame llevar el potrillo.

—¡Largo!

—No, Jorge, espera.

Y en eso, medio somnoliento y vacilante apareció el padre, cayéndosele el chiripá:

—¿Qué es eso? ¿Qué gritos son estos que ni dormir me han de dejar? ¿Qué hay?, ¿porqué alegas con el viejo?

—He cumplido sus órdenes. Mandó diera la yegua rosilla al abuelo, y como la cría le sigue, él quiere llevarla. Dice que la potranca huérfana va á morir.

—¿Y adónde vas á criarla? Dejásela llevar no más; ¿para qué la quieres?

—No, eso sí que no—dijo el muchacho resueítamente.

—¿Y para qué quieres un huacho, si queda sin madre?

—¿Para qué? Porque lo necesitaré dentro de poco para que usted se vaya en él, cuando tenga que echarlo por boca inútil de la hacienda que me dejó mi madre, como me enseñó, y se largue en el hijo de la yegua en que echa á abuelito.

Alelados se quedaron padre y abuelo con tal salida. El viento de la mañana le había refrescado un poco, y enternecido entonces por la piedad de las palabras que, aún disimulando la mayor entereza, el nieto no pudo tartamudear sin lágrimas, dijo, pegándose fuerte palmada en la frente:

—¡Bruto de mí! ¿Qué he mandado echar á mi padre?

Y abalanzándose al que trémulo y lloroso y tiritando estaba á caballo cerca del palenque, bajo la lluvia menuda, dando todavía algunos trapiés, fué á bajarlo. El pobre viejo, debilitado por el frío y la fiebre y las cavilaciones de toda la noche pasada en blanco, vencido por esa última emoción, cayó sin sentido entre el barral, sin poder levantarse.

Mojado y temblando le llevaron cerca de! hogar, prendiendo fuego, á cuyo calor, confortado con algunos tragos de ginebra, empezó reviviendo poco á poco.

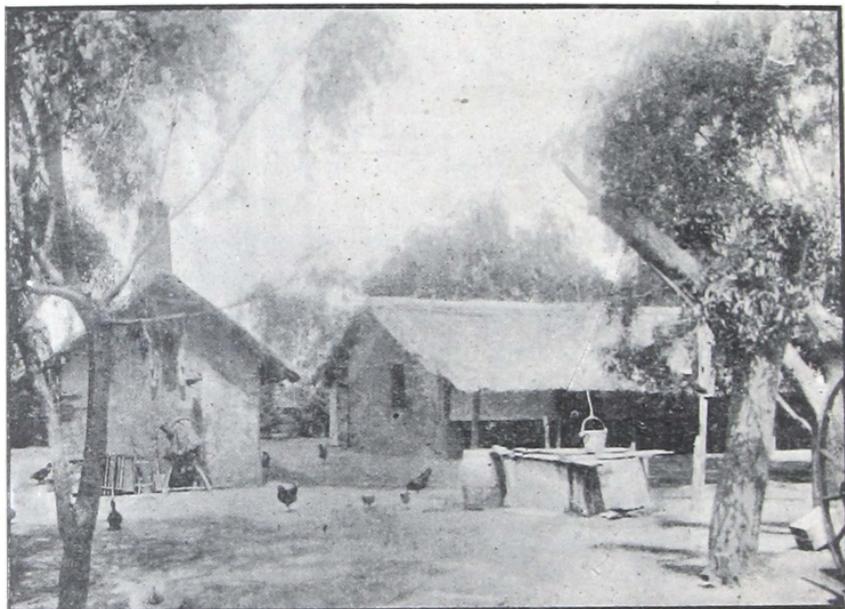
La emoción se había prolongado demasiado, y al caer sin habla no llegó á extinguirse; pero súbita paralización, en setenta años de achaques y dolamas de todo género, llegó á trabarle la lengua.

—¡Qué bruto soy!—repitió Williams.—Dios castiga sin palo. Verdad que bien puede repetirse en mí, ejemplo tal. ¡Pobre padre! Sin duda anoche estuve algo bebido. Pero ya no le separaré de nosotros. Lo atenderé más. Aunque siempre delante los ojos tenga imágen permanente de terrible desgracia por mí provocada, la sufriré resignado, como fijo remordimiento de mi mal proceder. Pobre ó rico, le atenderé hasta su último día con cuanto necesite.

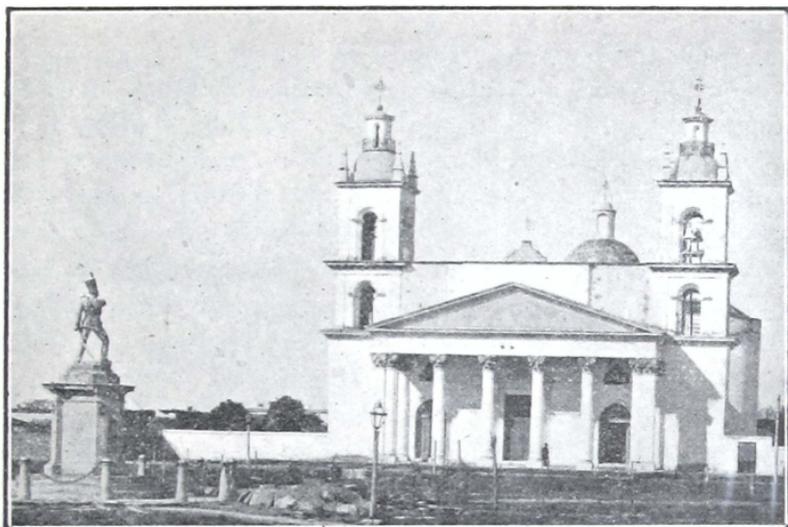
Tarde era ya la contricción y el propósito de enmienda. Su último día estaba allí, más cercano de lo sospechado. Acostóse al siguiente, pero no se levantó el anciano.

El sufrimiento concentrado, el frío y el dolor, debilitando así su físico como su moral, por doble quebranto le sobrevino la muerte.

Y hé aquí cómo el pequeño nietecito supo defender con astucia su pobre abuelo, evitando fuera á morir en algún cardal...!



EL RANCHO DEL NIETO



IGLESIA DE LA CRUZ
(EN LA CIUDAD DE CORRIENTES)

EL CAPITAN PAJARITO

I

En esa tarde, 8 de Diciembre de 1865, salía la procesión de la Iglesia de la Cruz en el piso, frente á cuyo pórtico se levanta hoy la estatua de Juan Bautista Cabral, valiente correntino que salvó á San Martín en San Lorenzo. Sable en alto en defensa de la Provincia y de la Nación, se halla á la entrada de ésta, como centinela avanzado, recuerdo de aquellos bravos correntinos tan entusiastas y decididos por toda noble causa.

La solemne procesión continuaba su marcha. Banda militar á la cabeza de la columna, trás ella la Cruz entre altos cirios y filas de escueleros á uno y otro costado formando calle sobre el verde tapiz de fragante hinojo. El pendón delante las andas de la Virgen, presidida de otra pequeña orques-

ta de flautas y violines. Detrás el Prelado con acompañamiento de Curas y Cofradías, sobresalía el jefe de la Escuadra Imperial fondeada en ese puerto de San Juan de Vera de las siete corrientes, vice Almirante Barrozo, rodeado de brillante Estado Mayor, que nó únicamente los brasileros se acuerdan de Santa Bárbara sólo cuando truena.

Al detenerse un momento la procesión en la primera boca calle de la plaza, habló este Jefe al Ayudante Saldanha da Gama, quién adelantándose con otros tres Ayudantes cargaron las andas, y ¡adelante con los faroles!

Entre niños que cantaban, multitud devotas, lagrimeando de emoción muchas, y ancianos rezando en voz alta. Más curiosos que contritos, cerraba la marcha un grupo de Oficiales argentinos recién llegados del inmediato campamento de Ensenaditas.

No solo de pobrerío formábase la concurrencia, que no era allí el sentimiento religioso patrimonio de inválidos y viejas. Señoras de las principales familias seguían rezando en alta voz. Trás las bellas señoritas Juana Zelaya, Ercilia Camelino, Carmen Mohando y Adela Billingham, bella entre las hermosas correntinas, deshojando rosas delante de la Virgen, veíanse representadas las familias de Madariaga, Pampin, Cabral, Gelabert, Vedoya, Justo, Derqui, Cossio, Lagraña, Vivas, Igarzábal, Baibiene, Guastavino, Torrent, Escobar, López, Vidal, Rolón, Ferré, Acosta, Pujol, Molina, Virasoro, Astrada, Vivar, Mantilla y otras muchas piadosas devotas de aquel jardín de azahares.

En la estación de la segunda boca calle se adelantó el anciano patriota don Serapio Mantilla, que á sus ochenta inviernos todavía preludiaba el trémulo en el famoso violín, recuerdo del Dr. Echeverría, Secretario de Belgrano, y dirigiéndose al grupo de Oficiales de Buenos Aires, en que era tan querido, exhortó:

— «Mis jóvenes amigos. Bueno es no dejarnos poner el pié delante por nuestros aliados en decisión ni en devoción. Con razón ó sin ella, los porteños no son aquí tenidos muy en olor de santidad. Hasta de buena política sería imitaran

á los brasileros en el respeto y acatamiento que demuestran por las costumbres de este vecindario».

Asintieron algunos á sermonecito tan edificante, toleráronle otros, encogiéndose de hombros como sordos de ese cído, y en grupo que caminaba con el doctor Alcorta (Amancio) cuchichearon indecisos. Acompañaba éste á nuestro Almirante Murature, de quien era Secretario, rodeado de Py, Neves, Howard, Sívori, Ramirez, Erasmo Obligado y otros marinos. Al lado del Gobernador Lagraña, su Ministro Doctor Benitez.

Lo recordamos con gratitud. En esa ocasión encontramos en él uno de esos raros y sinceros amigos que hallados en el camino de la vida perduran por toda ella. Enérgico, entusiasta y afectuoso, se nos acercaba con el corazón y los brazos abiertos, que despues cuarenta años cerráronse sólo cuando cayeron sin fuerzas en el sepulcro.

Sonriente y bondadoso Félix Amadeo Benitez, aunque un tantico incrédulo, leal y complaciente, cuando Campos, devoto, como los Generales de su raza, dijo: «Vamos compañeros!» decidió á todos, y al concluir de dar vuelta la plaza las andas de la Virgen, regresaban en hombros de los Capitanes Gaspar Campos, Manuel Rocha, Alcorta y Benitez.

Aún no disipado el humo de los incensarios, se les acercó un sacerdote, invitándoles en nombre del Señor Cura, le hicieran el obsequio de pasar al refectorio.

Por lo que pueda tronar, un buen militar práctico en campaña, de aquellos que no se ofrecen ni se esquivan, debe tener siempre un sueño y una comida adelantada. Así nuestros jóvenes Oficiales no se hicieron repetir tan agradable mensaje, mayormente incitados por cierto tufillo á pavo relleno, que de larga fecha tenían olvidado.

En honor á la galantería porteña, justo es apuntar que solo dejaron las gradas por donde descendía otra procesión de bellezas, cuando dobló la boca-calle la última morocha volviendo tentadoras miradas de despedida sobre el grupo galoneado.

II

Ancha mesa de mantel largo, y en ella formadas en columnas botellas de diferentes colores, abrían el apetito. A uno y otro lado de su Paternidad bendiciendo la mesa desde la cabecera, un Oficial argentino y otro brasilero, seguían alternando mangas de frailes con mangas de galones en larga hilera por ambos flancos en comida, sí, de succulenta cocina de Convento, de mayor importancia por las personas que la rodeaban.

Frente al célebre Padre Quintana, digno colega de su connómino cuya fama no ha muerto en Catamarca, Medrano, quien, regresando de evangelizar en el Japón, naufragó por Martín García,—seguía su propaganda religiosa y educacionista en esa Provincia de Corrientes, que le recuerda agradecido. Seguía el hábil franciscano que con tan escasos elementos acababa de fabricar un magnífico órgano hasta el presente resonando desde el alto coro de la Merced, y vis á vis al padre Filiberto, el capellán Fortunato que tantas heridas cerró en los campamentos del Paraguay.

Roto el hielo, ó más propiamente el fuego graneado por el que caían botellas como adversarios, entre otros muchos temas abordó el Capellán castrense, Canónigo Sevilla Vázquez:

—No es tan poco frecuente como parece la fusión de uniformes y sotanas que en sincera fraternidad nos reúne en esta mesa. Si algunos clérigos dejaron el hábito por el uniforme, mayor número de militares colgaron la espada por el sayal.

Y el capellán Machado dirigiéndose al gentil marino, Ayudante de *Tamandaré* después, é infortunada víctima de lucha intestina en el Brasil, Capitán Saldanha da Gama, agregó:

—Sin ir más lejos, Señor, aquel curita tan modesto que divisa Vd. al confín de la mesa, quien por su humildad se coloca siempre á la cola, hoy ejemplar sacerdote, ha sido uno de los bravos soldados del Regimiento de Granaderos á caballo, fundado por los heróicos correntinos San Martín y Alvear, y en el que alcanzó el padrecito los tres galones de Capitán.

—A ver, á ver, que cuente sus recuerdos de campamento el Capitán Ortiz! exclamó uno. Haciendo coro á tal pedido, frailes y militares, argentinos y brasileros, mientras que el Prior decía: «No lo conseguirán porque es muy corto». Aprovechando el aludido de la confusión y vocinglería desapareció como por escotillón.

.....

Fray Pajarito solían gritar en la calle pifiones correntinitos, así apodándole por su escuálida figura de ayuno perpétuo, como por su andar precipitado á saltitos—pero la verdad era, que poseía algo de más valor que brillante ilustración, un gran corazón y una abnegación á toda prueba.

Más dado á tocar la campana en la que colgada en una horca de sauce contigua á la Iglesia de San Miguel, llamaba á misa de alba desde chiquito, cambió luego el instrumento de cuerda por otro no menos sonoro, la trompa cuyas dianas celebraron la victoria de San Lorenzo.

En el contingente enviado por el Gobernador de Corrientes destinado al Regimiento de Granaderos en formación, le tocó en fila Juan Bautista Cabral y otros grandotazos vecinos de Saladas, San Miguel y Yapeyú seleccionados los hombres más robustos, que formaron vanguardia del Ejército de la Patria. Y desde la primera, en la acción de San Lorenzo, recibió su bautismo de fuego y sangre, continuando con la escolta de San Martín hasta Salta, y después en el campamento de Plumerillos (Mendoza) de donde trasmontara los Andes ya de sargento.

Llevado á la maestranza que otro fraile, Coronel Beltrán organizaba, en Putaendo fué alférez, en Chacabuco teniente, y después de Maipú, capitán. Una conducta ejemplar y un valor como de correntino, distinguiéronle en todas las comisiones de paz y de guerra.

Antes de partir San Martín de Mendoza, y emprender su cruzada al Perú, encontró al *Capitan Pajarito*, que se hallaba en comisión reclutando reemplazantes para cubrir las *bajas* que la muerte abrió en el famoso Regimiento.

Ya fray Beltrán, Capitán de maestranza, le había recomendado por su conducta ejemplar al General en Jefe, á quien

no era un desconocido su hermano de cuna. Entonces por tercera vez insistió, pidiendo *la baja*, pues que su vocación primitiva le atraía á vida claustral, pareciéndole que la campanita de su aldea le llamaba más oída, al través de los clarines de la victoria y las trompetas de la fama.

III

Escandalizado al oír comentar en los fogones del campamento, la noche de Chacabuco, que cruzara entre los gritos y los lamentos de los heridos, arrastrándose á la rueda de sus compañeros, hizo un voto, prometiéndose á sí mismo no de seguir el ejemplo de fray Félix, que se arremangaba los hábitos tintos en sangre para proseguir la matanza, decidió él colgar la espada, cuando la guerra de la Independencia terminara, y propalar bajo el hábito seráfico principios de humanidad, socorriendo al mísero y cerrando mayor número de heridas que las abiertas por los corvos famosos de su Regimiento.

Y así sucedió. Después de Maipú cuando los argentinos creyeron allí concluida su misión, pidió la *baja* entrando al convento. Tenía el buen cristiano más de valiente que de instrucción y cuando San Martín le llamó á solas con objeto de persuadirle, no lo consiguió.

—Un capellán no ha encontrado inconveniente para convertirse en militar; menos encontraré yo, soldado que he cumplido con mi deber, para seguir con honor una Orden que por severa que sea, no es más rigurosa que la militar.

Cuenta Fray Félix que por una promesa de su madre si salvaba de las viruelas, en su infancia, le ofreció á la Iglesia, y que encontrándose con el hábito y corona á su mayoría, creyó deber consagrar las promesas maternas, pero que luego seducido en la carrera de sus hermanos, de Capellán, ascendió en grados militares de asimilación, y de esta, á soldado de verdad.

—Pero, entonces pretendes dejar en él tu personero en el ejército?—replicaba el General, á las repetidas solicitudes del Capitán.

—Ni tampoco—replicó,—ser su personero en la Orden religiosa que escandaliza, pero me eligió el Señor General asistiendo heridos en San Lorenzo, y ya los franciscanos de aquel Convento me auguraban inclinación natural á otra Orden que la militar. Fui soldado por accidente. Usia tiene sobre su despacho mi foja de servicios. Ahora que se ha terminado la guerra, ó al menos la misión del ejército argentino más allá de las fronteras de la patria, solicito respetuosamente de Su Excelencia la venia para tramitar la *baja* y entrar al Convento de mi predilección.

—Bien, por sus meritorios servicios, cuente con mi apoyo Capitán, por más que eso de haberse acabado la guerra hay mucho que andar. Si bien no hay un soldado español en la Argentina, por sus vecindades asoman codiciosos acechando la presa. La independencia americana es obra de mancomunidad, pero fuera de eso y en otro orden de ideas, me informa el Capellán del ejército que no sabe una palabra en latín.

—Regresaré á mi pueblo á predicar en guaraní. También los que sólo ese idioma entienden, son cristianos. Soy de Misiones y en las cercanías del pueblo de su nacimiento, Señor General, he nacido, cerca de Yapeyú.

Acaso por esta fraternidad de cuna inmediata, ó por que al fin á cada uno «le llega su San Martín», el 19 de Marzo de 1819, creyendo ya infructuosa la proyectada expedición al Perú, insistió tanto, apadrinado por el Capellán del Ejército de los Andes, que no pudo negar el General en Jefe lo solicitado.

Muro de inconvenientes más alto que el de los Andes se levantaba ante *Fráy Pajarito*. El Obispo de Chile lo rechazaba, por no ser de su Diócesis. El Obispo de Cuyo, le daba otro empujoncito para atrás, porque no era de su feligresía. El de la Capital de la República, por que era guaraní. Y así comentaba tanto tropiezo el bravo granadero:

—Para derramar mi sangre en Corrientes, como en Santa Fé, en Salta, Mendoza y Chile, no averiguaron de mi procedencia, y en todas partes encontraron de igual color á la de los más decididos patriotas. Para consagrarme á la

carrera de mi inclinación, pues aprendí á llamar la misa antes de tocar llamada en el tambor, tropiezo con mayor número de inconvenientes. ¡Bendito sea Dios! Pero el santo de mi nombre, *San Juan de Vera de las siete corrientes*, me ha de alzar de las siete estaciones, ó en las siete caídas me dará la mano.

Y el milagro se produjo, antes de embarcarse San Martín en Valparaíso (segundo Memorial apoyado por el Padre Capellán) escribió San Martín al Deán Zavaleta empeñándose dispensara todo lo dispensable al Capitán Ortiz para que se metiera á fraile,—como se metió.

.....
 Tiempo pasó para llegar á domar las asperezas de lengua más indomable que mula cuyana dura de boca. Pero tras largos años de estudios, de consagración ejemplar, logró vestir el hábito, alcanzando corona, y al fin cantó misa. Misa de gallo entre gallos y media noche que era para el tenaz correntino la primera, sin duda para que no se percibieran galones bajo el sayal, y de sacristán ordenado *in sacris* de padrecito de misa y olla aún no siempre contando con esta última, eleváronle á Cura de almas, nombrado Párroco en la Iglésita de San Miguel (Corrientes). Allí predicaba en guaraní, como había predicho y como más fácilmente se hacía comprender por los rurales de su feligresía, practicaba todas las virtudes, descollando en la enseñanza evangélica de la caridad cristiana y vida ejemplar. Día, y más de uno hubo, en que una pobre mujer iba á decirle: «Padre, vengo á encargarle una misa por mi madre que en gloria esté, pero no tengo con qué pagarle, sinó con este único huevito que la comadreja olvidó comer en el viznagal que rodea mi rancho.

—Bueno, no importa hermana, será servida.

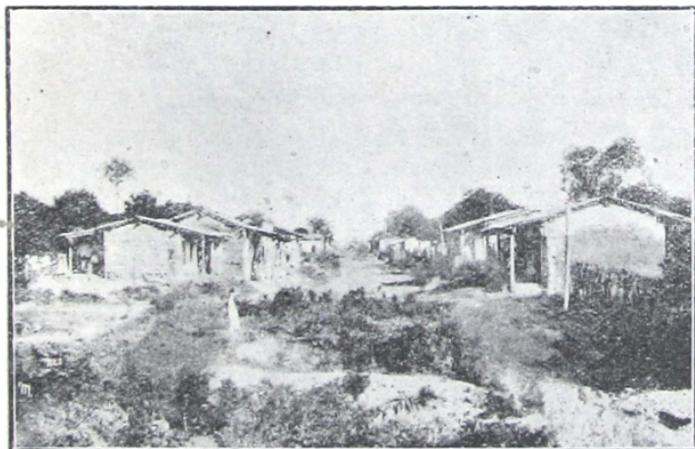
Todavía ese huevo no lo destinaba á su alimento, llevándole á otra vecina más pobre. En cuanto al propio sustento bien mezquino por cierto á su flaca humanidad tan económica, no se preocupaba, contando mesa puesta en todos los ranchos de la vecindad, donde se le llamaba al pasar, bien que en algunos no había mesa. Cuando al sonar las

doce la campanita de la Iglesia, salía por cualquiera de las estrechas calles que la rodeaban, seguro estaba que en más de una, se asomaría la Samaritana á rogar entrara á partir el pan de cada día.

—No caso único—terminó el Padre Quintana. En los ejércitos de la Patria, aquí y en otras Provincias, como en la misma España, en lucha por la independendencia primero, y en la de Carlistas, cuántos sacerdotes á imitación de los Levitas del pueblo del Señor, tuvieron que encabezar huestes para repeler invasores!

Si algunos sacerdotes tomaron armas, mayor número de hombres de armas colgaron éstas en las postrimerías de su vida, acaso desencantados de la gloria mundanal.

El Capitán Argerich que cargó en andas la imágen de Nuestra Señora de Mercedes hasta el campo de la gloria en la ciudadela al día siguiente de la victoria de Tucumán, fué luego uno de los más ilustrados Curas de la Parroquia de ese nombre en Buenos Aires, y el Capitán Fray Ortiz no será el último en esta patria de San Martín y Alvear.



CASA DE FRAY PAJARITO
SAN MIGUEL (EN CORRIENTES)



AMOR MATERNAL

I

Hace algunos años encontramos una madre desolada recorriendo medio mundo, y hubiera andado el otro medio en busca de su hijo extraviado.

No embargante fuera el niño algo talludito, nó por eso aparecía menos desesperada esa buena señora que caminaba del uno al otro extremo de la tierra, en pós del único fruto de sus entrañas. Mientras el mundo sea mundo, mientras en la humanidad haya un corazón que palpita, nunca latirá con más violencia que á impulso del amor maternal. Acaba de desaparecer de entre los vivos madre tan cariñosa, y si al inmenso amor de que dió pruebas, se agrega la extraordinariedad de sus viajes, digna es de recordarse en esta vieja tradición de ayer.

Ya ha pasado algún tiempo que con expresiva carta de presentación del gran francés (Mr. Lesseps) á quien veinte años atrás felicitamos en el Canal de su nombre, nos presentamos al general Türr en Atenas, deseosos de admirar sus trabajos de rupturación en el itsmo de Corinthio.

Este heróico compañero de Garibaldi, nó solo nos explicó los planos con minuciosidad de detalles sobre el propio terreno, sinó que nos hospedó generosamente en su chalet,

presentándonos á su gentil señora. Nieta de Luciano Bonaparte, era Adelina Wyse, belleza de primera magnitud, que los años y sufrimientos no habían ajado. Llegó á ser admirada en nuestros teatros, al lado de la Duquesa de Licignano; de modales exquisitos, ejercía una atracción irresistible por los encantos de su trato. Bajo su galante hospitalidad, en ese país de los sueños misteriosos, vecino al Olimpo, pasamos días inolvidables. Al despedirnos para continuar nuestro viaje, agregaba con su más amable cortesía:

—Yo también parto hácia extremo opuesto del que usted vá. Me encontraba acompañando á mi hijo en el Cairo, ocupado como ingeniero, estableciendo la primera línea de tramway. Vine de pronto llamada por mi marido para hacer los honores de casa, al pasar el Emperador de Alemania, que anunciaba detenerse observando los trabajos del Canal. Sigo para el Africa y Vd. para América. Pero cuan grande sea la distancia, el afecto la abrevia. No creo imposible vuélvamos á encontrarnos en el camino de la vida. No es probable llegue yo á su país tan lejano: pero es Vd. incansable viajero. En Europa, en Africa y en todas partes, cuente Vd. con la amiga de tres días, que ha aprendido de América más en ellos, que todo lo que llevo leído. No le digo adíos, sino hasta más ver.

Y con exquisita cortesía de verdadera parisién se despidió con un *Au revoir!* encantador.

.....
Pasados algunos años, cierto bello día de Abril recibimos la minúscula tarjeta de una viajera, apremiándonos fuéramos á verla inmediatamente al *Hotel de la Paz* en esta Ciudad.

Encontramos en cama y sufriente la hermosa señora que, tan animada y llena de vida, nos despidió con vivísimo contentamiento en Grecia. A la fatiga de un larguísimo viaje, agregábanse las emociones desagradables del mismo.

Después de tratar de consolarla en su aflijida situación, recordándole que sangre del gran Napoleón corría por sus venas, y que la serenidad impasible del gran hombre ejemplo fué siempre para sus inmediatos, oímos de sus propios labios la angustiosa narración que es toda una odisea.

II

—Reanudando nuestro diálogo en Grecia, debo decir á usted que del Puerto de Pátras me embarqué para Alejandría. Cuál sería mi sorpresa al llegar al Cairo, encontrando todos los trabajos abandonados, la vía de tramways paralizada, sin dar con la menor huella de mi hijo.

«Buscando y rebuscando por todas partes, en las riberas del Nilo, un marinero del Consulado de Italia llegó á darme noticias, de haber visto, corriente abajo, cierto viajero cuyas señas coincidían á las de mi Alejandro, con una mujer semi cubierta á usanza árabe, dos perros y una chica, y que en *daravilla* tan pequeño no debieron cruzar el Mediterráneo.

«Recordando el vivo genio aventurero de mi hijo, que podía pretender gira más vasta hácia el Extremo Oriente, tomé inmediatamente el tren para Suez, averiguando en el Puerto del Mar Rojo, sobre los que se habían embarcado, con perros y chinas hácia la India. Crucé todo el Canal interoceánico de ciento sesenta kilómetros de longitud, cien metros de ancho y ocho de profundidad, que el gran francés á la cabeza de su ejército de treinta mil obreros en diez años rupturó, gastando doscientos millones de francos.

«Desesperada trás de mi hijo, ya no soñaba un día, como aquí la emperatriz Eugenia, podría ser yo aclamada al inaugurar ese otro Canal de Corinthio que, si no unía dos Océanos, acortaba una vía, de progreso y civilización. Escudriñé y rebusqué por todas las embarcaciones de Suez, Lagos amargos, Port-Said, por todos los rincones, ensenadas y puertos, y recién en este último tuve noticias más circunstanciadas de haber partido mi hijo para Francia.

«En el primer vapor de la carrera seguí su estela, pero un nuevo desengaño me anonadó, al noticiarme en Marsella que el niño perdido había seguido para el Janeiro.

—Cuánto dista el Brasil de Francia?—preguntaba.— Lanzarme á lo desconocido me imponía, pero adónde no llega el amor de una madre?

«Pedi licencia á mi marido para seguir los pasos de un hijo extraviado hasta volverle al buen camino; sueño de toda madre. Primero lo negó rotundamente.

—Basta de viajes. Si he perdido un hijo, no quiero por añadidura perder la madre!—dijo. Después vinieron las reflexiones. Acostumbrada á mil delicadezas de vida comfortable, á las comodidades de nuestra casa en Italia, y aún en la de Corinthio, donde nos conocimos, no quería por nada mi marido dejarme ir á tierra tan lejana. Más humanizado por la aflicción con que clamaba por mi hijo, contestó que, en cuanto á gastos para avisos y rebusca del perdido, dispusiera de cuanto dinero necesitara, pero en cuanto á mi interesante personita la reintegrara al domicilio conyugal.

«Coincidió con mi postrera súplica de partir al Janeiro, el arribo de una carta de mi hermano, á la sazón ocupado en abrir otro canal, que nunca se abrió (Mr. Wyse, en Panamá) aconsejándole me dejara seguir á la América, donde ya no había tantos salvajes, y que en cuanto á ladrones, habiéndose dado cita todos en Panamá, mayor peligro de ellos encontraría en París que en los puertos del Brasil, donde no había otros dos millares que derrochar.

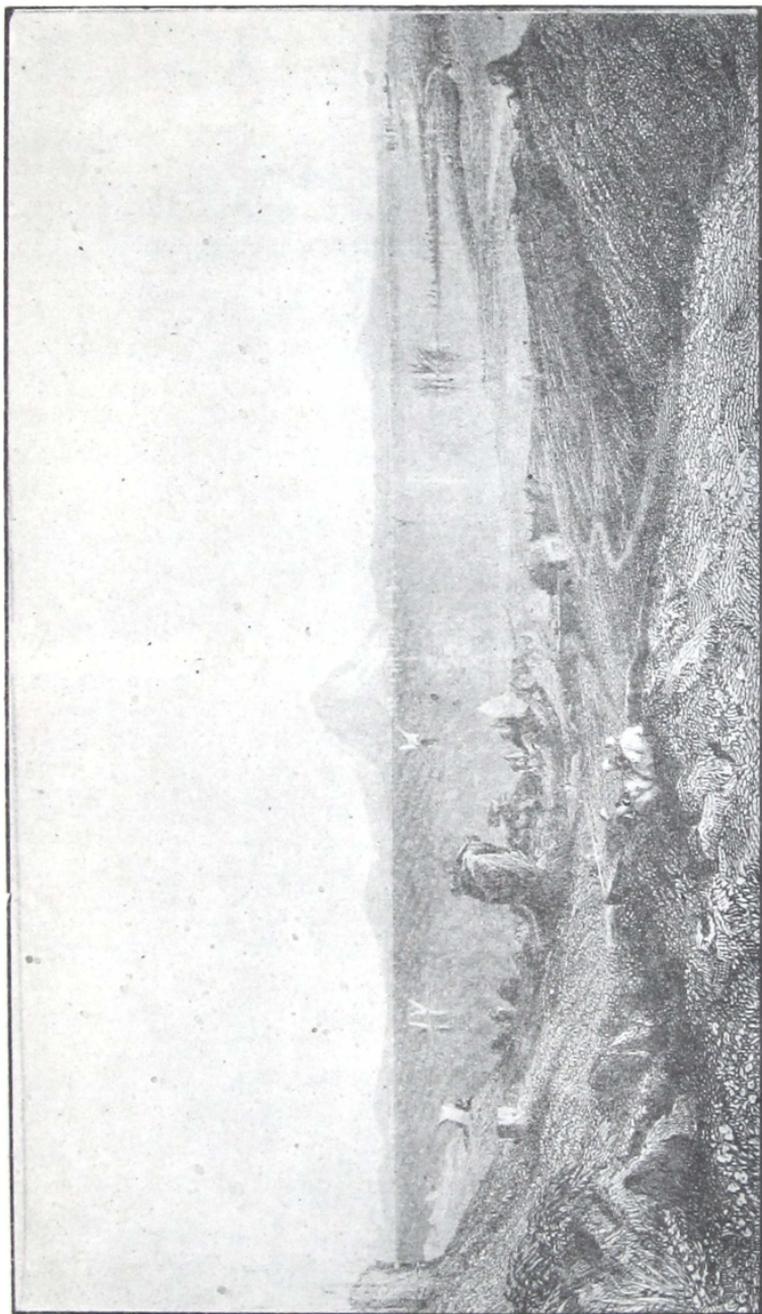
«Lágrima de mujer conmueve al bronce, y al fin el General Türr fijó una fecha, diciendo que con hijo ó sin él, debía en un breve término regresar.

Advertía que mientras no *faltara aceite á la máquina*, su rodaje seguiría girando, girando sin detenerse, hasta tropezar en los guijarros de la miseria. Que era mejor me dejara de viajes pues al fin había de volver el hijo pródigo.

El consejo era prudente, pero el corazón no reflexiona y en alas de la esperanza crucé el vasto Océano ¡Cuán triste me parecieron las frías y oscuras noches de tan larga travesía!

III

«Llego al Janeiro y el Cónsul de Italia me informa que no había podido detenerle, embarcándose para Buenos Aires. Los perritos seguían bien; la Vénus color ladrillo más gruesa, y escuálida la muchachita de los pescozones.



GOLFO DE CORINTHIO.—ENTRADA AL CANAL.

«Reembarco en el primer Vapor y al llegar aquí, me dicen, que sospechando mi aproximación, ha seguido al Paraguay. Fatigada, abatida, postrada por tantas desazones, aquí me tiene Vd., sin saber qué hacer. Le llamo para que me dé Vd. un consejo, dispuesta á seguir hasta el fin del mundo por recuperar mi único hijo. El señor Ministro de Italia me dice no debo pasar más adelante. No, esperar; yo no puedo vivir sin mi hijo. Le quiero y moriré sin mi Alejandro. ¡Pobre hijo mío, de qué le sirve todo su talento, conocimientos é instrucción! No ha sabido substraerse á una hada fatal. Sugestionado, se ha hecho dueña de él la egipciana. ¡Pobre hijo mío! Se halla bajo su primera pasión. El tan impresionable y tan noble, en su ofuscación es como una criatura!

—Pero, cuántos años tiene este niño irreflexivo que expone así su vida, su salud, su porvenir, la salud y aún la vida de su madre?—preguntamos de nuevo.

—Veintisiete.

—Pues ya no es un *bebé*. No se le puede poner niñera á esa edad, con china, chinita y perros á la cola!

—Qué quiere Vd. Hay hombres que nunca dejan de ser niños. El no es un cándido, pero sí un fascinador; toca el violín y el bello sexo, nunca pude alejarle de *contadinas*, en Nápoles. Por favor, indíqueme los medios de llegar hasta él. Por dinero, cuento con el suficiente para allanar todos los inconvenientes que él allana. Pero el cariño no se compra, y si él muere por esa mujer, yo muero por él, que como buen hijo, me debe su primer cariño.

.....
—Dónde queda la Asunción? ¿Quiére Vd., acompañarme hasta el Paraguay? Al menos indíqueme el camino. Por dónde puedo llegar en el menor tiempo posible hasta mi hijo, mi querido hijo? Yo no puedo vivir sin él,—repetía desesperada.

Después de calmar su agitación con las reflexiones más convincentes:

—Ya la tierra está bastante conocida,—contestamos,—para que un niño de veintisiete años se pierda sin voluntad de perderse. Empiece Vd., señora, por no enviarle dinero,

que verdad grande es, mientras no falte aceite, la rueda seguirá girando. Luego, encuentro á Vd., tan recomendada á todos los Agentes extranjeros, que fácil conducto son ellos para hacerle saber paradero de quien no pára en ninguna parte. Por de pronto Vd. está muy cansada; repose un poco, siéntese á esperar.

—¡Oh, señor; cómo se conoce que Vd. no es madre. No puedo vivir sin mi hijo. Yo le quiero, moriré sin mi Alejandro. El es bueno; acaso un poco demasiado sensible; se deja llevar por malos consejos, pero con todo, me ama, y estoy cierta que en cuanto me vea, volverá al regazo maternal, ante mi desesperación y lós sacrificios que por él hago.

—Vd., señora, acostumbrada á todas las delicadezas de la vida europea, no puede seguir al país de los calores tropicales, y el *niño* éste que tan desenamorado se muestra, continuará su jueguito á las escondidas. Por más amor que le tenga, va á perder tiempo, dinero y paciencia inútilmente, esponiendo su salud á peligros mayores que los que hasta aquí. Siéntese á esperar.

—Esperar es desesperar! A más de las recomendaciones que á diario llegan á esta Legación de Italia, de su gobierno, las tengo para todas las representaciones diplomáticas y consulares en América. No me falta energía ni medios para proseguir. Vd. no sabe lo que es una madre en busca de su hijo. Póngame sobre el camino para el Paraguay, que ya daré con el mío.

IV

Apremiada por múltiples razonamientos, dejámosla á medio convencer, cuando pocos días después fuimos de nuevo llamados, encontrándola acosada por cierto calabrés con facha, más de naranjero de la Boca, que de patrón de buque, presentándole cuentita de cincuenta mil francos en que aseguraba haber vendido su vapor al joven Türr, quien firmado había un cheque contra su señora madre. Despidiendo con cajas destempladas semejante explotador, le hicimos ver cómo no tenía obligación alguna de pagar semejante es-

tafa. De cuántas tramoyas será víctima en el camino en que insiste? No hubo reflexión á detenerla, y el vapor *San Martin* á los siete días de zarpar de la Dársena, la desembarcaba en el puerto de Asunción. Cuando allí expuso al Doctor Decoud, Ministro á quien la recomendamos, y que hacía poco habíamos encontrado en París, de regreso del Congreso Panamericano en Wáshington, le repitió las mismas reflexiones:

—Señora, su hijo vuela por toda la redondez del globo, en alas del amor. He estado con él; se halla bueno y sano, y hasta la china que le acompaña y el perrito que ya no ladra de fatiga. Cuando recibió su primer telegrama de que se hallaba Vd., gravemente enferma en Buenos Aires, fué al puerto siendo su primer movimiento correr á su encuentro. Desgraciadamente acababa de partir el Vapor, y la pécora que le acompaña, le suscitó que telegraficara primeramente para cerciorarse si era cierto su arribo y si el hallarse en cama, no lo era por mera fatiga. Como recibiera respuesta de que tan poco enferma la habían encontrado, que á esas horas navegaba ya por el Paraná corriente arriba, volvió con su cara mitad, que ya tan cara le cuesta, y fué entonces que por incitación de la egipcia no hallando embarcación que siguiera aguas arriba, el dueño de un vaporcito abandonado, que hacía agua por todos rumbos, se lo ofreció en venta por veinticinco ó treinta mil francos, que con los gastos de vitualla y aprovisionamiento y por los riesgos del cobro, hizo ascender el pillastre á cincuenta mil. No obstante convencérsele no había autorizado tal venta, insistía, en la conturbación de madre desolada, se lo abonara, sin contar el cuénto ni pedir consejo á nadie por el buen nombre de su hijo, para mejor encubrir el chantage.

Este joven, nó del todo pervertido, pero sí por todos explotado, le llevaba diez días de adelanto, cuando del puerto de la Asunción, remontaba madre afligidísima las aguas del Alto Paraguay.

En Concepción supo se habían aflojado los tornillos, nó al hijo ó su manceba, sino á una de las ruedas del vaporcito en esqueleto, y mal girando la otra por concluir-

sele el aceite, tenía esperanzas de darle alcance en Olimpo ó Coimbra, la que desvanecida, decidió continuar hasta el Cuyabá. Largo y penoso fué el viaje, empleando más tiempo hasta ese puerto desde Asunción, que desde Egipto. Pero al fin llegó, que no hay viaje en que no se llegue.

Salta á tierra, y cae en sus brazos. Al ver toda deshecha, agitada y con fiebre la hermosa madre, acostumbrada á divisarla entre tules, velos y sombrillas cruzando los jardines de su parque, el joven se conmovió un poco, y cansado, sino arrepentido de su fuga por el mundo con tan pesado fardo, prometió ir á almorzar á bordo.

V

Con patético sentimiento refería el origen de esa su primer calaverada. Trás la gran Mezquita oyó gritos al pasar por la calle de Ismail-Pachá en noche oscura. Corre en auxilio de una mujer á quien daban una bastonada, arrojándola de puertas, con una criatura. Se interpone el francés aplacando la furia del árabe.

El es noble italiano, nunca un caballero deja apalea una mujer en su presencia, aunque por culpas ajenas apalea suele la propia, en ausencia de todos. Ha sacado esta mujer de su país; le ha acompañado y curado en todas partes, sangre de Bonaparte corre por sus venas. ¿Cumple á su hidalgía abandonarla tan lejos de su región?

—En fin, la descarga del fardo la arreglaremos después. Dentro de dos horas te espero á comer á bordo,—dijo la llorosa madre.

Con toda apariencia de sinceridad, así lo prometió el hijo ingrato, quien no tuvo que repetir el diálogo á su Vénus color ladrillo, pues trás la cortina del miserable paradero en *Cuyabá*, había oído todo. Aún sonaba el ruido de platos y arreglo de mesa sobre cubierta del pequeño Vapor amarrado á corta distancia del *vichadero* ó mangrullo de la guardia, confundiéndose casi con los gritos y lamentos de la furiosa egipcia, que sin ocurrir á desmayos, exclamaba arrancándose las crenchas:

—Bien! sigue á tu madre; abandóname en tierra extraña, tan lejana de los míos. No quiero que por mí te sacrifiques. Bastante he sufrido en Africa, en Europa y en América por seguirte y asistirte cuando estabas solo pero abandóname no más, que yo sabré regresar á pie.

Exclamaciones en tal sentido seguían con acompañamiento en música de platos, arrullando el sueño de intrépida viajera, que el gasto de su última energía le había postrado. Y mientras en sus ensueños creíase llegando á Paris, con su hijo querido, acercando al altar de la Virgen, en la Magdalena, ante cuya ara conducía con la corona nupcial una de sus bellas sobrinas del antiguo barrio de St. Germain, su prometida desde el día que dejó el *Convento des Hironnelles*, y entre horizontes color de rosa despertaba de su dorada ilusión, asomando á popa, vió á lo lejos, muy lejos, ligera canoa que, deslizándose aguas abajo, arribaba á costa boliviana. Y como el esperado no llegaba, bien pronto supo, y aún alcanzó á divisar con anteojo de larga vista á su hijo idolatrado, su querida, la hija de ésta, y sus dos perros internándose en bosque impenetrable, sin rumbo ni brújula en el desierto. Después de tan falsas ostentaciones de abnegación, el mal génio de este hijo pródigo había acabado su exhortación, diciéndole: «Anda, anda á bordo no más, que en cuanto subas al Vapor, ya el Capitán tendrá orden de cortar amarras para más verte.

Parada en la popa del buque que la llevara en alas de la esperanza, al través de sus lágrimas veía alejarse para siempre al ser que tanto amaba, y aún allí, transida de dolor, antes de caer en desmayo, echó su bendición al hijo que perdía toda esperanza de recuperar.

—Adónde se va, por donde él vá? preguntó Mme. Türr á un patrón descorazonado, que viendo fracasados sus planes de mayor ganancia, contestó:

—A que se lo coman los yacarés!

Y su desfallecimiento fué tal, que en soponcio, vértigos y desmayos, aquella aflijida madre consumida por la mayor angustia, descendió el larguísimo trayecto desde Cuyabá hasta Buenos Aires, más muerta que viva.

Triste y abatida, volvimos á encontrarla más tarde, persistiendo siempre en seguir las huellas de su hijo.

—Si he regresado, dijo, no es porque crea al descorazonado Capitán que me consoló con los versos del Dante:

«Perded toda esperanza»

VI

Tomadas mejores informaciones supo que el camino que llevaba Alejandro, al través de la inmensa selva boliviana iba á salir cerca de su capital, y á ésta empezaron á llegar cartas y recomendaciones que era un diluvio, por las autoridades argentinas y las representaciones diplomáticas, hasta que al fin llegó ella misma.

Así como del Cairo en vez de seguir línea recta á Port Said para donde había partido su hijo, subió hasta el Mar Rojo por salirle al encuentro, si la ruta del hijo pródigo era la India, igual evolución estratégica empleó en América y en lugar de seguir los pasos perdidos al través de la virgen selva boliviana, descendiendo á Buenos Aires, tomó el ferrocarril á Jujuy, para esperar en la capital (Chuquisaca) al fugitivo en sus desiertos. Recomendada ella á todo el mundo, como á su vez su hijo por ella á todas las autoridades del tránsito, estas mismas prevenciones resultábanle contraproducentes. La madre pedía la detención del hijo y los agentes traducían sus telegramas en atenciones.

— No haga sonar tanto su bolsa, repetíamole al partir, pues por los desiertos que va á cruzar, acaso más peligroso es seguir con mucho dinero que con ninguno. Y así sucedió, queriendo continuar desde Jujuy no encontró gamera ni carricoche para alquilar, debiendo comprar carruaje mulas y mulateros que abusaban de su prodigalidad, al anunciar los diarios había llegado una Princesa italiana forrada en esterlinas. Y aún así en la primera *pascana* no quisieron vender ni un cabrito á la rubia extranjera, y en la segunda, ni una sed de agua, resultando que el hijo sin un franco en el bolsillo, encontraba auxilios por las mismas centuplicadas relaciones de la madre, si bien éstas se limitaban á pedir

su detención; y á ella, con buenas esterlinas contantes y sonantes no conseguía un vaso de agua en los *tambos*.

Viajaba con una doncella de toda confianza, según la Agencia que se la proporcionó en Buenos Aires, y tales confianza se tomaba durante el camino, que acabó por alzarse con la mitad de sus alhajas.

Sus elementos de viaje en Jujuy le habían costado un ojo de su bonita cara. Con el otro, seguía ya mirando de reojo á cuantos se le acercaban, que al fin, asperezas de malos encuentros engendran desconfianzas, pero con tan malos ojos la miraban en el tránsito desde Jujuy hasta La Paz, que no bajó del carruaje ni para beber, dormitaba mal y se alimentaba de las conservas en su desvencijado carromato subiendo y bajando sierras, valles y montañas del Alto Perú.

Tras muchos días de incomodidad, toda maltrecha y magullada llegó á Sucre, tres días antes que arribara el hijo con su china, chinita y perro. El otro, picado por una víbora en el monte reventó, nó sin antes transmitir algo de su veneno en la enconada egipcia.

La escena del reencuentro en Sucre fué tierna, como para quebrantar peñas, y las lágrimas, las reflexiones, el inmenso amor de una madre que desde Africa llegaba al corazón de la América en busca de un hijo desenamorado, hubieran conmovido las montañas que le rodeaban, á no haber convencido al hijo, que no era del todo ingrato, en quien el inmenso amor levantaba todavía algún eco en su corazón. Al fin cayó en sus brazos pidiendo perdón por los sacrificios infinitos que ocasionára. El no era tan malo, sino que no se hallaba con fuerzas para sacudir la hipnotización con que le subyugaba la hija del desierto, á las *coyas* semejantes en bravías pasiones.

Prometió seguirla y no separarse más de ella, si le permitía llevar á la mujer que le había acompañado por toda la tierra y que no podía aún abandonar.

Entre la espada y la pared, tuvo que transar la noble Princesa italiana de estirpe napoleónica, ante la esclava de Egipto. En precaución de que se repitiera la burla de *Cuyabá*, más pronto de lo que había llegado, subió al

carruaje llevándose su hijo con toda su chamuchina, rodando hasta la primera estación de la vía férrea al Puerto, y de éste al de Valparaíso.

Traspuso los Andes, cruzando las más altas montañas con el hijo á cuestras, y recién desde su cumbre, al divisar la Argentina, pudo exclamar: «Estamos en salvo».

El amor maternal le cegaba. No tuvo aquí que pedir consejos á brillantes calaveras de su jérez, de que no son monopolios los bulevares de París, y en cuya sensiblería créen hacer acto de abnegación, no abandonar la *horizontal* que se apresura á abandonarles cuando secos de cuerpo y alma y también de bolsillo, dejan en desesperación á la madre, y la familia, su nombre y posición, su presente y porvenir.

En el más rápido vapor Italiano zarpó con rumbo á Marsella, pero antes de arribar á *Las Palmas*, habiendo ya conseguido abrir nuevo buraco en la bolsa materna, la china de las pirámides, que no podía soportar el desprecio de la madre ultrajada, sugirió al hijo nuevo engaño para burlarla. Pidiendo licencia para bajar un momento en *Las Palmas*, viéndole desembarcar sólo en un bote, ni por mientes le pasó, á tal punto ciega el amor maternal, que llegaría la hora de partida sin que el prófugo recalitrante volviera.

En una de las chatas carboneras había descendido por la proa la aventurera. Por más ofertas que hizo al Capitán del Vapor, no consiguió detenerlo después del silbato de leva, si bien entre las sombras de la oración, creyo divisar en la última chata á la egipciana como haciéndole pito catalán. Nuevas desesperaciones y sufrimientos al reabrir heridas mal cerradas.

En el Puerto de Marsella le esperaba el General Türr, creyendo abrazar contenta y feliz á su esposa al término de tan larga y escabrosa peregrinación, con el hijo que infinitos disgustos le había causado. Viendo el fracaso de tantos sacrificios, trató de consolar por todos los medios imaginables el corazón de esa madre torturada, y al día siguiente, dijole — «Ni un franco más para ese ingrato. Te prohibo con toda la autoridad de esposo y de padre ofendido, que remitas la más pequeña cantidad de dinero á hijo

que tantos quebrantos nos ha ocasionado». Y dejándola en uno de los más bellos Chalets en Niza, sobre el *Paseo de los Ingleses*, siguió á levantar la última palada del Canal en Corinthio, en el mismo sitio que mil ochocientos años antes, lo abriera Nerón con piqueta de oro.

VII

Algún tiempo pasó así, pero cuando el padre concluyó su gloriosa obra, lleno de satisfacción, con aplauso universal, el mismo día que el Propio Rey de Italia obsequiaba con un banquete en el Quirinal á este segundo Lesseps, la madre atormentada por la incertidumbre del hijo, recibía una carta del Capitán del puerto de *Las Palmas*, anunciándole haber recogido miserable y hambriento á un joven de su apellido, que se decía su hijo, quién desde que desapareciera de la Isla la mujer con quién había desembarcado, no sabiendo hacer nada, de nada se ocupaba, encontrándose vagando por las calles entre un perro y una china.

Ni sospechó que pudiera ser engañosa estrategia de tan recalitrante calavera, y como desconfiara ablandar al padre, empeñó sus alhajas, ya muy reducidas desde la familiaridad de su doncella de confianza, que había tomado éstas para perderse de vista con ellas.

Reuniendo escasa suma, fuese al Casino de Monte Carlo, y aunque la primera noche después de ganarlos, volvía á perder cincuenta mil francos en la infernal ruleta, con los últimos mil que le restaban ganó veinticinco mil, los que íntegros fueron por vía telegráfica á *Las Palmas*.

Como recordára el fugitivo, tardía fué la advertencia del Cónsul de Italia en Niza, de que acaso cual el Genera Türr sospêchaba, aquel dinero tan rápidamente enviado sirviera sólo para más alejarlo. Más no fué así, que está de Dios sólo en cabeza propia enseña la experiencia.

Y dejando la chica, por ser vivo recuerdo del que le había abandonado por otro de más esterlinas, abandonó á su vez al joven Türr en estrecha calle, tan oscura, como aquella en que la había encontrado.

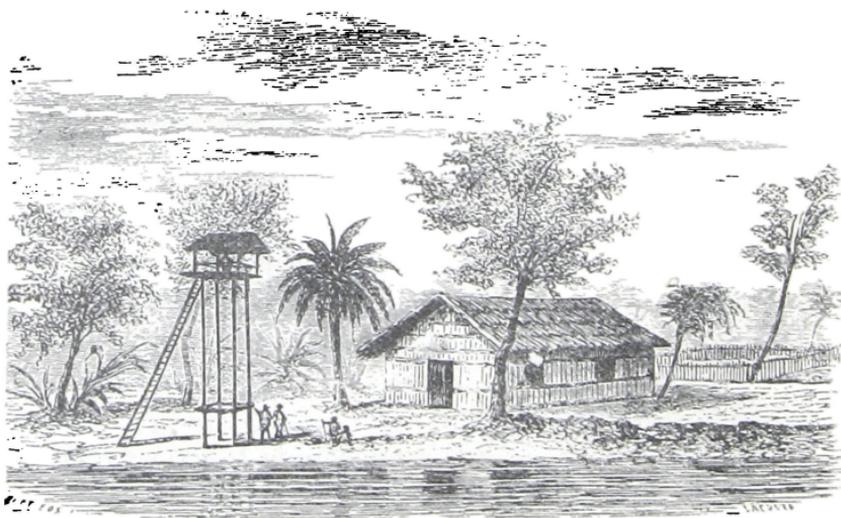
Todavía en ese Puerto de *Las Palmas*, que entre re-

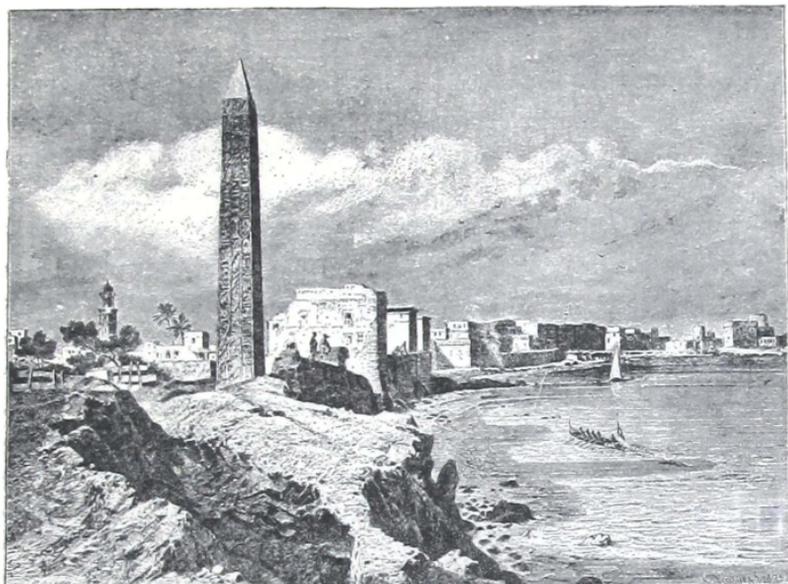
mordimientos y desengaños, creyó él haber hallado la de su martirio, para fin de fiestas, al saltar á su bote cayó al agua, su último perro, ya tan desfalleciente como su dueño.

Así en noche lluviosa llegó á Niza, sin querida, ni adeseos ni perros, y entró de rodillas, al salón donde la madre le esperaba en sus brazos.

Un mes no había transcurrido, cuando desdeñando la noble prima del boulevard de Saint Germain, pretendiente que tan desmejorado por sus calaveradas se le presentaba, persistiendo la madre en casar su único hijo antes que echára á perder del todo su sangre y su nombre con nuevas aventuras, encontró inmediato remedio, en dos brillantes del Brasil que en pálida cara amarillenta relucían. Tomando la primera joven que bajo sus balcones pasára, de aquel simulacro de Corte, que seguía al destronado Emperador hasta Niza, un buen día bajo su gótica Catedral, matrimonióse este descendiente de Bonaparte con una semi-noble brasilera, de quién fué padrino el Conde D'Eu.

Diez años después, nuestros amigos de Niza nos escribieron que esta madre ejemplar, bella hasta en su vejez, había fallecido en aquella ciudad, abrazada de aquel hijo de sus padecimientos.





PESCA DE UNA AGUJA

(EN EL OCÉANO)

I

De cómo se pescó una aguja, no tan pequeñita como la que pincha tus sonrosados deditos, y en mar algo más grande de los que viste en nacimientos del niño Dios, acertijo más extraño parecerá, que el de *El pajarito de Santo Domingo*, que allá en tiempos de Mari-Castaña despertaba á escueleros dormiloncitos para que metiendo la *Cartilla* deshojada en la cartera del pan, se apresuraran á la escuela.

Fueran éstas regenteadas por Don Rufino Sanchez, Don Juan Andrés de la Peña, Don José Barbosa, ó por las señoras Juana Pestaña, las Rodriguez ó Doña Rosa Guerra, en la de niñas y niños aprendían á coser. Al presente oigo

(no lo creo) que ni en las escuelas de mujeres hay clase de costura, ni de religión. Así andan descosidas las creencias de pueblo que en nada crée.

Cuando salí á recorrer tierras, besando la mano de mi bisabuelo (yo también tuve abuelo aunque no te parezca por lo viejo que has alcanzado al tuyo) según rezaban las costumbres de antaño, dije: «Echeme la bendición, señor padre, que me voy á correr tierras», no pararon mis pasos de peregrino hasta Tierra Santa. Un poco antes, me detuvo al cruzar las riberas de un estrecho y muy largo río, esta pesada aguja abandonada entre arenales que el distraído viajero veía con indiferencia, y los sabios estudiaban como en libro sin hojas. Estraño te parecerá su deletreo; sin embargo al descifrarlo y traducirlo, reveló un mundo de cosas y de sucedidos en el mundo antiguo.

Cuarenta años después volví á encontrarla parada y luciendo á los rayos del sol en Londres, frente á «Cecil Hotel.» Mientras almorzaba con un célebre egipciólogo, leyó de corrido las inscripciones que en geroglíficos casi ininteligibles adornaban sus faces:

«Nací en las canteras de Melabaron, y arrancándome de las entrañas maternas me desbastaron y arrastraron hasta Heliópolis. Pulimentada y rayada á dejarme limpia como la palma de la mano, empezaron á picarme con incisiones y garabatos semejantes á los que recubrieron antes y después á mis hermanos. El mayor está en Roma; el más pesado en Nueva York, y mi hermana gemela, del alfiletero de Cleopatra, se alzó en la patria del inventor de la máquina de coser, al que costureras yankees levantaron estatua de acero, tan duro y luciente como mi alma, que no es de lo mismo.»

De Heliópolis cierto ambicioso romano, que como Napoleón siguió la mala costumbre de llevarse cuanto de mérito encontraba, me transportó á Cesarium, y la bella Reina de la seducción, para hacer creer á los bobalicones de sus festejantes era muy hacendosa, me clavó de punta con aviesa intención al frente de su costurero donde nunca co-

sió, aunque pegaba unos cuantos Reyes mal hilvanados al ruedo de manto real, arrastrado por todos los fangales.

Muchos siglos después, otro turista... que caminaba leyendo, me llevó por delante, rompiéndose las narices, y en sus excentricidades de ñato, tuvo la de mandarme construir un estuchito largo y angosto, de diez mil libras esterlinas de costo, para presentarme decentemente á su graciosa Majestad, la gran Victoria. Esta sí había aprendido á zurcir para sus biznietos. Sin ser tan seductora, por saber hilvanar y plegar sólidamente las buenas costumbres, (de que era digno ejemplo en el progreso de la época) llegó á ser la más poderosa Reina del mundo. Tanto bien ha hecho sobre la tierra, que Semirámides, Artemisa, Cleopatra, y todas las reinas del Oriente, á su lado parecen muñecas de gonce ó desgonzadas, ménos hábil que la que industriosas parisien-ses regalaron á la pequeña czarina, que al llegar á Rusia ya sabía hablar, y en claro francés no cesaba de exclamar: ¡Viva la Francia!

Más raro os parecerá la aguja de mi cuento, si fuera del tamaño de la de tu primer dobladillo. No oxidada ni mohosa en treinta siglos de edad, puede en su faz de corte antidiluviano, deletrearse como lo habéis oído, en escritura de idioma que hoy lengua alguna hable, su origen, su historia, su destino y al par de su vida la de aquella vieja abuela de la tierra que se llama Egipto.

II

Pero sabrás, nieta querida, que aguja se llama nó solo el diminuto fragmento de acero con que respuntas los vestidos de tus muñecas (en arranques y peleas entre sí por cuil arrastra más larga cola, que pasado de moda es crucen frías noches del Océano en camisa) aunque poco aprenden á coser las niñas, cual las de mis buenos tiempos. Las flechas y puntas de torres, los altos picos de montañas, también se designan con el mismo nombre de agujas. Entre estas últimas que apuntan al cielo interminable, y las muy finas de las que rompen tres en cada dos puntadas las

escueleritas movedizas, encuéntrase la de esta tradición. Extraíalas íntegras de una sola pieza hasta de treinta metros de largo, muy parecida en la forma de la chimenea vecina que todas las mañanas divisas desde tu camita en la Avenida Alvear, (Establecimiento de las aguas corrientes) en el bajo de la Recoleta.

Eran los obeliscos de rojo granito de Egipto en figura piramidal, monumentos consagrados al sol cuyo culto se extendió por todo el mundo antiguo, desde el Faraon al Inca, al azteca, el negro y el chino. Nunca aislados como al presente, formaban parejas á la entrada de los templos.

Lujosas planchas de cobre brillante revestían la arista de su cúspide, que al primer rayo del astro-rey resplandecía; y trazados de color verde claro cubrían las cuatro caras rematadas en punta señalando eternamente al cielo.

Como en el que describimos, jeroglíficos desde su base conmemoran la sencillez y grandiosidad de la época, el nombre del soberano que les consagró y las fiestas de su erección.

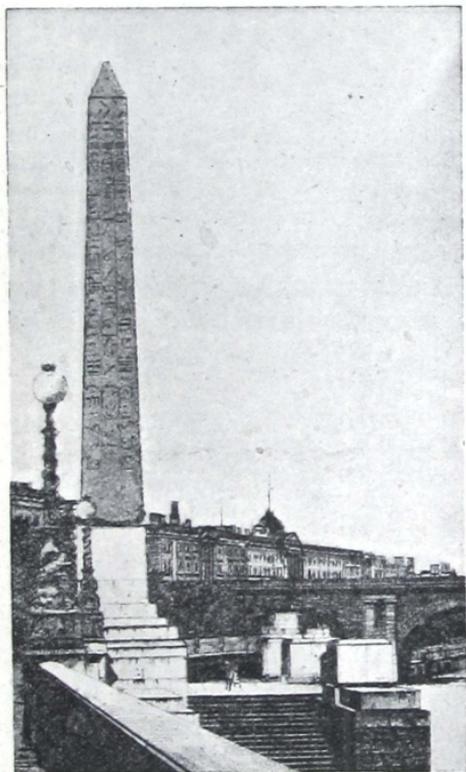
III

Llamábaseles popularmente *aguja*,—(los Romanos, *aguja*)—*aguja de Faraon* los árabes, y éste sobre el que paseamos en Egipto y saludamos en Londres, *aguja de Cleopatra*, del tiempo de Tolomeo III, hermano del transportado á la entrada del Cesarium que desde 1877 se encuentra en el Square Victoria á orillas del Támesis. Pesa 80 toneladas y sobre un pedestal de diez y ocho piés se eleva sesenta y ocho más.

Tanto pesaba y tal era el costo de su transporte que obsequiado al gobierno inglés por el de Egipto, muchos años continuó tirado en la ribera del Nilo, donde tuvimos la vanidad de pasear sobre piedrita labrada por los esclavos del Faraon, cuatro mil años há. Menospreciada allí, abandonada iba hundiéndose bajo los arenales movibles del desierto. El visitante de ruinas que en noche sin luna, tropezó con ella, mandó construir la mitad de una embarcación, larga y angosta. Rodándola hasta la concavidad que se le destinaba

á lecho de transporte, se concluyó la otra mitad de tan raro alfiletero.

La corriente del Nilo le deslizó hasta la desembocadura de Roseta. Amarrada á popa de poderoso transporte cruzó el Mediterráneo, pasó el Estrecho de Gibraltar y al entrar al gran Océano, frente al golfo de Vizcaya despren-



AGUJA DE CLEOPATRA
(EN SQUARE VICTORIA)

diéndose de las amarras, se perdió en la oscura y tempestuosa noche de Océano inmenso.

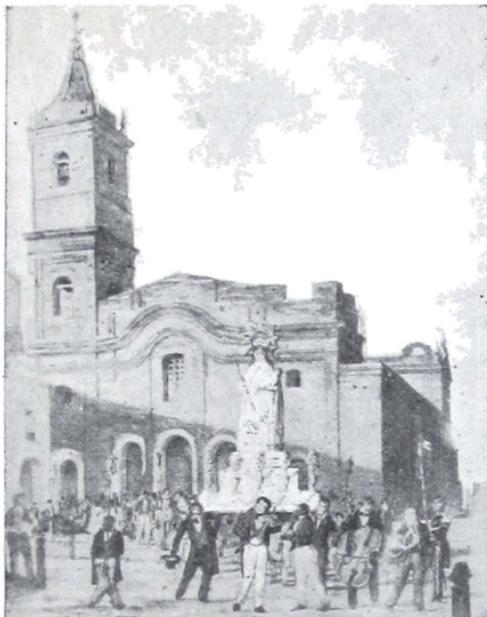
Cuando la ingrata nueva llegaba á Londres, reuniéronse sabios, náutas y navegantes á lamentarse sobre la pérdida de piedra tan asendereada.

¿Creeríais imposible encontrar una aguja en el mar? Una

piedra entre los millones de miríadas que en su fondo y riberas se entrechocan, tan numerosas como las arenas del mar, como los astros que en su faz reflejan? Hé aquí otro milagro de la ciencia, nó menos admirable que los secretos de los sacerdotes egipcianos que nos son revelados al través de tantos siglos: el transporte de tan inmensa mole desde los arenales del Egipto al Támesis.

Se estudió la dirección de los vientos, el equinocio reinante, la fuerza de su empuje, la dirección y arrastre de las corrientes, y un buen día claro y sereno, un pescador de Vizcaya entraba al Támesis, trayendo bien amarrada la fugitiva con más grueso cable á la cola-de su embarcación.

Ved sencillamente descifrado el acertijo de *Pesca de una aguja en el Océano!*



TEMPLO ANTIGUO DE SANTO DOMINGO

EL PAJARITO DE SANTO DOMINGO

I

Cierto sábado de medio asueto al dar las doce salían en bullicioso tropel, saltando los umbrales de la «Escuela de las Rodríguez» niños y niñas, siguiendo al compás de repiques de vísperas en el campanario inmediato, la siguiente cantilena:

«Mañana es Domingo
Se casa Piringo
Con un pajarito
De Santo Domingo.
¿Quién es la madrina?
Doña Catalina
Rebozo de harina.
¿Quién es el padrino?
Don Juan Barrigón
Que toca la caja
Con su regatón.»

Si como el de Jesús, Trinidad, Rosario, nombre es Piringo aplicable á hombres y mujeres, no alcanzamos á descifrar. Tampoco en nuestra rebusca por Bibliotecas y Universidades, como las de Salamanca y Córdoba, descubrimos el vate melenudo ó decadente, de estrofa tan repiqueteada, pero tal como queda en el pápel, pegada nos quedó al oído hace muchos años. Comprobamos sí, que ese pequeño pajarito color ceniza, de más ilustre raza era que el autor de sonsonete tan simplón, pues que su alta estirpe no llegaba á la altura del michinal donde aquel anidaba.

Avido de vida y expansión, (como toda niñez) en cuanto clareaba el alba de sonrosada frenté trás el doble azul en horizonte que funde el Plata y el cielo, sonriente y alegre como todo despertar inocente, volaba á echar dianas, con sus alitas, en los cristales de los más dormiloncitos, para que fueran temprano á la escuela. Era el más cantor del barrio, y así en despertamiento entre música y flores, filtraba con el primer rayo de luz de la mañana la primera suave sensación de todo un bello día sereno. Parado en la reja de cada ventana, no cesaba su canto límpido y cristalino, hasta asomar doblando su cabecita, y ver arrodillado sobre la camita blanca al niño, cuya buena mamá persignaba, cruzándole las manitas ante la imágen de la Pura y Limpia, repitiendo con ella:

«Padre nuestro que estás en los cielos...»

Después, iba volando de torre en torre, y de Santo Domingo al Colegio, tocando su piquito al pasar el metal sonoro. Era su oración matinal, saludando á Dios dueño de la casa. De tanto oír á Don Mariano Lársen, había aprendido su poco de latín, traduciendo: «Casa de Dios y puerta del Cielo», letrero sobre la fecha (1711) en frontis del más antiguo edificio de la ciudad. Y como este pajarito era cual los buenos niños, amigo de hacer bien, seguía llamando á la puerta de la Librería frente al Colegio, decana de todas sus congéneres.

Es la más antigua casa de dos pisos, edificada en 1768,

por don Francisco Salvio Marul, de cuya hija Dolores la heredó don Antonio Modolell, y en seguida de la señora Candelaria Somellera, nuestro digno prelado Doctor Espinosa. En sus bajos, desde la época de Rivadavia se abrió la librería allí sucesivamente por los señores Usandivaras, Marcet, Stegmann, Casajemas, Morta, Igón y actualmente Cabaut, resucitando aquí *Pulgarcito*, sobre el mismísimo mostrador que mayor número de lápices de colores se han dado de llapa á tres generaciones de escueleros. Sus altos, de ancianos techos de teja todavía, cobijaron los estudios de Ugarte, Navarro, Viola, Manuel Argerich, Ruiz de los Llanos y otros Doctores de campanillas. Al bendecir su Ilustrísima esa casa de tan ilustre abolengo, que tanta ciencia ha almacenado en ochenta años, bendecidos quedaron los libros de la primera librería escolar. Tal vez por esta causa los que en sus textos estudian, conviértense en unos santitos. Bueno es no lo olviden madres atormentadas por diablillos con cabellos de ángeles.

II

Llegó á ser tan querido de los niños el pajarito de este cuento, que gustosos le dejaban caer migas del pan que entraban comiendo á la escuela. El seguía revoloteando, como alentándose se apuraran á llegar temprano y sólo después que les veía entrar, se paraba á picotear migajas dejadas caer para su desayuno.

En la historia de los pájaros de cuenta, su biografía contiene hermosas páginas citándosele como ejemplo. Cantaba al oído de los niños, en notas á todos comprensibles, que luego escribieron ellos sobre papel pautado, ó pizarritas de arena, máximas como éstas: «Quien madruga, tiene día más largo». «El ser metódico y regular en el trabajo, facilita muchas cosas». «Satisface más la manutención obtenida por el trabajo, después de haber cumplido cada uno su obligación». «La caridad es la más bella acción», etcétera, etc. El ponía ésta en práctica, llevando en el pico alimento para huerfanitos que en el michinal vecino que-

daron sin madre, porque un buitre malo dió caza en la primera excursión en que volara después de su alumbramiento, en busca del pan de cada día para sus hijitos, de los que ya había perdido uno, cayendo de elevado nido.

Y á esta altura del cuento, la más rubiecita chiquilina interrogó:

—¿Y dónde estaba la niñera, que no retiró el pichoncito del borde del nido, para que no se hiciera *nana*?

—No tenía niñera.

—¡Y qué! ¿Hay chicos sin niñera? ¿Quién les dá la leche al despertar?

—Tenía también sus protegidos. Descubrió en la otra media torre de la iglesia, dos pajaritos desfallecientes de hambre, desnudos y tiritando de frío, porque la madre fué mal herida por buen cazador.

Volvió á interrumpir la nietecilla:

—Qué! hay gentes tan malas que matan mamás por divertirse?

—¡Y también por disgustos!—añadimos.—Hay Juanes Moreiras, salteadores en los aires. El gavilán acecha á la inocente paloma; la urraca forma su nido de robos.

III

Y como el cariño atrae con oculto imán á chicos y grandes, hombres y animales, el *pajarito de Santo Domingo* volvía más á la ventana del niño desmigador, y cuando éste contestaba bien la lección, lo que comprendía por el ruido y palmoteo al volver á su asiento, su amiguito predilecto guardaba para entonces el chirrido más armonioso que, prolongándose, resonaba como éco de alegría y felicitación por todos los ángulos de la clase. De muchas otras buenas cosas ha dejado él memoria en las escuelas de mi barrio, que si no tuvieron frontis como el *Palacio de la Cartilla*, de un millón de costo, sobre Plaza en cuya laguna cazaban patos y boleaban pajaritos los raboneros contemporáneos del general Nazar, no ha cambiado el fondo de la moral en acción, que desde entonces se enseñaba con el aplauso

de todos, hasta de los pájaros. Vestigio de antaño colgaba del frontis triangular de la vieja «Escuela de las Rodríguez», entre la arboleda que florecía en su techumbre, minúsculo nido en ruinas. El nos recordaba los que en parques y jardines vimos en Boston, construidos por la Municipalidad para las pajaritas enfermas, desde antes de la fiesta del árbol entre nosotros. Comercio de amistad recíproca se establece así, desde la infancia, entre esos alegres amigos de los que hoy plantan árboles á los huérfanos del aire, que á su vez enseñan al niño cariño y ternura desde sus primeros pasos!



ESCUELA DE LAS RODRIGUEZ
(ANTIGUA CALLE DE REPRESENTANTES)



CUESTA DE ARONA

LA BOLSITA AZUL

I

La pequeña alpargaterita de Cestona descendía aquella mañana como de costumbre, por la carretera de Arona, cuando atrajo su atención algo que relumbraba en la encrucijada de un estrecho y tortuoso caminito de la montaña. Se paró un momento, siguiendo luego cuesta abajo, con la cesta llena de alpargatas que con sus hermanitas había cosido toda la semana. Al otro día, y al siguiente, el mismo tropiezo ante aquel objeto mudo, brillante é inmóvil, aunque ya menos relumbroso, atrajo más su curiosidad de mujercita. Larga, angosta, arrugada, dividida en dos anillas de malla azul oscurecida, pequeña bolsa de algún perdido-so parecía.

A la tercera pasada, ya no podía resistir la tentación. El camino no era tan poco frecuentado. Por él transcurrían huéspedes del balneario, estantes en Cestona, pasantes de Arona y cuantos iban y venían al Santuario de Loyola.

Sin duda no pertenecía á ningún aldeano de las verdes montañas de Guipúzcoa, en que la honradez florece. Pero como una semana después, la bolsita seguía donde se estaba, aunque toda cubierta de polvo, nó sin mucho titubear se agachó, sin que vacilara la canasta sobre su cabeza, y dándole vueltas y revueltas la contemplaba, calculando por el peso su contenido.

—¡Qué será! ¡Qué no será!—Y seguía mudo soliloquio entre agitada y ruborosa: «Contiene dinero, pues suena. Talvez oro. Algo relumbra á través de los ojitos de la malla, oscurecida á la intemperie.» Y á éstas reflexiones seguíanse otras nó menos inocentonas: «La ocasión la pintan calva, según los que sin ser calvos, créen no tener pelo de zonzo. Cuando la fortuna sale al camino, no se debe desdeñar,—agregaría otro menos escrupuloso. «Al que Dios se la dá, San Pedro se la bendiga», reza vulgar refrán.—Pero Luisa, la sencilla Luisita no dijo nada, y si algo murmuró para sus adentros, fué tan bajo, tan bajito, que no llegaron á oídos.

II

Alzó la bolsita. ¿Se acordó del ajuar de su dote, que sus padres podrian salir de pobres, ú otro pensamiento ambicioso que sombrear suele una frente de quince años?

Después de tantas idas y venidas, pasadas y repasadas, ensimismamientos, monólogos y detenciones, pensando si se exponía á mayores remordimientos dejando un bolsillo á orillas del camino, incentivo pecaminoso á medios honrados, pobres, y aún de los que no lo son, ó si ayudar debiera á buscar el que á esas horas lo buscaría; concentrando energías que vencieran al fin vacilaciones, lo alzó, continuando cuesta abajo toda agitada, como si quemara sus manos cosa mala, temblorosa y asustada hasta detenerse bajo el viejo tinglado frente la Cruz del despeñadero, depositándola al pié. Siguiendo de prisa, creía en su infantil ingenuidad que bolsillo tanto tiempo en medio camino por ninguno observado, nadie se animaría á sacarlo de la Cruz que

protege al caminante. Plantada ésta allí, nó sobre víctima de ladrones, sinó en el despeñadero de ladera, donde fuerte viento de montaña en noche tempestuosa precipitó al pastorcito cariñoso que corría á llamar al cura, para auxiliar á la abuela moribunda.

Al pasar cada mañana, había echado furtiva mirada á la tentadora bolsita, miras llevando de no rodar ú ocultarse, si desprendimientos del pizarral no la cubrían, hasta que encontrando en el recodo de esa senda al Miguelete de ronda, toda cortada dijo tímidamente :

—Allá junto la Cruz, hay un bolsillo. No he visto lo que contiene. Devuélvalo á su dueño.

—¿Y quien es su dueño?

—De su incumbencia averiguarlo.

.....

Cuando más tarde se supo el tropiezo de la rubiecita de la montaña, ante el que algún pueblero no habría titubeado, la más grande de las alpargateras decía:—«¡Tonta, por qué no la guardaste!¿Porque no te quedaste con ella?»—La honraía vasquita de la montaña contestaba con toda ingenuidad :

—Madre enseña que la que guarda lo que encuentra, comete robo!



CAMINITO AL SANTUARIO DE LOYOLA



HOTEL EN LA PLAYA DE LOS INGLESES (MAR DEL PLATA)

CALUMNIADA!

I

Oh! la calumnia infame vá recta al corazón. Arrojada la piedra sobre el agua, cómo impedir los círculos concéntricos al caer arrugando la superficie, uno y otro y otro se dilaten más y más abarcando mayor espacio, y en su ida se vayan debilitando hasta que al fin se extingan? Pero de la calumnia algo queda, y sigue y persigue y continúa acreciendo como la bola de nieve que al rodar pendiente abajo, aumenta, y se agiganta.

Esta pobre calumniada desfallece!

Sin salir de estas tradiciones oímos en nuestra sociedad: Alvarez Campana muerto por la calumnia al salir de la misa del desagravio. Acercándosele el calumniador que por sentencia judicial debía tomarle la mano y presentándolo al público declarar en alta voz: «este hombre es ino-



HOTEL EN LA PLAYA DE LOS INGLESES (MAR DEL PLATA)

CALUMNIADA!

I

Oh! la calumnia infame vá recta al corazón. Arrojada la piedra sobre el agua, cómo impedir los círculos concéntricos al caer arrugando la superficie, uno y otro y otro se dilaten más y más abarcando mayor espacio, y en su ida se vayan debilitando hasta que al fin se extingan? Pero de la calumnia algo queda, y sigue y persigue y continúa acreciendo como la bola de nieve que al rodar pendiente abajo, aumenta, y se agiganta.

Esta pobre calumniada desfallece!

Sin salir de estas tradiciones oímos en nuestra sociedad: Alvarez Campana muerto por la calumnia al salir de la misa del desagravio. Acercándosele el calumniador que por sentencia judicial debía tomarle la mano y presentándolo al público declarar en alta voz: «este hombre es ino-

cente, no tuvo razón en el falso testimonio levantado», cayó muerto sobre el pretil de San Miguel. La rehabilitación tan ansiada, llegaba demasiado tarde. El honrado Contador dinamarqués despedido del Banco de la Provincia, falleció de vergüenza. Decretada por el Gobierno su rehabilitación veinte años después (1856) á la aparición de los cien mil pesos, caídos de la primera á la segunda tabla por endija trasera en la caja, — no son las únicas víctimas de calumnias recordadas por contemporáneos.

Dreyfus es inocente! Los écos de la rehabilitación judicial habrán llegado á oídos de quienes tuvieron orejas de burro, para dar cabida á diceses que le infamaban?

Arrojada la piedra, quién puede detener su impulso? Tal una bella extranjera, joven, virtuosa, de *sprit* y bonita por añadidura, pecado solo perdonable en las fronteras de la vejez, sobre cuyos pasos la casualidad guió los nuestros de Mar del Plata á las Termópilas siempre apoyada en el brazo de su marido divisábamos flotando adelante la cinta azul de las estrellas en su sombrerito á la americana.

Conocimos esta rubia señora, de cabellos tan encendidos como sus mejillas, en la *casa del poeta*, así designada en Bostón la que habitaba el autor de *Evangelina*, y en momentos que nos enseñaba el artístico mármol representando la heroína de tan bello poema. Mr. Longfellow parecía satisfecho de esa escultura que tan bien traducía en piedra impercedera, el sentimiento que le inspiró, como sus alejandrinos nó menos impercederos en frágil hoja de papel. Tan íntimamente nos impresionaron en éstos—decíamos al autor, ese tipo de bondad, de modestia, de abnegación, que llamamos con su nombre la primera hija llegada en los días de su lectura.

La vimos en San Peterburgo ya desposada con un diplomático de esa poderosa Nación, descendiendo las escaleras de la Embajada de España, que subíamos á saludar al Marqués de Campo-Sagrado, su antiguo representante allí.

Nuestros encuentros fueron después más repetidos: En Mar del Plata, Atenas, Niza, París y otras capitales. Pues que

el acaso nos puso sobre sus huellas, nos es dable anticipar lo infundado de la calumnia de que fué víctima.

¡En tal punto es venenosa la maledicencia y rodean tantos peligros la juventud, que si á ésta unida vá la belleza, aquéllos se multiplican.

Fué por muchos años nuestro oficio esclarecer la verdad, y algo del magisterio, pegado queda al tradicionista, inclinado á hacer resplandecer la virtud, donde con ella tropezamos, sea bajo artesonados de un palacio, ó bajo el pajizo techo de la cabaña.

Nombrada no vá la dama del encuentro, y probable es que en todo él no lo sea, sin que por ello deje de reconocerse la que tantos amenos recuerdos dejó en nuestra sociedad.

.....
 Precedida de la fama de amabilidad, sencillez, y gentileza, fué en la primavera de su arribo, y en el balneario de Mar del Plata, rodeada de atenciones y cortesías que inspiraba entre damas y caballeros, nuestro primer encuentro. Pero nó allí empezara su calvario, que ya más de un disgusto nublado había el cielo de su brillante aparición. A poco andar levantóse cierto rumorcillo si la gentil dama era casada, casada á medias, ó doblemente casada.

Y de la calumnia, (sutil nube que no tarda en condensarse agrupando presagios de tormenta) á disipar llegaron actas que Pastor luterano y Pope griego suscribían, no habiendo tal divorcio en América, ni reincidencia matrimonial en Rusia. Signo fatal le seguía nó solo en nuestras playas; antes y después de arribar á las nuestras, torva nube interponiéndose en su camino, anublaba sus mejores días.

Concluida la temporada veraniega, anuncióse gran recepción en una de las elegantes mansiones (calle Florida). Los señores de ella, de antigua extirpe en la sociedad porteña, observaban escrupulosa selección para las invitaciones. En medio de la fiesta apareció esta bella pareja de extranjeros, no faltando quien murmurara *targeta falsificada*, como otras cuantas que subversivamente habían repartido jóvenes tro-

neras, mortificados por falta de otra auténtica. Pocos días después llegó el tal rumorcillo á oídos de la intrusa, por el mismo conducto que la anterior calumnia en Mar del Plata. Y como la señora de lacasa se indignara al saber habíase pretendido convertir la suya en local de ruin venganza, anticipó visita á esa Legación. Acto de cortesía, por el cual encantada la americana, desvaneciésele sospecha mortificante.

II

Algunos años transcurrieron cuando volvimos á encontrar nuestra bella vecina de la Avenida Alvear en la Avenida Hipócrates, haciendo cruz con la farmacia de este nombre, frente los balcones del hotel Acrópolis (Atenas). De sus propios labios oímos confidencias de la continua zozobra en que vivía, sin descubrir el porqué de su mala estrella. Nos encontrábamos en el país de los Dioses falsos y... los hados fatales.

—No vé Vd. si soy desafortunada? del uno al otro confin de la tierra, de San Petersburgo á Buenos Aires, me sigue la mala sombra. Vá mi marido haciendo visita de cortesía á ver el Ministro ruso aquí, y al referirle que es casado con una americana, agrega el rústico boyardo: «¿Casado á la americana?» aludiendo el muy burdo á los falsos díceres de que en Estados Unidos se casan y descasan con la mayor facilidad. Cuando oye que, vecino de San Petersburgo, casado en Bostón, representante del Czar en Buenos Aires, viene desde el más lejano confin de la América á Grecia, solo por visitar una tía, dama de palacio, más desconfía sea por ocultar algún contrabando.

¡Considere Vd. si somos desgraciados, que ni una visita podemos hacer, sin que nos salga al encuentro tropiezo abrumador!

—Pero también el reverso de la medalla no es á Vd. adverso, y siempre las sombras han sido rasgadas á tiempo por un rayo de luna y de la verdad que todo lo aclara. Llegando á este hotel, al saber le hospedaba á Vd., desde temprano

pedí llevaran mi targeta, solicitando hora para presentarle mis respetos. Por su camarera supe, levantaría más tarde que de costumbre, que tarde había regresado de la comida en Palacio, y por el Cónsul norteamericano, mi vecino de mesa, supe también las sospechas del Ministro ruso, convirtiéndose en temores. No habiéndosele anunciado el arribo de su colega, temía fuera enviado á levantar información reservada, de cómo el representante de Rusia en Grecia trata á sus conciudadanos.

Antes de embarcarnos en un mismo vapor del Pireo á Nápoles, encontrándola más consolada ante el fracaso de la perra envidia negra que no pudo clavar diente en su reputación de mujer honrada, la invitamos en nuestra última excursión, á visitar la *Linterna de Diógenes*. Este pequeño monumento circular, abierto á todos los vientos, como la maledicencia, conserva incrustado en el muro de entrada, diminuto cofre labrado en piedra viva, llamado *Caja de Pandora*, simbólica de la que antigua fábula cuenta, al ser abierta por curiosidad de mujer, escaparon todas las virtudes encerradas en ella, quedando apenas al fondo, pero muy en el fondo, la *esperanza* sobre la cual la hija del célebre Lombroso, escribe: «En la Argentina no se vive sinó de esperanzas».

Indecisa á nuestra invitación, resolvióse al decirle: «Tal vez señora, los Dioses del antiguo Olimpo que tenemos á la vista, la protejan; sino á la luz del sol con la linterna de Diógenes en la mano, llegue usted á descubrir quien la calumnia, sembrando de guijarros su camino, que si no le han impedido tropiezos, no han conseguido hacerla resbalar.

Apoyada en el brazo del marido, quien tuvo por ella adoración en todas partes, salimos del Templo de Minerva y me fué dable obsequiarle una minúscula linterna de Diógenes de mármol de Paros, simbólica de la antigua.

Con intermitencias (por diversos itinerarios) volvimos á verla en el Gran Hotel de Mónaco, y antes y después en distintos viajes, así en Mar del Plata, Buenos Aires, Brasil, Nueva York, Rusia, Grecia, Italia, Francia. Sobre el mar y en la montaña, grato nos era su afable encuentro,

tan viva, sonriente, activa, fugáz, enérgica y animada en todas partes, del espíritu más resuelto sin amilanarle peligro alguno.

Llegó sin duda á probar fortuna en la ciudad del juego y quizá no le fué tan mal, pues que pronto se repuso de su mal. ¡Acaso le alumbraba yá la linterna de Diógenes!

Después de muchas peripecias que por múltiples no detallamos, llegó la de su término, que tan profundamente le hirió, aunque mundial ha sido la rehabilitación.

Invitada desde París por una de sus amigas (nó siempre lo son las que parecen) fué á pasar breve temporada de campo á uno de los Castillos nó lejanos de la capital de la alegría. Dos semanas de paseos y distracciones abrieron breve oasis en la vida agitada de turista infatigable, cuando el final tuvo bemoles.

¿Recordáis queridas lectoras la bíblica tradición de la copa de Josef escondida en el saco de viaje del Benjamín de la familia? Tal la aventura del brillante azul, de dama que no lució por brillante,—se repetía maliciosamente en segunda edición corregida y aumentada en caso semejante.

Esa joya que por su singularidad difícil era cambalachear, apareció una vez más como la anterior dentro la polvera de elegante dama. Quién el usurpador? El, ella, la castellana, ó la felonía del señor del Castillo? Simplemente una venganza sobre esta pobre mujer perseguida con encarnizamiento por la calumnia. ¿Móvil? Quejándose la amiga del maltrato que le daba su marido, aconsejó la americana: «Pues señora, soy de una tierra en que todo es permitido, hasta linchar el negro que ultraja una blanca, menos que un marido martirice á su esposa. Remedio, el divorcio». Y diálogo sobre tema tan escabroso, oyendo había estado el muy felón, trás corpulento árbol, á cuyo pié sobre el banco de piedra tomaban la luna y el fresco en el jardín de las confidencias. El muy zorro no pudo disimular mucho tiempo y premeditada la venganza, por segunda vez el mismo anillo y en idéntico *necessaire*, fué ocultada joya á cuya desaparición alborotó el cotarro.

En breve sumario, activa pesquisa halló lo buscado, (como que el encubridor lo sabía) pero cuando la dama damnificada por la calumnia hizo atravesar el Canal de la Mancha al mejor detective de la policía secreta londinense, que dá quince y raya á la de Mr. Lupin, retiróse la demanda instaurada en el Castillo de la calumnia, apresurándose por echar tierra á todo.

Hasta en solfa fué puesta la ingeniosidad del infame tramoyista, á quien salió el tiro por la culata.

Concluyendo el *Vaudeville*, al despedirse los huéspedes del Castillo se agregaba: «Señores, partimos. Hé aquí nuestras malas: el gran *mundo*, y el *medio mundo*, mantas, rollos de viaje y el *necessaire* abiertos: ¿quieren Vds., registrar todo el equipaje, no vaya á haberse caído algún brillante azul en la polvera?—Terminaba así sainete que mató al calumniador.

La fatalidad le persigue. Aunque resulta siempre más limpia que una paloma, mala sombra melancoliza á la bella jóven americana.

III

No há mucho, conversando en Petrópolis con otra muy ilustrada diplomática fluminense, que tambien ha dejado gratisimos recuerdos en nuestra sociedad por su bondad y gentileza, oímos este apéndice consolador: «Como nunca puse en duda la culpabilidad de Dreyfus, siempre creí en la inocencia de Madama G. (casi escapa el nombre de nuestra infortunada amiga): En la última comida de despedida con que invité á mis colegas en Buenos Aires, lució su ingenio, como en todas partes donde aparecía. Molestada por el ajuste de un aro le dejó sobre el mantel. Distraída luego en su amena conversaci6n, tan expresiva y vivaz, al levantarse de la mesa quedó olvidado aro que el sirviente recogiendo migas inadvertidamente llevara entre ellas y que por casualidad no fué arrojado, presentándomelo el maître al siguiente día. Mucho hice por encontrar su dueña. Ninguna de

mis invitadas contestaba haber notado pérdida de alliaja alguna. Yá en vísperas de partir fué á visitarme el Encargado de negocios de Rusia (único á quien por su ausencia de la capital no había podido interrogar). Al hacerle saber mi aficción, pues que alguna de mis amigas había perdido un aro, preguntó: Será acaso una pequeña perla negra engarzada entre chispas de brillantes?

—La misma. Tómela y llévesela á mi pobre amiga que estará desolada.

—Cómo la ha buscado mi señora! ni hacía memoria donde la había perdido.

Persona tan despreocupada en lo propio, cómo creérsele capaz de apropiarse lo ajeno? Calumnia, calumnia! que de la calumnia algo queda—repíte la maledicencia.

Diógenes que se había construido morada muy estrecha y juzgaba demasiado amplia para llenarla de amigos verdaderos, recorría las calles de Atenas á medio día con su linterna encendida buscando un amigo de verdad.

Buena amiga, que encontramos atormentada en el camino de la vida, sin duda que con la linterna simbólica has encontrado más de uno proclamando tu inocencia, y en Grecia y en el Brasil, en Francia y en Buenos Aires, aquella luz encendida en Atenas acaso coadyuvó á disipar las sombras, rasgando las telarañas con que se pretendió en vano envolver una reputación sin mancha!

¡La virtud—la virtud verdadera, cual el brillante de altos quilates, fulgura aún en la oscuridad, y en todas partes despide más resplandores que el brillante azul!...



DIOS

(ARGENTINO)

¡Libresenos caer en idolatría, prejuzgando que Don Argentino es un Dios á quien culto se presta aquí, como á Don Simón en Bolivia! Méenos afirmamos que entre nosotros no se cree en más Dios que el *argentino*, monedita de oro, al parecer, y tan rara que erudito anticuario logra apenas estudiar en el monetario de numismáticos como los Señores Rosa ó Peña. El único *argentino* (rara avis!) que llegó á caer en nuestra colección de medallas, antes de poder observar su composición, origen y destino, lo llevó nuestro amigo Angel Carranza, dejándonos un *Julio* y otros dos *Césares* antiguos, méenos raros en Roma moderna, que en la Argentina un *argentino*!

• Al final comprobarán hechos á la vista, como Dios es argentino, pues si esta nueva y gloriosa Nación no había aparecido cuando Dios andaba por la tierra, luego nó más de asomar ésta se nacionalizó, tomando carta de ciudadanía, expedida *gratis* en atención á remarcables servicios y directa protección, con que nos salva de nuestros desaciertos de cada día.

.....
Iban ya á cerrarse las puertas tachonadas de estrellas, el día de las elecciones en el cielo, cuando empolvado y jadeante llegó otro militar bravo y dadivoso, escusando su

demora por haberse detenido en el camino á partir su capa ó poncho pampa con el primer pobre que muerto de frío encontró al cruzar los Andes. Cabalgaba brioso y magnífico *pampa*, más veloz que el viento de su nombre, que desde el Tupungato de un salto escaló al cielo.

—Ya sabía,—dijo el Señor Dios,—que os enviarían representante aquellas sencillas gentes de jóven Nación tan valerosa como presuntuosa.

Los bonaerenses son buenos, pero algo quisquillosos y variables como sus aires. Les di Virreyes y pidieron República. Clamaron por Libertad y tanto usaron y abusaron de ella, que á poco consumieron provisión para todo el viaje de la vida. Concedí, á *su propio pedido*, el más hermoso tirano, único al que demostraron devoción por más tiempo. ¿Pretenden ahora ensayar algún Dictador á la moderna?

Y echando pié á tierra, cuadróse como oficial prusiano, haciendo correcta vénia militar este soldado, que por ser francés destituyó el tirano argentino, contestando:

—Quieren el río más ancho y dilatado.

—Lo tendrán, y aún de poca profundidad para que gigantescos navíos *Minas Geraes* y gemelos, no les anden asustando como fantasma por los horizontes. Así vararán lejos de tiro de la ciudad sagrada, *Santa Maria de los buenos aires*, ya que los fundadores bajo la advocación de mi Santa madre la pusieron, invocando desde el primer día su protección.

—Quieren las pampas más grandes de la tierra.

—Si han de ser para aclimatar á cuantos de tierra carezcan, está bien.

—Quieren.... quieren....

—¿Todavía?—murmuró amostazado el Altísimo.

—Quieren las mujeres más hermosas, los hombres más ilustrados, bienandanza para el pueblo, un buen gobierno....

—Y seguía y seguía el pedidoso despachándose á su gusto:

—Lo último Señor, lo último: paz y tranquilidad, que no conocen ni de oídas.

—Qué grosería!—agregó San Pedro, dándole con la puerta en las narices, por lo que desde entónces ñatos nacen todos sus tocayos en esta ciudad.—¡Martin! ¡Martin! deja algo para los del otro confin. ¡Habrás visto imprudente! Si le dejan, seguirá pidiendo y pidiendo, como indio que nunca acaba de pedir.

Y he aquí porque no puede haber buen gobierno en este país ingobernable, ni en España ni el Perú. Otra cosa fuera y otro gallo nos cantara, si Santiago y Santa Rosa empezado hubieran por donde acabaron, solicitando lo que más conviene primero, no como nuestro Patrono, tergiversando el programa. Dios tenía advertido á Pedro, en la orden del día :

—Viejo portero, abre las puertas del cielo y llama á elecciones generales por toda la tierra, para que cada pueblo, meditando bien sus necesidades, solicite por intermedio de un Delegado lo que constituya su primera necesidad. Dispóngome á conceder una gracia. Cada uno implore para su pueblo, no cada uno pida para su Santo. Cuidado con trocatintas, actas dobles ó cuocientes adulterados, como allá abajo se estilan.

Pero, á pesar de todos los pesares, la verdad es, nunca fué este un pueblo dejado de la mano de Dios. Si trás cien años de toda clase de errores económicos, políticos y sociales, de crisis, pestes, fracasos, asonadas, revoluciones y revoltijos, seis millones de buenos vecinos viven y prosperan, no obstante despertarse todas las mañanas leyendo, «que corremos á bancarrota segura, que el país se hunde bajo diluvio de empréstitos, deudas y trapisondas que gobernados y gobernantes tienden á aumentar, si al través de tantos vaticinios no naufragamos, no hay que abrigar duda : *es porque Dios se ha hecho argentino!*

A todos nuestros desaciertos, (que ni intencionalmente podrían ser mayúsculos), la Divina Providencia encuentra correctivo. «Corremos á crac general»—«el país se pierde»—«todos nos perdemos en el mayor desbarajuste,»—se oye vocear por calles, plazas y púlpitos, y sin embargo, resurgimos cada día como nuevos.

Avanzaba á coronarse en nuestra propia plaza cierto Emperador de por estas vecindades, y luego otro tirano del mismo barrio pretendió amarrarnos á su carro, y más acá, nuestros buenos primos de ultracordillera disputaban por un palmo más de tierra, y al presente el buque-fantasma pretende convertirse en verdadera tranca del Rio de la Plata. Todas esas torvas nubes amenazando inminente borrasca fuéronse desvadeciendo al soplo del buen Dios argentino.

Lo que el simple buen sentido en todas partes oculta, nosotros hacemos gala de exhibir. Divisando desde arriba Dios que nos protege, cómo abrimos nuestros brazos y nuestros corazones á la humana grey, su clemencia disculpa nuestros pecados, porque ha observado nos quitamos, no la mitad, sinó la capa entera para cubrir desnudeces en más necesitados.

Con las cuatro cornetas de la fama, exteriorizamos nuestros males, que afán demostramos en no ocultar cuantas lacras nos afean, y el buen Dios para ocultarlas, despliega su manto celeste, á cuyo resplandor camina el pueblo argentino á sus más brillantes destinos.

¿Os convencéis, que Dios se ha hecho argentino? Puede no encontréis su *partida* de nacionalidad, que *in illo tempore* establecido no se habían Juzgados Federales, ni Oficinas donde se registraran tales actos.

Mas no lo dudeis: si á pesar de tantos desaciertos, seguimos adelante, aún al borde del precipicio, es porque *Dios se ha hecho argentino* dispensando protección directa á sus conciudadanos!

•



ANTIGUA EMBARCACIÓN EGIPCIA

UNA ARGENTINA EN KARNACK

(TRADICIÓN EGIPCIA)

I

Cuento fantástico parecerá cuál los de «Mil y una noche» que en el país de los mismos y en pleno Oriente encontráramos en un solo día hasta media docena de turistas argentinos saltando, trepando y resbalando por montículos, apilamiento de fragmentos y rotas columnas esparcidas en las ruinas de Karnack. Más singular sin duda, que un sábio de allá preguntára por un sábio de por acá, y coincidencia mayor, que en el solar mismo del templo bajo cuyo subterráneo se enterró viva Aída la enamorada, el mismo cablemano comunicára el fallecimiento del autor de esa hermosa ópera que hubimos ocasión de aplaudir en Africa, Asia, Europa y América, y de la más grande Reina de cuantas han sido aplaudidas por el mundo entero. Victoria y Verdi entraban á un tiempo en la eternidad. Agregado el encuentro del célebre egipciólogo Máspero, guiando al hijo del autor de «Evangelina», poema de cuyo nombre tomó el suyo la viajera que nos acompañaba, bien podríamos titular «Tradición de las coincidencias».

Mr. Pierre Loti, el marino en la Academia Francesa, viene de visitar éstas las más antiguas ruinas á la luz misteriosa de la luna, que todo lo platea con palidez de muerte, y la Ne-

crópolis de Tebas en la vecina orilla del Nilo, bajo el candente sol de Africa que todo lo requema y enrojece. Para la incursión de ambas, paisajes en que el espíritu se abisma ante la contemplación de ruinas, que si los siglos esparcieron no lograron destruir, preferimos la media luz cenicienta del atardecer, que todo lo esfuma en atmósfera grisada, acentuando con tintes melancólicos antigüedades y recuerdos de un pasado muerto en una naturaleza muerta.

Cuando ya nubes opacas en la vecindad crepuscular condensábanse llenando de sombras el recinto de colosales ruinas: «¡Evangelina!» exclamé, llamando á intrépida viajera que cuando no me apoyo en su brazo, báculo el más querido en mi vejez, vá siempre dos pasos delante apartando á dos manos todos los tropiezos en áspero camino que yá llega á la meta. El eco repercutió en el silencio de la tarde serena y tranquila, entre cavidades sepulcrales y sarcófagos entreabiertos; pero momia alguna se levantó de su sueño de siglos. Como desprendido de pinturas y bajorelieves que copiaba, un joven americano avanzó hacia nosotros guardando sus pinceles, y diciendo al saludarnos:

—Evangelina, habéis dicho?

—Sin duda, llamando aquella joven viajera que se nos dirige.

—Dispensad, caballero, si me ha llamado la atención, pues ni en América de donde procedo, ni fuera de ella, había oído ese nombre antes que mi padre lo diera á su poema.

—Luego, sois el hijo del gran poeta cuyo tipo de virtud y abnegación, escultró, sino en rojo mármol de Egipto, en alejandrinos no menos imperecederos? Precisamente de ellos tomé el nombre para la hija que os presento.

Y como siguieran hablando en la hermosa lengua del poeta de nuestro encuentro con su padre en Bostón, mientras ascendíamos por la amplia y larga avenida de Karnack á Luxor, al oír que procedíamos de la Argentina, nos interrogó su acompañante:

—¿Vive aún en vuestro país un sábio que hace años tuve



RUINAS DE KARNACK

ocasión de frecuentar en Montevideo, arqueólogo, historiador y jurisconsulto?

—El Dr. Vélez Sarsfield, sin duda, nuestro sábio codificador á quien se acaba de levantar estátua en Córdoba, su provincia natal?

—No. El autor de Razas Arianas.

—Ah! Dr. Don Vicente Fidel López?

—Ese es.

—Sí, señor, vive aún para gloria argentina.

—Y de las letras,—agregó Mr. Máspero, que nó otro era el egipcíologo que por exhumar antigüedades hallamos casi momificado entre ellas.

Su encuentro nos proporcionó que tan célebre orientalista nos ciceroneara en ruinas que la mirada escrutadora de Mr. Máspero hacía hablar piedras, al parecer mudas.

II

Sabido es que Tebas ya era antigua cuando el más viejo padre de la poesía cantaba á la «Ciudad de las cien puertas». Desde antiquísimos tiempos, tribu errante de pastores descendiendo de la Nubia se asentó en estas riberas,—ó como otros suponen, colonia guerrera remontando el Nilo desplegó sus tiendas aquí. Centro de Etiopía, Libia y Arabia, Tebas abarcaba en su perímetro seis leguas, y poco después del saco de las hordas persas de Cambises, renacia, llegando á reunir alrededor del gran Santuario Nacional (Karnack), doce templos levantados á todos los cultos. A tal punto la tolerancia es atracción, y en toda época la primera piedra donde se detiene el hombre á implorar al Creador, transfórmase en piedra angular, congregando la humana grey.

En una región donde nunca llueve, y en que el Nilo, regalo del Egipto, fecundándole en sus crecientes, la sequedad del clima ha preservado la destrucción de monumentales masas gigantescas que Ramses, el gran Sesostri agrupara en Rhancesión, pilares enormes, cariátides, hipogeos, palacios, tumbas, pirámides, obeliscos. Todavía se ven en pie doscientas

columnas (en un solo templo de Luxor) de tres metros de diámetro, colosos de granito, torsos de leones corpulentos con cabeza de carnero, avenidas que contaron seiscientas esfinges.

Una sola de sus salas adornada de altísimas estatuas, medía cien metros de longitud por cincuenta de ancho, admirándose allí ciento treinta y cuatro columnas de veintitrés metros de elevación por tres y medio de diámetro, y veintinueve de circunferencia en sus amplios capiteles, figurando abierta flor de loto. La acción del tiempo no ha despintado batallas, fiestas, procesiones y sacrificios á las divinidades reproducidas en muros, columnas y obeliscos, revestidas de azul bermellón, rojo y oro mortecino. Es en esta entrada donde se derrumbó el obelisco de un bloque de treinta metros de largo.

La cámara de los antepasados de Thoutines III se ha trasladado íntegra á París, para estudio de la más remota antigüedad. Este Rey se reproduce allí ofreciendo sacrificio delante las imágenes de sesenta Reyes, sus antepasados.

Parecido á caminito de hormigas coloradas iban saliendo como debajo de tierra los descendientes de aquellos que levantaron tan soberbios monumentos, y á quienes nacían Dioses en sus huertos, pequeños árabes color ladrillo que seguían cantando cargados de escombros, subiendo y bajando montículos desgastados.

La política actualmente seguida por la Gran Bretaña, nación la más colonizadora, ya la usaban Faraones y Ptolomeos, sin contrariar usos y costumbres de cada pueblo conquistado, aunque para ello fué preciso vencer la intolerancia religiosa de los sacerdotes egipcios ambicionando sobreponerse al gran Faraón. Ninguno más descollante que ese descendiente de sesenta Reyes, el más grande de cuantos conquistadores recuerda la historia, llevando sus legiones vencedoras desde el Atlántico al Océano Indico, gran sembrador de simientes de progreso, que antes ni después de su reinado germinaron más fecundas.

Estos sábios de la antigüedad que levantaron monumentos casi imperecederos, tan viejos como la tierra, no ade-

lantaron un paso en la ciencia espiritualista, materializándolo todo, y los constructores de pirámides que recuerdan la vanidad humana reverenciaban al buey Apis,—la cigüeña y el escarabajo. Al par que elevaban por símbolo el sol alado sobre los frontis de sus Templos, dentro de ellos adoraban la cebolla que comían las ratas y al gato que se mantenía de éstas.

Almacenada la experiencia de los siglos en la Biblioteca que levantó Alejandro y quemó el bárbaro Omar, inscribieron sobre su frontis: «Remedio para los males del alma».

III

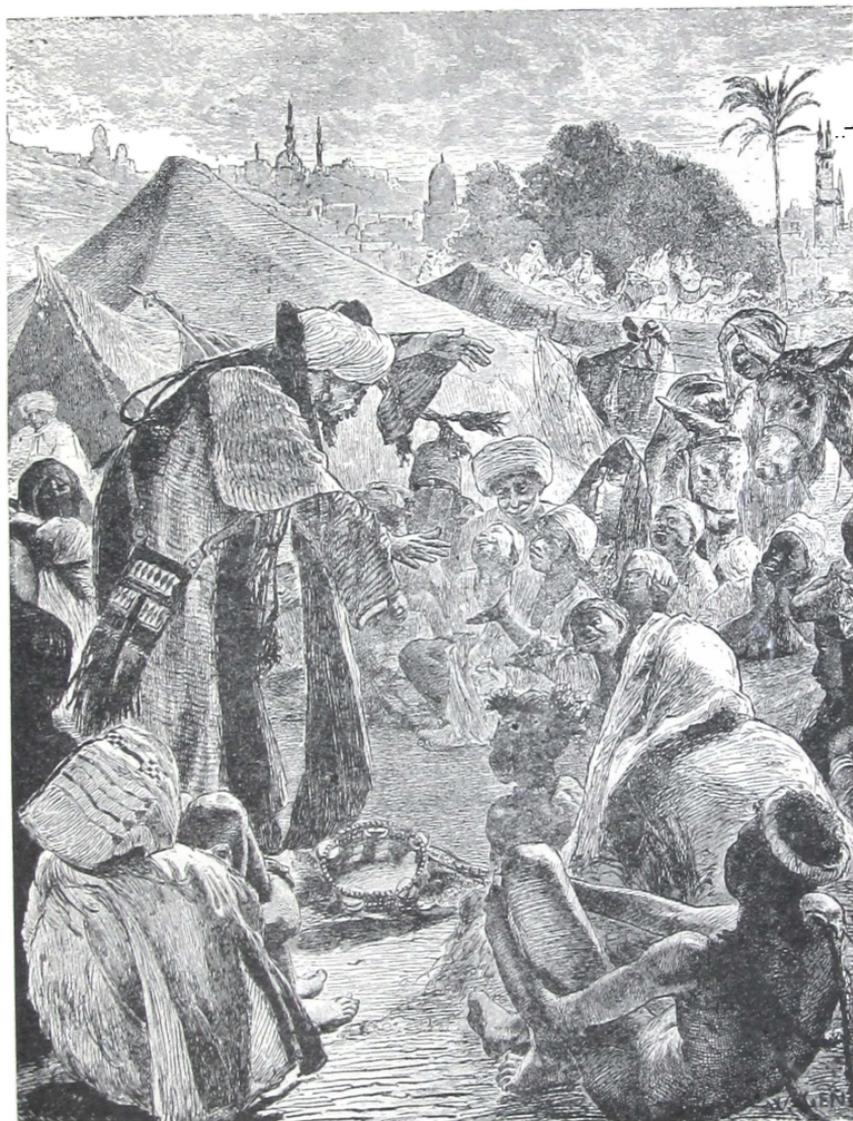
Calamo, (cálamo currente) fué según el correr de la pluma quien enseñó á escribir sobre las hojas del papyrus floreciente en estas riberas,—mucho antes que en la ciudad de Pergamo se escribiera en pergamino. Después débil hoja de papel, (perdurable por la reproducción de la imprenta, más que colosales ruinas que los siglos no han extinguido, fija perennemente todo lo que fué, aclarando secretos del pasado.

La ciencia tiende hoy á universalizarlo todo, eslabón que une y estrecha á los hombres en todos los extremos. El Faro, una de las siete maravillas en la antigüedad, alumbraba el puerto de la ciudad, trazada en forma de la capa de su fundador, Alejandro. La electricidad ilumina toda la tierra. Esta sola invención, la imprenta, continúa tramitación del pensamiento, recorre instantáneamente la redondez del globo; supera todos los vanos monumentos de la soberbia antigua. Es por esta que un sábio en Egipto supo que á orillas del Plata, acababan de levantar un monumento á otro sábio. Máspero en Luxor nos dió noticia de la inauguración de la estatua á Burmeister, el naturalista alemán colega de Humboldt la víspera del día de nuestro feliz encuentro.

Todavía una última coincidencia tan lejos de la patria. Al salir de estas ruinas de Karnack, encontramos al *Cuentista de Oriente*. Rodeado de los pequeñuelos que dejaban su trabajo y descansando de la fatiga diurna, esperaban la me-

rienda de la oración, el viejo guardián de las ruinas aguardando la salida del último turista para cerrar las puertas, les contaba cuentos en la propia región de los cuentos encantados de Oriente.

Acercándonos á nuestro desconocido colega, nos comprobó cómo su oficio, más antiguo era que el de la imprenta y la escritura, que antes del pergamino, el papiro y los geroglíficos, anterior á las antiguas ruinas que nos rodeaban en esa vieja abuela de la tierra, el tradicionista ó cuentero, su narración oral de gente en gente transmitía el pasado, lo que fué, lo que puede llegar á ser el porvenir, si se sabe aprovechar el aleccionamiento de la experiencia.



CUENTISTA (EN ORIENTE)

«Narrador feliz y oportuno, el tradicionista argentino exhorta y dá realce hasta tener pendiente de su relato al lector, fingiendo á las veces candidez para interesar ó divertir; pero la claridad surge en él como un manantial de luz, haciéndole orillar las frases vagas ó conceptos poco determinados, y aunque refiera lo inverosímil, parece nó serlo. Tal es la maña, habilidad y primor con que lo hace».

DEL PRÓLOGO DE LA 4.^a SÉRIE

APÉNDICE

«Mil plácemes por su libro que ha merecido ya tantos aplausos. Visito en compañía de Vd. lo que otros han ido abandonando en el camino y cuyo recuerdo se perpetúa en las narraciones vivas de su pluma amenísima. Volver la mente á lo pasado, equivale á duplicar los goces ó las impresiones de nuestra vida actual. Vd. ha registrado los cofres de los abuelos fenecidos y ha encontrado en ellos joyas que, si no están de moda, conservan siempre su valor intrínseco, siendo nó pocas de oro fino, de las que se guardan como reliquias de familia. Gracias por la parte que puede corresponderme en la herencia común, inventariada con tanta diligencia y primor de cariñoso ingenio, empleado en curiosear tradiciones antiguas».

CÁRLOS GUIDO SPANO
(Del Prólogo de la 5.ª série)



POST-SCRIPTUM

No ha faltado quien entre bromas y veras asevere que alguna de las *Tradiciones Argentinas* parto fué de nuestra imaginación. A comprobar lo contrario vienen las notas de esta adición.

Hojeando nuestro cartulario, entresacamos de la primera á la última misiva, una que otra, siquiera por la autoridad de su firma. Invertido su orden cronológico encabeza la respetada opinión del decano de nuestros agrónomos nacionales Señor Don Eduardo Olivera, que decide quién fué el introductor del alambrado, elemento tan simple y de tan incalculable progreso en nuestra campaña.

Le siguen testimonios tan respetables como los del señor Rector de nuestra Universidad Doctor Don Juan María Gutiérrez y el de la Universidad de Salamanca Don Miguel de Unamuno, del decano de nuestros poetas tres veces laureado Guido Spano y decanos de la academia de pintores, escribanos, abogados, archivos, bibliotecas, museos, y anticuarios. A las cartas del Doctor Estevez Saguí, Pellegrini, García, Cabral, se agregan nombres de viudas que, como la del médico filósofo Don Diego Alcorta y del Coronel Montes de Oca, escriben al único que se ocupa de exhumar viejas glorias patrias muy queridas, según lo expresan.

Engorroso sería condenar al lector á recorrer voluminosa correspondencia, ni es dable por otra parte exigir al tradicionista exhiba documento oficial, soporte en que descansa cada sucedido, écos que en su itinerario recoje de la tradición oral, por lo que limitamos estas cartas. Ni á las que se sospecharon de nombres más llamativos ó exajerados falta prueba. «El hombre que

voló» lo atestigua el Doctor Estévez, como Carranza «Amor de rodillas» (Señorita de Corvalán que por ellas caminando, ya ensangrentadas y en llaga viva llegó al Santuario de Sumalao, feria de mulateros en Salta—«El Príncipe Alcalde», que el Doctor Frías, diplomático uruguayo recuerda, lo confirma «Los amores de un Rey» folletín que no ha mucho reprodujo «La Argentina»—«El Capitán Pajarito» que como el Doctor Mantilla y Torrent, conocimos, y otros, para cuyos comprobantes necesitaríamos tantos tomos como los siete de tradiciones coleccionadas.

Como reconocimiento á cultores de las letras que desde su aparición, recibieron con benevolencia las que á recordar el pasado dedicamos, van en este Apéndice testimonios del Rector Gutiérrez al publicar la tradición de «Los tres poetas»—«Las estatuas de la Universidad» cuyos nichos continúan huérfanos de ellas desde que á iniciación del Rector Don Antonio Cruz Obligado se decretaron,—la elocuente carta del Ingeniero Pellegrini y de otras varias de muchos que nos alentaron.

I

«EL PRIMER ALAMBRADO»

Al ponerse en duda quién fué el introductor del alambrado en nuestra campaña, el Señor Olivera nos dirigió por «La Nación» la siguiente carta abierta cuyos principales párrafos entresacamos:

«Veo con sumo placer en el Suplemento Ilustrado de «La Nación», (8 de febrero último) un interesante artículo firmado por el señor Pastor Obligado, en el que se reconocen los grandes servicios hechos por Don Ricardo B. Newton á la economía rural y á la sociabilidad de estos países, siendo uno de ellos la introducción del alambrado como cercos de nuestros campos, criando así riquezas incalculables, cuyo monto asombraría al hombre más frío si pudieran reducirse á cifras.

.....
 «Conviene dejar fijados de una manera precisa en la mente de los pueblos los nombres de personas á quienes deben sus grandes adelantos y mejoras sociales para que esas vidas sirvan de ejemplo á las generaciones venideras.

.....
 »Don Ricardo Newton no hay duda que fué el primer introduc-

tor de los cercos de alambre en la República Argentina en 1845.

.....

»Don Pablo Halbach quien lo hizo en grande escala, cercando su estancia «Los Remedios» en Cañuelas después de la caída de la tiranía.

.....

»Debo agradecer su bondad al Señor Obligado poniendo en boca de mi padre en la tertulia de Guerrico, los datos á que acabo de referirme, pues aquél le hubiera agradecido si viviera, al señor Obligado, esta distinción.

.....

»Hoy ya en el ocaso de la vida, tócame solo estimular á la juventud para que siga levantando bien alto el nombre de los benefactores de la Nación, y agradecer al Señor Obligado, que me haya dado oportunidad de volver á escribir sobre esta materia tan importante á la grandeza del país.»

II

Al publicar «Las estatuas de la Universidad» cuyos nichos aún permanecen vacíos sobre el frontis del antiguo edificio, su Rector, Doctor Gutiérrez, nos dirigió la presente:

Mi amigo: No puede ser más honroso para el autor de las Biografías que Vd. me dá á conocer, el espíritu que las inspira y el modo como las ha desempeñado.—Parece que no hubiese querido incurrir en el cargo indirecto que hace un pensador moderno á los que desprecian los trabajos intelectuales de sus antepasados.

La ciencia, dice, nos dá abuelos como la naturaleza, y no podemos desconocerlos sin cargo de ignorancia ó de malos hábitos de educación moral.

Esas ráfagas del entusiasmo de la juventud llegan frescas y consoladoras á las cinco tumbas que Vd. con manos piadosas corona de flores. ¿No vé Vd. á sus cinco sombras sonreírle de agradecimiento—y también de noble orgullo? Porque al fin, ¿qué son Vds. de ellos, sino hijos según la inteligencia y la patria?

Shbre todas, la biografía de Alcorta está escrita con amor y con labor, porque su autor no ha ahorrado trabajo para proporcionarse elementos con qué formar el retrato moral del médico

filósofo. El retrato es exacto y Vd. ha andado más feliz que Pellegrini; bien que ha mirado á Alcorta al través del cariño inspirador de su padre de Vd. (discípulo de él,) y aquél por entre la neblina de treinta años atrás apenas ha vislumbrado la sombra de Diaz.

Y vive Dios! que no quedará éste sin ser retratado de una manera satisfactoria. Sería una pérdida para nuestro amor propio porque era tan bueno como bien parecido. Como á pocos le cuadraba el verso de Petrarca

In bel corpo anima bella

Inclino mis canas ante los cabellos que adornan una frente generosa, y me repito de Vd. su M. Atto. S. S.

Q. B. S. M.

JUAN MARÍA GUTIERREZ.

Su casa Novbre. 10/1863.

P. D.—Tendré gran gusto en leer la carta de mi Señora Doña Josefa Belgrano de Alcorta que sobre su esposo envió á Vd., por el Doctor G. Rawson, su discípulo predilecto.

III

En el mismo año al publicarse la tradición «Los tres poetas», volvió á encomiar el labor por exhumar nuestros queridos muertos del panteón de la literatura nacional.

Mi joven amigo:

Agradezco su comedimiento y han quedado ya en sus lugares respectivos—El corazón enigmático y el Ceibo—si es que estos objetos caben en las carteras de un conservador de antigüallas. La memoria de sus autores, de dos buenos amigos, ha revivido mediante su lectura y les he mandado un recuerdo del fondo del alma, á ellos que tenían las suyas tan ardientes y generosas.

Miguel Irigoyen pertenecía á la generación de Luis Dominguez, Felix Frias posteriores algunos años á mí, pero le he tratado con intimidad aquí y en Montevideo. Le conocí mucho íntimamente, y puedo decirle algo, en la inteligencia de que le digo la pura verdad. Irigoyen tenía mucha imaginación pero no la había disciplinado todavía; sus escritos son selvas vírgenes en las cuales la luz penetra difícilmente por entre la lujosa abun-

dancia del follaje. Su carácter era altivo y tenía la petulancia del varón único de una familia rica, cuyo padre excelente, le idolatraba —Cada año le acompañábamos sus amigos á depositar en el cementerio alguna de sus hermanitas, á quienes devoraba repentinamente la tisis cuando de pimpollos hermosísimos que eran, iban á transformarse en mujeres. Estas crueles despedidas habían hecho serio á Irigoyen.—La presencia de la muerte y la tristeza del presentimiento de un destino idéntico, daban á su carácter una gravedad digna é interesante. Era un buen muchacho, apasionado patriota, emprendedor y elocuente, era una llama de fuego eléctrico que devora su propia sustancia.

Emigrado á Montevideo en 1840 se casó allí con Hércilia Varela, hija de Don Juan Cruz, cuya familia vivía al amparo de don Florencio. Los hijos de este matrimonio, el padre, la madre, ambos en la flor de la edad, sucumbieron en Río Janeiro, en cuyo clima esperaban recuperar una salud definitivamente quebrantada.

Conozco de Irigoyen un artículo encomiástico sobre un drama que se representó aquí (año 1838) con el título de «Carlos ó el infortunio» escrito por Luis Mendez Balcarce. Este artículo se registra en el núm. 10 del tomo 1.º del «Iniciador», periódico dado en Montevideo, y redactado desde Buenos Aires por varios jóvenes de entonces, Tejedor, Frías, Alberdi etc. En el mismo periódico, página 32 del tomo 2.º hallará Vd. una sátira de Irigoyen contestando á otros versos del autor de «Carlos». En el ejército libertador se cantaba una canción compuesta por Irigoyen, que muchos deben conservar en la memoria, una de cuyas estrofas ha puesto de epígrafe en no sé cual de sus capítulos el biógrafo de Don Juan Lavalle. Entonábase con la música de la marcha de Riego, popularizada bajo la denominación de «Marcha de Lavalle.»

En cuanto á Berro no puedo decir á Vd. más que lo que se encuentra repetido por D. Andrés Lamas en el prólogo á la colección de poesías de aquél, publicada en Montevideo, poco después de su fallecimiento, en un elegante volumen en 4.º

De Balcarce hallará Vd. algo en la «América Poética» y en el tomo de la Biblioteca Americana dirigida por Magariños Cervantes. Ya conoce Vd. el artículo de Caicedo.—En relación á éste, le diré que me ha sido sensible ver la poca meditación ó la mucha prisa en que aquél literato examinó los originales que le comunicó probablemente el Señor D. Mariano Balcarce.—En pri-

mer lugar no debió sacar del olvido la composición de «El lechero» que no es feliz; es juguete de la niñez de un hombre de genio.—No advirtió que el primer verso de «El Picaflor» es un error de lenguaje, un modismo de que adolecemos los porteños empleando mal el adverbio recién, defecto corregido en el texto de la «América Poética». Lo mismo sucede con «El Cigarro» en cuya 2.^a estrofa, al fin, se notaba en el original (y en Caicedo) cuatro versos con una terminación en asonancia que hacen muy mal efecto,—mal efecto que se cuidó de evitar sin violencia en la edición de la «América Poética».—En esta composición se nota una nueva estrofa en el artículo de Caicedo que no conocía el compilador de la «América Poética» y que es tan buena como las demás estrofas, aunque se resiente del defectillo de la similitud en la terminación á los siguientes cuatro versos como en la anterior. Este defecto de inesperienza era común en Balcarce, como es común en muchos españoles. En cuanto á la edad según los datos de que usa Caicedo es menos que la que le dan los biógrafos que le cité al principio. Según mejores datos nació el año antes del fallecimiento de su ilustre padre, es decir en 1818.

Es posible que el Indicador se encuentre en la Biblioteca entre los impresos enagenados por Pillado. En caso de que no le hallare allí cuente con el mío. También tengo las poesías de Berro adquiridas aquí no ha mucho.

Sería mejor que Vd. hiciera un trabajo especial sobre cada uno de estos tres interesantes é inolvidables poetas. Haga Vd. con ellos por el amor de compatriota lo que el amor de familia hizo con Patron y los dos Diaz: encerrarlos dentro de una misma tumba gloriosa. Ate Vd. esas tres palomas en un lazo de amor y larguelas á volar unidas por el cielo del arte.

Deseando ayudarle así en su laudable empresa, me repito suyo afectísimo

JUAN MARÍA GUTIERREZ.

IV

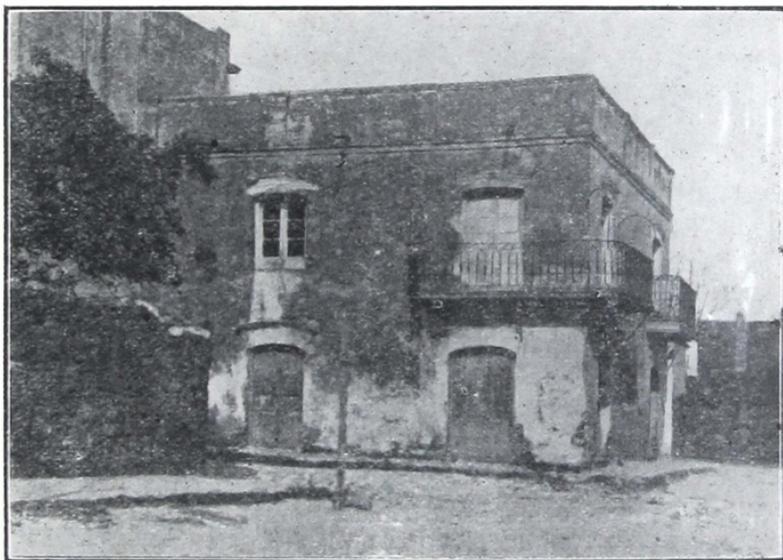
DE UNA ABUELA Á SU NIETO

(Sobre el Príncipe Alcalde)

«Mi querido Juanito: Quieres te dé noticias de mi padre, y como ya lo hice á otros, poco nuevo tengo que agregar.

En la última invasión inglesa (1807) vino de edad de die-

ciocho años y cayó herido en la calle Piedad, cerca de la casa de don Jorge Terrada, donde fué recogido y curado de la herida que recibió en un inuslo. Restablecido entró como dependiente en su escritorio, y debido á su distinción y gallardía, la señora Terrada le llevaba en su coche durante la convalecencia. Cansado de la vida monótona de escritorio, encontró á un amigo que había conocido en Irlanda, nuestro futuro Almirante don Guillermo Brown, con quien se asoció, y fueron á establecerse en la Banda Oriental en el establecimiento «Los Galpones», inmediato á la Colonia donde conoció á mamá. Allí compraban y vendían



LA CASA DE LA ABUELA

maderas, y por este y otros negocios viajó al interior, hasta San Juan y Mendoza. Con sus ganancias y algún dinerito que tenía mi madre compraron una casa en aquella ciudad. Allí nació, y mis cuatro hermanas; casa que el poeta Echevarría llamó en sus versos: «Nido de bellezas». Nos criamos alejadas de toda vulgaridad. Todo lo que no era inglés ó á la inglesa, nos era casi desconocido, pero fué raro que mi padre nunca quiso aprendiéramos su idioma (excepto palabras sueltas de cortesía ó muy usuales). El mismo nos llevó á Buenos Aires á mí, y á mi hermana mayor, y nos colocó á pupilas en el Colegio de las señoras Ituño. Mi [hermana permaneció cinco años. Yo, poco aplicada,

me trajeron pronto á mi casa. Sin embargo, fuí la hija más distinguida por el cariño de mi familia.

El año 1837, ya tenía mis quince cumplidos. Llegó Juan Cruz á la Colonia, con cartas de recomendación del señor don Francisco Belaústegui. Acababa de dejar sus estudios en la Universidad, á la que ingresó como discípulo distinguido desde Catamarca, y de donde salió eximio latinista, entrando á la Casa de Plomer, fuerte comerciante. Allí trabajó algunos años, y como premio á su actividad quiso su principal asociarlo, y le propuso formar un establecimiento de merinas, negocio que estaba de moda. Empezó por mandarle á la Banda Oriental á que recorriera las Estancias de Shéridan y otros ingleses, para imponerse en el modo de implantar el negocio. En la primera Estancia que visitó, halló entre los empleados un inglés viejo, que contándo quién tenía mejores crías, dijo era un tal Hines, á quien conociera en su juventud, viniendo juntos en la última expedición inglesa—y añadió—que por cierto en Dublin era voz corriente que ese joven era hijo natural de Jorge IV.

Esta misma versión le confirmó á Rosarito Palacios (tía de los Doctores uruguayos de este apellido) otro inglés también anciano, que la contaba del mismo modo. El esquivaba hablar á sus hijos de su familia de Irlanda, y jamás le hubiésemos hecho una pregunta indiscreta á tan serio británico que no daba confianza, pero le queríamos y respetábamos mucho. Dijo á mi madre que dejó su país por disgustos de familia, de la que no volvió á acordarse.

Era distinguido y bien relacionado. Poco tiempo antes de su muerte mandó á su hijo Miguel á Inglaterra, y en Londres fué operado en la vista sin resultado alguno. Alguna vez conversando con mi madre le dijo «que recordaba haber pasado su infancia en una hermosa quinta, donde una dama cubierta con un velo iba en coche á visitarlo y llevarle manzanas y juguetes».

Recuerdo no haberle conocido á mi padre relación que no fuera distinguida y sabía hacerse respetar. Cierta hermosa dama de familia muy principal le preocupó bastante en sus últimos tiempos, sin faltar un chisme que amargó sus días y los de ella...

¡Cuánto me quería! El, que no sacaba su sombrero á los franceses, cuando me veía vestida para alguna tertulia pasaba por mi lado y rodeándome levantaba su sombrero bien alto. Después de haberme conocido muy joven, Juan Cruz se comprometió conmigo y con mis padres y se entregó á sus trabajos en

la estancia de Plomer que él pobló dirigiendo por más de tres años, hasta que le sorprendió la Revolución de Castelli en el Sud. Vencido éste, trajeron presos á muchos, entre ellos á Juan Cruz, atado por bajo la barriga del caballo, sepultándole seis meses en una de las crujiás de la cárcel. Salió al fin pagando quince mil pesos para enganchar quince personeros, lo que Pepe Mármol solía festejar: «Mucha gente para reemplazar á un solo hombre. Lo han tasado más alto que á mí. Lo que es ser gordo!»—decía el poeta.

Volviendo á mi desgraciado y bien amado padre, un domingo que hacía muy mal tiempo, ya Alcalde, estaba en la Colonia acompañado de los alguaciles citadores y otros empleados, pues por entonces los vecinos gestionaban en el pretil de la iglesia á la salida de misa mayor—y el fallo del *hombre bueno*, era siempre por ambas partes acatado, cuando notó se desataba una furiosa tormenta de viento y lluvia. Dirigiéndose pronto hácia la puerta fué seguido por su séquito. Apenas había caminado veinte pasos, á un trueno terrible siguió un rayo que volteó el techo de la iglesia, derrumbando las torres. Hubieron muertos y heridos. La pólvora de un batallón brasileiro acuartelado allí causó esta catástrofe.

Viajaba continuamente á Montevideo y Buenos Aires. Desazonado por la educación de sus hijos, le proporcionó á mi hermano Miguel los mejores profesores de música. Fué un gran pianista, «el ciego Hines», como le llamaban compasivamente. Aún en sus últimos años, guiado por su paciente caballo, hábilmente acostumbrado, iba hasta San Fernando á dar lecciones, cuando sus numerosas discípulas veraneaban por los pueblos de la costa. Nunca pegó una rodada, ni lloviendo faltó á una de sus lecciones. Mi hija Mercedes, talvez de oírle desde chiquita, heredó sus talentos musicales.

La casa de sus primeros trabajos y de sus más queridos recuerdos, donde nacieron sus hijos, la hizo reedificar y por ese tiempo compró otra casa en Buenos Aires, calle de Reconquista, barrio de la Merced, que después la vendió al señor Eastmann, consagrándose á fomentar su establecimiento de merinos.

La guerra entre unitarios y federales empezaba, y nuestra casa era frecuentada por unitarios emigrados de Buenos Aires que huían de la tiranía de Rosas. Todas eran gentes distinguidas y entre los primeros halló mi hermana mayor un esposo que la hizo feliz. Tal fué don Norberto Larravide.

Estas visitas de emigrados y la participación que un Vicealmirante inglés, Purvis, tomó en favor de los hostilizados unitarios, indignó á Rosas y su cómplice Oribe, acarreó rencor contra los ingleses y juraron vengarse en el más inofensivo vecino, padre de honorable familia. En esos días había mandado á su socio en busca de unos animales finos recién introducidos al país, y como la casa de campo quedó sola, tomando él dos de sus peones de confianza salió del pueblo con la idea de volver pronto. Después de montar á caballo, vino á la puerta, llamó á mi mamá y á mí, y nos habló de despedida con su afable trato.

Esa misma noche tuvimos varias personas de visita, y entre otras, algunas que no venían nunca, pasando la velada muy entretenida, tocando el piano, hasta las horas del thé. Pero por la mañana, al volver á vernos mi mamá y yo, recién nos llamó la atención visitas tan raras de la noche, cuando se presentó un hombre solicitando hablar á la dueña de casa, y nada menos era su misiva, avisarnos que la noche anterior había sido asesinado mi padre. Mamá recibió aquella noticia con gritos de dolor, y yo, fuera de mí, corrí á la calle hasta la próxima iglesia, donde nos decían haber traído el cuerpo de mi querido y desgraciado padre. Hallando la puerta cerrada, por una ventana divisé horrorizada aquél cuerpo tan venerado, tendido sobre una alfombra, viéndole una herida sobre el corazón y otra en el costado y el cuello, que debieron ser mortales. El médico del buque de guerra inglés, de estación, fondeado en el puerto de la Colonia, hizo el mismo día la autopsia, y al caer la tarde fué exhumado en el cementerio de esa ciudad.

Dejamos pasar estos primeros días de lágrimas tan amargos, volviendo la atención hácia la vuelta del socio, precipitada por tan triste noticia. Donde él trabajaba, rodeábanle establecimientos de ingleses y de cabañas que recién empezaban á formar Gibson, Stuar, Haedo, Bell, Chás y otros. Cuando se esparció la noticia del asesinato del inglés bueno, hubo una alarma general, y en su reunión uno de los más conocidos hombres trabajadores, dijo: «El caballero inglés que han muerto, vino conmigo en el mismo buque de nuestra tierra. Le ví herido en el átrio de una iglesia el día que rechazaron nuestros soldados en Buenos Aires. Le conocía desde Inglaterra; en mi pueblo decían era hijo natural y único del rey Jorge IV y que se venía á la América porque rechazaba semejante nacimiento.»

Atando cabos, revelaciones á medias, sacadas, más que ex-

pontáneamente detalladas, vino á explicarse su reserva. Pasando tantos años y respetando el silenciado, no quisimos hacer ninguna indagación, á más que mis hijos varones y sobre todo Jorge (el más inglesito por su tipo y modales) no gustaba investigar.

Los asesinos de mi padre fueron fusilados en la plaza de la Colonia. Transcurridos algunos meses de cárcel, intentaron perdonar á los reos y se solicitó el perdón de mi madre, que fué inflexible. El socio de mi padre presentó por ante el Consulado inglés la razón de las pérdidas que sufrió. la familia y fuimos atendidos generosamente, entregándosenos setecientos mil pesos oro, mitad de lo valuado.

Esta historia de tan contada ya no tiene interés, y sólo porque tú me la pides he podido escribirla, falta de vista y de toda salud. La repiten mejor que yo, las familias de Larravide, Guido, Ocampo, Frías, Arteaga, Palacios, Hines. Posteriormente he leído entre lágrimas la tradición del Dr. Obligado, que según todos mis recuerdos es muy exacta.

Recapacitando pasadas memorias de mi mocedad, otros muchos pormenores podría referirte. Mi padre no se preocupó en investigaciones que desdeñaba, y para memoria á sus nietos, basta. El caso no es único, recientemente repetido por Alfonso XII. Con frecuencia los Reyes olvidan hijos de sus queridas. No te envanezca un nombre sin el por sí propio ilustrado. Así lo pretendía mi buen padre, y de esto último sí deseo lo imiten sus descendientes. Un nombre por sí mismo enaltecido, ennoblece más que pergaminos manchados.

Adios querida Juanita, confío en tu noble proceder.

Tu abuelita Josefa.

25 de Mayo de 1894.

V

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

31 Octubre 1903.

Señor Dr. D. Pastor S. Obligado.

Mi estimado señor: Hubiera tenido un grandísimo placer al encontrarle á raíz de mi discurso en Bilbao, pero no pierdo la esperanza en que otra vez nos encontremos en el camino de nuestra vida, además de en el de la verdad y la buena voluntad.

Agradezco á V. muchísimo sus «Tradiciones Argentinas», que empecé á leer anoche, y sobre las cuales escribiré en *La Lectura*, revista mensual de Madrid, en que tengo á mi cargo la sección de literatura americana en lengua española. Por lo que de su libro he hojeado, pasando hojas y echándole ojos encima, gusto muchísimo. Además, como he leído á Mitre, Sarmiento, Estrada, Paz, Guido Spano, Mármol, Echevarría y otros muchos, conozco algo ese país.

Por noticias varias colijo que usted se movió aquí en España en otro ambiente intelectual y literario que aquél en que yo respiro. Cierto es que hasta el 29 de Septiembre del año que viene no entraré en mis cuarenta años.

Los que estamos de los cuarenta abajo, consideramos á los Valera, Pérez Galdós, Menéndez-Pelayo, etc., aún reconociendo sus grandes méritos, como pertenecientes á otra generación y casi á otra España, y creo poder decir sin jactancia que estamos más capacitados para comprender el espíritu de países, como el argentino, y simpatizar con ellos. Hay aquí cierta guerra sorda entre los que se llaman los viejos y los jóvenes, y no sé por qué aquéllos me tienen por joven, y éstos por viejo. Estoy en el período de transición, dando mano á unos y otros.

En el respecto de la lengua es en lo que más me aparto de las prácticas académicas, y es en donde más estoy con cierta libertad enriquecedora. A ello me ha llevado mi estudio del idioma. Explico aquí, este curso de filología comparada de latín y castellano, ó sea gramática histórica de la lengua española y su estudio científico, al que vengo dedicándome hace años, y me aparta cada vez más del academismo.

Celebro mucho la ocasión que me ha servido para corresponderme con quien lleva un apellido tan ilustre en esa tierra,

Cuente como á un amigo á su afectísimo

Miguel de Unamuno.

VI

SOBRE LA TRADICIÓN «EL PRIMER MEDICO»

Buenos Aires, Marzo 22/98.

Señor Dr. Pastor S. Obligado.

Estimado é ilustrado condiscípulo y amigo: Tuve la grata sorpresa de recibir la suya fecha 20, en que, consecuente con mi

pedido, se sirve darme algunos datos sobre los primeros médicos en nuestra capital.

Mi pedido, por compromiso que tengo, era obtener datos ciertos sobre el Licenciado D. Justo García y Valdés, Dr. Manduti, Lepper, Redherd, Paroissien, etc.; respecto á los demás, Gorman, Argerich, Capdevila, Fabre, Nogué, Arechaga, Miguel Rojas, Ferreras, Arrache Gaffarot, (Don Salvio, de cuyo hijo José, médico igualmente notable, condiscípulo é íntimo de su Señor padre de Vd. conmemora Vd. con merecido elogio), y otros, ya los tengo y llevo algo publicado en el primer tomo de los «Anales de la Facultad de Ciencias Médicas», de que siento no poder adjuntarle ningún ejemplar porque la Facultad sólo me regaló 50, que han volado; pero en casa de Etehepareborda, (Tacuarí 359) los tiene en venta la Facultad.

El Dr. Gorman, irlandés, pero nó O'Gorman como dicen los Doctores Gutiérrez y Aibarellos, era una notabilidad y un gran filántropo á la vez.

Estoy terminando un trabajo histórico sobre la viruela, la variolización y vacunación—histórico,—y voy á ver de completar las biografías de Góрман, Argerich, Rivero, Gaffarolt, padre é hijo, García Valdés y el Dr. Segurola, todo esto con motivo de propender á que se levante un monumento por suscripción popular á este prelado tan virtuoso, historiógrafo tan eminente, ciudadano tan patriota como humanitario, nuestro San Vicente Ferrer, el apóstol de la vacuna á cuyos beneficios debemos centenares de vidas conservadas, de las que debían inmolarse á servir de pasto al mónstruo de la viruela.

Este monumento, que deberá ser coronado por su efigie, es una deuda del país y no debemos esperar el centenario de su muerte para cumplir esta deuda, debiendo aprovechar el centenario de la introducción de la vacuna (1905).

Ya sabe, compañero, cuánto cuesta mover al público y no debe extrañar que la idea sea lanzada para que germine y lleve á feliz término.

Nuestro pasado todo es tenebroso y yo sigo pidiendo datos á todos nuestros hombres ilustrados, como usted, para orientarme en mi ingrata y difícil tarea de hacer la historia de las instituciones médicas en nuestro país.

Esperando, pues, los datos que pueda encontrar en sus lecturas históricas, me complazco en anticiparle las gracias por el concurso que de usted espero para mi obra patriótica, y le reitero

las seguridades de mi amistad y compañerismo, deseoso de retribuirle el servicio que espero.

Su condiscípulo y amigo,

Pedro Mallo.

S/c Piedad 1259.

VII

SOBRE «LA CASA MÁS VIEJA»

Señor Dr. Pastor S. Obligado

Estimado señor y amigo:

.....

En cuanto á su apreciable consulta, le diré que las más viejas casas casi todas hoy han desaparecido, pero queda aún una casita intacta en la calle Piedad números 594 y 596, de teja y bastante ruinosa, con tirantes de llave, que es indudablemente de las más antiguas; como lo es la del inolvidable señor Dr. D. Vicente López y Planes, calle del Perú, de teja española y de dos aguas.

La que se levanta, Perú esquina á la de Belgrano, con frentes al Este y Sud, conocida por de la Vireyna Vieja, que fué de doña Juana Cazón de Almeida y quedó á cargo de don Vicente Cazón para pasarla al Convento de Santo Domingo,—se vé que la construcción de ese edificio de azotea, de parapetos artísticos como los que tiene la casa del señor Constanzó, es antigua y de una época contemporánea con la de este señor que es de 1778.

En la calle de Balcarce existe otra que se conserva íntegra y fué de la familia de Elia, que hoy tiene el número 521, con un martillo ó salida que dá frente á la calle de Venezuela, número 374, pues todo ese edificio es de tirantes de llave y palmas, cubierto con la antigua y tradicional teja española, siendo uno de los más antiguos que tenemos.

Después existen en la calle Defensa algunas casas muy antiguas, como la de D. Silverio Ponce de León, y más adelante la que fué de doña Estanislada Tartas de Wright, que está situada al llegar al Mercado y calle del Comercio.

En cuanto á Santo Domingo, que usted indica en su carta, fué levantado, convento y templo, en 1724; y San Francisco, aun cuando se empezó el templo que hoy existe y que es su tercer fabrica en 1726, recién pudo ser abierto ó librado al culto públi-

co en 1754; en tanto que el Colegio de San Ignacio ó sea de la Compañía de Jesús fué edificado en 1722, es decir, después que el Cabildo, que es de 1711, del cual aún se conserva una parte de su construcción, aunque con ligeras reformas y modificaciones de detalle. Esta es la más antigua de todas las edificaciones en pié, pues del viejo Fuerte, concluido en 1700, no existe nada.

La casa que fué de D. Juan Vandrell y Vivot, calle Defensa números 577, que forma ángulo de esquina á la calle Méjico con frentes al Este y Sud, haciendo cruz con lo que fué Hospital de Betlermitas, hoy Casa de Moneda, fué edificada toda ella de bóveda para el Convento de monjas de Santa Catalina de



LA CASA MAS VIEJA

Sena, y allí estuvo la comunidad hasta que se trasladó al actual convento, calle de San-Martín, esquina á la del General Viamonte; dicha casa es antigua, pero de época mucho posterior á la erección de Santo Domingo.

Ahora bien, de las casas de azotea verdaderamente antiguas que tenemos y que ha conservado íntegra su primitiva construcción, es la situada en la calle del Perú, formando esquina á la de Alsina, con frentes al Oeste y Sud, hoy pertenece á la sucesión Anchorena; fué una especie de Capilla de los jesuitas, edificada por ellos toda de bóveda, pues conserva su pequeña cúpula y rotondas. Recuerdo que en tiempo de don

Juan Manuel Rosas, haciéndose una escavación se encontró un subterráneo de galería ó bóveda bajo tierra. Hubo gran novedad. Rosas ó la policía pensó en los primeros momentos que acaso los salvajes unitarios habrían hecho esa escavación ó subterráneo que llevaba la dirección hacia su casa para asesinarle, ó cosa por el estilo; pero hecho un prolijo reconocimiento por personas competentes, resultó que era una galería ó pasaje secreto, desconocido para todos, practicado debajo de tierra, por donde los jesuitas de la Compañía podían escaparse en caso de persecución. Esa casa, capilla ú oratorio fué, pues, construída por los mismos jesuitas poco tiempo después que el Colegio que data de 1722; por consiguiente entre las casas de azotea creo no hay otra más antigua que la ya mencionada y que se conserva perfectamente intacta y tal cual fué construída.

Como no es posible ir á consultar los archivos del pasado, porque sería obra difícil ó de romanos, me limito á estampar mis recuerdos, para satisfacer en parte su consulta de incansable tradicionista.

Siempre su atento y S. S.

José Victoriano Cabral.

Octubre 1.º de 1895.

VIII

PRIMERA PALABRA DE ALIENTO EN LA CARRERA LITERARIA

Señor D. Pastor Obligado (hijo).

Querido amiguito: Le devuelvo su obrita muy agradecido por las palabras atentas que la acompañan. Resalta en ella la precocidad de su ingenio y su notable aplicación, lauro que debe apetecer. Le recomiendo se fije mucho (ya que usted lee *El Orden*) en lo que dice D. Eugenio Ochoa en su última correspondencia publicada hace pocos días. Familiarícese con los buenos modelos en ese género, puesto que á él tiene usted afición, y recojerá honor para usted y para su Patria. Le recomiendo las obras de Walther Scott como un modelo en el género, y las de Fernán Caballero que he de seguir publicando en *El Orden*.

Quisiera escribir á usted sobre esto con más detención, pero mis muchas ocupaciones no me lo permiten por el momento.

Pues que es su primer novela (1) obra que hace honor á su talento, teniendo en cuenta su poca edad, descubro en usted excelentes disposiciones.

Su afectísimo y S. S.

Luis L. Domínguez.

S/c: Abril, 1857.

IX

EL MÁS ANCIANO

Buenos Aires; Octubre 11 de 1898.

Señor D. Pastor S. Obligado.

Mi amado y admirable señor: Aunque engrillado y maniatado por la traicionera *carcoma* de los viejos de mi tiempo, el reumatismo, el contento que tuve al recibir el obsequio de su último puñado de *Tradiciones* me ha hecho *arremangar* á acusarle su recibo por escrito, á pesar de tanto estorbo.

¡Qué manantial de placer me prometo con su lectura; que me propongo con ella no *propinarme* sino una *porciúncula* cada día para que me dure más.

Tanta es mi gratitud por el recuerdo de usted con este anciano, que sólo vive aferrándose á la nebulosa orilla del eterno é insondable abismo del fin vital, que me considero su siervo para cumplir sus órdenes, en lo que me sea posible servirle. Si tuve ocasión de tratar en amistad á su señor padre, ahora tengo la felicidad de amar, admirar y ser grato con el hijo, á quien remito, aunque no lo vea, un ósculo de grata y sincera amistad.

Fernando García del Molino.

Charcas, 987.

N. B.—Perdone á los ochenta y cinco cumplidos y apollillados que llevo encima, las faltas de la presente. Amén.

X

SOBRE «EL ÚLTIMO CAÑONAZO»

Señor D. Pastor S. Obligado.

Distinguido señor: El recuerdo que usted dedica á mi esposo el Coronel D. José Montes de Oca en su patriótico é inspirado ar-

(1) En ese mismo año reprodujo el folletín de "El Orden" esa nuestra primera producción "El Hijo de Mayo", novedad histórica.

ticuo conmemorativo de la Reconquista de 1806, obliga mi gratitud y la de mis hijos, y ésta es más viva, considerando su espontaneidad, y que es después de muchos años de olvido, que el patriotismo de un distinguido escritor proyecta un rayo de luz sobre esa vida tan olvidada, por ser siempre tan modesta.

Quiera, pues, distinguido señor, aceptar nuestro más íntimo reconocimiento.

Saludo á usted con mi consideración.

Paula M. de Montes de Oca.

XI

SOBRE «EL HOMBRE QUE VOLÓ»

Ha hecho usted bien, Doctor Obligado, en reunir porción de recuerdos tradicionales que generalmente se olvidan, ó que pasando de boca en boca, van desfigurándose hasta desvirtuar su verdad.

Veo que ha tratado usted de reunir buenos datos, aunque en algunos, como los del Retiro, pueda haber algo de poesía, pero en el fondo está siempre la verdad, á lo menos de lo que se ha conservado mejor.

La Plaza de Toros, que desapareció en el año 1818, la construcción con sus materiales del cuartel nuevo (el de arquería); el Parque que existía cuando la invasión inglesa en lo que era el Cuartel viejo (el de Granaderos después); la toma de él por Liniers, etc., etc., todo le ha de dar materia para extenderse mucho más todavía.

¡Qué bueno sería que la otra edición pudiera ser ilustrada, con algunas láminas de lo que eran esos tiempos! Las encontraría en obras inglesas de cuando Berresford saboreó, no los cien días como el primer Napoleón, después de la vuelta de Elba, sino apenas los cuarenta y cinco días que estuvo mandando.

Me ha gustado mucho aquel recuerdo del abrazo de la muerte; y con gusto he leído la carta de la señora doña Francisca P. Elorga, á quien conocí. Todo esto es materia para apuntes y recuerdos, como los que usted ha tomado á pecho, porque tales detalles se pasan generalmente por alto en lo serio de la historia.

Aquello del maestro Roque es excelente. También le conocí allá como entre sueños. Compró el *Don*, es verdad; pero, ¿qué extraño, si tiene usted á D. Ramón de Basavilbaso, que no tenía por qué comprarle?

Ahí, es muy bueno que sacuda usted duro y tendido á esas ridiculas tendencias aristocráticas, que desgraciadamente se quiere hacer vivir entre nosotros, donde se despreciaban, aun antes de la Asamblea de 1813. Es el aprendizaje que hacen la mayor parte de los que van á Europa, nó para aprovechar lo bueno, sino para engolfarse en ridiculas exterioridades de aristocracias, que al escarbarlas se las encuentra, la mayor parte, muy súcias.

A propósito de aquello de Conde de Buenos Aires, título que nunca llegó á usar Liniers, (y en verdad que esos tiempos bien lo merecía), y que tampoco le dejó usar el Cabildo. Este se opuso á ello firmemente: ¡Qué diferencia de tiempos con nuestras municipalidades republicanas!

Es verdad que son postizas, que son sofisticadas. A todo un Rey de España, nada menos, le dijo el Cabildo, «no podemos permitir que se dé ese título en detrimento de los derechos de la ciudad de Buenos Aires».

También conocí al viejo Leiva, sordo como una tapia. Era cuñado del desgraciado D. Paulino Banegas, juez de paz de Quilmes y el cuai, por salvar, después de la Revolución del Sur, en el año 39, al hijo del general Viamont, fué hecho fusilar por Rozas en la casa misma del Juzgado. También era hermano político de D. Juan José Sandoval.

El año 1807, al rendir á la columna inglesa que dominaba la torre de Santo Domingo, Leiva trepó á la torre para enarbolar la bandera española, y al arrancar la inglesa, que todavía permanecía allí, vino abajo, raspando paredes y cornisas, y quedando sin sentido, brotándole la sangre por boca, narices y oídos. Tal vez esto fué su salvación. Quedó tan completamente sordo, que solamente se manejaba por escrito para que entendiera por la vista lo que no podía percibir por el oído.

En las Memorias de la Municipalidad, allá por los años de 1860 á 65, debe existir el acuerdo de un obsequio que se le hizo, ya muy anciano y muy pobre, con motivo de las fiestas del 25 de Mayo.

Le saluda y le felicita su viejo amigo,

Miguel Estevez Sagui.

XII

SOBRE «EL MATEMÁTICO DON AVELINO DÍAZ»

Doctor Obligado

Ultimamente, á la vuelta de Lobos, me decía el padre Smith hombre ilustrado y que recibió su educación en París, que hice mal en venir á Buenos Aires, que Londres debió haber sido mi patria, el teatro donde hubiera fructificado la tendencia de mi espíritu. Yo le contesté, que era feliz y que no me arrepentía.

La carta de usted es uno de los incidentes que más me confirman que contesté propiamente. Tengo otra más larga de mi buen amigo don Juan Maria Gutierrez, rolando sobre el mismo objeto. Es de fecha Junio 14 del año pasado y ¿lo creará? todavía está pendiente su contestación.

Este empeño de usted para reproducir las facciones de un ciudadano ilustre á la par que amado, muestra, diré mejor y con los matemáticos,—es la expresión más simple del bello carácter de la sociedad en que vivo, y á cuyo seno me impulsó el amor á la democracia, más que el aliciente de un puesto lucroso.

Sí, mi querido Pastor; una comunidad que euenta hombres como usted, amantísimos de la libertad y de progreso, que rinden culto á todos los buenos servicios, que quieren perpetuarlos con toda clase de demostraciones, que le unen y le calientan para fomentar todo lo útil y todo lo glorioso; en un país semejante, repito, debe el exlrangero que llega á conocerlo, estimarse orgulloso de poder fijarse en él, y merecer su atención.

Yo me vanaglorio de haber merecido la de usted, no hablo ya de Gutierrez, de quien he recibido tantas pruebas de una estimación, á la verdad, torpe y friamente correspondida.

Con que, amigo mío, está usted nada menos que empeñado en que mi poca y gastada retentiva haga milagros; que saque del olvido del tiempo las apacibles y venerables facciones de don Avelino Diaz, mozo que conocí y aprecié en todo la fortaleza de su vida, añadiré, y de la mía; puesto que ambos nacimos en un mismo año.

Bien lo veo ¿qué importa aquí el ser muy fiel? Comprendo el daguerreotipismo escrupuloso en materia de arte y de formas exquisitas; nada de tolerancia en la reproducción del templo de Minerva ó de la Venus de Medici; pero en materia de espiritua-lismo, cuando se trata de obsequio al genio exacto y observador

¿no será acaso suficiente el retrato que el mismo Gutierrez acaba de darnos de la bella alma de Diaz?

Ciertamente que si, los mismos artísticos de lado: procuraré el prodigio que su amor á la virtud les hace fácil. Volveré á ver la hermana de ese gran ciudadano, que murió ha tiempo, como si se horrorizara y presintiera el retroceso y los horrores en que iba á sumirse su patria. Avivaré en su contemplación antiguos y suavísimos recuerdos, sacando de ese semblante el rayo luminoso que iluminaba la frente del malogrado filósofo, un destello de su celestial apacibilidad; en una palabra. haré cuanto pueda para contentar con la ilusión á sus apasionados admiradores, y particularmente la moral y estudiosa generación de que Don Pastor S. Obligado es uno de los mejores tipos.

Dejo así contestada su muy atenta pidiéndome el retrato de nuestro ilustrado matemático Don Avelino Diaz, para la ilustración de su erudita Tradición *Estátuas de la Universidad*.

Saluda á usted S. S.

Carlos E. Pellegrini.



«El autor de «Tradiciones Argentinas» es ya un especialista en el género de literatura que cultiva. Ha logrado dominar la materia, siendo bien conocido, no sólo en los países del habla americana, sino también en otros de ambos Continentes, cuya prensa periódica y revistas literarias hacen años reproducen con frecuencia ó vierten á su idioma como un atractivo sus Tradiciones acompañándolas de los juicios más alentadores».

PRÓLOGO DE LA 4.^a SÉRIE

ALGUNAS OBRAS DEL AUTOR

POESÍAS—BIOGRAFÍAS—DISCURSOS—VIAJES—CORRESPONDENCIAS
TRADICIONES

Discursos:

- En la inauguración del Colegio Seminario (año 1854).
- En el meeting, Plaza del Parque (Revolución Oriental, 1863).
- En el Teatro Colón, Toma de las islas Chinchas, (1864).
- En el Club Industrial.
- En el Ateneo (1858).
- En el Círculo Literario (1864).
- El estudio sobre la música (sus orígenes en Buenos Aires).
- Al pié de la estatua de San Martín, en el Retiro, como Municipal Delegado en aquella solemnidad (1877).
- Sobre el campo de Maipo (5 de Abril 1897).
- Discursos en Lima,—Boston,—Madrid,—París,—Londres.
- En las Bibliotecas de San Fernando,—Chivilcoy,—México.

Biografías de poetas:

Esteban Echevarría.—Señora Gorriti.—Rivera Indarte.—Adolfo Berro.—Florencio Balcarce.—Miguel Irigoyen.—El Almirante Brown.—Comandante Buchardo.—Bernardo Vélez Gutiérrez.—El crítico Martínez Villergas.—El gran Rivadavia.—El Doctor Alcorta (Don Diego).—Saenz (el primer Rector).—Don Avelino Díaz.—Gómez (Don Valentín).—Fernán Caballero.

Viajes: por la República Argentina.—Paraguay.—República Oriental.—Brasil.—Chile.—Bolivia.—Perú.—Ecuador.—Colombia.—Norte América.—Europa.—Asia.—Africa.

• *Miscelánea:*

- Artículos de viajes.—Descripciones.—Correspondencias.
- Como corresponsal de: El Nacional, La Tribuna, la Nación Argentina y La Prensa:
- Artículos en: La Revista de Buenos Aires, Caras y Caretas, La Revista de Ciencias y Letras, en la prensa del Rosario, Corrientes, Chile, Madrid, en La Nación, La Prensa, etc., etc.
- Cuentos bajo la carpa. Viaje á Oriente.
- Alrededor del fogón. Viaje á Estados Unidos.
- Las estatuas de la Universidad
- Los tres poetas (tradición)
- Tradiciones Argentinas, 7 tomos.

TRADICIONES ARGENTINAS

ÍNDICE DE LA SÉRIE 8.^a

- El Cardenal y la Monjita.
 Pródigo y avariento.
- Muerta de risa.
 Los Castillos en el aire del Rey loco.
- El drama de la Pasión.
 Perdido en la Pampa.
- El reverso de la medalla: antítesis.
- No hay mal que
 Contrastes y coincidencias.
- La creciente de los tigres.
 Valiente patagónés.
- El primer riel.
 El último esclavo.
- Palos y baile!
 Rehabilitación.
- Que le dén de almorzar!
 Noche toledana.
- Peligros de la belleza.
 De mansa índole.
- Por todas partes se vá á Roma.
 El solar paterno.
- No podía llorar.
 Calañas y calañesas.
- Nieves en Nieva.
 El banco de las camelias.
- El asalto al Salto.
 El caudillo Belzu.
- Un Domingo en las islas.
 Los olvidados.
- La amistad del enemigo.
 Ab-del-Kader en el Ante-Libano.
- Don Juan de las casas blancas.
- Grato estravío (en las sierras de Córdoba)
 Se quedó en Belén
- Hora amarga

